

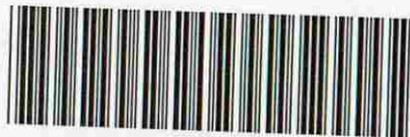
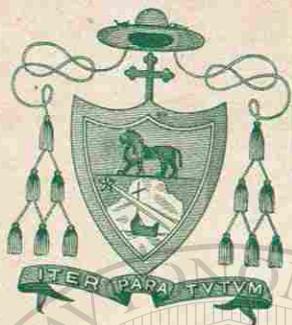
DAD A  
CIÓN C

VI GENIO

DE SACERDOTI

BX1912  
C3  
c.1

009435

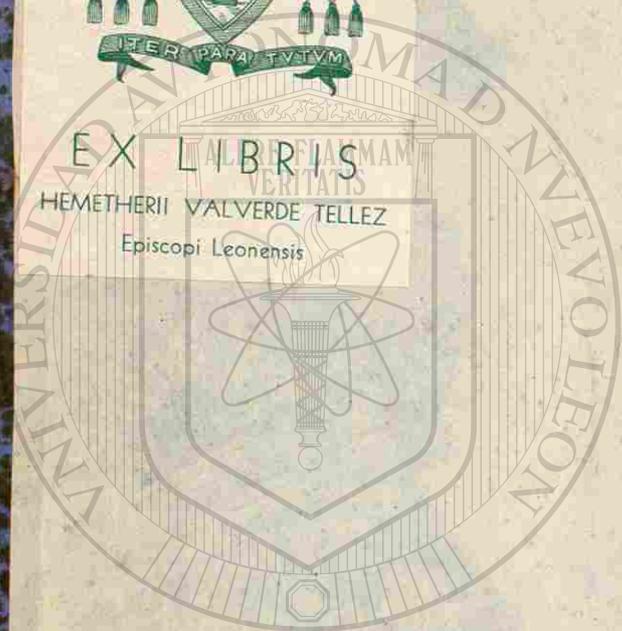


1080021478

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

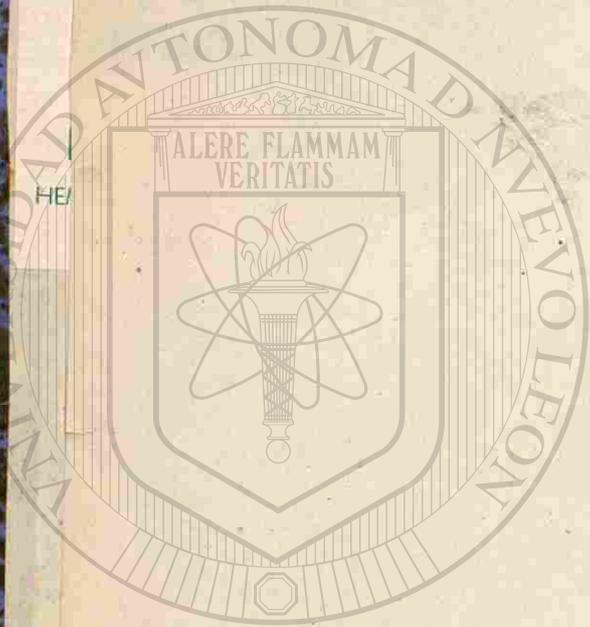


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL GENIO  
DEL  
SACERDOTE.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

EL ABATE POPYS DE CASTRES.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.



Edición de la "Voz de México."

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO.

IMPRENTA DE J. R. BARBEDILLO Y C<sup>o</sup>.

MONTEALEGRE NUM. 15.

1881.

VALVERDE Y TELLEZ  
FONDO DE LIBROS  
45940

BX 1912

L3



FONDO E. ESTERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PROLOGO.

Siguiendo el camino de la vida, como lo seguimos todos, pobres viajeros de un día, he oído profundos gemidos, he visto grandes é innumerales dolores. La humanidad me ha parecido triste, doliente, desgraciada. La aflicción ha ganado el hogar de los grandes, como la cabaña del pobre. Los reyes se agitan convulsivamente sobre sus tronos, los ricos en medio de sus tesoros, los padres en el seno de sus familias; porque el temor y la desconfianza, el egoísmo y la ambición, han llegado hasta las entrañas de la sociedad. A vista de tantos males, mi corazón ha temblado de dolor, y he paseado mi

009496

vista por toda la escena del mundo, para buscar la causa de tan extraña y desoladora miseria.

Después de largas investigaciones y maduras reflexiones, he encontrado la fuente del mal. Viene, no hay que dudarlo, de la ausencia de la fé, de esa indiferencia religiosa que constituye el fondo del siglo actual. En nuestras sociedades modernas, no hay ningún principio de fé, ningún sentimiento religioso. Se diría que hay un completo divorcio del hombre con la inteligencia; los intereses materiales absorben, destruyen enteramente el pensamiento humano. No se vive hoy, ni nadie se conmueve sino por el grosero bienestar, por el placer de los sentidos. De aquí ese soberano desprecio por todo lo que es bello por todo lo que es verdadero; porque lo verdadero y lo bello es Dios, y los hombres de este siglo no conocen á Dios; no conocen ni su ley, ni sus ministros. ¡Sus ministros! ¡los sacerdotes! ¿para que pensar en ellos ahora, cuando la filosofía del último siglo los ha mostrado tan inútiles y ridículos?

Cuando hermosos genios por doquiera consagran sus vigiliass para divertir al pueblo, para halagar su fastidio y sus dolores con cuentos quiméricos; cuando tratan de extravíarle con doctrinas perversas, ó corromperle con escritos

inmorables, yo también he concebido el desig-  
nio de hablar á este pueblo otro lenguaje, el lenguaje de la fé y del amor, para hacerme ante él, el abogado de un ilustre desconocido, del sacerdocio católico, á fin de reconciliarle con él y conducirle á la verdad, á la felicidad; porque en el sacerdote, en su misión, residen toda vida todo amor, toda perfección; y la perfección es la tranquilidad del orden, la felicidad soberana. Empresa difícil, ya lo veo; pero sublime por sus resultados, y á la cual solo le faltará que una mano más hábil.

Para trazar, pues, fielmente el carácter del sacerdote católico, hablar de la dignidad de su misión y de la grandeza de sus funciones, no tengo necesidad ni de documentos de la historia, ni de recursos de la imaginación; he abierto mis ojos, y desde luego se me han presentado modelos sin número. En las gradas de la gerarquía eclesiástica, desde el primero de los sacerdotes sentado sobre la cátedra de Pedro, hasta el humilde servidor de la más pequeña iglesia de aldea, ¡qué de virtudes, qué de abnegación, qué de ciencia, cuánta caridad!

¿Dónde se hallan, en efecto, los bienhechores de la humanidad, los depositarios de la ciencia y de la moral, los protectores de las leyes, los

padres del pueblo, los defensores del esclavo y del oprimido, los verdaderos amigos de los desgraciados, sino entre los que están revestidos con el carácter sacerdotal? Verdad es que no siempre las vidas de todos brillaron como era de esperarse y su dignidad lo pedía, pero no por eso dejaron de ser útiles y benéficos. Flores de un día, han exhalado en su paso por el mundo un perfume de agradable olor, y producido abundantes y esquisitos frutos.

En vano se ataca al sacerdote con atroces calumnias, con injustas maledicencias. Como Jesucristo, su modelo y su maestro, no responde más que con el silencio y la oración, dejando á sus obras el cuidado de justificarle ante sus detractores. *Si no creis á mis palabras, creed al ménos á mis obras*; y prosigue haciendo el bien por donde pasa.

En todos los siglos, el destino de los hombres virtuosos y benéficos ha sido el ser desconocidos, menospreciados y algunas veces perseguidos. Raras ocasiones se ha hecho justicia al mérito, á la abnegación, al génio; pero nunca la indiferencia por el sacerdote católico ha sido tanta como ahora. No se le ve ya sino como un hombre del mundo. ¿Qué digo? ménos que á un hombre del mundo, porque á éste se le guardan con-

sideraciones que se le niegan al sacerdote. Desgraciadas y deplorables circunstancias le han colocado fuera de la sociedad y en el aislamiento y el menosprecio; ellas le han hecho descender del trono de gloria que nuestros padres en la fé le habian erigido, cubriéndole despues de lodo: ved la causa de nuestras desgracias, de nuestras agitaciones.

Y bien: la humanidad ha sufrido por largo tiempo; por el mismo periodo el sacerdote tambien ha sido desheredado, humillado. Con las nuevas instituciones debe comenzar para el sacerdote una nueva vida. La aristocracia de la virtud y del talento llama á todos los hijos de Dios á la participacion de los mismos privilegios, bajo la garantía de las leyes. En esta liza abierta á todas las ambiciones generosas; en este concurso general de todas las capacidades, el sacerdote tendrá una mision sublime que llenar, mision de progreso, de tolerancia, de caridad; pero ántes, necesario le es reconquistar en el espíritu de los pueblos, la estimación y el amor que temerarios filósofos le arrebataron: si mi trabajo le sirve de ayuda, quedaré abundantemente recompensado.—Nada más ambiciono.

Nos proponemos hacer aparecer, en una época no muy lejana, un episodio que es la conti-

nuacion y complemento de la obra. Las circunstancias nos han determinado á publicar este volumen, porque ahora todo es de circunstancias; los hombres y las cosas, las doctrinas y las costumbres: las leyes y los gobiernos marchan tan velozmente, que las reflexiones de la víspera, apenas son aplicables al dia siguiente. Por más que se ande, apenas se llega á tiempo. Cuando la vida se extingue y la muerte ha hecho su víctima, tardía es por cierto, la llegada del médico.

## CAPITULO PRIMERO.

## CONSIDERACIONES GENERALES.

Hay un hombre, en medio de todos los demas, que atraviesa solo y sin familia por el camino del tiempo. El mundo y el retiro son á la par testigos de su vida; á todos parece extraño, y sin embargo nada es más útil que él, y lo diré de una vez, más necesario, porque ninguno puede hacer más bien que él. No pertenece exclusivamente por su carácter á ninguna clase ni á ninguna condicion de la sociedad, y tiene de todas; al pueblo pertenece algunas veces por su

nacimiento, y siempre por la simplicidad de su corazón; á los grandes por la elevación de su espíritu y la nobleza de sus sentimientos.

La habitación de este hombre no se manifiesta por pomposos trenes, ni por el brillo imponente de un palacio encantador. Confundido frecuentemente en las ciudades, su residencia está sin lujo y sin aparato; en los campos se le ve al lado del cementerio, entre la vida y la muerte; una vieja encina lo defiende con su espeso follage de los ardores del sol en estío, y contra la violencia de los vientos en invierno. A su puerta vienen á tocar el pobre y el rico: el primero, para recibir, sin ruborizarse, el pan de cada día, y el segundo, para derramar sus limosnas y pedir consuelos. Los unos y los otros son recibidos á la entrada de la casa de este huésped solitario, con el mismo afecto y la misma paternidad; los pobres, porque son la imagen y los miembros de Dios, que sufre, y los ricos, porque suministran recursos contra la indigencia, y porque de sus tesoros saca una voz de amor y un tributo de alabanzas á Dios. Mientras que el mundo no lo solicita por la caridad de su ministerio, vive ignorado. ¿Pero hay una lágrima que estancar, una alegría que bendecir? Entónces ahí está; lucha cuerpo á cuerpo desde luego con el

dolor, y no deja el campo lúgubre de la amargura, sino hasta que el mal ha cesado y ha vuelto la calma. La alegría la modera por su sabiduría y su prudencia, y la santifica por sus oraciones.

Pasa el tiempo haciendo el bien, porque tal es su vocación; acaricia al infante que la madre arrulla en su regazo, y que con una dulce sonrisa comienza á reconocer á la que le dió el sér. Apaña á su derredor á la juventud que instruye con sus ejemplos, como con sus palabras; es el padre del huérfano, el sosten y el amigo del anciano, á todos les habla de Dios y del cielo.

Se le ve algunas veces por la tarde, cuando los trabajos han cesado, solo, con su breviario en la mano, seguir tranquilamente el sendero solitario, y perderse en las sombras de la noche. Su presencia es de buen agüero; cada uno repite su nombre y se apresura á compatir el placer de haber visto y saludado de léjos á este buen padre: este buen hombre es el sacerdote. ¡El sacerdote! ¡Qué palabra; el sacerdote! Este sinónimo perfecto, esta personificación sublime de todo principio de amor, de abnegación y de espíritu! ¿No es una locura, una especie de chotez, poner un libro como éste, en medio del bullicio de tantos intereses diversos y del aturdimiento de los placeres? ¿No sería mejor arro-

jar estas páginas en una cisterna profunda y sellarla con una piedra, hasta que la religion, cuyo ministro canto, venga á cubrirlas con su manto, y sepultarlas en un olvido eterno? Pero nó, . . . no es ni lo uno ni lo otro; porque si el sacerdote no está en su verdadero pedestal en el espíritu del mundo, es porque el mundo no conoce al sacerdote; es porque hace medio siglo, más aún, no ha cesado de cargar de ironías, de invectivas, de suciedades al sacerdote católico. El filosofismo volteriano y su nauseabunda ralea, han falseado las ideas del mundo sobre la naturaleza y la mision del sacerdote; ellos lo han presentado ambicioso, grosero, enemigo del pueblo y de su felicidad; una anomalía repugnante que era necesario hacer desaparecer, para entrar en las leyes de la naturaleza y del órden.

Este sacerdote, que se apunta con el dedo, este sacerdote, vestido de negro, el pueblo no le conoce, no sabe quien es, ni lo que hace; así él,—el pueblo—engañado [como está, cree que se asciende á sacerdote, como se hace abogado, que se entra á la Iglesia, como se entra en la baranda, y que se toma lugar en los escaños del santuario, como se sienta en el sillón del palacio de justicia. Pero el origen del sacerdote, la divinidad de su mision, la sublimidad de su

carácter ¿las conoce el mundo? No, el mundo no conoce nada, no conoce nada de todas estas misteriosas grandezas; porque si las conociera, el mundo haria justicia al sacerdote.

Santa, pues, es para el hombre la conciencia, la mision de rectificar los errores de la multitud, esclarecer sobre la materia todo lo que está ligado á sus destinos, y tal mision no puede ser de otro que de él mismo, porque el sacerdote solo siente lo que es: el fuego sagrado que le devora y le consume, esta region de vida y de luz en que irradia y donde su vocacion le ha colocado, esta fuerza misteriosa que le sostiene, este génio de inspiracion y de amor que le conduce, aquellas tendencias que lleva en su corazon, nadie mejor que él las comprende, ni nadie mejor que él las puede describir. El sacerdote no obra por sí mismo; cuando habla, cuando obra, su Maestro es quien obra y quien habla, y él solo escucha su voz. *Est Deus in nobis calescimus illo.*

Cuando hemos concebido el proyecto de abogar ante el mundo por la causa del sacerdote católico, de vengarle de las calumnias é invectivas de sus enemigos y de presentarle como es, á los que, sin aborrecerle, no tienen de él ideas exactas, y hacer ver á todos, que es el estado

más santo á los ojos de la religion, no desconocemos que nuestra pluma, en esta materia, podrá parecer sospechosa é interesada, y que quizá seremos acusados de dejarnos conducir por preocupaciones de estado y de educacion; pero este temor, lo diremos con el ilustre Obispo de Hermópolis, debía detenernos? Sin duda que no; porque si la verdad es para todos, si tenemos la esperanza de hacerla sensible á todos los espíritus, ¿qué importan los discursos de hombres irreflexivos? La preocupacion pasa y la verdad subsiste. En las diferentes profesiones en que se divide la vida humana, es conveniente que cada uno hable de la que ejerce, pues que es la que debe conocer mejor. A Turenne corresponde escribir sobre el arte militar, á d'Aguesseau sobre la magistratura, á Massillon sobre el sacerdocio. ¿Quién mejor que el ministro de la religion conoce la excelencia de sus funciones y toda la influencia sobre los corazones, sobre la paz de las familias, sobre la tranquilidad pública?

La apología más victoriosa del sacerdote debe encontrarse sin duda, en su conducta; á él, pues, conviene, con una vida sin reproche, cerrar la boca á sus enemigos, y si las pasiones humanas lo han onvilecido, lo han deshonrado con

acusaciones falaces, necesario es volverlo á colocar en el glorioso pedestal desde el que en otro tiempo imperó sobre los hombres y el mundo, y de donde no ha descendido sino con detrimento de los pueblos y de los reyes.

El sacerdote no es de ayer ni de hoy; su origen se remonta al principio del mundo, como el sacrificio de quien es ministro. El sacerdote es tan antiguo, como la tierra, como la desgracia. En todas las edades y en todos los pueblos, la primera necesidad del hombre ha sido la oracion y el sacrificio; de esta necesidad, pues, tambien reconocida de la inmolation, nació el sacerdote, intermediario sagrado entre la miseria del hombre y las ricas misericordias del Ser Soberano; lazo supremo que une de una manera inefable y misteriosa á Dios con el hombre, al cielo con la tierra, al espíritu con la carne.

Recorriendo la Europa, el Asia y lo que conocemos del Africa, partiendo de las Galias, y pasando por la Germania, la Tartaria, la India, la Persia, la Arabia, la Etiopía y el Egipto, encontramos por do quiera sacrificios, ceremonias, un culto, y estos sacrificios, ceremonias y

culto, tienen hombres que son exclusivamente sus ministros y se llaman sacerdotes. (1)

Cuando la sociedad no estaba aún formada; antes que los hombres se encerraran en el recinto de las ciudades; cuando el mundo era el templo universal y el firmamento su boveda, y las estrellas su luminar, el sacerdote era el padre de familia, el primogénito de todos. Así fueron sacerdotes en aquellos tiempos tan remotos Cain, Abel, Noe, Abraham y Jacob, Abimelech y Laban, Isaac y Jacob; (2) pero des-

(1) El sacerdocio ha sido revestido de una autoridad sin límites en todos los climas. Benjamin Constant, lib. 3.º, cap. 4, p. 14 de Relig.

(2) La palabra sacerdote viene del griego *presbyteros*, que significa *un anciano*. La palabra hebrea de que se sirve la Escritura para designar á los sacerdotes es *cohen*; la griega *hiereus*, y el latin *sacerdos* ó *presbyter*; pero esta última, no marca siempre un sacerdote en el texto latino de la Escritura. Judit, 8, 3. Eccl. 4, 7, 6, 85. Dan. 13, 28.

En el Antiguo Testamento, el sacerdote no estuvo anexo á determina familia, sino despues de la ley de

pues que el Señor escogió la tribu de Leví para servirlo en su tabernáculo, el sacerdocio quedó irrevocablemente y de una manera exclusiva, anexo á la familia de Aaron. (1)

Moisés. Exod. 28, 1. En la ceremonia misma de la alianza que el Señor celebró con su pueblo al pié del Monte Sinai, Moisés hizo allí el oficio de mediador, y escogió para hacer el de sacerdote, á uno de entre los hijos de Israel. Antes, los primogénitos, los padres de familia, los príncipes y los reyes eran sacerdotes natos en su familia ó en las tierras de su dominacion. Gen. 4, 3, 4, y Job. 1, 5.

[1] En ocasiones extraordinarias, sin embargo, los reyes y los jueces, ó los profetas, ofrecían sacrificios sin que la Escritura los reprendiese; en otras ocasiones también el castigo, pero terrible, seguía luego á la transgresion. Núm. 16.

El gran sacerdote, entre los judíos, era jefe de la religion y juez ordinario de las dificultades que sobrevenían, y aún en todo lo que tenía relacion á la justicia y los juicios de la nacion. Tenía también, él solo, el privilegio de entrar en el santuario una vez al año, que era el día de la expiacion solemne y general. Debía proce-

Entre los griegos el sacerdocio se tenía en

der de una persona de la tribu, en que su padre se había casado con una virgen y exento de todos los defectos corporales marcados en el Levítico. Deut. 17, 8, 9. Lev. 16, 2, 3, 4.

Dios había ligado á la persona del gran sacerdote, el oráculo de su verdad; de suerte que cuando estaba revestido de los ornamentos de su dignidad. del *hurim y thummim*, respondía á las preguntas que se le hacían, y Dios le descubría las cosas ocultas y futuras. 1. Reg. 23, 9. Le estaba prohibido guardar duelo de sus deudos ni áun de su padre, ni de su madre, ni entrar donde hubiese un muerto. Lev. 11, 13. No podía casarse sino con una virgen de su tribu, y debía guardar continencia todo el tiempo de su servicio. El vestido y la tiara del gran sacerdote, eran mucho más magníficos que los de los simples sacerdotes, como se puede ver en el cap. 30 del Exodo.

Los sacerdotes particulares servían inmediatamente al altar, ofrecían sacrificio. degollaban las víctimas, y los levitas derramaban la sangre de éstas, al pié del altar. Conservaban el fuego sagrado sobre el altar de los holocaustos y en las lámparas de los candeleros de oro

tanta estima, que los reyes, los príncipes y los

estaban en el *Sancta*, amasaban los panes de propiciación, los hacían coser, los ofrecían sobre el altar de oro mismo en el *Sancta*, y los quitaban todos los sábados para poner otros. Todos los días, á tarde y mañana, un sacerdote destinado por suerte, á principio de la semana, llevaba al *Sancta* un incensario ardiendo y lo ponía sobre la mesa de oro, llamada por otro nombre el altar de los perfumes. El vestido ordinario de los sacerdotes era una túnica de lino sin costuras, con cinturón de diversos colores. Se cree que este cinturón del gran sacerdote era de un tejido muy precioso, porque Moisés dice que era hecho por el arte del bordador, algunos, sin embargo, sostienen que no difería del de los otros sacerdotes. Exod. 25, 30, 40, 21, 27.—Paral. 35, 11.—Luc. 1, 9.

El gorro de los simples sacerdotes se llamaba en hebreo *migbaoth*, y el del gran sacerdote *miznepheth*. Pero los rabinos nos aseguran que estos dos términos significan una misma cosa, y que era una especie de casco compuesto de una banda de lino de más de diez y seis varas de larga, con que daban muchas vueltas á la cabeza, y formaba un gorro que se parecía á un casco,

gefes del ejército, eran calificados sacerdotes,

así como lo indica el término hebreo *migbath*, que tiene la misma significación.

Los sacerdotes no llevaban su cabello largo en el templo, no se rasuraban ni la cabeza, pero se cortaban el cabello con tijeras. No se descubrían la cabeza en las ceremonias—habría sido falta de respeto al lugar santo. Llevaban calzones de lino como el gran sacerdote, para evitar toda indecencia. Los levitas no tenían vestido particular para las ceremonias de la religión, y se vió como mal presagio, que hubieran obtenido el año 52 de Jesueristo, el llevar la túnica de lino los sacerdotes. Lev. 6, 21, 5.—Exod. 28, 42.

No era permitido á los sacerdotes ofrecer incienso al Señor con fuego extraño; es decir, que no se sacara del altar de los holocaustos. Conocido es el rigor con que Dios castigó a Nadab y Aviú, por haber faltado á esto. El sacerdote y los levitas servían al templo por semanas y por cuartos: entraban en semana el sábado y salían en idéntico día. Moisés había fijado la edad en que debían entrar al santo ministerio, que era de los veintiuno á los treinta años, y dejaban de servir á los cincuenta. Pero en tiempo de David se modificó esta ór-

den y se les obligó al servicio del templo, á los veinticinco años. Los que querían consagrarse al servicio para siempre, eran bien recibidos y se sostenían con las ofrendas comunes y diarias. Lev. 10, 1, 2, 4; Números 8, 24.

El Señor no le había dado ningun derecho en el país á la tribu Levi, pero la había provisto abundantemente de todo lo necesario con las cuarenta y ocho ciudades que les asignó, con mil codos más allá de las murallas, á cada uno y con la participacion de las víctimas y primicias, ya de hombres, como de animales y frutos de la tierra. Lev. 7, 33, 34.—Deut. 18, 3, 45; Núm. 18, 15, 16, 17, 25, 35, etc.—Josue, 21, 19, 20.

Una de las principales funciones de los sacerdotes, despues de los sacrificios en el templo, era la instrucción del pueblo y el juicio de los negocios. El conocimiento de las diferentes especies de lepras, las causas de divorcio, las aguas del cielo, los votos, los casos relativos á la ley, y las manchas que se contraían en los diversos casos, todo era del resorte de los sacerdotes; daban públicamente la bendición al pueblo en nombre del Señor; en la guerra, estaban encargados de llevar el Arca de la Alianza, consultar al Señor, tocar las trompetas sagradas y pronunciar estas palabras á la cabeza del ejército: *Escuchad Israel: vais á combatir á vuestros enemigos, no temáis, porque el Señor está en medio de*

aunque no lo fuesen de oficio, como Chryses en Homero. (1)

*vosotros; combatirá por vosotros y os defenderá en el peligro.* Oseas, 4, 6.—Malaq. 2, 7, etc.—Lev. 13, 15; Núm. 5, 4, 15, etc.

La consagración de Aaron y de sus hijos, se hizo en el desierto por el ministerio de Moisés, con mucha solemnidad, cuyos detalles se pueden ver en el Liv. 8, 1, 2, 3, etc. Se duda si á cada gran sacerdote se renovaban estas ceremonias. Es muy probable que se contentase con revestir al nuevo sacerdote con los vestidos de su predecesor, como se practicó á la muerte de Aaron. Núm. 20, 25, 26, etc. Otros creen que se les daba también la unción; á lo ménos esto se practicó hasta la cautividad de Babilonia aunque no se tenga prueba de ésto, y lo contrario se vea en Jonathas, Asmoneo. Mac. 10, 21. Respecto de los sacerdotes particulares, no se sabe lo que hacían, ya cuando entraban al ministerio, ó dejaban de ejercerlo, ó despues de haber prevaricado. Es incierto también, si en tal caso, era bastante la santificación ordinaria, es decir, la exención de las manchas legales para tocar las cosas santas. *Dom. Calm. Dic. Biblia.*

(1) Los reyes de Lacedemonia, acostumbraban hacer ciertos sacrificios que eran anexos á su persona, tanto

En Roma, la persona de los sacerdotes era sagrada é inviolable; á sus funciones estaban anexos grandes privilegios (1). ¿Quién ignora que los Druidas gozaban en las Galias de toda la consideración correspondiente al rango supremo, y que tenían un poder casi ilimitado. (2)

en la guerra como en la ciudad, y por esto llevaban siempre un cuchillo en una vaina, cerca de la espada, del cual se servían para degollar las víctimas, *Boinwilliers, Antiq. grieg. y rom.*

(1) A más de la toga bordada de púrpura que les era común con los primeros magistrados, y su adorno del gorro, los sacerdotes en Roma, tenían el derecho de subir al capitolio sobre carros llamados *carpenta*, y entrar al Senado, hacerse conducir presididos por antorchas y con un ramo de olivo. Estaban además exentos de muchos cargos del Estado. Tenían honorarios asignados del tesoro público, para hacer los sacrificios *Id. Id.*

[2] Los druidas, ministros de las cosas divinas, presidían los sacrificios públicos y particulares, conservaban el depósito de las doctrinas religiosas. El deseo de la instrucción les llevaba una numerosa juventud. Su nombre infundía respeto. Tenían conocimiento de todas

Por do quiera, pues, el sacerdote estaba rodeado de veneracion y respeto; cada uno se levantaba á su paso y se apresuraba á tributar á

las cosas públicas y privadas. Si se cometia algun crimen, si tenia lugar alguna muerte, si se suscitaba alguna duda sobre limites, ó alguna herencia, ellos eran los que decidian de todo. Dispensaban las penas y las recompensas. Si un particular ó un magistrado no admitia sus decisiones, le prohibian sus sacrificios. Esta pena era entre ellos la más severa. A los que incurrian en ella, se les filiaba en el número de los impíos y criminales, y se huía de ellos como de un contagio evitando su contacto. Si pedian justicia se les negaba. No tenían parte en ningun honor. El cuerpo entero de los druidas no tenia más que un solo jefe, cuya autoridad era absoluta. A su muerte, el primero en dignidad le sucedia. Si muchos tenían títulos iguales, los sufragios, ó tambien las armas lo decidian. En una época del año los druidas se reunian en un lugar consagrado, en la frontera del país de los Carnutes, que pasa por el punto central de la Galia. Allí se dirigian de todas partes los que tenían sus diferencias, sujetándolas al juicio de los druidas. Se cree que su doctrina tuvo origen en la Bretaña, de

su carácter, el honor que le era debido; persuadidos de que tales hombres, conociendo perfectamente la naturaleza divina y entrando, por

donde se trasportó á la Galia. Los que aspiren á tener conocimientos más profundos sobre ésto, sepan que los lugares los suministran.—Los druidas no iban á la guerra; no contribuian con impuestos, como los demás ciudadanos estaban dispensados del servicio militar, exentos de toda especie de cargos. Por tan grandes privilegios, y el gusto particular que tenían por los jóvenes, tuvieron muchos discípulos, y otros les fueron enviados por sus familias. Aprendian allí, se dice, un gran número de versos y pasaban veinte años en este aprendizaje. Les era prohibido escri ir, aunque se servian de las letras griegas para los negocios públicos y privados. Dos razones encuentro en este uso: no entregar al vulgo los misterios de su ciencia, la una, ó impedir á los discípulos fiarse en la escritura y despreciar su memoria. la otra. Sucede, en efecto, casi siempre, que aplicamos á retener en la memoria lo que se puede encontrar en los libros. Su dogma principal era que las almas no perecen, y que despues de la muerte, pasan de un cuerpo á otro. Trataron del movimiento de los astros, de la

decirlo así, en sus secretos, podían, por su ministerio, hacerse favorables á los dioses, y obtener de ellos todo lo que deseaban. Llenos de virtudes y de ciencias, tales sacerdotes, eran mirados como una especie de divinidad terrestre, que la nación se honraba en respetar y dotar. (1)

¿Qué era, sin embargo, el sacerdote de los tiempos antiguos, comparado con el sacerdote católico? Ministro de sangre: degollaba las víctimas gordas; obtenía su dignidad ó por favor de los hombres como entre los paganos, ó por su nacimiento como entre los hebreos. Para nada se contaba con la vocación; no debía tener

extensión del Universo, de la naturaleza de las cosas, del poder é influencia de los dioses inmortales, cuyas doctrinas transmitieron á la juventud. *César. Guerras de los Galias, lib. 6. ° cap. 13, 14.*

[1] El Dios de Tebas se le apareció en sueños á Sabacon y le ordenó hiciese morir á todos los sacerdotes de Egipto; por cuyo motivo, este creyó que no era agradable á los dioses que aquel reinara, pues ordenaba cosas tan contrarias á la voluntad divina, por lo que se retiró á la Etiopía. *Montesquieu. Esp. ley. lib. 24, c. 4,*

ningun defecto exterior, es verdad; pero su corazón frecuentemente estaba henchido de orgullo y de rapiña. Si tenía, como en Egipto, la clave de la ciencia, no se sentía animado del deseo de difundirla. Ningun amor por sus hermanos, ninguna caridad por los desgraciados; ese es el sacerdote terrestre, el hombre de la tierra.

El sacerdote católico, por el contrario, no vive sino con la vida de la fé, de la esperanza y del amor; nada hay en él de material y sensible. Toda su belleza es interior; ministro pacífico de un sacrificio ineruento, no oye el ronquido de la víctima moribunda, ni el ruido del cuchillo que desgarrá los miembros palpitantes; su mirada no está entristecida por el recuerdo de alguna gota de sangre que hubiera hecho verter; todo es en él puro: sus manos, su alma y su cuerpo; su sacerdocio viene del cielo. El sacerdote católico es, hablando la verdad, el hombre celeste de San Pablo.

Ved, si no, como San Juan habla del sacerdote inmortal, de Jesucristo, original sublime y modelo eterno del sacerdote católico sobre la tierra. «En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios; por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho

cosa alguna de cuantas han sido hechas. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la ha comprendido... El Verbo era la luz, que cuanto es de sí, alumbraba á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué por El hecho, y con todo, el mundo no le conoció. Vino á su propia casa y los suyos no le recibieron; más á los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad, ni de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia. <sup>11</sup> (1)

Ved la genealogía del sacerdote católico, ved su historia; no están escritas ni la una ni la otra sobre pergaminos, ni sobre mármoles, sino sobre la frente y en el seno del mismo Dios. ¡Oh, sacerdote, cuán grande eres! (2) ¡cuán sublime

[1] San Juan, c. 1. v. 1-13.

[2] O veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei Filius velut in utero virginis incarnatur!—O coeleste mysterium, quod per vos Pater et Filius et Spiritus Sanctus, tam mirabiliter operatur... coclum mi-

es tu genio! ¿Á quien podré compararte? Ningun mortal sobre la tierra marcha á tu igual; los pequeños te veneran; los grandes te honran y te respetan; los reyes mismos, abaten su frente soberana ante tí. Apoyado sobre la cruz, tu recorres el universo como monarca invencible; en vano el mar aleja ante tí sus riberas, tú vas á buscar á tu hermano allende los hielos del polo, ó sobre las abrasadoras playas de los trópicos; tuyo es el mundo; á tu voz caen las cadenas de las manos del esclavo, la libertad reverdece sobre su tallo: las pasiones braman, es verdad pero se calman; el orden renace, la inteligencia humana, un poco ántes extraviada por funestas doctrinas, entra en el sendero de la verdad. Todo cae, todo perece en la tierra; tú genio siempre es el mismo; tu edad no conoce término, porque solo á tí se te ha dicho: nunca perecerás!

ratur, horrescit infernus, contremiscet diabolus, reveretur quam plurimum angelica celsitudo.... O venerabilium sanctitudo manum! O felix exercitium!.... O sacerdotes attendite: major est dignitas vobis col. lata, quam angelis qui adorant quod vos conficitis, nec ipsi conficere possunt. *S. August.*

Esto no explica por qué el sacerdote ha resistido á todo y ha sobrevivido á todo, á la gloria como á la ignominia, á los aplausos como á las persecuciones. Ved por qué, cuando con los escombros de las generaciones espirantes y los tronos derruidos se ha querido aplastar al sacerdote, él se ha levantado lleno de vida y de majestad bajo el hacha que lo hería. El cadalso que una mano sacrilega le habia levantado para deshonrarlo, se ha convertido en un pedestal glorioso y sublime; se ha convertido en un escudo triunfal, sobre el cual las malas pasiones de los hombres, le envistieron sin derrumbarlo ni privarlo de la dignidad imperecedera, que solo le pertenece á su Dios, á su Cristo. No era el sacerdote á quien se degollaba en las plazas públicas, á quien se enviaba al destierro á las playas insalubres y abrasadoras de la Guayana y á quien se amontonaba en los calabozos; era el hombre, el hombre solo era el que perecia en estas ejecuciones sanguinarias, como la humanidad de Cristo fué la que espiró sobre la cruz, bajo la mano deicida; y así como su divinidad se cernía invulnerable sobre el féretro del Calvario, y vivía siempre con su vida eterna sobre los restos de la humanidad, de la misma manera el genio del sacerdote no ha muerto jamás, no podia mo-

rir, porque el Arbitro de la muerte, que lo envió, le dijo: Estaré contigo hasta la consumacion de los siglos.

Miéntas que los perseguidores del sacerdocio han caído, y cuando su genio ha palidecido y los verdugos se han cansado, el sacerdote ha quedado de pié: ahí está en medio de nosotros, no mutilado como la encina tronchada por la tempestad, sino lleno de fuerza y de poder. Es una espada que inútilmente se ha tratado de romper ó de embotar; su punta va á todas partes, su fuerza está en el cielo entre las manos de Dios. El sacerdote es el verdadero cosmopolita: en todo lugar encuentra una patria, unos hermanos, un ministerio de amor que ejerce; si se le persigue en un país, huye á otro; su equipaje es tan pequeño que no lo embaraza su curso; la magnificencia y el ruido de su cortejo no pueden traicionarle. Un breviario, un callado, esos son sus aprestos de viaje; el pan negro de la cabaña y el agua del torrente, bastan á sus necesidades y á sus gustos.

Lugar, pues, y paz al sacerdote; y el que trate aun de perseguirlo para hacerlo morir, se asemejará al que quisiera, con un soplo, extinguir el brillo del sol. El sacerdote es en el orden moral, lo que el astro del dia en el de la naturale-

za; esclarece, calienta y vivifica al que bendice su influencia, como al que la niega y la blasfema.

Todos los pueblos le han visto pasar: no está marcado como Cain, con una mancha de sangre en la frente: los niños al mirarle, los hombres y las mujeres corren también para verle y oírle, á todos hace bien, porque ama á todos. Se sienta unas veces en los festines suntuosos de los grandes y otras en el hogar del pobre, dividiendo con él su pan negro, y dejándole en cambio la esperanza y la paz. No desdeña ninguna condicion, toca los dos extremos, la miseria y la opulencia; y su gran genio ha sabido reunirlo en Dios. Así es como hace mil ochocientos años que el sacerdote ha marchado constantemente á la conquista del mundo, sin otros recursos que una cruz de madera y la palabra de su Maestro.

Verdad es que durante algun tiempo, necesarias fueron grandes expiaciones. La moral desconocida, el órden invertido, la libertad ultrajada, las leyes violadas, todas estas cosas produjeron terribles sacudidas, catástrofes espantosas; y entónces, repito, necesarias han sido las víctimas; entónces también se ha designado para ellas al sacerdote, no porque fuese culpable, sino al contrario, porque era inocente y porque

solamente su sangre podía reparar los males y salvar á los pueblos. Por esto, cuando en la antigua sociedad, la pobre humanidad no pudiendo ya vivir más, se puso en las encrucijadas del mundo, pidiendo á los que pasaban un remedio en su agonía, no tuvo por Redentor más que á Jesucristo, primer sacerdote de los tiempos modernos. En aquella época de enfermedad universal, no se pensó en los reyes ni en los filósofos para crucificarlos: su sangre habria sido impotente; la de un pobre sacerdote fué la que se sacrificó por todos; y como los males eran tan grandes y la llaga tan inmensa y profunda, fué necesario un sacerdote, tomado no de entre los hombres sino un Sacerdote-Dios; y entónces fué superabundantemente purificado y reparado. ¡Qué poderosa fué la sangre de aquel Sacerdote! Cuarenta siglos de desórdenes se vieron entónces correr y agruparse al pié de la cruz y frente al Calvario, recogiendo con avidez y con respecto, la sangre que los trasformara: una nueva creacion brotó de allí, porque de tal expiacion, del último suspiro que aquella augusta víctima diera, nació la vida verdaderamente inteligente, la vida verdaderamente social; nada valian para la humanidad, más allá de la cruz, ni la filosofía con sus orgullosas pretensiones é inextricables

sistemas, ni las armas con sus conquistas y brillantes triunfos, ni las riquezas con el gran cortejo de su lujo; todo estaba muerto en el fondo, porque en todas partes faltaba la fé, y la caridad era una virtud desconocida; mas cuando la fé y la caridad brotaron de la sangre del sacerdote un nuevo mundo comenzó entónces.

Que no se nos venga diciendo que este tránsito de un mundo á otro, del escepticismo á la fé, del egoismo á la caridad, se obró naturalmente y por el concurso fortuito de las circunstancias, porque cuando se oye tal asersion, la risa viene sin querer á los lábios. Para apreciar este cambio en su justo valor, piénsese primero en lo que era la sociedad en la época de que hablamos, ¡Qué inhumanidad en la guerra así como en la paz, en las leyes como en las costumbres, en los templos como en el teatro, en el corazón del amo. y hasta en el pecho de los padres! ¡Qué abyecto materialismo en la religion! ¡Qué aversion por las doctrinas que tendian á elevar el alma y espiritualizar el pensamiento! ¡Qué trastorno en las ideas!—Naturalmente se viene á tal degradacion, donde no hay distincion entre la virtud y el placer, y donde ambas se identifican.—Añádamos al cuadro que venimos trazando, las dificultades que debieron nacer de

los intereses, de las pasiones y de las opiniones. Para reformar una sociedad tan envilecida, en verdad que se necesitaba más que el poder del *azar*. (1) Si la ciencia hubiera podido salvar al mundo, por cierto que no le faltó ésta á Platon. —Sus obras han sido la admiracion del universo, y le han grangeado el nombre de *divino*. Ciceron habia escrito hermosísimas páginas sobre la moral; y sin embargo, por los escritos de estos filósofos tan célebres, ¿llegó el mundo á ser mejor, á conseguir su felicidad? La oscuridad de la idolatría con todas las supersticiones y vicios monstruosos que engendra, cubrió el universo. ¿Qué senecesitoba, pues? La sangre de un Sacerdote-Dios, y nada más. Despues, cuando la sociedad llegó á agravarse, ¿qué fué necesario para curarla? La sangre del sacerdote y siempre su sangre; pero esta vez, como el mal era local y parcial, y el mérito del primer sacerdote subsistia, el sacerdote-hombre fué inmolido como aquel. Esto explica cómo en cada revolucion social, los sacerdotes son perseguidos. Se ha creido agradar á Dios y hacer una cosa útil

(1) Palabra inventada para ocultar la ignorancia y la mala fé.

á los hombres inmolándole. ¿Puede ser agradable á Dios la sangre del sacerdote, víctima inocente y pura, para apaciguar la cólera de lo alto, y salvar á la nacion de un cataclismo universal? ¿Qué habría sido de Francia, si el noventa y tres no hubiera tenido sacerdotes que subieran al cadalso, para hacerlos morir por su patria? El hacha del verdugo se blandió con rabia tan inaudita sobre el sacerdote y lo que con él estaba relacionado, que apenas puede referirse. ¿Y por qué? Porque el sacerdote, y solo él, ay! podia expiar tantos crímenes!!

Ved á la China como persigue al sacerdote; lo degüella donde quiera que lo encuentra; y con ésto erree salvar su imperio de la invasion del cristianismo. Que aguarde un poco, y sobre los restos de los ídolos, de la ignorancia y de la persecucion, se levantará el sacerdote católico con su cruz de madera. Mientras más animada sea la persecucion, más próximo estará su triunfo; mientras más aborrecimiento se le tenga, más rápida será su marcha. Cuando los crímenes de la China hayan sido expiados con la sangre del sacerdote, el imperio se levantará admirado de su cambio; y quizás será católica cuando no haya oído, como los romanos, ni siquiera la partida precipitada de sus dioses.... ¿No sucede

ahora en China lo que en el mundo, cuando el sacerdote estuvo clavado en una cruz, sobre la montaña vecina á Jerusalem? Pues las mismas causas producen idénticos efectos; puede suceder, y no hay que dudarlo, que una nacion, la Inglaterra, por ejemplo, ú otra cualquiera, vaya de las extremidades del mundo para servir de instrumento á la Providencia en está gran regeneracion,—como los bárbaros salieron á tiempo preciso, de sus florestas.—Pero ¿á quién pertenecerá la gloria de esa trasformacion?... á la sangre del sacerdote católico.

El poder del sacerdote es interior, es inaccesible al ojo del mundo: no puede ser visto y apreciado más que en las alturas de la fé, ó por las obras exteriores que descuellan esencialmente en ella, como se vé á Dios al través de la creacion. El hombre de carne y de sangre, el hombre grosero y voluptuoso, no ve este poder, porque á los hombres de hoy, para conmooverlos y fijar su atencion, le es necesario el ruido, las cosas que retumben, las máquinas que erujan y que brillen, y las bagatelas que alucinen. Pero aunque duden de esta verdad, Dios es el que hace lo que obra el sacerdote, á quien sostiene como por su intermediario, porque está á la diestra del mismo. Luego el sacerdote es una nece-

sidad, pero necesidad real; la sociedad no puede pasar sin él, como el individuo sin pan. El sacerdote no nos sirve solamente por sus oraciones; su necesidad entre nosotros es lógica. Cuántas enemistades reconciliadas, cuántos esposos é hijos arreglados, cuántas víctimas arrancadas al vicio, cuántas faltas reparadas, cuántas iniquidades prevenidas, cuántas penas consoladas, cuántas miserias secretas, socorridas y dulcificadas, cuántos bienes restituidos por mediación del sacerdote, cuántos!; . . . Más ¿sabeis lo que es el sacerdote? Preguntadlo á los ímpios, á los indiferentes, al mundo entero. Un autor, desgraciadamente célebre, Lamennais, dice: «El sacerdote por deber, es el amigo, la Providencia que acompaña á todos los desgraciados, el consolador de los afligidos, el amparo del que está privado de defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desordenes y de todos los males que enjendran vuestras pasiones y funestas doctrinas. Su vida entera es de una larga y heroica abnegación. ¿Quién de vosotros consentiría en cambiar, como él, las alegrías domésticas, todos los goces, todos los bienes que los hombres se procuran con tanta avidéz,—en trabajos oscuros, en deberes penosos en funciones cuyo ejercicio lastima el cora-

zon y repugnan á los sentidos, para no recoger muchas veces otros fruto de tantos sacrificios que el desden, la ingratitud y los insultos? Mientras que vosotros disfrutais de un sueño agradable, el hombre de caridad, adelantándose á la aurora, ha vuelto al curso de sus benéficas obras; ha socorrido al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del desgraciado, ó hecho correr las del arrepentido, enseñado al ignorante, fortificado al débil, sostenido en la virtud á las almas gastadas por el torbellino de las pasiones. Después de los trabajos del día, empleados en tan benéficas obras, llega la noche, pero no el descanso, y mientras que vosotros os entregais á él, ó cuando el placer os conduce á los espectáculos y á las fiestas, á él se le llama con precipitación, interrumpiéndole su sueño y su descanso, para que ejerza el ministerio sagrado. Un cristiano toca á los umbrales de la muerte, va á morir y quizás de una enfermedad contagiosa; —no importa, el buen pastor no dejará espirar su oveja sin dulcificar sus angustias, sin rodearle de consuelos, de esperanzas y de fé, sin orar á su cabecera al Dios que murió por él, para que le dé en aquellos momentos en el Sacramento de amor, una prueba cierta de su inmortalidad.»

Ved al sacerdote, vedle tal como vive en medio de nosotros. Algunas veces, tal vez la naturaleza inferior, es decir, el hombre grosero, esta envoltura de lodo que le sirve de vestido, puede faltar en su carrera é impelerle á hacer actos contrarios al espíritu de su vocacion: convenimos en esto; pero por fortuna estos casos son raros y no tenemos embarazo en confesarlos para nuestra enmienda; más entónces preciso es que se haga el discernimiento del hombre y del sacerdote. San Pablo, aquel sacerdote tan adecuado de los primeros tiempos de la Iglesia, sentia dentro de sí mismo dos leyes que se combatian: la una que le invitaba al mal, que no queria, y la otra que lo separaba del bien que queria. Tales excepciones, por lo regular no tienen lugar, sino para gloria de los unos é instruccion de los otros. El sacerdocio católico nada pierde de su fuerza en tales casos, si no es á los ojos de los que no contemplan su conjunto, su magnificencia, y cuya vista está muy débil para soportar todo brillo. ¿El sol acaso, es ménos grande y ménos saludable, porque algunas ligeras nubes vengan á ocultar sus rayos?

Dígase lo que se quiera, el sacerdote será siempre el mejor maestro del mundo. Desengañémonos: para instruir al hombre, para hacerlo

verdaderamente moral y dirigir hácia un fin honesto las disposiciones de su corazón, es necesario más que el génio; las mismas pasiones generosas no serian bastantes: es necesaria la mision. «Hubo un hombre enviado de Dios, dice San Juan, que vino para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era la luz; pero debia dar testimonio de la luz.» Dios es quien consagra los maestros que envia; El quien les inspira con su soplo y les anima con su espíritu. Que se me explique, si se puede, esta inmensa diferencia que se hace notar por do quiera entre la enseñanza del hombre del mundo y la del sacerdote católico. No ignoro qué nobles esfuerzos se han tentado en todos tiempos para conseguir lo que se desea; pero despues de muchos ensayos, se ha venido á lo mismo; porque espantados, y justamente, de la corrupcion de las masas, queriendo detener en su principio esta degradacion siempre creciente, muchos hombres de talento han apelado á lo sublime, á las pasiones generosas pero sin éxito. Su voz ha sido oída es verdad; muchos han corrido á ese llamamiento general, una cruzada poderosa se ha formado bajo su bandera contra el desborde de las costumbres. Todo se ha puesto en juego, hombres, libros, dinero, coronas;

todo se ha dado con profusion, así en las grandes como en las pequeñas poblaciones . . . más lo diré de una vez? Este lujo de medios nada ha producido de consolador. Las halagüeñas esperanzas que se habian concebido se han desvanecido, no dejando en pos de sí más que la desoladora perspectiva de un mal en creciente é incurable. (1)—Se quiere conocer la fuente,

(1) Los cuadros de estadística suministrados por el gobierno, prueban que el estado de la moral, que determina el número de acusados, ha variado poco en Francia desde hace quince años, aunque la instruccion durante este período haya progresado, y lo que sobre todo aflige, es que el resultado de estos mismos cuadros demuestra que la clase que ha recibido una instruccion superior, ha presentado tres veces más acusados, respecto de la poblacion ignorante. No queremos concluir de aquí que la ilustracion sea inútil y peligrosa, no; ni rechazar tampoco lo que un célebre ministro inglés, Canning, decia: *La Francia instruida será la nacion más grande del mundo*. Lo que se ha querido olvidar y lo que produce la causa del mal, es, como lo ha dicho uno de los más ilustres publicistas, M. Royer Collard—en su dis

la razon precisa de tan amarga y desesperante decepcion? No la busqueis en ninguna otra parte más que en la ausencia del sacerdote. Se ha querido enseñar y entre todos los que se han propuesto ese objeto, solo ha faltado el que tiene la mision de enseñar, resultando de aquí que todos los esfuerzos han sido inútiles; porque la juventud que ha afluido para instruirse, tuvo libros, es verdad; pero se le ha cerrado el grande, el solo libro de la Ley y los Profetas. Se han formado en nuestras escuelas bellos cuadros de números; mas la primera de las unidades, la esencial, sin la que no hay número posible, Dios y su cruz, faltaban en ellas. Para dar un barniz de religion á tales instituciones filantrópicas ¿qué se ha hecho? Se han formado sobre el pa-

curso pronunciado en 1817—que sin la educacion, la instruccion es un instrumento de ruina.

Sí, la instruccion, desprovista como está hoy, de toda sancion religiosa de toda educacion moral; la instruccion que se da actualmente, reducida á leer, escribir, etc., es la que produce más crimenes, y es un azote de testable. [Montalembert. *Cámara de Paris*, 4 de Marzo de 1840.]

pel, en el aire, grandes trazos, se inventaron sublimes teorías; pero en el fondo, todo no fué más que juego, profusion de palabras, y nada más. Ahí están los hechos.

¿Quiénes se habian encargado de la enseñanza? Hombres sabios, si quereis, entregados con asiduidad á su ministerio; pero desprovistos del carácter sagrado, de la investidura divina, de aquella autoridad imponente que hace que la palabra sea á la vez la luz que esclarece, el freno que reprime y el apoyo que fortifica. Mientras que la palabra del filósofo es estéril en virtudes, la del sacerdote es espíritu de vida, como Dios de quien es la fuente.

¿Se dirá que queremos el monopolio de la enseñanza para el sacerdote? Nó, no es este nuestro pensamiento, ni nuestro deseo. En materia de enseñanza, confesamos el monopolio es la peor de las tiranías. ¿Cómo se concibe que un país como el nuestro, donde la libertad es de derecho público, se tenga el atrevimiento de decirse á un hombre: Eres libre, pero tu hijo será educado por un cuerpo privilegiado, ó bien será declarado incapaz?—¿Sabeis lo que queremos? Que nos cierre la puerta como á los intrusos, ó á los parias; lo que queremos es que se nos permita ejercer libremente nuestra mision

de enseñar. ¡Cómo! Al salir del santo templo donde el sacerdote acaba de recibir la unción santa y el poder de instruir á toda criatura, es posible que se encuentre hombre que le cierren la boca en nombre de la ley? ¡Esto es intolerable! Lo que queremos, pues, es que se recuerde ó que se sepa, si no se ha sabido jamás, que la nación francesa, tan bella, tan ardiente y rodeada de tantas glorias, todo lo debe el sacerdote, á quien se esfuerza en aniquilar, en reducir, como un genio meléfico y peligroso. Lo que quisiéramos, en fin, es que no se olvide, que las conquistas y el progreso de las naciones conquistadas, es debido al génio del sacerdote, quien ha dulcificado la dura condicion del esclavo; que él, con el poder que le inspira su divina mision, no solo ha ganado á los conquistados, sino que los ha conducido á la verdadera civilizacion y al verdadero progreso.

Nada contribuye tanto á inspirar el amor de la moral y de la religion, como la palabra y el ejemplo: ¿y quién posee mejor estas dos cualidades que el sacerdote, cuyos labios y cuyo corazón, son los depositarios de la ley y de la moral, porque Dios le ha impuesto un precepto riguroso de enseñar la una y la otra? ¿Qué diríamos todavía, si, siguiendo al génio del sacerdo-

te en su marcha progresiva al través de los siglos, nos detuviéramos con él, la luz al través de las tinieblas, la ciencia al través de las sombras de la ignorancia, y la caridad al través del egoísmo? Pero como todos estos cuadros los vamos á presentar á los ojos del lector en la obra que le ofrecemos, nos limitamos, por ahora, á lo poco que se ha dicho.

En estas simples observaciones se ve el fin que nos hemos propuesto. No es una utopia la que presentamos al mundo de un sacerdote imaginario, como el orador de Ciceron, sino el sacerdote tal como es, como vive entre nosotros, y como ha vivido siempre en la sociedad, porque este libro lo hemos escrito para todos, hemos procurado ponerlo tambien al alcance de todos. Se trata de un negocio importante y de una cuestion social, porque sin sacerdotes no hay religion, sin religion no hay sociedad, sino desórden, anarquía y caos.

Dirémos, pues, al filósofo. No quereis sacerdotes; y por ésto quereis aplastarlos bajo vuestras plantas y enemistarlos, con vuestros escritos. Ved el por qué de vuestra rabiá tan fecunda, y vuestra colera tan estéril. Y sin embargo, atended á este pobre sacerdote, á esta débil planta que oscura vejeta, que circula sin aparato, con

quien os dais de codo en las calles, á quien insultais y contra quien blasfemais; tened pues entendido que él no perecerá, él sobrevivirá á vuestro desprecio, á vuestros anatemas, á vuestro aborrecimiento, á vosotros mismos; caereis, perecereis, no quedará de vosotros el más lijero vestigio, y él continuará viviendo. (1) Mil ochocientos años hace que una voz más fuerte que la vuestra lo ha enviado en medio del mundo, sin alforja, sin callado; y con todo, ha cumplido la mision que se le confiara, sin que él, ni vos puedan cambiarla. A no dudarlo, de él es de quien vos y la sociedad reciben la vida. Y si nó, decidme: si este sacerdote debiera morir ó hubiera muerto al llenar su mision y bajo los golpes del filosofismo, ¿no es verdad, que ya fuera tiempo de que su ataud estuviera cerrado, y que sus cenizas las hubiera arrebatado el viento?

A los indiferentes les diremos: Ved á este hombre, al sacerdote: examinadle bien; no os contenteis con atender solo á sus excepciones, ni le juzgueis al través de vuestras preocupa-

[1] Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cetros Libani, et transivit, et ecce non erat: et quae sevitum, et non est inventus locus ejus. Paal. 35.

ciones. No digais: no le conozco y poco me importa conocerle. Es cierto que no le conoceis al expresaros así, y con todo, mucho os importa conocerle, supuesto que vuestros hijos desean ver, saludar y ser acariciados por él, y en caso de que este hombre sea dañoso y perjudicial: nada más conveniente que conocerle para separar aquellos seres de él, y si realmente es útil, necesario á la sociedad de quien es miembro, vuestra indiferencia no solo seria una falta sino un crimen.

En fin, á los amigos del sacerdote les diremos: vosotros cuyos gustos piadosos y felices costumbres se identifican con las del sacerdote: cuidado! No olvideis á quien hablais; no es á un hombre como vosotros, sino al embajador de Dios; respetad siempre, considerad y honrad al sacerdote.

La empresa que he acometido es grande, difícil. ¿Se me aplaudirá por haber emprendido escribir la historia del sacerdote católico, desde el Cenáculo hasta nuestros dias? No lo sé ni me atrevo á asegurarlo, porque los acontecimientos distan mucho de nosotros, y el objeto no es nuevo; la historia sacerdotal ha sido escrita con celo y talento. Sin embargo, sea cual fuere el resultado, tendré al ménos el consuelo

de haber trabajado por mi parte por la gloria de este monumento imperecedero de mi religion y si en medio de tantos escritores, con que se honra el sacerdocio, yo sucumbo bajo el peso de mi empresa, y mi nombre continúa oscuro, al ménos encontraré un consuelo en la gloria de los que me aventajaron. Trabajo inmenso es por cierto, abrazar un período de mil ochocientos años, y seguir el progreso y beneficios de una institucion, que siendo en sus principios tan débil, se ha elevado á la grandeza actual, y cuyos rayos son refulgentes.

La antigüedad tuvo el privilegio de hacer intervenir las divinidades en el nacimiento de las ciudades, ó de los hombres ilustres para imprimirles un carácter más augusto, y si alguna institucion tiene el derecho de la santificacion, por su origen, es el sacerdote católico que mucha gloria se ha adquirido por el bien que ha hecho al mundo entero, para que los hombres se resignen á darle á Jesucristo por autor. Pero ya sea que se admita ó se rechace esta verdad, lo que no es el punto esencial de nuestras discusiones, yo quisiera que se observara al sacerdote católico descendiendo del Calvario con una cruz de madera en la mano; que se conociera

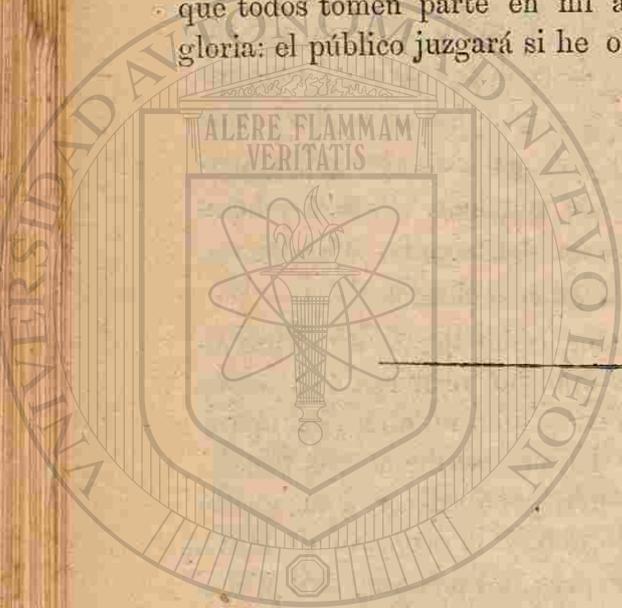
cómo á su voz, todo un muudo idólatra y envilecido por la corrupcion, ha cambiado de creencia y de costumbres; cómo despues de haber sido el más ignorante, el más pequeño y el último de todos, él se haya convertido en el más sábio, más grande y el primero del mundo; cómo en fin, este pobre sacerdote tan mezquino, tan despreciable y tan perseguido desde que apareció, haya vencido á sus verdugos y al universo. Por otra parte, ó mucho me ciego sobre mi empresa, ó jamás institucion alguna ha sido más grande, más santa, más rica en virtudes. ¡Qué série de sacerdotes todos célebres por su eminente piedad, ofrece la Silla Apostólica durante los nueve primeros siglos. Un gran número de ellos han sido mártires de la fé, y en este espacio de novecientos años, no hay sino tres ó cuatro que no se veneren por su santidad; en el curso sublime de los tres últimos siglos. ninguno hubo en quien faltaran las costumbres irreprochables. Que se encuentra sobre la tierra un trono ocupado por diez y ocho siglos por una sucesion de príncipes que sea en general tan imponente, tan esclarecida, tan venerable como la de los Pontífices Romanos!

Algunos quizá temerán encontrar en esta obra á causa de su naturaleza, algunas discusiones po-

líticas, desengañaré á los unos y aseguraré á los otros. Sacerdote de Jesucristo, no conozco otra política que la de salvar las almas, de hacer amable y querida por doquiera mi religion, por sus amigos y sus enemigos, desganarlos á todo para Jesucristo, de orar por todos; el clero tiene ó no puede tener otra política evangélica, porque es la que solo le conviene. Para los hombres son los intereses del mundo. Para los sacerdotes, los de Dios: este el mio.

Si se quiere saber cómo llegue este libro al público, ¡ah, Dios mio! ¿lo recibiran como otros tantos? ¿Hay quien se admire ahora del aparicion de un libro? El uno escribe no más por escribir, el otro no más por obedecer á su gusto: quizá en mí sea lo uno y lo otro. No obstante, ¿quereis que os exprese mi pensamiento? Ved el motivo porque escribo; en el silencio de mi soledad he querido estudiar las funciones, el sacerdocio de que estoy investido; desde luego he trazado unas líneas. A poco la materia me ha parecido tan fecunda y el asunto tan halagüeño, que lo he creido infinitamente rico. Entónces, lo diré, me he encontrado orgulloso, yo el último y el más indigno del clero, por ser miembro de una institucion tan respetable como jamás

huvo existido. No he querido guardar para mí solo los títulos de mi nobleza, y he deseado hacerlos conocer, ó recordarlos á todos, á fin de que todos tomen parte en mi alegría y en mi gloria: el público juzgará si he obrado bien.

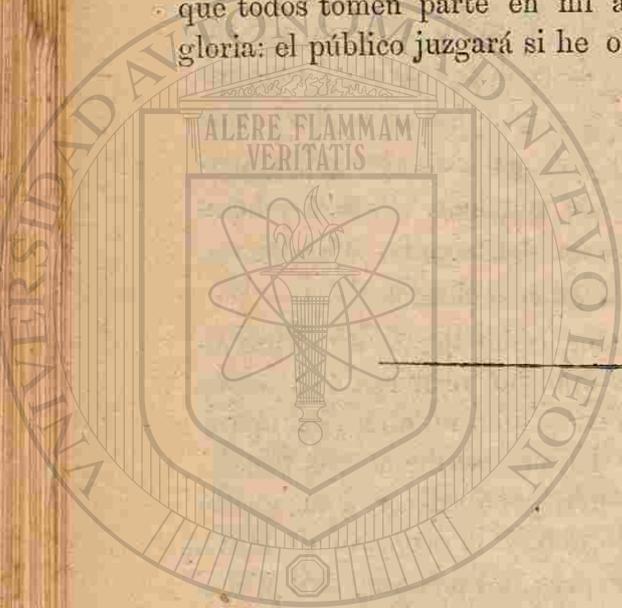


## CAPITULO II.

## EL MUNDO ANTES DEL SACERDOCIO CATÓLICO.

Si con la antorcha de la historia en una mano nos remontamos al origen de los tiempos, y partiendo del Calvario penetramos en la antigüedad, no podremos ménos que intristecernos y compadecernos de la vida humana. ¡Qué ignorancia tan profunda en todo lo que es vida y amor, que costumbres tan groseras, que insólitas alegrías, qué feroces preocupaciones circulan en la sociedad, y como otros cánceres mortíferos la minan insensiblemente! En medio de tan-

huvo existido. No he querido guardar para mí solo los títulos de mi nobleza, y he deseado hacerlos conocer, ó recordarlos á todos, á fin de que todos tomen parte en mi alegría y en mi gloria: el público juzgará si he obrado bien.



## CAPITULO II.

## EL MUNDO ANTES DEL SACERDOCIO CATÓLICO.

Si con la antorcha de la historia en una mano nos remontamos al origen de los tiempos, y partiendo del Calvario penetramos en la antigüedad, no podremos ménos que intristecernos y compadecernos de la vida humana. ¡Qué ignorancia tan profunda en todo lo que es vida y amor, que costumbres tan groseras, que insólitas alegrías, qué feroces preocupaciones circulan en la sociedad, y como otros cánceres mortíferos la minan insensiblemente! En medio de tan-

tas miserias, espectáculo aterrador es ver al hombre, á esta criatura tan noble, tan inteligente, materializar su pensamiento, manipular con sus dioses, y colocar en estas manipulaciones insensatas, la razon de su sér y el término de sus esperanzas.

La sabiduría del Pórtico y de la Academia, divulgaba gravemente máximas de moral; pero en ellas, cuántos errores, cuántas cosas vagas incoherentes, comunes y áun contradictorias! Ellas han sobrevivido despues de la caída de los filósofos que las publicaron, cómo las pirámides del desierto, palacios inmortales de la muerte. Para formarse una idea exacta de aquella sociedad antigua, tan famosa, tan elogiada por algunos, no tenemos más que recorrer su código. En verdad es humillante para nuestro orgullo ver reducida á algunas líneas las máximas de la sabiduría humana, ¡y de qué manera! Aquí, Dios está representado como un no sé qué de oscuro, vago, abstracto, inconocible. Allí, su nombre, su existencia, su accion, son enteramente olvidadas. Aquí, es declarado infame el hombre sin amigos: ved, pues, tachados de infames las tres cuartas partes del género humano, la porcion más interesante de la humanidad; los pobres y los infortunados. Allí el suicidio es proclamado

heroismo y llega á ser una ley. En religion, ¡qué de extravagancias tambien! Ved al orgulloso habitante del Nilo buscar en las riberas del rio que lo nutre un animal salvaje que se cria en sus aguas para prostituirle su incienso y sus oraciones. Las legumbres que nacen en sus jardines, son para este pueblo otros tantos dioses dignos de sus adoraciones; el error y el crimen, de tal manera embrutecieron y degradaron al hombre, que la más ligera centella de verdad y de virtud lo irrita y lo hace cruel. La sábia, la ilustrada Atenas, ¿no condenó á muerte á Sócrates, no más par enseñar la unidad de Dios? El romano, aquel soldado tan valiente, tan altivo, ¿no temblaba, asustado como un niño ante las entrañas palpitantes de un toro ó una ternera que degollaba, aguardando de tal sacrificio impuro, una respuesta favorable de victoria ó de derrota, de vida ó de muerte? Entre algunos pueblos, la supersticion, hija de la ignorancia, habia extinguido los más nobles sentimientos de la naturaleza; en la Galias y en Cartago, se inmalaban víctimas humanas, y los diré aun con vergüenza de la humanidad, mujeres se vieron, que olvidado su maternidad, solicitaban de los feroces dioses, como un favor distinguido, tener por agradable el sacrificio de sus

hijos....! Todas las virtudes del paganismo eran, con raras excepciones, virtudes contra la naturaleza. (1)

La ignorancia del verdadero principio, habia llevado á terribles consecuencias; Dios ignorado, ó desfigurado, ¿qué podria ser del hombre? ¿Cómo explicar su naturaleza y sus destinos? Se presentaba además al ojo menos previsor un conjunto inconcebible de elementos heterogéneos; la sutileza del espíritu, lo grosero de la materia, instintos sublimes, inclinaciones viles abyectas, un deseo inmenso de bienestar, y obstáculos insuperables; un amor decidido, tiránico aun para el bien, un impulso casi irresistible para el mal. A la verdad, las luces naturales habian descubierto, al través de estas extravagancias tan diversas y de estos gustos tan opuestos, un vicio en el hombre, una caída, lo diré de una vez, una ruina sublime. Pero ¿cuál era la causa de

(1) Se dice, y yo lo creo tambien, que los filósofos no participaban de los errores groseros de la multitud. Esta declaracion de Ciceron, en nada disminuye la fuerza del cuadro que represento: pues qué, ¿no obraban en público como las masas?

este cambio? ¿de dónde partia el golpe terrible que habia herido á un edificio cuyos restos parecian tan magníficos.? La razon del paganismo no lo podia descubrir: la orgullosa filosofía, naturalmente déspota, tenia el genio en tutela, y á la ciencia en prision. La palabra del maestro y la voluntad del destino explicaban todo, ó más bien, respondian á todo. De ahí un soberano desprecio por el hombre. En Roma, Mário derrama á su antojo la sangre de los nobles, Sylla la del pueblo. Los cómplices del traidor Catilina se obligan solemnemente matar á sus propios padres. (1) Augusto ordena al padre y al hijo que se maten mutuamente, y el padre y el hijo se matan mutuamente. (2) El senado es demasiado vil aun por el mismo Tiberio. (3) Los leones africanos eran cosa más sagrada que los hombres. Un paisano que hubiera disputado su vida contra estos animales, era soberanamente castigado. (4) Calígula deseaba que el pueblo romano tuviese una sola cabeza para cortár-

(1) Salust. in cat —44.

(2) Id. id. Bell. Rugier.

(3) Tácit. An.

(4) Cod. Teod. t. 6.º p. 22.

sela de un golpe. (1) Tito, para celebrar la fiesta de su padre Vespaciano, arrojó tres mil judíos para que fuesen devorados por las bestias. (2) Era muy comun ver degollar cinco mil, seis mil, diez mil, veinte mil personas de todo rango, todo sexo, de toda edad, por una sola sospecha del emperador. (3) El infanticidio estaba autorizado por una ley de Rómulo, continuada por las Doce Tablas. No se crea que tantas muertes inquietasen á los romanos, porque cuando no era por la mano del verdugo, ó por los dientes de las fieras, ellos mismos se mataban. El suicidio era muy comun en Roma, como sucede siempre entre los pueblos corrompidos. El hombre sensual cae en el estado del bruto y muere indiferentemente como él. Cuando el sentido moral se extingue absolutamente, ¿qué quedará?—El amor de lo que no es, de la nada. La mitología con sus ficciones encantadoras, la religion con sus fiestas brillantes, la moral filosófica con su cómoda licencia, no podian llenar las

(1) Suet. in vit.

(2) José—de Bell. jud.

(3) Tácit. lib. 15.—de Ann. Dion, lib. 76 p. 1290.  
Herodías lib. 4 p. 150.

necesidas indefinibles que la humanidad sentia. Miéntras más se avanzaba hácia el porvenir, más trabajado se encontraba el hombre por no sé qué impaciencia desconocida: un malestar contagioso habia invadido á todos los pueblos; se habria dicho que eran los preludios de un difícil alumbramiento. Nunca la paz, ese beneficio tan grande del cielo, fué turbado con ruidos tan misteriosos como entónces, los cuales saliendo de las ciudades, se esparcian por las aldeas y hasta las cabañas más remotas se asediaba á los adivinos, se interrogaba á los ancianos, se exhnaban por todas partes las más antiguas poesías, se consultaban las tradicciones más antiguas; las de Cumas y de los hebreos, eran muy célebres sobre todo. El dacio bajo su choza, el arabe en su tienda, el bátavo en sus pantanos, cada uno en su lengua interrogaba al siglo futuro. Alguna cosa misteriosa se agitaba en el fondo de los corazones. Aténas levanta un altar al Dios desconocido. (1) Virgilio en su entusiasmo lírico, exclama: (2) «Ha llegado la última edad predicha por la Sibila de Cumas; de los siglos

(1) Act. de los Apóst. c. 17 v. 25.

(2) Virg. Eglog, 4.

fatigados el grande órden renace; ya vuelve Astrea, y con ella el reino de Saturno; de lo alto de los cielos, desciende una nueva descendencia . . . . . Los tiempos han llegado; asciende á los honores supremos, hijo querido de los dioses. De Júpiter majestuoso retoño, mira sobre su eje vacilante bambolearse el mundo: mira la tierra, la inmensidad de los mares. el cielo y su bóveda profunda, la naturaleza agitarse con la esperanza de un siglo venidero!»

«¡Oh, quién pudiera conservar una larga vida y poderosas fuerzas para celebrar tales acciones! No, no temeré ni á Orfeo de Tracia, ni á Lino; aunque fuesen inspirados, Orfeo por Caliope su madre, Lino por su padre el bello Apolo. Pan mismo, si tomase la Arcadia por juez de nuestros combates, á juicio de Arcadio, Pan se juzgaría vencido.»

El génio de la poesía, aquel armonioso eco de las alegrías y tristezas de la sociedad, habia sentido, como lo indican los versos de Virgilio, aquellas secretas agitaciones que turbaban entónces las creencias del viejo mundo pagano. La nueva faz de la humanidad así lo comprendia. El nuevo espíritu, de ello se apercibia, ¿y dónde podian, en efecto, hacerse más ostensibles sus iluminaciones que en aquellas revela-

ciones de los nuevos destinos de la humanidad. Así como en alta mar despues de una tempestad, cuando se restablece la calma y el nuevo día aparece, y el ave canta sobre el horizonte, los pasajeros con el oido atento y la vista fija en el Oriente, saludan con impaciencia la aurora que se levanta.

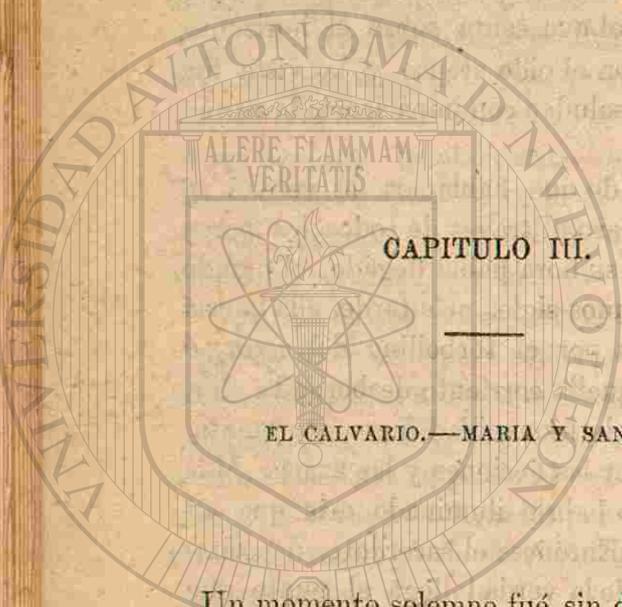
En la época de que hablamos, la verdad se habia abierto paso al traves de todos los poros de la sociedad; su hora habia llegado, el mundo la poseía. Algunos siglos más tarde, ella habria sido confundida por el torbellino del error, ó ahogada por aquella corriente desbordada. Necesario era que la humanidad fuese atormentada, triturada por las ficciones y las armas. Más tarde, su luz no habria iluminado más que un grande osario. Entónces el sacerdote, depositario y ministro de la verdad llega al punto que se le confiara. Corre desde la altura de los cielos, y con su génio luminoso se extiende dulcemente sobre la humanidad, la reanima, la vivifica con su aliento, y le señala allá en lontananza una nueva tierra y mejor porvenir: la civilizacion del mundo por la caridad.

*sumado.* El sol cubrió con un velo sangriento su disco luminoso, y amenazó al pueblo deicida con una noche sempiterna. La naturaleza se revistió con un manto de duelo; la tierra se cernió sobre sus ejes, inmensas abras hendieron el Calvario (1) el velo del templo fué violentamente desgarrado, los sepulcros se abrieron y dieron paso á sus víctimas para volver á la vida. En medio de aquella agitacion universal, en el momento de tan lúgubre trasformacion, sobre la cima de aquel doloroso Tabor, aparecen de pié, inmóviles, dos generosos personajes; se les supondria extraños al desórden general,—tan absorbidos estaban en la contemplacion de la augusta víctima. Un hombre y una muger, Juan y Maria, vírgenes los dos, ambos herederos legítimos de las virtudes de la inmortal víctima. Ahí

grande eclipse de sol que jamás se hubiera visto; que al punto del medio dia, las estrellas se dejaron ver en el cielo.

Con ocasion de este eclipse. D'onisio, astrónomo, exclamó: ó la naturaleza se destruye, ó el autor de la naturaleza sufre.

[1] Todavía se ven ahora estas abras en el Calvario



Un momento solemne fué sin duda aquel en que el Hombre-Dios, el Sacerdote eterno fué clavado en el patíbulo del esclavo. Un fenómeno inaudito hasta entónces se manifestó en los cielos, repitiendo al mundo admirado la última palabra de la ilustre víctima. (1) *Todo está con-*

[1] Phlegon refiere que en la vigésima Olimpiada correspondiente al año 33 de la era cristiana, hubo el más

estaban firmes, atentos porque era la consumación suprema, el fin de los dolores, la promulgación de la paz por el amor; era el último suspiro, la última mirada y el último coloquio. ¡Oh, quién me hubiera concedido entónces sondear el pensamiento de aquellos tres corazones angustiados por la muerte! ¡Quién me dijera lo que hubo de punzante en aquel sublime dolor y en aquella heroica resignación del alma de aquella mujer, virgen y madre al mismo tiempo, cuando oyó la palabra de separación?.....

¿Quién podrá pintar y contar los sentimientos que oprimieron el corazón de Juan, cuando Jesús moribundo le constituyera tutor de su madre, heredero de todas sus prerogativas de hijo, depositario de su mandato divino, legatario universal de su sacrificio? Juan y María estaban allí á los ojos de Jesucristo, como cuarenta siglos ántes se encontraron Adán y Eva en el paraíso á los ojos de Dios, despertándose á la vida y comenzando á la cabeza del género humano el curso de sus destinos. La muerte habia entrado al mundo por un hombre y una mujer; la vida debia tambien entrar de nuevo al mundo por un hombre y una mujer; el lugar, pues de partida designado desde la eternidad para la restauración moral del mundo, era el

Calvario. Allí estaban por tanto los dos: Juan y María representando la especie humana que de todas partes afflúa para recoger las primicias de la regeneración por la sangre. La muger venia para conquistar allí sus derechos, porque hasta entónces estaba envilecida, maltrada; se le habia desconocido, habia sido arrastrada por el lodo, se le habian hollado las insignias de su dignidad de madre y de esposa; su cetro habia sido indignamente roto por las pasiones brutales del paganismo; ella en fin, vino ahí donde se le citó á fin de purificarse con la sangre que manara de aquella inocente víctima de su antigua esclavitud, para ascender digna, potente, á la altura de sus nuevos destinos, porque desde entónces la muger debia ejercer en el mundo un sacerdocio tambien digno, potente y á la altura de sus nuevos destinos; porque desde entónces la muger debia ejercer en el mundo un sacerdocio importante: la maternidad.

¿No es en efecto, la muger quien nos dá todo lo que somos? Ella es quien nos inicia en los inefables misterios de la vida, quien nos hace conocer nuestra existencia con sus cuidados y caricias: ella la primera que nos santigua en nombre de la Trinidad cristiana, que nos habla de Dios y del cielo; ella quien implanta en no-

sotros nuestras primeras ideas, nuestros primeros sentimientos; la madre es la que reconoce el carácter y el genio del niño, aplaude su vocación, lo sostiene contra el descontento paternal, le consuela, le fortifica, y en fin, le entrega á la sociedad. (1) La muger es todavía, la que hace

---

[1] Lerminier. *Filosof. del derech.* t. 1. p. 126.

Por do quiera existe esta influencia, dice Aimé Martin en un libro que estamos muy léjos de aprobar en general, pero que está lleno de sentido y de razon para el objeto de que tratamos. Por do quiera ella determina nuestros sentimientos, nuestras opiniones y nuestros gustos; por do quiera, ella labra nuestro destino. *El porvenir del niño*, decia Napoleon, *es siempre obra de su madre*, y el grande hombre se complacia en decir que debia á la suya haber llegado á tan alto. Ahí está la historia para justificar estas palabras: veinte volúmenes no bastarian para recojer todos los grandes ejemplos de la influencia maternal que se ofrecen á nuestra memoria. Un hijo del pueblo, el célebre Kant, se complacia en repetir que todo lo debia á los piadosos cuidados de su madre. *No olvidaré jamás*, decia en su vejez, *que ella fué la que hizo germinar el bien que se encuentra en mi alma.*

la gloria y la felicidad de la familia, porque su mision nunca termina. Era necesario, pues, de todo rigor, que ella estuviera al pié de la cruz para vigorizarse allí en el sacrificio de toda su vida, á esta inmolation de todos los momentos, á este sacerdocio de la maternidad, que importa nada ménos que las solicitudes del sacerdocio mismo. La muger se sacrifica, como Jesucristo, como el sacerdote, á la conservacion del género humano. La muger, por la cruz, ha tomado al lado de su esposo, el lugar que Eva al lado de Adan antes de su caída, se ha hecho su compañera. (1)

---

Y nuestro ilustre Cubier, ¿no atribuia á su madre, toda la gloria de sus estudios y de sus descubrimientos? [*Educ. de las mad. de fam. c. 4.*]

[1] Los periódicos han publicado, hace poco, la relacion de un médico inglés que la curiosidad habia conducido al oriente. Llevado por casualidad á un mercado de esclavos, percibió como unas veinte mujeres griegas, medio desnudas, acostadas en el suelo y que aguardaban un comprador: una de ellas habia llamado la atencion de un viejo turco. Este bárbaro tocó sus espaldas, sus piernas, sus orejas, examina su boca, su

A su lado estaba tambien de pié Juan el ingénuo, el cándido discípulo, el apóstol virgen. Consagrado sacerdote horas ántes, habia venido tambien allí para templar sus armas al pié de la cruz; cita general, donde para lo sucesivo era necesario buscar al sacerdote; allí se le comunicó aquel fuego que debia arder siempre sin consumirse jamás: el fuego del amor divino que debia arder siempre bajo pena de muerte; por-

cuello con mucha minuciosidad, como se registra un caballo, y durante esta inspeccion, el mercader hacia valer la belleza de sus ojos, la elegancia de su talle y otras muchas de sus perfecciones, protestando que la pobrecita no pasaba de los trece años, que era virgen, y que por la noche, ni soñaba ni roncaba. En fin, despues de un severo exámen y algunas contestaciones sobre precio, fué vendida en cuerpo y alma en 1375 francos. Es verdad, que poco se contó con su alma para comprarla. La desgraciada, casi desvanecida, en los brazos de su madre, [porque aquella venta infernal se hacia en presencia de ella] imploraba con voz conmovedora el socorro de sus tristes compañeras, que con ella habian sido arrebatadas de la Grecia. Pero en aquella tierra

que para el sacerdote no amar es morir, supuesto que Juan, en la última cena habia reposado sobre el pecho de su Maestro, y de aquel manantial divino habia sacado raudales de amor; habia venido ahí para aprender cuantos sacrificios, cuántos dolores, habia de sufrir en su sacerdocio por amor de su maestro y la salvacion de sus hermanos; vino, en fin, para ser ahí proclamado á la faz del mundo, para ser el protec-

bárbara todos los corazones están endurecidos: la ley es insensible á los males que permite. El negocio fué concluido y la niña entregada á su dueño. Así se desvaneció para ella, como para todas las mujeres en aquellas partes del mundo, el porvenir encantador de amor, de felicidad que la naturaleza les prepara. Esto pasaba en Europa, en 1829, á seiscientas leguas de Paris y Londres, los dos centros del género humano, y en la hora que escribimos, esta historia, es la de la tercera parte de los habitantes del mundo.

Se leerá tambien con interés, así como con sorpresa, mezcla la de indignacion, el decreto siguiente, fijado sobre los tocadores de las damas turcas, por el gran sultán.

tor nato de la mujer, depositario de las grandezas futuras del género humano: tales eran las intenciones del testador, Juan; esta mujer es vuestra Madre. Sublime adopción, inefable, con-

“En atención á que ha llegado á nuestra noticia, y la de aquellos que por deber están obligados á velar sobre la seguridad de los creyentes, que ciertas mujeres sin pudor y sin vergüenza, á imitación de las mujeres perdidas, y las infieles de Peza, dejan ver su nariz y sus labios á los que pasan, ordeno en nombre del Todopoderoso y de aquel que recompensa la virtud, que las mujeres y las niñas de los creyentes, se abstengan rigurosamente de semejantes indecencias: y que ellas tengan mucho cuidado de ocultarse y cubrirse con su velo la cara, de tal manera que disimulen sus labios y narices, y no dejen que sus velos los revelen estas partes de su rostro, dejando apenas en aquellos la abertura suficiente para andar en las calles, y guardarse así del contacto impuro de los infieles; que pongan mucha atención en lo que mando, porque si nó . . . . . ¡desgraciadas de ellas!”

Ved lo que es la mujer sin el cristianismo, sin el sacerdote católico.—[Period.: “Los Debates,” 13 de Julio 1841.]

tracto que tiene por testigos á los ángeles, y cuyo signatario es todo un Dios! ¡Dichoza alianza, cuya primer palabra está enlazada á la cruz! Por su Padre, Jesucristo tenía la Divinidad, y por el testamento que se acaba de otorgar, Juan, el sacerdote católico, era el centro comun, el punto de reunión del cielo y la tierra, do la divinidad y la humanidad, la columna misteriosa que une los dos mundos.

Juan era el más joven de los apóstoles, había estrechado á Jesucristo por inclinación, por amor: por tales motivos, el maestro lo había privilegiado. Le fué dado seguirle á todas partes, participar de todas sus glorias, de todos sus dolores; sobre el Tabor, en las montañas de las olivas y sobre el Calvario.

Juan conservó toda su vida el recuerdo de su maestro; dió testimonio de El, en la paz, en la persecución. Desterrado por la fé á la isla de Pathmos, compuso ahí aquel admirable libro, que con justo título llamó *La revelación de Jesucristo Hijo de Dios*, que no es más que un éxtasis de amor. Sobre la roca del diestro, Jesucristo conversaba tiernamente con su discípulo, lo aproximaba á su Divinidad, y le revelaba sus secretos é inefables designios. A pesar de la profundidad de este libro, no sé qué dulzura y

magnífica impresion de la magestad de Dios se descubren ahí ideas tan altas de los misterios de Jesucristo, un amor tan vivo del pueblo que ha rescatado con su sangre, un cuadro tan consolador de sus victorias y de su reino, cantos tan maravillosos para celebrar sus grandezas, que quisiera uno arrebatarlas al cielo y á la tierra. El maestro se ha revelado en él al discípulo; para comprender al primero, es preciso tener el amor del segundo. Vuelto á Efeso, Juan se aplicó á las funciones de su ministerio; repetía sin cesar estas palabras tan conmovedoras que le dictaban su corazon y su caridad: *Hijos míos, amaos los unos á los otros; este es el precepto del Señor, y si lo cumplis, ésto basta.* Admirable poder del amor que reasume el sacerdote católico y la ley toda. Juan es el eco del amor que resuena eternamente en la Iglesia. Su muerte, como la de María, fué un éxtasis, un sueño de amor, que del tiempo los trasportó dulcemente al reino de su comun maestro y amigo: semejantes al sol que cuando por la tarde ha pasado lentamente de uno al otro hemisferio, desaparece á nuestros ojos para ir á alumbrar más allá de los mares al otro mundo que los espera.

## CAPITULO IV.

LA PRIMITIVA IGLESIA.—SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Un grande espectáculo nos presenta la iglesia naciente. Cuando todo estaba consumado, y el sacerdote descendía de la cima del Gólgota, como Moises de la cúspide del Sinaí, radiante de fé, de esperanza y de amor, se lanza al través de las sombras del paganismo, con la cruz en la mano, esparciendo aquí y acullá los tesoros de luz y de virtud. Su primera predicacion la hizo en presencia de los delegados de todas las naciones, el aire libre, y á fin de que los cua-

magnífica impresion de la magestad de Dios se descubren ahí ideas tan altas de los misterios de Jesucristo, un amor tan vivo del pueblo que ha rescatado con su sangre, un cuadro tan consolador de sus victorias y de su reino, cantos tan maravillosos para celebrar sus grandezas, que quisiera uno arrebatarlas al cielo y á la tierra. El maestro se ha revelado en él al discípulo; para comprender al primero, es preciso tener el amor del segundo. Vuelto á Efeso, Juan se aplicó á las funciones de su ministerio; repetía sin cesar estas palabras tan conmovedoras que le dictaban su corazon y su caridad: *Hijos míos, amaos los unos á los otros; este es el precepto del Señor, y si lo cumplis, ésto basta.* Admirable poder del amor que reasume el sacerdote católico y la ley toda. Juan es el eco del amor que resuena eternamente en la Iglesia. Su muerte, como la de María, fué un éxtasis, un sueño de amor, que del tiempo los trasportó dulcemente al reino de su comun maestro y amigo: semejantes al sol que cuando por la tarde ha pasado lentamente de uno al otro hemisferio, desaparece á nuestros ojos para ir á alumbrar más allá de los mares al otro mundo que los espera.

## CAPITULO IV.

LA PRIMITIVA IGLESIA.—SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Un grande espectáculo nos presenta la iglesia naciente. Cuando todo estaba consumado, y el sacerdote descendía de la cima del Gólgota, como Moises de la cúspide del Sinaí, radiante de fé, de esperanza y de amor, se lanza al través de las sombras del paganismo, con la cruz en la mano, esparciendo aquí y acullá los tesoros de luz y de virtud. Su primera predicacion la hizo en presencia de los delegados de todas las naciones, el aire libre, y á fin de que los cua-

tro vientos la llevasen hasta las extremidades de la tierra. Todos indistintamente oyeron la palabra vibrante del sacerdote, los Partos, los Medos, los Elemitas los habitantes de la Mesopotamia, los de la Judea y Capadocia, del Ponto, Asia, Frigia y Panfilia, los de Egipto, la Livia y los extrangeros venidos de Roma, judíos y prosélitos (1) «Hombres de la Judea, exclamó Pedro, y vosotros todos los que habitais Jerusalem, considerad y prestad vuestro oído á mis palabras. Ved lo que fué dicho por el profeta Joel: acontecerá en los postreros dias, dice el Señor, que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos é hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. Derramaré en aquellos dias mi espíritu sobre mis siervos y mis siervas, y profetizarán, y haré aparecer prodigios en el cielo y milagros en la tierra, sangre, fuego y columna de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que llegue el dia del Señor. Y acontecerá que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. Varones de Israel; escuchad

(1) Paganos que se convierten al judaismo.

estas palabras: A Jesus Nazareno, varon aprobado por Dios entre vosotros, con virtudes y prodigios y señales que Dios obró por él, en medio de vosotros, como lo sabeis, á Este, por determinado consejo y presencia divina, lo matasteis crucificándolo, por manos de malvados; pero Dios lo ha resucitado disolviendo los dolores de la muerte, porque era imposible que fuera detenido por ella. . . . porque David no subió á los cielos, y con todo dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por tarima á tus piés, y sepa toda la casa de Israel que Dios hizo Señor y Cristo á este Jesus á quien vosotros crucificasteis. Oidas estas cosas, se compungieron y digieron á Pedro, y á los demas apóstoles: ¿qué harémos? Y Pedro les respondió: Arrepentios, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo; porque para vosotros es la promesa y para vuestros hijos, y para todos los que están léjos, y á cuantos llamare á sí el Señor; y con otras muchas razones los exhortaba, diciéndoles: salvaos de esta generacion depravada. Los que recibieron su palabra fueron bautizados, y llegaron al número de tres mil. Perse-

«veraban en la doctrina de los Apóstoles, en la «comunicacion de la fraccion del pan y en la «oracion. Y todos tenian temor, y los Apóstoles hacian muchos prodigios, en Jerusalem, y «los que creian estaban unidos y tenian todas «las cosas en comun, y vendian sus posesiones «y haciendas, y las repartian á todos, conforme «á la necesidad de cada uno. Diariamente per- «servaban unánimes en el templo, repartiendo «el pan por las casas, tomando la comida con «alegría y sencillez de corazon, elevando á Dios, «y grangeándose el amor del pueblo. Todos los «días aumentaba el Señor el número de los que «en esta asamblea se debian salvar.» (1) La historia de aquellos tiempos era una escena de la edad de oro.

El apostolado comienza. Juan predica á la Asia Menor, Andres á los Seytas, Tomás á los Partos, Felipe á la Alta Asia, Bartolomé á las Indias, Matías á la Etiopía, Simon á Persia. La persecucion se enciende, se levantan los cadalsos la sangre corre y comienza una guerra espantosa: no excusa ni la edad ni el sexo; las plazas públicas, las calles, los caminos, los campos, y

(1) Hechos de los Ap. c. 2 v. 14 á 47.

hasta los lugares más desiertos se cubren de cadaveres, de instrumentos de tortura, de caballetes, de hogueras; por doquiera se goza en la agonía y en la muerte de los inocentes que se degüellan, al horrisono grito de: *los cristianos á los leones*, salta de gozo la multitud ávida de sangre.

Pero las crueldades más refinadas, de nada sirven; mejor es un atractivo: los mártires se multiplican á medida que son segados, su sangre es la semilla de los cristianos. A esta primera persecucion política de los emperadores contra la religion, otra nueva se le junta no ménos encarnizada, y tan terrible como la primera, la persecucion del error contra la verdad. Celso, Porfirio, Volusiano, emplean todas sus astucias, sus genios y sutilezas para destruir la doctrina de la cruz. El sacerdote católico no se intimida por esta nueva lucha. Orígenes, Justino y Tertuliano elevan su voz para evidenciar su conducta y su creencia. Escuchad al tercero, cómo presenta ante los emperadores á los cristianos, á quienes defiende de las calumnias con que se les acriminaba.

«Unidos por los vínculos de una misma fé, «de una misma moral, no formamos más que un «cuerpo. Nos reunimos para orar á Dios, forma-

"mos una santa conjuración para hacerle violen-  
 "cia á que nos vea con bondad: le pedimos por los  
 "emperadores, por sus ministros, por todos los  
 "poderes de la tierra, por el estado presente del  
 "mundo. Nos reunimos para leer las Escritu-  
 "ras, de las que sacamos, según las circunstan-  
 "cias, las luces y advertencias de que tenemos  
 "necesidad. Esta santa palabra aviva nuestra  
 "fé, alienta nuestra esperanza, sostiene nuestra  
 "confianza, nos une más y más en nuestra cre-  
 "encia, inculcándonos el precepto . . . . . Nues-  
 "tras comidas, llamadas *agapes*, de una palabra  
 "griega, que significa caridad, son comunes y  
 "honestas: todo está ahí arreglado por la reli-  
 "gion; no se permiten ni bajezas, ni inmodes-  
 "tias: no se sienta á la mesa, sino después de  
 "haber orado. Se come, solo para satisfacer el  
 "hambre; se bebe, como entre gentes que pro-  
 "fesan la castidad; se satisfacen, creyendo que  
 "van á postrarse aquella noche ante Dios; se  
 "conversa, sabiendo que Dios nos escucha. Des-  
 "pués que se han lavado las manos, y que se  
 "han encendido las antorchas, se invita á cantar  
 "á Dios sus alabanzas que se toman de la Escri-  
 "tura; por esto se verá lo que se ha bebido.  
 "Concluida la cena, se comienza la oración, se  
 "sale de allí, no para cometer desórdenes, ni de-

"cir insolencias, ni fraguar crímenes, sino con  
 "modestia y pudor; se sale de una escuela de  
 "virtudes y no de un banquete.

Tales eran los primeros cristianos: y este ad-  
 mirable bosquejo, de una vida toda consagrada  
 á la gloria de Jesús, lo terminaremos, por esta  
 bella página de San Justino. «Los discípulos de  
 Jesucristo, son á los pueblos, á los que la Pro-  
 videncia los envía, lo que el alma es el cuer-  
 po que dirige y que inspira, porque los cris-  
 tianos trabajan en esclarecer á las naciones que  
 los que inspira, como el alma trabaja en con-  
 servar y purificar el cuerpo que la tiene cau-  
 tiva. Son la luz del mundo, la parte subli-  
 me de la humanidad; solo piden á la tierra la  
 vida del cuerpo, y toda su ambición la po-  
 nen en el cielo; obedecen á las leyes estable-  
 cidas, y las exceden por la santidad de sus cos-  
 tumbres. Todos los hombres los persiguen, y  
 ellos aman á sus perseguidores, ellos correspon-  
 den siempre con bendiciones á sus ultrajes. Cua-  
 dro sublime de caridad y grandeza: cuán admi-  
 eres, oh primera página de mi religión! Dichos-  
 sos, tres veces dichosos los hombres si las pasio-  
 nes no les impidieran admirarte, y sobre todo,  
 comprenderte!

La voz del sacerdote ha repercutido, y ya el mundo cambia su faz; los verdugos fatigados abandonan sus víctimas; el hacha se escapa de sus manos; á vista de esta nueva escena, espantadas y bamboleándose caen, y luego desaparecen los dioses del paganismo, y seguido de tan infame cortejo, de que la habia rodeado la antigua y ridícula supersticion, el viejo Júpiter abandona el capitolio á Nuestro Señor Jesucristo. Vénus deja su lugar al pudor, Juno á la caridad, Diana á la oracion, Neptuno rompe su tridente y deja el imperio de los mares al soplo de Dios; nada resiste al génio del sacerdote. Con razon se dijo entónces que en aquel momento supremo se habia oido una voz exclamar: *los dioses se fueron*, sus templos los aplastaron por todas partes, como á la ignorancia que los levantó, y los últimos suspiros del paganismo moribundo, proclamaron el triunfo del sacerdocio católico.

Sacerdote de la nueva ley, yo te saludo; tu mision es sublime; yo veo que todo lo atraes á tí: que con tus dos brazos tocas á las extremidades del mundo para abrazar y confundir en un mismo amor á la humanidad entera; tu frente está adornada de una corona de donde se esparcen rayos de luz; tus ojos resplancen con las

glorias del Señor, la fuerza de Dios te precede; y vosotras oh montañas, abatid vuestras cimas; rios, suspended vuestro curso; vientos, contened vuestro soplo. ¡Hossana al que viene en nombre de Dios!

Dos personajes dominan la época que acabamos de trazar. Pedro y Pablo. Pedro gefe del apostolado, depositario de las llaves del cielo, columna de la iglesia, base del inmortal edificio. el Abraham del cristianismo. Llegado á Roma para poner los fundamentos de su nuevo imperio, es clavado en la cruz, boca abajo. Pablo el Seráfico, milagrosamente convertido, evangeliza á Efeso, á Grecia, la Provenza y las dos Españas.

«Un dia, pues, que todos los atenienses y extranjeros que permanecian en Aténas, se ocupaban en decir ó escuchar noticias, Pablo de pié ante el Areópago, dijo: (1) Atenienses: me parece que en todo sois hasta supersticiosos, porque pasando y viendo las estatuas de vuestros dioses he encontrado un altar en que estaba escrito: *Al Dios desconocido*. Este Dios, pues, que adorais sin conocer, es el que yo os

(1) Hechos de los Apóstoles, c. 19 v. 24.

«anuncio; el Dios que ha hecho el mundo; el Señor del cielo y de la tierra, y que no habita en los templos contruidos por los hombres, que no es servido por manos de hombres, como si necesitase de alguna cosa, pues El mismo da la vida á todos, así como la respiracion de un solo hombre ha hecho nacer á todo el linaje humano, para habitar sobre la faz de la tierra, determinando el tiempo de la duracion de los pueblos y los términos de su habitacion, para que busasen á Dios, si por ventura lo pudiesen tocar ó hallar, aunque no está léjos de cada uno de nosotros. Porque en El vivimos y nos movemos, y somos; y como dijo uno de vuestros poetas; somos los hijos del mismo Dios, y pues que somos hijos de Dios, no debemos creer que la Divinidad sea semejante al oro ó á la plata, ó á las piedras preciosas que han tomado figura por industria del hombre. Y Dios irritado contra aquellos tiempos de ignorancia, anuncia ahora á los hombres que ha fijado un dia en el que ha de juzgar al mundo, segun la justicia, por Aquel que ha destinado para ser el juez, confirmando la fé de todos, resucitándole de entre los muertos.»

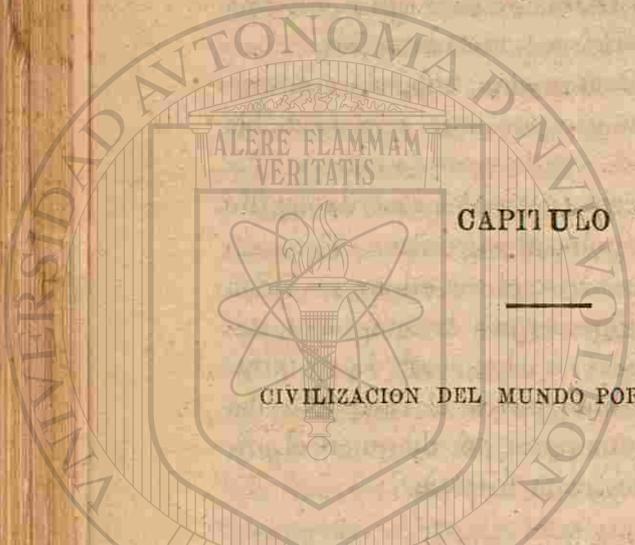
Quando los atenienses oyeron estas palabras, la resurreccion de los muertos, algunos se bur-

laron y otros dijeron, te oiremos en otra ocasion sobre esto. Entónces se retiró Pablo de entre ellos; pero algunos le creyeron, entre los cuales se cuenta á Dionisio Areopagita y á una muger llamada Damaris y á otros varios.

Quando cumplió su mision, cubierta con tanta gloria, dió su sangre por aquel que la habia dado primero por él. Se le cortó la cabeza. La mano que fué á herir á estos dos sacerdotes, dió tambien el último golpe al paganismo. Pequeño y débil en su nacimiento, el sacerdote se habia convertido en un gigante por la tempestad; nada podia ya sustraerse en lo sucesivo á su mirada; ciencias, literatura y artes, el sacerdote iba á abrazarlo todo y marchar por do quier el primero. Esto demuestra la historia.

del golfo dorado, al destello de las lámparas de alabastro, donde humeaba el aceite odorífico del nardo y allí se coronaba de rosas y se adormecía dulcemente al murmullo de las olas, confundido con el sonido de una lira afeminada.

La segunda, entregada al trabajo y á los dolores, bajo los rayos de un sol abrasador, ablandando con sus sudores la tierra endurecida, y engordando con sus carnes los peces reservados para la sensualidad de un patricio, ó bien bajo el casco de un gladiador, sirviendo para enrojecer con su sangre la arena del coliseo en sus juegos monstruosos, donde veinte mil hombres se degollaban en un solo día para divertir á Claudio, su imbécil emperador. A tales amos, y á estos esclavos que igualmente desconocían la dignidad de la naturaleza humana, el sacerdote católico vino á decirles, que eran criaturas y los hijos del mismo Dios, que formaban ambos una misma heredad; que el polvo de los primeros no era más noble que el de los segundos: que todos, en fin, eran iguales á los ojos del que los había hecho á todos. Esta doctrina de la igualdad no fué impuesta por la fuerza; fué predicada por la persuasión y el ejemplo: el interés ante ella guardó silencio; cedieron las preocupaciones; y cuando, en fin, la victoria le fué decididamente pro-



CAPITULO V.

CIVILIZACION DEL MUNDO POR EL SACERDOTE.

Cuando el sacerdote católico salió del Cenáculo, encontró en la Judea, Asia, Gaula, Italia, por todas partes, á los hombres divididos en dos clases, ó mejor dicho, como lo expresaba Aristóteles, en dos naturalezas, libre y esclava. La primera en magníficos aposentos, entre la pompa y el lujo, estasiándose bajo deliciosas sombras, en medio de las estatuas de aquellas divinidades que convidaban al deleite, ó bien bajo las frescas grutas bañadas por las azuladas olas

picia, y que el suelo engrasado y fecundo por la sangre de los mártires hubo producido sus frutos, el mundo desatado de las cadenas del paganismo, habia hecho pedazos otro género de hierros; era deudora al genio del sacerdote de un beneficio digno de admiracion, de un reconocimiento aterno: de la abolicion de la esclavitud.

Pero apenas el dogma de la igualdad fué aceptado, cuando se vieron venir las hordas de los Francos Burgones, Normandos, que intentaban establecer de nuevo la esclavitud, trayendo consigo de las florestas de las Germania, aquella servidumbre que sujetaba al hombre á ser vendido, poniéndole al nivel de los animales. El sacerdote católico resistió de nuevo, oponiéndose como lo habia hecho al quererse establecer cualquiera otra distincion odiosa. Esta vez se armó de todo el poder de su maestro, de que algunos hombres sin duda, han podido abusar, pero que en último análisis, no era más que el predominio de la fuerza inteligente sobre la brutal; del espíritu sobre la materia. En el último análisis, ¿contra quienes iban dirigidos aquellos golpes de ese poder? ¿Era contra los débiles, ó contra los poderosos? ¿Era en favor de los grandes, ó en favor del pueblo por lo que los Obispos levantaron tantas veces su voz, y que Roma lan-

zara sus rayos de lo alto del Vaticano? En sus rescriptos los pontífices nunca dejaron de añadir á sus quejas particulares la voz de las naciones y el interés general y lo hacian así para castigar los malos ejemplos ó la mala administracion de los reyes; era para responder á las quejas que subian como un sordo murmullo, del seno de las poblaciones hasta el trono de los sucesores de Pedro, por lo que estos pronunciaban el anatema contra los Felipe de Francia, los Federico de Alemania, los Juan y Enrique de Inglaterra. La influencia de la autoridad pontificia en la época de que hablamos, era para toda la sociedad como el centro comun, como el punto de apoyo: habia llegado á ser, por la fuerza de las cosas, un tribunal supremo donde se juzgaba en definitiva las diferencias entre los soberanos y cuyos decretos eran igualmente respetados por los príncipes y los pueblos. Roma hablaba y la cuestion quedaba terminada: el órden público, el interés general nada perdian; pero desde que hemos repudiado el ojo del pontífice coronado para conducirnos y su autoridad para juzgarnos, ¿qué hemos tenido, qué tenemos? Revoluciones y siempre revoluciones! . . . . La sedicion, el motin, el arma en el brazo, el petróleo preparado para el incendio, la confu-

sion en las calles, la sangre empapándolo todo, no reconociéndose ya por tribunal competente para hacer justicia ni arreglar las diferencias á ninguna autoridad, ved por qué los pueblos se han visto precisados á hacérsela á sí mismos. ¡Gran Dios, qué terrible es la justicia de los pueblos! (1)

(1) La naturaleza de los gobiernos europeos en la edad media, la influencia del clero en los negocios públicos, como primer cuerpo del Estado: eso era, á primera vista, las solas razones que autorizaban á los Papas á intervenir en el gobierno de los Estados. El carácter de soberano que ellos tenían en Italia, sus derechos particulares sobre el nuevo imperio de Occidente, los intereses de la religion que debían procurar en todas partes, la obligacion de velar por el mantenimiento de la fé y de las costumbres en todos los Estados cristianos, la autoridad que les daba su carácter sagrado de que estaban revestidos para sostener la paz entre los príncipes para prevenir y conseguir los desórdenes, los autorizaban evidentemente y muchas veces aun los obligaban á tomar una parte muy activa en los negocios públicos de los diversos Estados de la Europa. Por no

Añadamos á lo expuesto, que las ideas inculcadas á la Europa por los pontífices, la proteccion que el sacerdote diera á los vasallos, la maternal dulzura de su yugo, la soberbia altivez de los señores, el magnánimo ejemplo dado desde el siglo décimo por San Benito Aniano para dar libres á todos los esclavos que en sus dominios tenia, por la munificencia de su soberano, habian comenzado á hacer bambolear el sistema

querer comprender bien esta posicion de los Papas, una multitud de escritores modernos atribuyen á la ambicion y á una política profana lo que entónces hicieron, cuando todo se explica satisfactoriamente por las circunstancias que hemos expuesto. El concurso de ellas es lo que vindica la conducta de Gregorio IV, Nicolao I y Adriano II, que tanto se ha reprobado por un gran número de historiadores, recomendables por otra parte; pero que no se han penetrado lo bastante de los motivos que obligaron á aquellos pontífices á intervenir en las diferencias entre los príncipes y sus súbditos, ó entre los mismos príncipes como con Luis Debonnaire y Carlos el Calvo.

fendal, cuando las cruzadas le acabaron de dar el golpe de gracia.

Las cruzadas. . . .! y ¿qué no se ha dicho de ellas? ¿á cuántas objeciones no han dado lugar? Ojos miopes no han visto en ellas más que una obra antisocial, como si al contrario, el sacerdote católico no hubiera cumplido una misión esencialmente civilizadora, exhortando á los fieles de su resorte á que se apresuran á llevar nuestras creencias y nuestros principios de progreso al Oriente, que la cimitarra de Mahoma acababa de condenar á la inmovilidad. Se les ha acusado de haber despoblado la Europa, como si los imperios muriesen solo por falta de hombres. La despoblación, por otra parte, es un mal pasajero de que no pueden ser jueces las generaciones siguientes, y más por las que corrieron con tanto ardor á la Palestina. "Era, como decía uno de nuestros escritores, un goce de una admirable dulzura, ir á llorar allí donde se había apurado hasta las heces el cáliz de la margura, porque era para ellos un paraíso, poner el pié sobre el suelo que había sostenido al Hombre Dios." Y las familias que aquellos cristianos en su entusiasmo dejaban á sus espaldas, ¿no encontraban un dulce consuelo con su pérdida, en el

pensamiento que tenían un mártir muerto en tierra Santa y que rogaba por ellos en el Cielo?

Pero quiero permitir que todo fueran puras ilusiones: ¿qué ¿nada era para las glorias nacionales verse llamar los que iban, duques de Atenas, barones de Antioquía, ú de Cesarea sentarse sobre los tronos de Constantinopla y de Jerusalem? ¿Nada era para el bien de la humanidad aquellas nuevas nociones que los cruzados adquirían con su contacto con la culta corte de Bysancio? ¿Eran inútiles para la fusión de los pueblos aquellas expediciones lejanas que abrían nuevas vías de comunicación, que aseguraban á la Europa el comercio de la Grecia, de la Syria del Egipto y de las Indias Orientales? ¿Nada era, en fin, aquella asociación de los pueblos de Europa, que unían sus esfuerzos para la realización de un mismo objeto: constituir la grande unión del Occidente, para que por la primera vez, y á la voz de los Urbanos y los Bernardos, se lanzaran todos juntos sobre el Oriente!

Pero el efecto casi inmediato de las cruzadas tan calumniadas, fué la caída del sistema feudal. Mientras que los tribunales de Jerusalem organizan en la Asia, en la Europa, avergonzado se desplomaba por todas sus partes. Su ruina vino de aquella igualdad que quiso es-

tablecerse entre el habitante del castillo y el vasallo, entre la comunidad del fin y la participación de los mismos peligros. Comenzo entonces á aparecer ménas vil aquella sangre del pueblo, que así como la de los caballeros, tiñó los campos de Nicea, Ascalon y Mansourah; vino, sobre todo, de la debilidad en que se encontraron á su vuelta los señores que agotaron sus recursos para tomar parte en aquellas expediciones lejanas, y en cuya ausencia el poder habia quedado en manos incapaces. Casi contemporáneo tambien á las cruzadas, se vieron nacer las comunas que marchaban desde entonces bajo la bandera de sus santos, y no ya bajo el blason de sus condes y barones. Apenas habian pasado dos siglos y las grandes poblaciones de la Suiza, las ciudades de Italia, y Alemania proclamaron su libertad é independenciam. Los esclavos se abrieron la entrada en el parlamento de Inglaterra. y en Francia, uno de sus Felipes, llamó al tercer Estado á que tomará parte entre el rango de la nobleza y del clero en las viejas asambleas nacionales.

Estas preciosas conquistas descollaron de aquella ley santa que no conoce, dice Massillon, ni noble, ni pechero: ni se señor, ni esclavo; que no distingue á los hombres por sus nombres y sus lugares

res sino por virtudes, y á los ojos de la que, los más grandes son los más santos, y los que tienen más mérito. Este último precepto, el sacerdote católico le aplicó á la constitucion de la Iglesia y de la gerarquía, y si algunas veces se vieron poderosos del mundo, sentarse sobre la silla de luz y de amor que habia reemplazado en la ciudad eterna al trono ensangrentado de los Nerón, tambien se vieron en él, ciñendo la tiara á un Girbet, que nacido en la oscuridad, no llevó al pontificado más que sus desgracias y sus ciencias; y á un Gregorio VII que salió del modesto taller de un artista, y de Sixto V, en fin, que nació de una condicion todavía más humilde.

Ved, pues, al génio del sacerdote conduciendo por sus preceptos, influencias y ejemplos, al dogma de la igualdad. Además, mientras todos los cultos, unas veces bajo el nombre de destino, y otras del de fatalidad, sometian no á la humanidad sino al individuo, al que obligaban á cada uno de sus actos, aniquilando así á la vez la existencia del yo y el mérito de la determinacion voluntaria. Ved cómo el sacerdote católico enseñaba la doctrina del libre albedrío, de donde solo puede descollar la moralidad de los hechos, restableciendo con esto la libertad y restringiéndola al mismo tiempo, pero con sabidu-

ría por la caridad, es decir, por el amor de sus semejantes y el respeto de sus derechos. La igualdad, la libertad, que también es una consecuencia de la igualdad, es él, el sacerdote, quien las ha puesto como las dos bases fundamentales del orden social actual de la Europa, y la revolución francesa que ha creído ser la vulgarizadora de estos dos grandes principios, ha falseado la historia enseñando que no fué el sacerdote católico el apóstol de tales principios, y que en lugar de haberlos recibido de él—del sacerdote—único que podía guiarla en su peligrosa carrera, los había tomado de una ciega filosofía, que falseándolos y desnaturalizándolos, se los apropiaba. Sépase, pues, que los crímenes y horrores que de ellos resultaron, vinieron de los pretendidos filósofos, y lo que ellos tuvieron de grande y de bello, vino del sacerdote que la revolución inmoló.

Espacio me faltaría si tratara de referir todo lo que el génio del sacerdote ha producido en el órden moral y en el civil: un libro como el presente no podría contener tantas maravillas; el mundo está lleno de ellas. No olvidemos tampoco, que si ha formulado los derechos del hombre, los ha precisado también de una manera clara y patente, ya como particular, ya como

ciudadano; y que á pesar de la debilidad inherente á nuestra naturaleza, ha llevado las leyes y los hábitos generales á un estado de perfeccion y de dulzura, que hacen un magnífico contraste con la depravacion y la ferocidad antiguas. No olvidemos que en la guerra le debemos un nuevo derecho de gentes, que por mucho que se estime, no es lo bastante; que la muerte levante su guadaña en el campo de batalla, que la victoria deje á los vencidos su libertad y sus bienes, que durante la paz, él, el génio del sacerdote, luche contra el génio de las facciones criminales y el espíritu de partido, que predique á los pueblos el precepto del gran Maestro: *Dad al César lo que es del César*, precepto de la sumision cristiana, que hace que el monarca recoja de sus súbditos la única recompensa de sus trabajos y de su abnegacion, el respeto y el amor: de todo esto, repito, á él le somos deudores. No olvidemos, en fin, y cómo podríamos olvidarlo cuando estamos rodeados de sus monumentos, mejor diré, de sus milagros? No olvidemos, repito, que el sacerdote católico ha creado instituciones que el mundo nunca había ni siquiera soñado, y que entre tantas, donde son socorridas todas las miserias de la humanidad, todas sus necesidades y todos sus sufrimien-

tos, ninguna se encuentra de las que no le seamos deudores; ninguna, ni aun de aquellas que se atribuyen á la filantropía, virtud de la tierra, que muy pronto se ha olvidado que es hija de la caridad y por consiguiente del génio del sacerdote y del cielo.

## CAPITULO VI.

CONTINUACIO DEL MISMO ASUNTO.

DESARROLLO DE LAS CIENCIAS, DE LA LITERATURA  
Y DE LAS ARTES, POR EL GÉNI0 DEL SACERDOTE.

El sacerdote católico, haciendo conocer al hombre su origen y su naturaleza, sus relaciones con sus semejantes y el término de sus destinos, dió una direccion realmente progresiva á la humanidad. Hasta entónces marchaba, es verdad, pero ¿quien podria adivinar á dónde hubiera ido á parar, si no hubiera aparecido en el mundo el génio del sacerdote para sostenerla y acompañarla en su carrera del tiempo, hasta la puerta de la eternidad? De su doctrina, que es la

tos, ninguna se encuentra de las que no le seamos deudores; ninguna, ni aun de aquellas que se atribuyen á la filantropía, virtud de la tierra, que muy pronto se ha olvidado que es hija de la caridad y por consiguiente del génio del sacerdote y del cielo.

## CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

DESARROLLO DE LAS CIENCIAS, DE LA LITERATURA  
Y DE LAS ARTES, POR EL GÉNI0 DEL SACERDOTE.

El sacerdote católico, haciendo conocer al hombre su origen y su naturaleza, sus relaciones con sus semejantes y el término de sus destinos, dió una direccion realmente progresiva á la humanidad. Hasta entónces marchaba, es verdad, pero ¿quien podria adivinar á dónde hubiera ido á parar, si no hubiera aparecido en el mundo el génio del sacerdote para sostenerla y acompañarla en su carrera del tiempo, hasta la puerta de la eternidad? De su doctrina, que es la

moralización del individuo, descuella el predominio de los trabajos intelectuales: y aun cuando no debiéramos más que la iniciativa de esto al genio del sacerdote, muy justo sería atribuirle sus resultados, porque necesariamente de ahí afluyeron.

Difundiendo esta doctrina, el sacerdote católico había correspondido á la voz de su Maestro que subiendo á los cielos le había dado por despedida esta misión divina. *Id á instruid al mundo;* y para hacerla más fecunda, el sacerdote católico marchó en la liza que se le trazará, inspirándose su genio y sacando sus conocimientos de aquella fuente que desde los primeros siglos habían señalado Orígenes y Tertuliano, y que se ha seguido por toda la sucesión de los tiempos. Antes que Constantino hubiera hecho sentar sobre el trono de los Césares al sacerdote católico, él había ya ascendido á otro más elevado, pues tenía en las manos el cetro de la inteligencia, que nunca caería ya de su mano. Desterrada entonces del foro y del senado, la elocuencia escogió por refugio nuestros templos católicos y nuestras cátedras sagradas, donde tronaba S. Juan, boca de oro, y donde corría como río de miel la conmovedora palabra de Agustín de Hipona. Las ciencias

y las artes, espantadas entónces de la espesa nube que de los oscuros países del Norte comenzaba á extenderse sobre el imperio, fueron á abrigarse al pié de los altares y bajo el asilo del genio sacerdotal. Lo que pretendían se les otorgó: y cuando aquellos pueblos salvajes, que Roma en sus conquistas no había podido llegar á domar, vinieron á ejercer sobre ella las venganzas del cielo y de la tierra, el sacerdote se avanzó ante ellos; con sus dos manos, su genio protegió á los ilustres refugiados; y con su voz, ilustró á aquellas hordas ignorantes. Mientras que reanimaba por una parte, con su poder y su firmeza á las poblaciones aterrorizadas que corrían á refugiarse á su lado, huyendo del arma homicida ó de la barquilla del Normando, por otra, abría las puertas de sus monasterios á las musas lacrimosas de Homero y de Virgilio,

En todo el tiempo de aquella tenebrosa oscuridad, los claustros fueron los que albergaron el fuego sagrado de la ciencia. Al genio del sacerdote estaba reservado al noble privilegio de conservarla y desarrollarla, y mientras que el islamismo por el brazo de Omar entregaba á las llamas la biblioteca de Alejandría, los hijos de S. Benito velaban, como centinelas infatigables, sobre las riquezas intelectuales que la an-

tigüedad nos había legado. Gracias á ellos—reconozcámoslo—han llegado hasta nosotros los sonidos armoniosos de la lira de Píndaro, de Horacio, las pomposas relaciones de Tucídides y de Tito Livio, los cuadros atronadores de Tácito, y las arengas tan elocuentes de Demóstenes y de Ciceron. ¿Quién podría contar las horas que al silencio de la noche, y á su reposo, le quitaron aquellos monges, para reproducir los escritos del divino Platon y de Aristóteles, que habian levantado el cimiento de todas las ciencias?

Para el genio del sacerdote por cierto que no era bastante haber sido el depositario y conservador del saber, sentía además la necesidad de propagarlo y agrandarlo. Por doquiera que el sacerdote plantaba la cruz, á su lado estaba la escuela; y todos los siglos, y todos los países atestiguan que nunca el genio del sacerdote ha cesado de esparcir la instruccion, segun la necesidad y los tiempos, diganlo que dijesen los que falseando la historia y llevados de su odio sistemático, solo tratan de deturparlo. Desde las academias que fundó Aleuino bajo el imperio de Carlo Magno, ¿cuantas corporaciones sábias no se han formado? ¿cuántas universidades no han sido erizadas por él, progresando á su abrigo tutelar? En España, la de Salamanca; en

Italia, las de Boloña y Ferrera; en Alemania, la de Leipsick, donde Leibnitz fué formado; en Inglaterra, la de Cambridge, donde estudió Newton, á quien parece que Dios reveló las leyes del universo; la de Oxford, que debia producir á un Bacon y á un Tomás Moro, filósofo el último en sus escritos y en su vida, y mártir en su muerte: y sobre todas, en fin, la vieja universidad de Paris, donde enseñó un Santo Tomás, donde creció un Abelardo, y donde se nutrió la inteligencia de Boileau, y el genio sublime de Bossuet.

Ved, pues, al génio del sacerdote ocupándolo todo, y sacrificando sus vigiliass al deber sagrado de esclarecer al mundo prodigándole su abnegacion y cuanto estaba á su alcance para el cumplimiento y perfeccionamiento de su obra. Un soberano Pontífice acoge la infancia de la imprenta que Luis XIII proscribe en Francia; un delegado de la Silla Apostólica anima á Renato Descártes á publicar aquel sistema de filosofía que durante dos siglos prevaleció en nuestras escuelas, y que siempre combatido, siempre ha prevalecido. En medio de tan multiplicados trabajos, el sacerdote veía nacer á su lado los descubrimientos más importantes y más útiles. Si las miradas de Halley han podido seguir el

curso y predecir la aparición de tales astros hasta causar el espanto de ciertos lugares; si Olbers, y Herschell encontraron otros mundos que rodaban á su derredor, todo lo deben al franciscano Roger Bacon, quien por la invención del telescopio, acercó los cielos á la tierra. La brújula salió de Florencia de manos del diácono Flavio de Giviá para conducir á Gama por el Cabo de las Tempestades, á Cristóbal Colon para descubrir un nuevo mundo, á Cook, en fin, á los hielos del polo y á océanos desconocidos, cuyos secretos hasta entónces ignorados fué el primero que nos dió á conocer. Prosiguiendo el estudio de los descubrimientos importantes, con qué sentimiento de profunda satisfacción no se vé que no hay uno solo de ellos de que se gloríe el espíritu humano y de que se aplauda la humanidad, que no haya partido del génio del sacerdote.

Si bajo otro punto de vista consideramos el desarrollo que el génio del sacerdote ha impreso á los diferentes modos de manifestación de la inteligencia humana, encontramos que él los ha marcado todos con un sello que á él solo pertenece. En los tiempos que le precedieron no tuvieron las ciencias ni órden ni profundidad; la filosofía no hizo la justa y debida apreciación

de la divinidad y de la naturaleza humana, la elocuencia no cobró tanta fuerza y sublimidad, la historia no hizo tan extensos cálculos, la poesía no inventó imágenes tan graciosas, sentimientos tan puros, ideas tan elevadas; las artes, en fin, no tuvieron más medios para enternecer y elevar las almas. Las artes dije? Si, porque las artes también han marchado bajo la influencia del Sacerdote, en la vía progresiva que les abriera. Para convencernos de ésto, recordemos solo el siglo de Leon X. (1)

Hermanas de la poesía, pero llamadas más inmediatamente para embellecer las pompas del oculto, las artes recibieron entónces un impulso mas profundo. Lo bello fué sin duda la base del arte antiguo, pero lo bello tal como lo ofrecia la naturaleza visible: el arte moderno ha podido mejor presentar y trazar el bello ideal: el primero le dá la forma, el segundo lo espiritualiza. El Júpiter de Fidias era bello sin duda; la magnitud colosal de sus proporciones le daban un aire de majestad que impresionaba al espectador.

(1) El abate Barthelemy mucho tiempo indeciso sobre si tomaria para su joven Anacarsis el siglo de Pericles ó el de Leon, se decidió por el de este último.

tador; pero las estatuas de Moises y de Julio II, ¿no es cierto que tienen más sublimidad y más vida? En la representacion de los objetos, aun los del culto mitológico, ¿qué artista antiguo tuvo una idea tan atrevida como Juan de Boloña en su Mercurio? Zeuxis, en su cuadro de Elena, ¿tuvo más gracia que ponerle, que Rafael á sus Madonas? Polignoto, representando la ruina de Troya, ¿pudo ser tan terrible como Miguel Angel en su juicio final? Las antiguas doctrinas, ¿podian inspirar una creacion de un afecto tan moral, tan sorprendente, como la flagelacion de Rubens? Y Rafael y Rubens, cuyos pinceles se inspiraron en el genio del Sacerdote, son las obras maestras de aquellas inmortales escuelas de la Italia y de Flándes, con que se honra ahora la pintura.

En los templos sobre todo, que están enriquecidos con sus obras maestras, es á donde debemos ir á buscar aquella expresion que el genio del sacerdote ha sabido dar á todo lo que de él procede. Nada hay en él que no tome una voz para hablar al espíritu y al corazon. La Catedral extiende sus brazos en cruz sobre sus dos costados para recordar que este signo donde fué consumado el sacrificio del Dios-Hombre, y aquella ley del sacrificio impuesta á la humani-

dad, que es el objeto inmediato de la mision del Sacerdote católico. Sus columnas elegantes y delineadas se elevan en los aires, tan ligeras como el fervor de la oracion y el humo del incienso. La flecha atrevida de sus torres se lanza á las alturas aéreas como para señalarnos la patria de donde estamos momentáneamente desterrados; y el bronce sonoro que resuena en el campanario, ¿no parece una voz que baja del cielo para recordárnoslo? ¿Qué fé tan viva se necesitó en aquellas generaciones que pusieron los cimientos de las Catedrales, muriendo sin haber visto subir sus paredes y pilares, y en aquellas otras que viendo subir sus pilares, morian sin ver cerradas sus bóvedas! ¿Cuánta era la fé del artista que consumia luengos años en cincelar la piedra que debia adornar el campanario simbólico, y que perdido en los aires, en medio de los vientos y de las nubes, estaba destinado quizá á no ser visto durante los siglos más que por los ángeles y Dios! Todos obraban así, porque sabian que trabajaban por aquel que nada olvida y cuya vida es la eternidad.

Bajo las arcadas de aquellas basílicas, y sobre las gradas del mismo altar que han embellecido este arte poderoso, es á lo que la antigüedad fabulosa atribuyó los primeros milagros de la ci-

vilización. A impulsos del benedictino Gui de Arezzo, la música, comprendiendo mejor las relaciones de los sonidos, supo sacar de ella sus efectos más grandiosos combinándolos. Al lado de la melodía de aquel arte griego cuyos restos fueron salvados por Gregorio el Grande, nació la armonía con sus sonoros acordes, la armonía, la cual, algunos de aquellos poetas que saben hablar al corazón y conmoverlo, sin el socorro de la lengua, los Gretry, los Pergoleses y tantos otros, engendrados por el genio sacerdotal, supieron trasportar nuestras fiestas sus prodigios y entusiasmo.

En fin, no es al genio del sacerdote á quien la Francia debe su antigua é ilustre escuela de medicina de Montpellier? (1) Mucho tiempo antes que nadie, y cuando la ignorancia reinaba en todas las clases de la sociedad, el sacerdote ejerció el noble ministerio de curar los cuerpos y salvar las almas.

Veamos ahora lo que resulta de todo lo que hemos dicho en estos dos capítulos. Si las letras han brillado y brillan todavía con su vivo destello; si las ciencias marchan en nuestros días,

(1) La escuela de medicina de Montpellier ha sido la primera en Francia.

en sus aplicaciones sobre todo, con una rapidez que espanta; si las artes en los tiempos modernos han llegado á una perfección que no tiene igual; si nuestro estado político es tal que sea infinitamente preferible vivir actualmente en cualquier estado de la Europa, que en ninguna de aquellas repúblicas antiguas tan elogiadas; si á pesar de la diferencia de sectas, los pueblos se encuentran unidos por una misma tendencia y las mismas esperanzas, hasta el punto que en lo de adelante una guerra entre ellos seria impía como una guerra civil, como una guerra entre hermanos; ¿á quienes somos deudores de todo ésto, sino al genio del sacerdote católico? y para decirlo de una vez, sin temor de engañarse; desde el punto de vista humano y religioso, para el individuo, como para la sociedad, el Sacerdote ha esclarecido al mundo y lo ha hecho á la vez mejor y más feliz.

En presencia de estos resultados, una risa de lástima se escapa cuando se oye á la filosofía crítica del siglo XIX, que en lugar de considerarlos y juzgarlos en su magnífico conjunto, aplique su microscopio no mas á algunas imperfecciones y detalles que parten de la naturaleza humana y no del genio sacerdotal, supuesto que se les ve aislar los hechos de su causa y

de sus consecuencias, para no ver en ellos ni presentar más que la faz desfigurada: tristísimo sistema, y á la vez deplorable ceguera. Y sin embargo, esta filosofía cuyos sofismas ha aclarado la sola razón, ha empujado hasta nosotros su pernicioso influencia, y nuestra época, no solo incrédula, sino escéptica é ignorante, ha conservado algunas de estas dudas, y otros de sus errores.

El mundo marcha, y muchos de los que se llaman hombres sensatos, y que lo serán hasta negar que la materia haya podido darse á sí misma el movimiento y la vida, no lo son para ver que el mundo debió recibir también de un primer motor el impulso moral que sus progresos nos revelan. Profundamente instruidos en todo lo demás, y, sobre todo, en lo que ve á las ciencias físicas, estos partidarios irreflexivos de una filosofía materialista, ignoran el verdadero principio de las cosas intelectuales: reflexivos hasta el exceso, por todo lo que ve á la vida sensible, no pueden, tratándose de religión, sacudir la envoltura de la preocupación que los encadena, y ciegos voluntarios, prefieren la inquietud de la duda á la calma de la fé, y las importunas oscuridades de la tierra á los brillantes destellos del cielo.

Alguno habrá que conceda al Sacerdote la gracia de creer que su genio y su palabra han sido buenos para alguna cosa: pero dicen que ha sonado ya su última hora, que ha llegado el momento de borrar su nombre y sus huellas de sobre la tierra, emancipándolo del género humano como si el género humano, sublime infante, pero infante siempre, no hubiese aprendido en sus caídas y extravíos que no puede marchar sin el socorro de una mano que lo dirija y lo sostenga! O bien se dirá que el sacerdote católico estaba en efecto colocado muy alto, pero que de allí ha descendido, por cuanto que en estos tiempos es impotente para enseñar y mostrar el camino, avanzando él, el primero; que los dogmas que ha predicado, que la disciplina que ha adoptado, no han recibido ninguna modificación; que está estacionario. . . . Estacionario, dijisteis, porque no cambia? mejor digamos que está inmutable. Cambia Dios? y con todo, ¿es ménos su providencia? ¿deja de conducir las esferas celestes sobre nuestras cabezas, y la humanidad sobre la tierra, deja de cumplir sus destinos respectivos?

Este viejo mundo que á su turno espera y desespera de sí mismo, siente en su interior que todavía no es llegado el día en que Dios se levante para juzgar su obra; tambien siente que solo no podrá conducirse á su fin, y que en su trabajo necesita del socorro del Sacerdote católico, cuya fé corona grandes cosas.

Si el frío industrialismo hiela y marchita los corazones; si las naciones de Europa con sus conquistas y viajes lejanos, no plantan, como antes, la cruz al lado de sus tiendas, sin embargo, grandes signos comienzan á aparecer. La incredulidad no marcha ya con su cabeza erguida, ni las ciencias ejercen su accion disolvente, pues todos los dias ellas confirman con sus descubrimientos la autoridad de nuestros libros santos, de donde la historia, por otra parte, viene á aumentar sus luces. La poesía, indicio cierto de los sufrimientos y necesidades del corazon, pide al genio del sacerdote católico consuelo para sus dolores y fin á sus esperanzas. Las artes comienzan á comprender que su mision no consiste, como antes lo creian, en resucitar el pasado; y

si las vemos inactivas, es porque recogidas en silencio, piden entónces al genio del sacerdote sus grandes aspiraciones que guarda en el seno de su fé. (1)

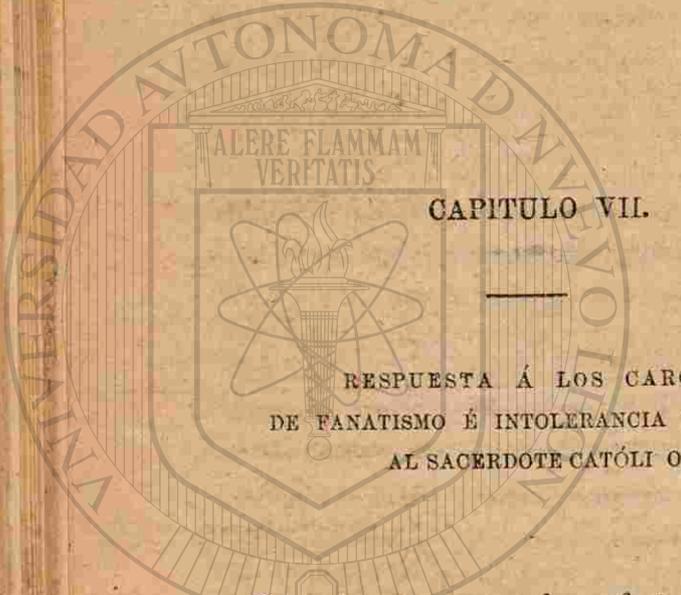
---

(1) La Virgen de la Hostia de M. Ingres que todo Paris no se cansa de admirar en el instituto, ¿no es un prelude del renacimiento religioso que se prepara en las artes? Tal cuadro, es una hermosa página, que honra á la vez al artista y á la religion que se lo inspiró.

so cubrirle. Nuestra misión no sería completa al escribir este libro, si no nos encargáramos de contestar ciertos cargos que se hacen al clero, relativos á hechos que la mala fé y las pasiones han dado en desnaturalizar. No intentamos renovar una antigua polémica, mucho tiempo ha terminada en favor del sacerdote católico; la claridad con que vamos á exponer al lector los cargos que se le hacen, y las respuestas que añadiremos, nos servirán de excusa, si se quiere encontrar en este capítulo otro objeto que no sea el que nos viene ocupando en nuestras reflexiones precedentes. Recuérdese, además, que solo escribimos para colocar en su glorioso pedestal al sacerdote católico, de donde lo habian arrojado las pasiones conjuradas, y para conseguirlo nos es indispensable no solamente dar á conocer las virtudes que son la parte inherente á su naturaleza, sino responder á los cargos que se le hacen.

Se le imputan al sacerdote católico:

1. ° La condenacion de Galileo.
2. ° La Inquisicion.
3. ° La jornada de San Bartolomé.
4. ° La carnicería ejecutada sobre los indios en la época del descubrimiento del Nuevo-Mundo.



### CAPITULO VII.

#### RESPUESTA Á LOS CARGOS DE FANATISMO É INTOLERANCIA DIRIGIDOS AL SACERDOTE CATÓLICO.

No es hoy tan general por fortuna la preocupacion de presentar ante el pueblo al sacerdote católico como fanático é intolerante. La sábia moderacion del clero en general en los tiempos más difíciles, las luces que ha adquirido, y sobre todo, la energía y admirable conducta del Episcopado en estos últimos tiempos, han contestado á las atroces calumnias y terribles acusaciones con que el infernal aborrecimiento qui-

No hablaremos de las Cruzadas; lo bastante hemos dicho sobre ellas para que se les perdona un mal que es inseparable de la humanidad, y que además nada prueba contra la excelencia de la empresa. La revocacion del edicto de Nantes, nos parece un acto estrictamente político, y por consiguiente, fuera del exámen y del plan que nos hemos propuesto.

Galileo fué condenado, es cierto; pero el motivo de su condenacion fué por una explicacion que dió de la Biblia, profano en tal materia, y no por su ciencia, como puede verse el expediente relativo de que hay copia. Si este filósofo fué inquietado, cúlpese á él mismo que se introdujo en terreno ageno, y por tal motivo se le calificó como mal teólogo; pero nunca como mal astrónomo. La Iglesia en tal caso estaba en su derecho; solo á ella pertenece exclusivamente la mision de interpretar los libros santos. Se ha dicho que por este asunto fué encerrado en los calabozos de la Inquisicion. Hé aquí un error. Galileo fué puesto en los mismos aposentos del fiscal, con plena libertad de comunicar con quien quisiera ya sea de fuera ó de dentro. Pudo y de hecho volvió á Florencia despues de su retractacion, la que solo versó sobre el punto dog-

mático y no científico (1). Para reproducir hasta el fastidio anécdotas tan exageradas como la presente y con todos sus detalles, por cierto que es muy poco filosófico olvidar todo lo que las ciencias, las artes y las letras deben al sacerdote católico.

Otro hecho ha dado pretextos á la malicia y á la calumnia para acusar al Sacerdote católico de fanático é intolerante: *la inquisicion, aquel tribunal de sangre* que hizo tantas víctimas, y que no contento con juzgar de las acciones, torturaba las conciencias. Lejos de nosotros el constituírnos apologistas de la inquisicion. Hijos de nuestro siglo, la rechazamos en sus abusos, y sobre todo deploramos los excesos criminales y bárbaros en que degeneró por la política. ¿Por qué pues hacer responsable al sacerdote católico de aquella cuando sabemos por todos los documentos históricos contemporáneos, que el tribunal inquisidor debió su origen á la polí-

[1] El Mercurio de Francia del día 7 de Julio de 1784, número 20, y Dic. de Teolog. Berg. art. Mundo, ciencia.—Un protestante, M. Mallet, del Pan, nos ha dado todos estos detalles; ved que la autoridad no puede ser sospechosa.

tica de los príncipes, más que al genio del Sacerdote católico? El sacerdote, esencialmente enemigo de la sangre, digan lo que quieran sus deturpadores, como Jesucristo su maestro y su modelo, es el más dulce de los hombres; no acaba, según la expresión de nuestros libros Santos, de robar la caña que está por quebrarse, ni extingue la mecha que todavía humea. Su doctrina en todos los tiempos fué la de San Gregorio el Grande escribiendo á un obispo de Terracina: «Por la dulzura y las exhortaciones es necesario atraer los infieles al cristianismo; porque las amenazas y el terror no harían más que alejarlos de él.» (1)

Federico II estableció la inquisición en Padua en 1224. Fernando la pidió á Sixto IV para España en 1483. Juan III, rey de Portugal, se la exigió en cierto modo al papa Pablo III, en 1535. El senado la introdujo en Venecia Escuchemos una autoridad no sospechosa en esta materia: *El amigo de los hombres*: «La inquisición, dice, (2) este tribunal pavoroso en otro tiempo, en lo civil era la institución de los

[1] Libro 1.º Ep. 35.

[2] Tomo 2.º p. 191.

príncipes. . . . Santo Domingo, á quien se ha querido considerar como el autor de la inquisición en la Gula Narbonense, no conoció otras armas contra los herejes que la oración y la paciencia. (1)

Y ¿qué dirémos de la jornada llamada de San Bartolome? Que responda por nosotros M. Frayssinous: «que aquella será siempre una horrible jornada, eterna vergüenza de nuestros anales, no habiendo un verdadero francés que no desee poder desgarrar las páginas emangrentadas que la recuerdan.» Pero si es afrentosa, horrosa, es también una calumnia imputarla al Sacerdote católico, como si él la hubiera mandado, ó aprobado, ó como si esta espantosa tragedia estuviera en las máximas y espíritu del Sacerdote católico.

Es un hecho demostrado é inconcuso que no hubo en aquel consejo horrible que resolvió aquella matanza, ni sacerdote ni Obispo, ni cosa que á esto pareciera. Para tributar un homenaje á la verdad debe decirse que todo aquello fué el fruto de una política feroz, de un resentimiento

[1] Dic. de Teolog. de Bergier. art. Dominic. vióce de los PP. Mart. 4 de Ag. p. 85. f. VII edic. 1811.

profundo. Sabiendo Carlos IX todos los desastres de que fueron teatro los Estados Bearnés, Narbónes, Orthes y del Pau, juró vengarse de sus autores; (4) y cuando más tarde el rey reflexionó y quiso prescindir del crimen que tenía resuelto, la reina madre le dijo: "¿Por qué no tener la energía de deshaceros de hombres, que en tan poco han tenido vuestra autoridad y persona?"

Pero regocijos públicos, se dice, tuvieron lugar en Roma por orden de Gregorio XIII al saberse allí lo ocurrido en Francia. Es verdad que el Papa ordenó aquellos regocijos; pero no en memoria de esa carnicería, sino á causa de la conservacion del rey, porque sépase, si se ignora, que Carlos IX para paliar su crimen y hacerse pasar por la víctima, habia puesto correos á todas las partes de Europa haciendo saber á todos los gobiernos, que el descubrimiento casual de una gran conspiracion contra su persona y su gobierno, lo habia obligado á medidas tan violentas y que de ella habia escapado solo por milagro.

[4] Historia de Navarra.

Para responder al cuarto cargo que se le hace al sacerdote católico, á saber: la carnicería que se verificó sobre los indios en la época de los descubrimientos del Nuevo-Mundo, citaré solo, sin añadir ninguna reflexion las líneas siguientes que son de un presbiteriano: "Demasiada injusticia es la de los escritores que atribuyen al espíritu de intolerancia de la religion romana, la destruccion de los americanos, y acusado á los sacerdotes españoles de haber excitado á sus compañeros para asesinar á aquellos pueblos inocentes como idólatras y enemigos de Dios.... Ellos fueron ministros de paz para los indios, y se empeñaron siempre en arrebatár de las manos de sus opresores la vara de hierro con que los oprimian. A su poderosa mediacion deben los americanos todos aquellos reglamentos que tendian á dulcificar su dura suerte." (1)

Mucho honor hace este pasaje á la imparcialidad del ilustre escritor y al espíritu de moderacion y dulzura del Sacerdote católico.

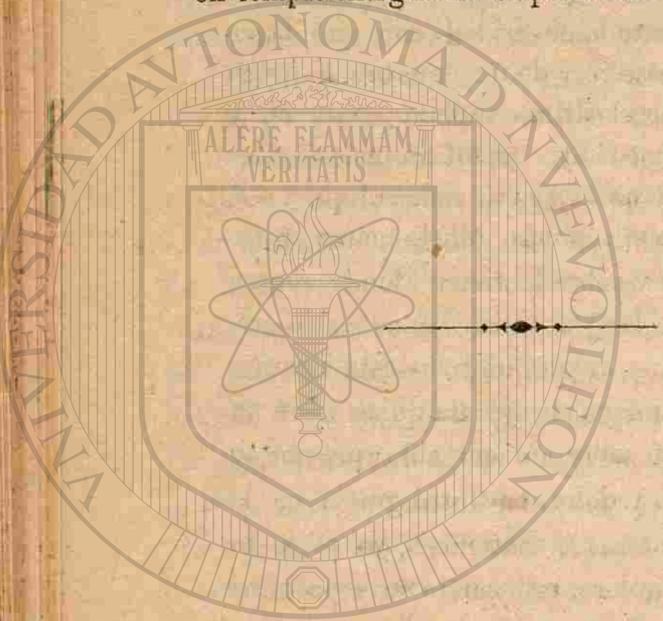
(1) Robertson. Hist. de Am. lib. VIII, nota 71. tomo 4.º en 8.º pág. 142 y 328.

El solo cargo que el mundo hace al Sacerdote católico y el que no le puede perdonar, es el de desconocer sus deberes al rehusar la sepultura eclesiástica. A esta acusacion responderemos: que cuando se trata de la aplicacion de las leyes de la Iglesia, el Sacerdote no puede ni debe ir jamas á buscar sus jueces entre personas extrañas á la disciplina eclesiástica, sea cual fuese su posicion y sus talentos. Si en la aplicacion de estas leyes, el Sacerdote se separa de la dulzura y espíritu conciliador de la Iglesia, los Obispos, sus superiores, están allí para amonestarlos, reprenderlos, y castigarlos segun convenga. La magistratura civil ha comprendido ya que el Sacerdote, en caso de rehusar la sepultura eclesiástica, es el intérprete natural de la ley y él solo juez competente en esta materia.

Se grita que es intolerancia que el Sacerdote rehuse algunas veces la sepultura eclesiástica á hombres que, si pudieran hablar, ellos mismos se la rehusarian. Se quiere que el Sacerdote junte al cuerpo de la Iglesia á miembros que ellos mismos quisieron separarse voluntariamente, y que coloque al lado de los huesos de los santos á miembros contaminados con la

impiedad. Sabemos muy bien que los que están acostumbrados á juzgar sin reflexion, reprueban esta conducta de la Iglesia; pero que se examine por un instante la severidad con que la sociedad trata el cadáver de un hombre á quien ha castigado con el último suplicio; para él, y segun ella, que no haya sepultura eclesiástica: que el sacerdote no le siga al cadalso; que no le acompañe hasta el sepulcro; allí le marca su residencia aparte, y sobre la tierra donde reposa siembra todavía la ignominia, dejando solo crecer su deshonor: y vaya, que todo este aparato de la justicia humana, se ejecuta quizá sobre un inocente ó bien sobre un culpable que por su arrepentimiento y dolor, encontró gracia en la presencia de Dios.... Entendeis, ya pues, lo que la ley civil quiere, rehusando su sepultura? Quiere, castigando el crimen, inspirar horror, y con este aparato vergonzoso preservar á la sociedad del contagio y del mal ejemplo. Ved, pues, lo que quiere tambien la Iglesia, ved su intencion y el verdadero motivo para rehusar su sepultura; pero con esta diferencia, que ella no abandona jamás á sus hijos, mientras respiran; porque durante este tiempo conserva la es-

peranza de que se arrepientan; no se separa de ellos, sino cuando su cuerpo, que fué habitacion de Dios, deja de serlo por haberse convertido en templo indignamente profanado.

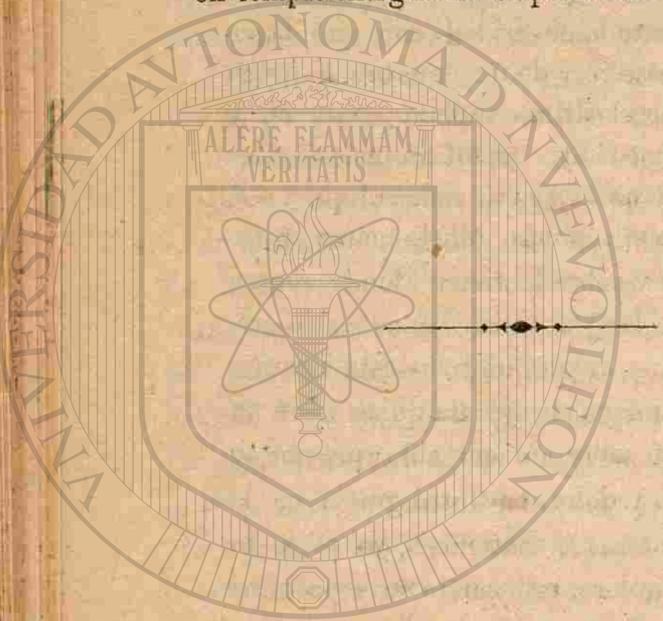


## CAPITULO VIII.

### CARACTER DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El sacerdote católico por su carácter, es el hombre más útil á la sociedad, el solo necesario: separado de los demas por una consagracion especial y divina, ruega por las necesidades de todos. Cristiano para él y sacerdote para todos, ejerce un ministerio de paz y de amor; abraza á la humanidad en todas sus vicisitudes; es el lugar-teniente de Dios, Dios mismo para el bien de sus hermanos. Que el soldado vele por su patria, que el sabio enriquezca con los frutos de su genio y de su viglias al mundo, que el ma-

peranza de que se arrepientan; no se separa de ellos, sino cuando su cuerpo, que fué habitacion de Dios, deja de serlo por haberse convertido en templo indignamente profanado.



## CAPITULO VIII.

### CARACTER DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El sacerdote católico por su carácter, es el hombre más útil á la sociedad, el solo necesario: separado de los demas por una consagracion especial y divina, ruega por las necesidades de todos. Cristiano para él y sacerdote para todos, ejerce un ministerio de paz y de amor; abraza á la humanidad en todas sus vicisitudes; es el lugar-teniente de Dios, Dios mismo para el bien de sus hermanos. Que el soldado vele por su patria, que el sabio enriquezca con los frutos de su genio y de su viglias al mundo, que el ma-

gistrado haga florecer sus leyes.... está bien; todos son dignos de mi estimacion, de mi respeto. Pero el arma en la mano del guerrero no es más que la razon última de la fuerza bruta contra la fuerza bruta, la ciencia un fruto que hincha y que mata, las leyes, barreras impotentes, si el Sacerdote católico no interpone sus luces y su autoridad. El Sacerdote no defiende, es verdad, el Estado con las armas; pero soldado de Jesucristo, revestido de un carácter sagrado é inviolable, centinela avanzando de la fé, vela por la felicidad de la sociedad señalando los desórdenes, predicando las verdades dogmáticas, y la necesidad de una religion como base indispensable entre la criatura y el Criador, entre el súbdito y el monarca. El sabio enseña la teoría de los astros, dá cuenta, con talento, de los diversos fenómenos de la naturaleza; el Sacerdote católico enseña la ciencia del deber, que solo mantiene en la sociedad el orden público y el ejercicio de la libertad. El magistrado reprime las malas acciones, las disensiones, los crímenes; el Sacerdote católico, los sofoca, los mata en su nacimiento: el uno lleva al cadalso, el otro acaba en él.

¿Quereis conocer á fondo el carácter del sacerdote católico? le encontrareis en las líneas

que siguen, que son una muestra de aquel inmortal y admirable sacerdote de la iglesia de Francia, del cardenal Cheverus, este apóstol del siglo XIX, de este sacerdote acabado que ha llenado los dos mundos con la fama de su nombre y los monumentos de su caridad. La vida y la muerte del antiguo Arzobispo de Bordeaux, faltarian al génio del sacerdote si las pasáramos en silencio. Sus virtudes, segun la *Revista del Siglo XIX*, (1) han encontrado en las costumbres de su tiempo un alimento particular, y la religion cristiana nuevos medios de hacerse amar y venerar. Despues de tantos modelos, de tanta caridad, reservado estaba á M. de Cheverus ser otro modelo aparte; despues de tantos y tan piadosos prelados y grandes santos, él tuvo su carácter y piedad propias; ha sido santo de distinta manera que los otros, y si por fin lo decimos, ha hecho ver una vez más hasta qué punto la moral evangélica es adecuada á nuestra naturaleza; hasta qué punto cautivaba hasta las entrañas de la humanidad, inherentes como nuestros vicios, á todas nuestras pasiones y á todas nues-

[1] Tomo 6, quinta entrega de 31 de Julio de 1836

tras miserias, á nuestra carne y á nuestros huesos, en todas las trasformaciones sociales.

La revolucion de 89, principio de tantos errores y exageraciones de tantas especies, sirvió para esclarecer á M. Cheverus, sin agriarle su carácter recibiendo todo como lecciones que le venian del cielo. A los veinticuatro años, arrojado por la persecucion, dejó su Iglesia de Mayenne, donde apenas acababa de entrar, y con toda sumision se entregó á Aquel que hace y deshace de los imperios. No era esto para él sino una resignacion más. Tanta es la abnegacion de que se compone la existencia del Sacerdote: M. de Cheverus se refugió á la América. Apenas encontró algunos católicos en Boston; y entre otros, al venerable eclesiástico M. de Martignon, con quien se asoció en su celo. Antes de formarse prosélitos para su creencia se hizo primero amar. Grandes preocupaciones aglomeradas contra el catolicismo, se desvanecieron luego que se le vió y se le oyó. Las dificultades que tuvo que vencer hicieron su religion ménos exclusiva, su caridad más atractiva: cambiando de lugar, su catolicismo, se hizo cosmopolita, mas tolerante, más universal, si puedo expresarme así. Para atacar ciertas preocupaciones, ciertas prevenciones, es necesario expatriarse. Vien-

do á su derredor otras costumbres políticas, mezclándose en otros hábitos de gobierno M. de Cheverus, advirtió que sus deberes de Sacerdote sometidas á nuevas condiciones, debian ejercerse bajo otras formas: comprendió cómo el catolicismo y el poder absoluto, podrian caminar el uno con el otro; acostumbró su religion á vivir en medio de las otras sectas, sin el contacto impuro de estas, y sin debilitarse aquella. Con su cristianismo, en medio de todas las comuniones cristianas, tuvo la santa ambicion de edificarlos á todos. Venció á todos los cultos por la superioridad práctica del suyo. Así es cómo dejó su Iglesia floreciente, y aumentó su diócesis, donde se veía una tribu de indios catequizados.

La transicion de Francia á América habia preparado á M. de Cheverus á la obra de la restauracion de 1814, al movimiento político de 1830: soldado de Jesucristo sabia que si el poder habia cambiado, su consigna continuaba la misma. Su mision era siempre como en su curato de Mayenne en 89, como en Boston en 92, como en Montauban en 1822, hacer conocer y amar la religion: no se le conoció otra. Si el nuevo gobierno le hubiera mandado el mal, no le habria obedecido. Cuando vió que este le ayudaba á hacer el bien, lo amó; y si él hubiera

sido un obstáculo para la religion, á este obstáculo le habria opuesto su paciencia cristiana y el fervor de su celo, pues no olvidaba que para llegar á obispo y cardenal habia pasado por el destierro, donde habia aprendido á no guardar nada de la política, sino esperarlo todo de lo alto.

M. de Cheverus fué consagrado obispo de Boston en 1810. Su diócesis comprendia todos los Estados de Nueva-Inglaterra y el Maine. Ocupó su obispado durante doce años: dejó dos hermosas Iglesias: la catedral llamada Santa Cruz, y la Iglesia de San Agustín. Fundó una comunidad de Ursulinas destinadas á la educacion, y de las que se prometia mucho en 1822, cuando el piadoso obispo fué promovido al obispado de Montauban.

Desde que fué conocida su promocion en Boston, más de doscientos protestantes de esa ciudad, entre magistrados, ministros de diferentes comuniones, negociantes, escribieron el gran limosnero de Francia, tratando de hacer revocarla. Se extendian en elogios sin fin por su espíritu conciliador, su sabiduría y sus afecciones por la diócesis. Una carta muy conmovedora de despedida fué insertada, al partir, en la Gaceta de Boston del 22 de Setiembre de 1822. Decian

los protestantes: "Nunca hemos conocido otro Sacerdote mejor; más era tiempo que portiese; habria concluido por hacernos á todos católicos como él." Los mismos sentimientos que causaron su salida de Boston, le siguieron cuando dejó á Montauban en 1826. Los periódicos de entonces nos refieren que los protestantes de allí no fueron ménos explícitos, testificándole además sus respetos y pesares, así como los católicos. El hecho fué público, porque dos ministros de la Iglesia reformada M. M. Marziale y Bonnard, el primero, presidente del Consistorio, y el segundo, Dean de la facultad protestante, fueron á cumplimentarle: "Tengo el gusto, les dije, de haber vivido en buena inteligencia en los Estados- Unidos, durante mi episcopado, con los ministros de las diversas comuniones, y de llevar presentes sus pesares con mi partida. Con satisfaccion sostendria con los protestantes de Montauban relaciones de cordialidad. Dulce me sería sostenerlas más estrechas." Tal tolerancia tiene mas valor que el de la filosofía, porque ningun filósofo se adherirá tanto á sus creencias como el Arzobispo de Bordeaux á las suyas.

Un dia en Bordeaux, el ilustre prelado salia de una Iglesia; una mendiga enferma le salió al encuentro, y la deslizó una pieza de cinco fran-

cos. «Monseñor, le dijo su limosnero, esta mujer es judía. Tienes razon, le contestó el cardenal, poco es lo que ha recibido, dale todo lo que haya en la bolsa.»

En América fué donde M. de Cheverus alcanzó el secreto de que sus predicaciones fueran provechosas y llenas de natural unción. El fondo de su elocuencia, era muy á propósito para el apostolado de un Obispo de Boston que tenía en su diócesis una tribu de indios que enseñar. Todas las palabras que allí se recogían de sus labios llevaban el sello de una caridad ardiente de candor y de la más profunda profunda humildad.

Decía en 1823 á los fieles de su Iglesia, que se apiñaban para verle y oírle; «os llevo á todos en mi corazón; vastísimo es para conteneros á todos.» Suplico á V. M. decía al rey, el día de su advenimiento al Cardenalato, con su voz de misionero, os ruego añadais á tantas bondades la de excusar mi turbación y embarazo. La dignidad eminente á que he ascendido, sin pretenderla ni esperarla, y que tan poco creo merecer, es lo que me confunde.» El Prelado añadió luego con una gracia sin igual; «Más expedito me sentía con mi rebaño de Bordeaux, bendiciendo entonces aquella providencia milagrosa

que salvó la Francia conservando la vida á V. M. y la de vuestro querido hijo.» Escuchad también su alocución á la reina: «Madama: se llega al trono con timidez: pero cuando en él se distingue la piedad y la bondad más que la grandeza, uno se reanima y no puede menos que aproximarse con dulce y respetuosa confianza á esa magestad real.» Su angelica modestia la reveló en todos los momentos de su dulce y santa vida. Se le oyó repetir muchas veces en sus últimos días con sentimiento de piadosa tristeza: «Pedid que este manto encarnado no me abrase; muy tranquilo estaba antes de ser revestido de él, y debo temer que Dios me diga: «Has recogido ya tu recompensa sobre la tierra?»

Cuando M. de Cheverus hablaba, ya en el templo ó en la calle ó en medio de grandes grupos que se apiñaban ávidos de oírle, eran palabras simples, dulces, llenas de candor, las que destilaban de sus labios; despues, la emoción dominaba al orador, y lloraba; el enternecimiento ocupaba entonces los corazones con el fuego de aquel foco ardiente que irradiaba tanto amor, derritiendo entonces los odios, y haciéndolos sustituir con el arrepentimiento,

Los periódicos de Bordeaux anunciaron su muerte como una desgracia pública: hubo un duelo universal, un dolor inesplicable. «La multitud triste y silenciosa que desde su enfermedad asediaba la casa del Cardenal, decía uno de aquellos, (1) las lágrimas que corrian de todas las pupilas, los sollozos que apenas se pueden contener, anuncian mejor que lo que nosotros podríamos hacerlo, la gran pérdida que Bordeaux deplora, y de la que largo tiempo se pasará para consolarse. Se oyó decir á uno del pueblo, con una sensibilidad que comunicó á todos los que lo rodeaban: «Pues que ha muerto y está junto con Dios, es necesario consolarlo cuando vea que nos amamos todos, como nos recomendó tantas veces, llamándonos sus muy amados. (2).

Lo que obtuvo el cardenal Cheverus en los Estados Unidos y en Montauban con las comuniones protestantes, y lo que actualmente sucede Argel entre su Obispo y los musulmanes, prueban muy bien que las cosas han cambiado

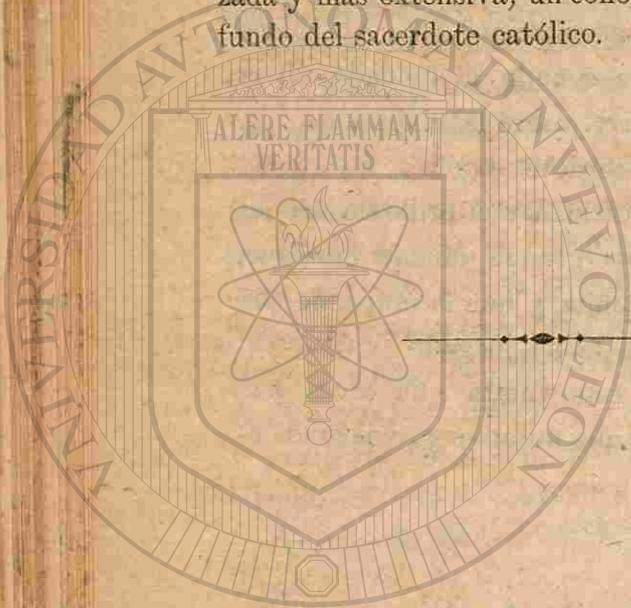
(1) "El Indicador."

(2) La Guienne.

en dos siglos á esta parte. ¿No podría esperarse, pues, que las diferentes comuniones en su nueva paz que hoy presentan, pudieran llegar á las vías de una sólida conciliación? (1) Al ménos así es de esperarse cuando la unidad política tiende á pasar su nivel sobre la civilización, en cuyo tiempo el sacerdote católico, favorecido por el fuego de su caridad y el brillo de sus luces, apresure aquella grande unidad cristiana, tan deseada de Leibnitz, y que la inflexible ortodoxia de Bossuet había juzgado practicable. El porvenir dirá si esta vuelta á la fé, si esta tendencia religiosa que notamos proviene de in-

(1) Las antipatías entre las diversas comuniones no existe ya; los hijos de Cristo, de cualquier parte que provengan, se estrechan ya al pié del Calvario, fuente maternal de la familia. Todo tiende á reconstruir la unidad católica. La religion cristiana entra en una nueva era... se hace filosófica sin dejar de ser divina; su círculo se extiende con las luces y las libertades, mientras que la luz marca para siempre su centro inmóvil. [Chateaubriand, Estudios históricos.]

diferencia como muchos lo creen, ó tenga por causa un cristianismo más comprensivo de las necesidades de la época, una filosofía más avanzada y más extensiva, un conocimiento más profundo del sacerdote católico.



## CAPITULO VIII.

DEL SACERDOTE CATÓLICO CONSIDERADO  
EN SU GERARQUÍA, EN SU ACCION Y EN SUS BENEFICIOS  
SOBRE LA HUMANIDAD.

El Sacerdote que en medio de un numeroso rebaño edifica, consuela y enseña; el Obispo que en la circunscripción que se la ha marcado, vela en la conservación de las reglas establecidas, y que se reputa así el Sacerdote de los Sacerdotes; el soberano Pontífice que á su turno, considerado como el Obispo de los Obispos, mantiene en el mundo católico, como el cura en su parroquia, como el Obispo en su diócesis, el

dogma, el culto, la disciplina, forman la más imponente de las instituciones; ¿qué hombre no tributará á tan magnífico conjunto, su admiración y respeto? Y si con ocasion de algun grande acontecimiento público, el gobierno cree oportuno tributar con solemnidad sus acciones de gracias al Omnipotente, ¿quién por triste que se suponga, no verá con alegría á su rey, á sus príncipes, á sus magistrados, unirse con los ministros de Dios para tributarle los homenajes de gratitud de un pueblo entero?

Por la oracion, el Sacerdote se llena de Dios. Penetrado sin cesar de la sustancia divina, es aquella escala misteriosa por la que los votos de la tierra suben al cielo, y los beneficios del cielo descenden sobre la tierra: el Sacerdote viene á ser el mediador entre Dios y el hombre. Sin Sacerdote, el mundo se cubriría de supersticiones, ¿qué digo? de magia, quizá. . . . sin él vendría la anarquía en las opiniones, así como en las creencias religiosas. El Sacerdote es el freno que contiene, la mano que dirige.

La educacion particular que el Sacerdote ha recibido, las luces que ha adquirido, las que puede adquirir, la superioridad de virtud como de talento que le coloca generalmente sobre los otros hombres, son ventajas de tal manera in-

contestables, que nadie podría admirarse de que ejerza tal funcion ó tal influencia en particular, ó mejor, se sorprendería de que no reuniese toda la fuerza y todo el poder. Id á encontrar al Sacerdote católico, observad su accion sobre todas las partes de la sociedad; y si podeis contemplarlo sin admiraros, ved cómo imparte su caridad cada dia, cada instante, de un corazon á otro. Ilustres generales, habeis mandado y dirigido con habilidad grandes ejércitos, á los que tendreis tesoros y coronas que distribuir; ¿qué sois al lado del Sacerdote católico, conmoviendo en el mundo á millones de fieles á los que no tiene que distribuir más que ayuno y oracion?

Separado del mundo, es llamado á él sin cesar. Acaba de venir al mundo un niño, el sacerdote corre á regenerarlo en la vida del espíritu por las aguas del espíritu; ¿crece este infante, entra en la pubertad? el sacerdote es quien lo admitirá á la mesa de los fuertes para la comunión: sublime banquete, misterioso festin donde el Criador se asocia por primera vez á la criatura. Si más tarde ese infante, hecho hombre, escoge una compañera, el sacerdote es quien presenta á Dios el juramento de los dos esposos y los bendice. ¿Llega á ser padre de familia, y aun cae á los golpes de alguna de aquellas tempestades

tan comunes en las regiones de la vida? el sacerdote es todavía el que corre á consolarle y levantarlo. El sacerdote, en fin, es el que dulcifica la postrera hora de la agonía, y el que endereza sus pasos á la eternidad. Por todos estos cuidados, no puede, pues, el hombre tener más que gratitudes y acciones de gracias para con el sacerdote católico; y cuando le vea en el altar invocar el nombre de Dios mismo para hacerle descender para él y cerca de él, estos homenajes deben necesariamente cambiarse en veneración.

## CAPITULO X.

## GRANDEZA DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdocio católico se ejerce sobre la tierra, pero su origen está en el cielo; ved por qué se le coloca entre las cosas celestes, porque no es un hombre mortal, ni un ángel, ni un arcángel, sino el Espíritu Santo mismo que lo ha instituido y que nos ordena creer que el Sacerdote Católico ejerce sobre la tierra un ministerio angélico.

Que se recuerde la pompa y magestad del ceremonial que Dios mismo había ordenado en la

tan comunes en las regiones de la vida? el sacerdote es todavía el que corre á consolarle y levantarlo. El sacerdote, en fin, es el que dulcifica la postrera hora de la agonía, y el que endereza sus pasos á la eternidad. Por todos estos cuidados, no puede, pues, el hombre tener más que gratitudes y acciones de gracias para con el sacerdote católico; y cuando le vea en el altar invocar el nombre de Dios mismo para hacerle descender para él y cerca de él, estos homenajes deben necesariamente cambiarse en veneración.

## CAPITULO X.

## GRANDEZA DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdocio católico se ejerce sobre la tierra, pero su origen está en el cielo; ved por qué se le coloca entre las cosas celestes, porque no es un hombre mortal, ni un ángel, ni un arcángel, sino el Espíritu Santo mismo que lo ha instituido y que nos ordena creer que el Sacerdote Católico ejerce sobre la tierra un ministerio angélico.

Que se recuerde la pompa y magestad del ceremonial que Dios mismo había ordenado en la

antigua ley: qué pavor, qué respeto no imprimía la vista sola de aquella magnificencia de los vestidos del gran Sacerdote; todo aquel aparato impotente de campanillas, granadas, pedrería que cubrían el racional, el ephod, la mitra, y la tiara. Aquel manto sacerdotal que arrastraba; aquel Santo de los santos donde ningun mortal tenía el derecho de penetrar, donde ningun ruido interrumpía el silencio augusto que allí reinaba, dejando en todas las almas una impresion profunda de terror religioso. Pero ¿qué era áquella pompa exterior de las ceremonias de la antigua ley comparada á la Santidad de los misterios de la misma ley? Con cuánta razon pues, dijo el Apóstol que la gloria de la ley mosaica no es verdadera gloria comparada con la sublimidad de la del evangelio. Cuando veis al Dios del cielo que se inmola sobre el altar y allí anonadado al Sacerdote, é inclinado sobre la víctima, todo ocupado en orar, y á todos los asistentes teñidos con aquella preciosa sangre, ¿podeis creer en aquel momento, que estais sobre la tierra y en medio de los hombres? ¿No os sentís como arrebatados hasta los cielos? ¿No creéis á vuestro espíritu desprendido de todo pensamiento carnal, y á vuestra alma muy lejos de los sentidos? ¿no es verdad que apenas descubris todo

lo que pasa en aquella región superior? Prodigio inefable del amor de Dios para con los hombres! Aquel que está sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre, es el mismo que no desdenándose dejarse tocar por las manos del Sacerdote, se dá á quien quiere recibirle, se entrega á nuestros brazos y se muestra á todos por los ojos de la fé.

Un ministerio consagrado con tan nobles funciones, ¿no es verdad que es digno de todo honor? ¿Quereis conocerle por otra maravilla? Examinadle por la excelencia del sacrificio eucarístico de que el sacerdote católico es el ministro. Representaos todo lo que hubo de más brillante en los sacrificios antiguos: considerad el de Elías por ejemplo; por una parte reunido todo Israel, atento, con profundo silencio, aguarda la gloria de Dios, que ha prometido manifestarse; por la otra, al profeta que espera á su vez una llama milagrosa que descende del cielo y cae lentamente sobre la víctima que consume, dejando una huella luminosa. Todo esto es imponente y muy á propósito para inspirar el temor. Fijad ahora la vista en lo que pasa en nuestros templos: las maravillas que allí descubris, excitan, arrebatan vuestra admiracion. El sacerdote católico no hace caer fuego del cielo,

hace descender al Espíritu Santo: ora, no para pedir que una llama descienda de lo alto para consumir las cosas que están preparadas, sino para que la gracia, penetrando la víctima, inflame con ella á los fieles presentes al sacrificio, los haga más puros, más brillantes que el oro depurado en el crisol.

Si se considera ahora que un mortal compuesto de carne y sangre, el que se allega á esta naturaleza inmortal, se concebirá entonces cuál es la grandeza con que el Espíritu Santo ha enriquecido al sacerdote, pues que es por su ministerio por el que se obran estas maravillas. Débiles criaturas, puestas en este destierro, son llamadas á la dispensacion de las cosas divinas, y reciben un poder que no ha sido otorgado ni á los ángeles ni á los arcángeles, porque ni á estos se ha dicho como al sacerdote católico: *Todo lo que ligareis sobre la tierra, atado quedará en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, desatado quedará en el cielo.* Los príncipes de la tierra no tienen acción más que sobre los cuerpos, el sacerdote católico obra sobre las almas; los príncipes de la tierra sustraen á un culpable de la justicia humana, y por esto son grandes; el sacerdote católico sustrae al hombre de la justicia divina. ¡Oh admirable maravilla!

¡Oh celeste carácter el del sacerdote conciliador! ¡Cuán necesario eres al mundo! ¡Qué freno has puesto á los crímenes secretos! ¡Con cuántos pecadores purificados has poblado el cielo! ¡Y qué necesitas para obrar tantos prodigios! El médico que curase á todos sus enfermos sin otra pócima que estas tres palabras: *Yo te curo*, sería un taumaturgo inaudito. Hombre de Dios, Sacerdote católico: tú das al enfermo una salud más perfecta, sin aplicarle otro remedio que estas tres palabras: *Yo te absuelvo.*

Recorro la tierra, subo hasta el ángel para preguntarle dónde encuentro el trono del Sacerdote: él me responde entonces: asciende más porque vive más alto; le encontrareis sentado al lado de Dios, en el cielo. El Sacerdote católico es pues el hombre perfecto, el hombre excelente, el hombre elevado á su más alta potencia: desciende inmediatamente del que no desciende de nadie. De pie en las sagradas fuentes, llama á sí á los niños para hacerlos hombres. Solo él, desde lo alto de la cátedra, tiene el derecho de decir la verdad á todos, á los reyes como á los pueblos, y recordarles á todos, que solo Dios es grande. Sentado en el tribunal sagrado, depositario de las llaves del cielo, juzga, y Dios confirma su sentencia. En el altar, si fuera posible

decirlo, se creeria más poderoso que Dios mismo, porque solo una palabra que de su boca sale, crea á Dios, (1) como Dios crea la luz; y despues, cuando el tiempo le falta al creyente, le da en cambio la feliz eternidad. Al último de los hombres, como al hijo de San Luis, le grita con una voz firme: *Sube al cielo.*

En el cadalso, sobre todo, es donde el Sacerdote es grande, cuando todo ha desaparecido para la desgraciada víctima; cuando todos la han repelido y rechazado, la sociedad, la familia y el mundo, el Sacerdote corre para consolarla, sube con ella al cadalso con su crucifijo; para alentarla se pone entre ella y el verdugo para no dejarle ver más que la bondad de Dios y sustraerle la cuchilla que sobre ella vá á caer; es conducido con ella hasta el lugar del suplicio, atraviesa con ella la horrible multitud, sube con ella las gradas del cadalso, la abraza y dura con ella hasta que su cabeza queda separada de su cuerpo. . . . . ¡Oh Sacerdote, cuan sublime es tu mision! ¡Y se admira despues de todo, que el Sacerdote católico haya tenido en todos los

[1] O coeleste mysterium quod per vos Pater et Spiritus Sanctus tam marabiliter operatur!

tiempos tanta influencia y una autoridad de maestro! Lleva sobre su frente y en su mirada un no sé qué de grande y magestuoso que inspira amor, veneracion, todo junto.

El gran Teodosio se presenta á la puerta de la Iglesia: un Sacerdote se le interpone prohibiéndole la entrada, y el emperador se contiene; habla el Sacerdote, y el emperador reconoce su falta: vuelve silencioso á su palacio para expiarla con la penitencia. Atila, aquel azote de Dios marcha hacia Roma; viene á destruir la Ciudad Eterna, impulsado como él dice, por un brazo invisible; el Papa S. Leon se le interpone, y la tea del salvaje conquistador se apaga en la cruz del Sacerdote católico. Troyes y Orleans son amenazadas; dos Sacerdotes se interponen ante aquellas hordas salvajes y ambas se ven libres del pillaje. Teodorico se acaba de apoderar de Pavia, cuando vió llegar á San Epifanio su Obispo: «ved, dijo á sus cortesanos el más poderoso baluarte de Pavia, este hombre, cuyo exterior es tan simple que no tiene semejante en el universo.» Y Teodorico deja en Pavia á su mujer, su hermana, su cuñada bajo la salvaguardia del Obispo: era proponerlos bajo el amparo de la virtud.

Recorred la lista de los hombres, y entre ellos hallareis un gran número de Sacerdotes, y no temo que se llame exagerado, si aseguro que si se pudiera ver un siglo en un hombre, se veria en el sacerdote católico, porque el sacerdote reúne en él todo lo que le rodea. En el tercer siglo están Orígenes y Tertuliano; en el cuarto bajo Constantino, Atanasio ó Basilio; en el quinto Agustín ó Leon: en el sexto Benito ó Leon; en el sétimo Isidoro, primero de los enciclopedistas: Beda, bajo Carlo Magno, en el octavo, el gran San Benito de Amiens, ó el sabio Focio en el noveno: el sorprendente Silvestre II ó Gerbert en el décimo: Gregorio VII ó Anselmo en el undécimo: San Bruno ó San Bernardo en el duodécimo: Santo Domingo ó Santo Tomás de Aquino en el décimo tercio: Roger Bacon ó Gerson en el décimo cuarto: Tostado ó Savonarola, en el décimo quinto; el cardenal Jimenez ó San Francisco Javier, Leon X ó el canónigo Copérnico, en el diez y seis; Belarmino ó Richelieu, Kircher ó Bourdaloue, Petau ó Bossuet, en el principio y fin del diez y siete: en el diez y ocho Bénédicto XIV, Bergier, Ligorio y Pio VI. Pio VI, que en el momento en que la nave social cruja por todas partes, en que la fé parecía extinguirse y la Iglesia roma-

na amenazaba desaparecer, aparecia á los pueblos y á los reyes, para darles á todos una verdadera idea de la grandeza y de la dignidad del sacerdote en el sufrimiento.

Los franceses son dueños de Roma. Amantes de las nuevas doctrinas, el pueblo se hace al partido del vencedor y no reconoce ya al Papa por su jefe temporal. El general Cervoni presenta al Pontífice caído las insignias de la nacion. «No conozco otro uniforme para mí, le respondió el piadoso sacerdote, que aquel con que la Iglesia me ha honrado; teneis poder sobre mi cuerpo: pero mi alma está sobre vuestros golpes. No necesito de vuestra pension. Un callado y un vestido de sayal bastan al que debe espirar en el cilicio y en la ceniza. Adoro la mano del Omnipotente que castiga al pastor y al rebaño; podeis destruir las habitaciones de los que viven, y los sepulcros de los muertos, pero no la religion porque es eterna: ella subsistirá despues que vos, como existia ántes que vos, y su reinado durará hasta la consumacion de los siglos.»

El siglo diez y nueve ha tenido tambien su héroe. Pio VII no ha sido ménos grande que su predecesor. Escuchemos la alocucion siguiente del secretario perpetuo de la academia fran-

cesa, pues admirablemente pinta la grandeza de alma y la megestad indestructible del génio sacerdotal. «Ha parecido á la Academia que uno de los espectáculos para siempre memorables que haya ofrecido nuestro siglo, más rico acaso en grandes acontecimientos y grandes caracteres, es la lucha tenaz del Pontífice de Roma contra el dominador de Europa.»

No se trataba ya por cierto de ambiciosas pretensiones del poder espiritual sobre los imperios de la tierra; no se trataba tampoco de la supremacía pontificia, sino de la libertad religiosa, de la libertad del sacerdote y del hombre. Era la lucha de la conciencia contra la doble fuerza del génio; era bajo una forma sagrada, el último combate que la inteligencia presentaba contra un poder material sin contrapeso y sin barreras, que no destruía los tronos ni se hacía servir de ellos más que para avasallarlos, según sus intereses y su voluntad.

El hombre que no cedió á este prodigioso poder, ó que al menos no cedió sino en los límites convenientes, y para resistir después con inflexible dulzura; el anciano que sin soldados, sin defensa, sin océano y sin desiertos entre la Francia y él, tuvo valor para decir al emperador *No*; y opuso las bulas de la Iglesia á la es-

pada del conquistador que había hecho pedazos las constituciones de los pueblos, es una de las más bellas figuras que puede presentarse como ejemplo á la humanidad para conservar el sentimiento de su propia grandeza y de su libertad moral. Tal carácter uniforme y sostenido forma la vida de Pio VII, templado con su duzura é indulgencia, aunque invencible en paciencia. Pio VII vino á Paris á consagrar al ilustre y afortunado guerrero que había honrado los restos mortales del último Pontífice, que libra á la Italia conquistada, que pacifica á la Francia victoriosa y restablece el orden y la religion. Cediendo á la victoria como á una voluntad visible de Dios, vino á coronar al emperador, á este nuevo Carlo Magno, más extraordinario que el primero, porque no tenía predecesores; mas el Pontífice romano se contiene porque vé ya hasta dónde llega la ambición del conquistador. A este consagrante llamado con tanta pompa, propone Napoleon hacerle el primer Obispo de su imperio, tomando á Roma para él y dándole Notre-Dame al Papa. (1)

(1) Continuaba la persecucion, dice el último historiador de Pio VII; trece cardenales les habían sido de-

Apenas las caricias y fiestas de la coronación han pasado, cuando se murmura muy bajo sobre un proyecto, y se apoderan del Pontífice, difi-

tenidos, desterrados, dispersos en muchos lugares donde se les tenía vigilados. El Papa mismo prisionero en Saona, era el objeto de las más odiosas medidas, se le quitaban uno por uno á todos sus servidores, se le arrebatában sus papeles y aun sus breviarios. Treinta Obispos franceses reclamaban la institución; pero las comunicaciones estando interrumpidas por la bula, el Papa no podía darlas. Napoleon convocó un comité eclesiástico donde figuraron los cardenales Fesch y Maury y el Arzobispo de Malinas, M. de Pradt. Un simple sacerdote, el abate Emery, hombre recomendable por su ciencia y su alta virtud, comprendió entónces con su admirable simplicidad, el orgullo del vencedor de los reyes de la tierra. Napoleon, dirigiéndose á él con una mirada que parecia quererle imponer la sumisión, le dijo "M. ¿qué pensais de la autoridad del Papa?" Emery, llevando su mirada hácia los Obispos, como para pedirles permiso de responder, contestó con calma y dulzura: Sire, no puedo tener otro sentimiento sobre este punto, que el que se contiene en el catecismo enseñado

riendo de intentó su partida. "Todo ha sido previsto, responde Pio VII, ántes de dejar nuestra ciudad de Roma hemos firmado una abdicación

por vuestras órdenes en todas las Iglesias. A la pregunta, pues, ¿quién es el Papa? Se supone que es el jefe de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo, á quien todos los cristianos deben fentera obediencia. Napoleon se sorprendió de tal respuesta, y balbutiendo la palabra *catecismo*, pasó á otra cuestion:

No trato del poder espiritual del Papa, puesto que lo ha recibido de Jesucristo, le contestó; pero Jesucristo no le ha dado el poder temporal, Carlos Magno es quien se lo ha dado; y yo, sucesor de este, quiero quitar-selo, porque no sabe usar de él, y además, le impide ejercer sus funciones espirituales." Emery le opuso el pasaje tan notable de Bossuet en la defensa de la declaración del clero, donde se dice: "Se ha concedido á la Silla Apostólica la soberanía de Roma y otras posesiones, á fin que la Santa Sede, más libre, y con más seguridad ejerza su poder en todo el universo. Felicitamos por esto no solo á la Silla Apostólica, sino á toda la Iglesia, y deseamos con toda nuestra voluntad, que de todos modos este *principada sagrado* subsista sano y salvo."

regular, valedera desde el instante mismo en que se nos detuviera como cautivos: está fuera de vuestro alcance, al otro lado del mar, en Palermo, confiada á un depositario, dispuesto á publicarla, cuando se nos haya significado lo que se medita contra nosotros, no os quedará

Napoleon se recogió y replicó con afabilidad: "todo esto sería bueno para los tiempos de Bossuet en que la Europa reconocía muchos señores; no era conveniente entonces que el Papa estuviera sujeto á un soberano particular; pero ¿qué inconveniente hay que el Papa este sujeto á mí, ahora que la Europa no reconoce otro señor que yo?" Hay en los espíritus privilegiados una especie de don profético. El abate Emery estuvo como inspirado en la bella y simple respuesta que dió: "Sire, conocéis tan bien como yo la historia de las revoluciones: lo que ahora existe puede no existir siempre. A su vez, los inconvenientes previstos por Bossuet podían aparecer. Es necesario, pues, no cambiar un orden sabiamente establecido.

Al día siguiente de esta escena, queriendo hablar al emperador el Cardenal Fesch sobre negocios eclesiásticos, contestó el emperador: "Cállate, eres un ignorante

ya más en las manos que el miserable monge que se llama Bernabé Chiaramonti.

Ante tan sublime humildad el emperador no insistió, y el Pontífice volvió libre á Roma. Pero el inquieto y poderoso conquistador no por eso lo dejará en paz. La segunda lucha va á durar cuatro años, hasta el momento en que vencedor sobre nuevos campos de batalla, rey de Italia, vencedor de Alemania, Napoleon por un decreto reúne Roma á la Francia, y hace arrebatlarla al Papa, con algunos soldados, la noche misma del día en que más noblemente ocupado ganaba la batalla de Wagram.

Aquí termina el cuadro de la vida de Pio VII. Ya no se verá á este Pontífice oponer su constancia al poder, á la seducción, sino á la desgracia, al aislamiento, la prision: cuando todo lo ha abandonado sobre la tierra, cuando sus mismos Cardenales se han pasado al lado del

solo con el abate Emery, que sabe teología, es con quien debo tratar estos negocios. Un hombre como el haría de mí lo que quisiera, y quizá más de lo que yo debiera hacer." ¡Que homenaje tan grande tributa lo al Sacerdote católico y por un hombre como el que lo hizo!

César, y que no cuenta con otro defensor ante el conquistador sobervio que un modesto consejero de la Universidad, el sabio Emery, simple Sacerdote, y el grande artista de Canova, su firmeza y su confianza son inalterables. Arrastrado cautivo de Roma á Alejandría. á Grenoble, á Saboya, á Fontainebleau: retracta allí noblemente su amenaza de 1805. El peligro se ha aumentado, el enemigo se ha hecho más terrible para que quiera combatirle abdicando. Muchas almas han desfalecido para que piense Pio VII en exponer su Iglesia al cambio de una secesion. Queda Soberano Pontífice en prision.

El general Meolis le exigió la cesion del dominio temporal que le habia otorgado la cristiandad. *«No lo puedo, no lo debo, no lo quiero,»* responde la imperturbable grandeza de alma del Pontífice, y así responderán todos sus sucesores hasta el actual Pontífice Leon XIII, que con un talento superior ocupa la Cátedra de San Pedro, resumiéndose en él la época actual. Su mirada penetrante como la del águila, abraza todas las necesidades de la humanidad y responde á todas. Como los que más, conoce perfectamente su siglo. Está en medio del mundo como un faro luminoso hácia el cual se fijan las

miradas de todos los que buscan la verdad, la fé y el reposo. A la sombra de su mano no hay temores sino paz, esperanza y amor. Virtuoso en su corazon, inflexible en su fé, es la columna inmortal de la indestructible verdad. En vano la heregía se agita á su derredor, en vano la política le amenaza con su feroz mirada, en vano el infierno suscita contra él las más extrañas dificultades, en vano las olas de las pasiones sacuden violentamente la barca que él dirige. ... Que el universo se aplaste á su derredor, que se venga sobre él, sus escombros lo herirán, pero no lo harán vacilar.

Afortunado anciano, prolonga tu vida para que puedas ayudarnos con tus luces á resistir á los nuevos sistemas y aberraciones sin número á que nos arrastra el espíritu de la mentira. Mientras que tu pupila esté fija sobre nosotros, el ángel del error quedará mudo. ... Antes se verán en las regiones del aire aparecer los ciervos ligeros, y al mar dejar sus peces en seco sobre la ribera, que tu recuerdo se borre de nuestro corazon.

Lo diré de una vez: los acontecimientos que se han sucedido de medio siglo á esta parte sobre la superficie del globo han servido maravillosamente para engrandecer al Sacerdote: cuan-

do se la ha visto subir al cadalso, descender á calabozos, caminar hácia él mismo destierro más bien que renegar de la fé, si ha comenzado á creer que en el Sacerdote católico habia otra cosa más que el hombre. Por más vil que lo pinten las pasiones, por más despojado uue aparezca, por más que se le señale con un signo de irrisión, con una corona de espinas sobre su cabeza, una frágil caña en sus manos, una sucia y roída púrpura sobre sus espaldas, esposas á aus manos y grillos á sus piés, el Sacerdote conservará siempre una mirada que revelará su dignidad natural. Hasta en su abatimiento y oprobio, el Sacerdote católico responde al que lo hiere diciéndole: soy rey.

## CAPITULO XI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.--EL GENIO MILITAR  
Y EL GENIO SACERDOTAL.

El génio militar de los tiempos modernos es el que ha hecho descubrir la grandeza del sacerdote católico, al traves de los tristes escombros bajo los cuales el terror lo habia sepultado. Había visto que la espada sola del soldado no bastaba á su ambicion: quiso asociarse á la cruz del sacerdote; pero qué hacer . . . La cruz habia quedado abatida, mutilada, arrastrada por el fango. El sacerdote estaba enrojecido con la sangre del cadalso, y vivia bajo un suelo estra-

do se la ha visto subir al cadalso, descender á calabozos, caminar hácia él mismo destierro más bien que renegar de la fé, si ha comenzado á creer que en el Sacerdote católico habia otra cosa más que el hombre. Por más vil que lo pinten las pasiones, por más despojado uue aparezca, por más que se le señale con un signo de irrisión, con una corona de espinas sobre su cabeza, una frágil caña en sus manos, una sucia y roída púrpura sobre sus espaldas, esposas á aus manos y grillos á sus piés, el Sacerdote conservará siempre una mirada que revelará su dignidad natural. Hasta en su abatimiento y oprobio, el Sacerdote católico responde al que lo hiere diciéndole: soy rey.

## CAPITULO XI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.--EL GENIO MILITAR  
Y EL GENIO SACERDOTAL.

El génio militar de los tiempos modernos es el que ha hecho descubrir la grandeza del sacerdote católico, al traves de los tristes escombros bajo los cuales el terror lo habia sepultado. Había visto que la espada sola del soldado no bastaba á su ambicion: quiso asociarse á la cruz del sacerdote; pero qué hacer . . . La cruz habia quedado abatida, mutilada, arrastrada por el fango. El sacerdote estaba enrojecido con la sangre del cadalso, y vivia bajo un suelo estra-

ño fuera de su patria. La iglesia de Nuestra Señora de Paris, aquella antigua y santa basílica, tenía sus altares manchados por las prostitutas que en ellos se habían hecho adorar bajo el nombre de *Razon*. La iglesia de San Sulpicio había estado consagrada á otra prostituta llamada la *Victoria*. La iglesia de Santa Genoveva había abierto sus castas puertas al cuerpo infame de Marat. En aquel aniquilamiento de toda creencia, todo era para el país un conjunto hediondo de dioses nuevos que salían de su fango hoy para volver á caer mañana más asquerosos. Todas las viejas piedras estaban hechas pedazos, así como la antigua creencia que las había levantado en los aires. La yerba crecía grande y espesa sobre los caminos que conducían ántes á los pavimentos sagrados. Los mismos sepulcros estaban profanados, y las cenizas de los grandes hombres, de los grandes reyes, se habían arrojado como las de todos.

El teatro reemplazaba la Iglesia; los cómicos se sentaban insolentemente en las sillas de los levitas degollados; se tenían por dioses á los dioses y diosas del teatro; se arrodillaban ante las prostitutas, avergonzadas ellas mismas del papel divino que se les hacía representar. Se quemaban en honor de estas divinidades man-

chadas un incienso repugnante en los incensarios robados; toda especie de pontífices abominables se sacaban por doquiera, para hacer los pontífices de este paganismo sangriento. Pobre Francia, ¡cómo flotaba de locura en locura y de crimen en crimen! Ella andaba aquí y acullá, de Srint Just á Barras, del terror al directorio, del cadalso á la licencia, de Jehovah á Júpiter. Sin embargo los repugnantes sofistas del 93, con bonete encarnado, hablaban al pueblo desde la cátedra profanada. Aquellos ministros de fango y de sangre, arengaban á las masas ebrias de vino, precisamente en aquel mismo lugar donde en otro tiempo brotaba la palabra evangélica, dulce entonces como el rocío, sobre la muchedumbre cristiana. ¡Desgraciados templos testigos de tantas orgías! La ópera venía á cantar sus himnos amorosos: Robespierre, para colmar el insulto, venía allí para proclamar al ser supremo, Lareveiluc—Leperaux, el teofilántropo, refería allí con la mayor sangre fría las absurdas invenciones de un imbécil que se ería un dios. Todas las pasiones ridiculas se daban cita en los templos, al mismo tiempo que todas las pasiones sangrientas se encontraban en la Greve y en los clubs. Todo lo que había pertenecido al oculto de nuestros padres había sido

hecho pedazos violentamente. Se había degollado al Sacerdote, se había destruido el altar, se habían derribado los santos monasterios; se habían quemado los libros santos: se habían fundido las campanas, rotos los cuadros, vendido los vasos sagrados, se habían profanado, destruido todas las cosas del culto. Este encarnizamiento sin ejemplo, este fanatismo inaudito, esta rabia violenta, esta superstición desenfrenada contra todo lo que era un altar, una pila de agua bendita, un crucifijo, cualquier objeto cristiano y católico, se había prolongado con una perseverancia horrible.

A vista de tantas ruinas y montones de escombros, el génio militar se llenó de compasión; él, tan altivo, tan duro; él, tan acostumbrado á la sangre y á los gritos del moribundo; él, tan insensible á la desolacion en los campos de batalla; él, repetimos, sintió en vista de esto que sus ojos se llenaron de abundantes y gruesas lágrimas. Quedó triste y pensativo, preguntando su génio inquieto á cada resto para ver si de todo aquel viejo mundo destruido, de tantos recuerdos extinguidos, pudiera él, tan grande, tan fecundo, crear un nuevo mundo; todo calla, nadie responde á su bélico ardor. Derepente, como inspirado por un soplo divino, se para con

todo el orgullo de un poderoso conquistador, de un monarca invencible sobre aquellas áridas osamentas, y golpeando con su pié la tierra, evoca al génio sacerdotal; dócil éste á tan atrozadora voz, se le presenta andrajoso, polvoso, porque volvía del destierro, salía de las prisiones; pero siempre magestuoso, sin haber perdido su dignidad. . . . Toma, le dice el génio militar, toma mi espada, y en cambio dame tu cruz. . . . de hoy en adelante marcharemos juntos; yo reedificaré los viejos templos demolidos, purificaré los altares manchados, llamaré al Santuario á sus ministros dispersos, y haré que la multitud se eche á sus piés, haré que la Francia vuelva á la fé y á su Dios.

El génio sacerdotal, enemigo de la espada y de la sangre, dudó por un instante, é iba á hablar para fijar sus condiciones de paz, de convicción y de amor; se halló arrebatado por la rapidez del génio militar, águila en su rápido vuelo y algunos dias despues las puertas de Notre-Dame, crujen bajo sus goznes de bronce. Napoleon y su estado mayor, y el ejército y Francia, caen de rodillas sobre su antiguo pavimento, al lado del sacerdote católico.

Hé aquí uno de los más hermosos momentos de la historia contemporánea, cuando aquellos

dos grandes genios, el militar y el Sacerdotal corrieron ambos al socorro de la Francia perdida, llorosa, sin creencia, sin leyes, presentándole el uno su espada, el otro su palabra, el soldado el orden y la regla, el Sacerdote la fé y la creencia, el uno que abre los templos cerrados, el otro que llena los templos vacíos. El uno que viene del Oriente para ser rey absoluto, y el otro que vuelve del destierro y de la muerte para ser profeta escuchado; el soldado que es el señor por la fuerza, el sacerdote que es el señor por la convicción; el uno que debia desaparecer más tarde, arrastrando á toda su obra con él, no dejando más que su fama; el otro que no puede morir, que nos alimenta siempre con su fé, y que comienza á gozar de aquel noble triunfo que alcanzó sobre las pasiones impías é incrédulas, más dichoso que el del emperador Napoleon que no venció á la revolucion sino por un dia.

## CAPITULO XI.

DOCTRINA DEL SACERDOTE CATÓLICO,  
PRINCIPIO SOLO DE VERDAD, DE VIRTUD, DE ÓRDEN,  
DA SALUD Y DA GLORIA EN EL MUNDO.

*Un solo Dios, una sola Iglesia, un solo bautismo.* Con esta divisa, el Sacerdote católico ha marchado á la conquista del mundo; por esta doctrina de verdad y por este espíritu de unidad, carácter esencial de todo lo que es verdadero, ha comunicado la vida á la sociedad. La verdad es tan útil al hombre como el error le es funesto; porque la virtud conduce á Dios, mientras que no hay error que no tienda, en todo es-

dos grandes genios, el militar y el Sacerdotal corrieron ambos al socorro de la Francia perdida, llorosa, sin creencia, sin leyes, presentándole el uno su espada, el otro su palabra, el soldado el orden y la regla, el Sacerdote la fé y la creencia, el uno que abre los templos cerrados, el otro que llena los templos vacíos. El uno que viene del Oriente para ser rey absoluto, y el otro que vuelve del destierro y de la muerte para ser profeta escuchado; el soldado que es el señor por la fuerza, el sacerdote que es el señor por la convicción; el uno que debia desaparecer más tarde, arrastrando á toda su obra con él, no dejando más que su fama; el otro que no puede morir, que nos alimenta siempre con su fé, y que comienza á gozar de aquel noble triunfo que alcanzó sobre las pasiones impías é incrédulas, más dichoso que el del emperador Napoleon que no venció á la revolucion sino por un dia.

## CAPITULO XI.

DOCTRINA DEL SACERDOTE CATÓLICO,  
PRINCIPIO SOLO DE VERDAD, DE VIRTUD, DE ÓRDEN,  
DA SALUD Y DA GLORIA EN EL MUNDO.

*Un solo Dios, una sola Iglesia, un solo bautismo.* Con esta divisa, el Sacerdote católico ha marchado á la conquista del mundo; por esta doctrina de verdad y por este espíritu de unidad, carácter esencial de todo lo que es verdadero, ha comunicado la vida á la sociedad. La verdad es tan útil al hombre como el error le es funesto; porque la virtud conduce á Dios, mientras que no hay error que no tienda, en todo es-

píritu consecuente, sino al ateísmo, último refugio de la ignorancia y de la irreflexión. Necesario es, pues, indispensable al hombre, vivir en la verdad para vivir en la unidad, es decir, en el orden, en la fuerza. Queriendo Dios, pues, que todos lleguen al conocimiento de la verdad, natural era que la depositara sobre labios escogidos y en un corazón propio para hacerla conocer. *Deus vult omnes homines salvo fieri, ad agnitionem veritatis venire*, dice San Pablo.

Pero ¿qué hombre será tan influente para presentar la verdad á sus semejantes, sin que estos le digan; qué más tienes tú que yo que la niego y no creo en ella? A este hombre por más sabio que sea se le pondrá otro sabio, y así continuaremos de individuo en individuo, sin poder jamás encontrarla en ninguno. La autoridad de un pueblo, ¿será suficiente en tal caso?—Qué es pueblo? Un conjunto de hombres divididos hasta lo infinito por opiniones diferentes, incapaces por consiguiente para hacer fijar nuestros espíritus; la razón del número, la mayoría de creyentes, la soberanía del pueblo, la autoridad universal, en fin no son una garantía incontestable de la verdad; porque no se puede juzgar por el número de los que profesan tal ó tal doctrina, en tal ó tal tiempo, ni por el

pequeño número de los hombres que la historia dá á conocer que han dejado ellos mismos sus opiniones escritas, ni por el pequeño número de los contemporáneos. Sobre dos hombres, pues, como sobre dos libros, no es raro encontrar uno que niega y otro que duda.

La autoridad de los gobiernos políticas, ¿será de más peso? No lo creemos, hoy sobre todo, en que los vemos diferir entre sí, tanto en su fé como en sus formas. Lo mismo son los gobiernos que admiten toda verdad religiosa, que los que no reconocen ninguna religion; porque admitirlas todas, no es aceptar ni reconocer ninguna.

Solo nos resta la autoridad religiosa, la autoridad del Sacerdote católico. Cuando consultamos los anales de los pueblos para pedirles el origen y fundamento de esta autoridad, que desde el Calvario remonta hasta los patriarcas, y al primer hombre, para descender despues hasta nosotros; cuando la consideramos en su admirable gerarquía de los miembros que la componen, obrando todos de acuerdo como si fuera un solo hombre; cuando la consideramos con todo el aparato esplendente de sus ornamentos, el brillo de su palabra, el número prodigioso de sus libros, las magníficas solemnidades de su cul-

to, la elegancia, elevacion y grandeza de sus templos; cuando la consideramos sentada en la ciudad eterna, como en el centro del universo, fijos todos los ojos sobre ella, y atrayendo todas las miradas; cuando la consideramos adornada con todos los atributos de su poder, de su luz, de su amor para enseñar la verdad á todos sus miembros indistintamente, ya sean dignos ó indignos, viciosos ó virtuosos; cuando la consideramos en medio de todas las instituciones humanas, la sola que siendo siempre atacada, siempre ha salido victoriosa; cuando, en fin, la consideramos respetada y seguida por los más grandes pueblos, los más grandes hombres: entónces no podemos ménos que admirarnos, sorprendernos; entónces el brillo de su gloria, tanto como el misterio de su existencia, nos deja aterrados prorrumpiendo inmediatamente, que es el único principio de verdad.

Y ¿qué otra autoridad, fuera de la del Sacerdote católico, podrá encontrarse en armonía con la unidad de la fé, de la ley, de la verdad, principios esencialmente constitutivos de toda sociedad? La verdad es una: la autoridad que enseña no puede ser más que una, como ella misma y con ella misma. En geometría la línea recta es una, indivisible, inflexible, no pudiendo

inclinarse á ninguna combinacion extraña á su esencia; la curva, al contrario, se multiplica, se divide hasta lo infinito. En religion, la verdad es la línea recta, el error es la curva. Suponed un millar de católicos, todos no tendrán más que un pensamiento, un corazon, una alma. En igual número de desidentes, ancontrareis un millar de pensamientos diferentes, un millar de corazones desiguales en lo que desean, un millar de almas que piensan diferente. Y ¿por qué todo esto? Porque los primeros sacan la verdad de su frente, y los otros la buscan, la quieren hallar en sí mismos, esto es, la quieren hallar donde no se halla, donde no pueden estar ni encontrarse.

Se replicará: y ¿por qué Dios no ha hecho mejor un milagro para hacer conocer la verdad? Porque la autoridad siempre subsistente en el sacerdote católico, es el más grande de los milagros. Por esta autoridad, se insistirá, son hombres los que la componen, los cuales la habrán hecho para explotarla en provecho suyo. Hé aquí un error: estos hombres no han hecho la autoridad, la han recibido, han sido establecidos para ser órganos de ella, hé aquí todo: y en el sistema dado á la humanidad, Dios pudo mejor emplear los hombres, para hablar á los hom-

bres; y éstos, lejos de explotarla en su provecho, vemos que se someten ellos mismos á ella. No se olvide, además, lo que en otra parte hemos dicho, y no nos cansaremos de repetir, que no son hombres como los otros, porque ellos tienen alguna cosa de más. Y si las cosas pequeñas pueden compararse á los grandes, diremos que aquí sucede lo que con un embajador: este representa no solo al príncipe sino que tambien es el ciudadano. La autoridad del príncipe lo cubre con su autoridad, y por esto los honores que se le tributan cuando habla: no habla como simple ciudadano; habla, discute y obra en lugar del príncipe que lo envió. Sus credenciales son una especie de consagracion política que lo hace inviolable: cuando se falta al embajador, al príncipe se falta y á la nacion que representa. El Sacerdote católico ha recibido en su ordenacion sus credenciales para ejercer su mision, por las manos del Pontífice: Dios lo ha revestido de su autoridad: luego hay en él más que un hombre; hay Dios, como en el embajador hay príncipe.

Los atributos de esta autoridad resaltan todos por su esencia misma. Es infalible, es intolerante; infalible en sus decisiones universales. Si fuera de otra manera, se seguiria que la verdad

fuera incierta por un momento, lo que no puede admitirse sin blasfemar contra Dios. Intolerante en su voluntad; si tolerara otras voluntades diferentes de la suya, sobre todo, voluntades que le fueran contrarias, cesaria de ser el órgano de la verdad. Habria tantas opiniones como voluntades. Mas este doble carácter de infalibilidad é intolerancia merece alguna explicacion. Cuando el Sacerdote católico pronuncia su juicio sobre los derechos, sobre los deberes, sobre las verdades dogmáticas que son su fundamento, solo entonces es infalible, pues que en calidad de hombre puede errar. Por esto comienza siempre en someterse él mismo, cuando manda á los otros que obedezcan.

Es intolerante, pero con respecto á los errores, no con relacion á los hombres ni por lo que ve á su conducta. El sacerdote se irrita contra el pecado, jamas contra el pecador: ora, enseña, alienta, reprende, advierte, declara que habeis desobedecido, que no haceis parte de su familia: excomulga, en fin, aquí termina su mision y su poder, porque allí comienza entónces la autoridad política. Bajo el yugo del sacerdote católico la voluntad y la accion son libres, pero no el espíritu. Su verdadera libertad es la sumision. Notaremos de paso que este doble carácter de

infalibilidad ó tolerancia, es legítimo, necesario é inevitable: ningun hombre sabria disputárselo sin atribuirselo á sí mismo. El hombre que dice á la autoridad: os engañais, dice por lo mismo, yo no me engaño; y cuando increpa al sacerdote por intolerante, él mismo es, por una contradiccion extraña, tan exclusivo é intolerante como puede serlo: la verdad es ménos intolerante para el error que el error lo es para la verdad. Todo el mundo es esencialmente exclusivo de sus adversarios, y se quisiera que solo el sacerdote aceptase los suyos. Asi, pues, la oposicion que algunas veces es un deber en política, es un crimen en religion.

Ved los atributos espirituales del sacerdote católico: ved sus prerogativas bajo el aspecto de autoridad en materia de doctrina. Veamos ahora sus atributos temporales. El Papa, padre comun de los fieles, es el jefe de la Iglesia y rey de Roma. Se tienen Obispos, duques y pares; y como tales dignidades han llegado á ser con el tiempo y nuestras costumbres un gran medio de proselitismo y de caridad, asi seria extraño que la ley de Dios las condenase en sí mismas; y mientras que unas son usurpadas por los ambiciosos, por intereses particulares; se quiere que

fuesen ellas prohibidas al sacerdote católico para el orden y salud pública?

No se trata ahora de aquella ambicion que se ha pretendido arrancarle al clero, porque dicen que le sirve para regentear y avasallar á los príncipes. Fácil es probar con la historia en la mano, que si alguna vez el Papa la ha tenido sobre los reyes no lo ha hecho sino ante los tiranos. Esta pretension, repito, que pudo tener, y legítimamente ejercer en la infancia social del cristianismo, sería á sus propios ojos, dicen, un crimen ahora. No conozco error más grosero, ni calumnia más pérfida que imputarle.

Vedle desde 1830, tolerar, reconocer las nuevas dinastías que surguian, convenir con ellas, recordando constantemente á los fieles el deber de la obediencia y decir á los franceses del siglo XIX lo que San Pablo decia á los romanos en el primero: ¿No quereis tener nada que temer de los poderes? haced el bien. ¿Y de qué modo usurparia el Sacerdote católico la autoridad civil? Su reino no es de este mundo, es rey, pero lo es de la inteligencia, y tal imperio de la inteligencia, es el del amor.

Y ¿cuáles son los mandamientos del Sacerdote católico? Vedlos aquí: nos enseña la fé, la esperanza, la caridad, trinidad de virtudes que

harian de la tierra un lugar de delicias si fueran mejor conocidas y practicada. Por la fé, nuestra débil inteligencia cree en Dios y en todos los dogmas revelados por Él: la fé en lugar de avasallar al hombre, como algunos filósofos lo creen, lo eleva, al contrario, á toda su excelencia, así como á la certidumbre sobre toda duda, dándole luz sobre todas las tenebras. La esperanza nos sostiene con sus risueños colores, nos muestra al través de las contradicciones de la vida presente, un porvenir más encantador; un mundo mejor, donde la alegría reemplaza á las lágrimas. La esperanza es hermana de la felicidad.

La caridad nos pone en relacion con nuestros hermanos, nos los hace amar y querer. La caridad es la virtud por excelencia, las otras no son más que los escalones para llegar á su objeto; ella es el resúmen de todas; una fé que hiciera trasladar las montañas, una esperanza que trocara las tinieblas en luz, nada serian si la caridad no las animara. La fé es el fundamento, la esperanza el edificio, la caridad el coronamiento del edificio espiritual. Estas tres virtudes son las compañeras del hombre; su escudo, su vida; porque sin ellas el hombre se extraviaría, moriría. ¿De dónde vienen tantas enfermedades sociales é individuales, sino de la ausencia de estas

tres virtudes en el mundo? ¿Qué se ha reemplado en lugar de la fé? La duda, el escepticismo, las angustias de la desesperacion, las convulsiones de la agonía. El egoismo, el ser brutal, único aniquilamiento del hombre, peor que la muerte que ha extinguido toda esperanza, toda caridad en el fondo de los corazones. Pueblo, ¿quieres saber por qué sufres tanto? ¿Por qué sientes aquel mal interior que te devora y envenena todos tus goces? Porque no tienes ni fé, ni esperanza, ni caridad, porque ya no vas tú á tomar tu instruccion, tu doctrina del sacerdote católico; mira á tu derredor, todo es triste, y por eso solo miras la desolacion; el órden social vacila sobre sus bases, los principios mejor establecidos son desconocidos, no hay otra cosa que arregle la conducta del hombre más que el amor propio. Cuando un pueblo ha llegado á un grado de indiferencia religiosa ya no hay más que colocar una mano sobre el corazon la otra sobre sus ojos y aguardar una próxima disolucion. Se habia visto alguna vez la calma en el crimen; pero nunca el embrutecimiento.

Dios ha reunido los hombres en sociedad, donde deben amarse y socorrerse mutuamente como los hijos de una misma familia, que tienen un padre comun. Cada nacion no es más que

una de las ramas de aquella numerosa familia que está esparcida sobre toda la superficie de la tierra. El amor de este padre comun debe ser sensible, manifiesto, reinando inviolablemente en toda esta sociedad de sus hijos muy amados. Cada uno de ellos debe decir al que de él nazca: conoced al Señor que es vuestro Padre. Estos hijos de Dios deben publicar sus beneficios, cantar sus alabanzas, anunciarlo á los que lo ignoran, despertar el recuerdo á los que lo olvidan. Están sobre la tierra para conocer sus perfecciones y cumplir su voluntad, para comunicarse los unos á los otros aquella ciencia y amor celeste. Tal mision, pues, solo se cumple por la fé, la esperanza y la caridad. Efectivamente, todo esta comprendido en estas tres virtudes. Hé aquí toda la ley. Hacer del hombre el ser más perfecto. Su culto engendra la verdadera felicidad del alma. El corazon del que cree, espera y ama, tiene una fiesta continua. Siempre contento de sí y de los otros, marcha con alegría al través de las vicisitudes de la vida, hacia la montaña que corona la ciudad del reposo.

Apoyada sobre estas tres virtudes, la humanidad misma, la sociedad disfruta de la tranquilidad del orden y de la fidelidad á la voz, que

cuando la llama cumple dignamente sus nobles destinos.

Ved por todo lo expuesto, cuán sublime es la doctrina del Sacerdote católico, y cuanto supera á cualquiera. Cuanto el cielo excede á la tierra, así domina la doctrina del Sacerdote á la del hombre.

Sobre esta enseñanza del Sacerdote católico, ved los puntos en que solamente es atacada.

La presencia divina: como si ella no fuera la consecuencia rigurosa y necesaria de la existencia de Dios, que habiendo creado las causas, debe prever sus efectos.—La libertad que resulta de la justicia y la bondad de Dios que no puede dejar de prescribir al hombre deberes que están en su voluntad cumplir.—El famoso *fuera de la Iglesia no hay salvacion*, que es la inevitable y natural consecuencia de la unidad de la doctrina de verdad. Porque ó estamos en posesion de la verdad, ó no: si lo primero, no hay cuestion; si lo segundo, ó es de buena ó de mala fé: si lo primero, no nos inquietamos; si lo segundo, debemos instruirnos para no dudar; y si no lo hacemos, somos culpables, y tanto más severamente condenados, cuanto con más negligencia y descuido rehusamos instruirnos.—El pequeño número de los elegidos; como si no se supiera que

todo el mundo puede hacer parte de ellos, y que de cada uno depende seguirlo, cuando todos y cada uno son llamados.—La eternidad de las penas; y ¿no las encontramos todas enteras en la eternidad del crimen? Por que el desgraciado que muere en la impenitencia final, perpetúa, por decirlo así, con su muerte en el pecado, la malicia del crimen que ha cometido.—El culto, porque se cree deshonorar al hombre, y ser indigno de Dios. [Hablar así, es olvidarse de lo que es el hombre: porque este fácilmente olvida lo que no ve, y el culto exterior con su lengua propia, á la vez única y universal, clásica y sagrada, clara y misteriosa, muerta y viva, inalterable, inmortal, con la pompa de las ceremonias, ¿qué otra cosa es, que un perpetuo recuerdo y un sublime memorial de Dios, de sus atributos, de su acción, de los deberes que prescribe y de las promesas que asegura? Considerado bajo este aspecto, es necesario y fundamental: se identifica con la existencia de Dios, con su palabra, con el dogma, en fin, pues que es para el hombre el solo medio de conservarlo; y considerado así, se confunde con la felicidad y la salud del género humano. (1)

(1) Los más célebres protestantes en Inglaterra, Alemania y otras partes, han sentido la necesidad del cul-

—La confesion: como si ella no fuera indispensable al hombre, precisamente á causa de su orgullo. La naturaleza de la confesion y la humildad que exige su práctica, son los motivos más poderosos de su existencia y necesidad. To-

to católico. Haller á ninguna otra cosa debe haber vuelto al catolicismo, que á las ceremonias católicas. Bolingbroke, como lo refiere madama Necker y Barere, de tal manera le sorprendieron tan agradablemente las ceremonias de la misa, la primera vez que asistió á ella, que en el momento que el arzobispo elevaba la sagrada hostia y todo el pueblo caía de rodillas, dijo en voz alta al que lo acompañaba: *Si yo fuera rey no permitiría esta funcion á ninguno.* Un filósofo rey, Federico el Grande, hizo una indicacion semejante cuando salia de una solemnidad católica en Breslan. "Los calvinistas, dijo, tratan á Dios como á un servidor, los luteranos como á su igual, y solo los católicos lo tratan como Dios.

Para tener una idea del poder de nuestras ceremonias necesario será entrar en una Iglesia católica un hermoso día de una fiesta solemne, el día de Noche Buena, de Pascua Corpus: desafío al hombre más insensible, á no ser el de aquellos cuyo corazon con nada se conmueve.

dos los hombres, los filósofos mismos cualesquiera que hayan sido sus opiniones, han mirado la confesion como una de las más fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduría. «Qué de restituciones, de reparaciones dice Rousseau, ha hecho la confesion entre los católicos.» (1) Segun Voltaire, «la confesion es una cosa excelentísima, un freno para el crimen inventado en la antigüedad más remota, se confesaban en la celebracion de todos los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado y sancionando esta costumbre: es muy buena para reparar los corazones ulcerados con el odio, haciéndolos concebir el perdon.» (2)

Sin esta institucion saludable, el culpable caeria en la desesperacion. ¿En qué seno descargaria entónces el peso que agobia su corazon, si aquella no existiera? ¿Seria en el de un amigo? Y ¿quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Tomaria á los desiertos por confidentes? Ellos retumban siempre y repiten con su eco el crimen, cometido, así como otras

(1) Emilio t. 3.º p. 201 en la nota.]

(2) Cuestiones enciclopédicas, t. 3.º p. 204 art. Cura de Aldea.

tantas trompetas, como sucedia á Neron que creía oirlas al derredor del sepulero de su madre á quien habia asesinado. Cuando los hombres, la naturaleza y la sociedad no tienen piedad, dulcísimo es encontrar un Dios presto á perdonar. Solo á la religion cristiana es dado haber hecho dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento. (1)

En el tribunal de la penitencia el Sacerdote católico es el amigo, el consolador del pecador; ningun crimen puede armar su cólera; depositario de las infinitas misericordias de Dios, su caridad es más grande que todos los crímenes. Al lado del Sacerdote católico. se encuentra no solo el perdon de las faltas, sino que allí se reciben sabios consejos é instrucciones paternales. Dios penetra en el fondo del alma, mientras que su ministro habla, y la paz sucede á los remordimientos, la calma á la inquietud.

El retorno al Sacerdote católico, será el retorno á las sanas doctrinas, es decir, al órden, á la salvacion y á la gloria. El se manifiesta ya en el trabajo que se opera en este momento en la sociedad, despues de haber violentamente

[1] Chatesub. Gen. del Crist. t. 1.º c. 8.

perseguido al Sacerdote católico, mirándolo el mundo con indiferencia, más ahora del seno mismo de esta sale una centella de fuego que manifiesta sino amor, al menos benevolencia para con él. Dios quiera que vuelva á conquistar su lugar en medio de los pueblos que esta llamado á esclarecer y dirigir, porque á su elevacion y á su gloria se deberá la rehabilitacion y la gloria de la humanidad.

## CAPITULO XI.

## HEROISMO DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdote católico disfrutaba en paz del patrimonio que con su sangre y su genio habia adquirido; respetado de los grandes, amado de los pequeños, seguia el camino y el ejemplo de su Maestro que habia pasado haciendo el bien, cuando fué violentamente atacado, no ya por razonamientos formales, ni por la lógica de Celso, sino por la filosofía burlona de Juliano. Por mucho tiempo combatió estas funestas doctrinas; mucho tiempo antes que estas se manifestaran, señaló al mundo la tempestad que ellas

perseguido al Sacerdote católico, mirándolo el mundo con indiferencia, más ahora del seno mismo de esta sale una centella de fuego que manifiesta sino amor, al menos benevolencia para con él. Dios quiera que vuelva á conquistar su lugar en medio de los pueblos que esta llamado á esclarecer y dirigir, porque á su elevacion y á su gloria se deberá la rehabilitacion y la gloria de la humanidad.

## CAPITULO XI.

## HEROISMO DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdote católico disfrutaba en paz del patrimonio que con su sangre y su genio habia adquirido; respetado de los grandes, amado de los pequeños, seguia el camino y el ejemplo de su Maestro que habia pasado haciendo el bien, cuando fué violentamente atacado, no ya por razonamientos formales, ni por la lógica de Celso, sino por la filosofía burlona de Juliano. Por mucho tiempo combatió estas funestas doctrinas; mucho tiempo antes que estas se manifestaran, señaló al mundo la tempestad que ellas

abrigaban en su seno. Redoblando su celo y su amor, ora para conjurar la tempestad: más sus oraciones fueron vanas. Fué preciso ceder al fin. Un día, la furia de la tempestad fué tan grande que la sociedad comenzó á bambolear por todas partes, el hacha revolucionaria se levantó sanguinaria, el cadalso se alzó horrible y amenazante; todo lo que era virtuoso y honrado fue arrollado por un triunfo infernal: hubo entónces un gran combate entre la atrocidad horrible y la resignacion sublime. En aquellos dias de desolacion, se empujó al Sacerdote hasta la barra de las pasiones, y allí fué intimado, bajo pena de muerte, á regenerar de su fé y de su Dios, de su Iglesia, de su jefe, de su pasado y de su porvenir. Solo con tal condicion se le permitia vivir. Solo una palabra respondió el Sacerdote católico al tribunal sanguinario, la que Pedro su jefe había respondido mil setecientos años antes de la Sinagoga deicida: *Juzgad por voz mismos, si valga más obedecer á los hombres que á Dios*. Y el Sacerdote subió tranquilo las gradas sangrientas, tendió dulcemente su cuello al verdego, y murió. Entónces fué cuando bajo la cor-tante hoja del puñal del perseguidor, brilló con todos sus refulgentes destellos el heroismo del Sacerdote católico. Nunca, desde Neron y Do-

miciano, se había presentado tan grande. Se le vió entónces renunciar á todo, á los bienes de este mundo, á los honores, á la gloria, á la misma vida; nada conservó de lo que poseía; y como en otro tiempo se mostró al pueblo á Jesu-eristo cubierto de oprobios, así desde lo alto del fatal instrumento, cubierto con el lodo de las pasiones, y cargado con las iniquidades del pueblo, se le dijo: *Ved aquí al hombre*. Sí, en aquel momento supremo, entre aquella caterva ébria de sangre, no había más que un hombre, el Sacerdote.... el Sacerdote solo era el hombre fuerte, el hombre excelente, el hombre Cristo, que sabe entregarse y morir por la nacoín y por el mundo.

Con frecuencia se repetia que la revolucion había hecho conocer á los hombres: se tuvo razon; ántes de ella el vicio, comprimido por el temor, no se atrevia á manifestarse, cubriéndose entónces con el manto de la hipocrésia; la virtud, disfrutando ántes de la paz, no había tenido ocasion de desplegar su valor, estando hasta entónces desconocida: pero desde que las pasiones bajo la barrera de la licencia, batieron con toda su furia al suelo frances, todas las máscaras cayeron, todos los velos que ántes cubrian á los hombres caídos, dejaron verlos tales como

eran. El pícaro pudo ya entonces cometer impunemente sus crímenes; se vió tambien al hombre virtuoso permanecer fiel á su deber y á su conciencia, mostrando todo lo que puede la religion. Entonces aparecieron aquellos grandes crímenes que mancharon la Francia del 93, y las grandes virtudes que la enaltecieron.

Lo que hay de glorioso para la virtud, es el brillante triunfo que entonces alcanzó el sacerdote católico en aquella famosa sesion donde, segun un decreto de la asamblea nacional, todos los eclesiásticos que eran miembros de ella, debian ser individual y nominalmente obligados á prestar el juramento en presencia del cuerpo legislativo de mantener la constitucion civil del clero. Sus enemigos nada olvidaron para asegurarse la victoria; al rededor de la sala y en todas sus avenidas, hordas de asesinos pagados, quienes despues de haber prodigado las mayores injurias y más crueles amenazas á los Obispos y sacerdotes que se dirigian á la Asamblea el día en que debía exigírseles el juramento; hacian tambien retumbar con sus hullidos hasta el fondo de la sala esta amenaza de muerte: *A la linterna los Obispos y sacerdotes que no pres-ten el juramento.* Advertidos por una señal convenida, el presidente se levanta y da en alta

vez lectura á la lista de los sacerdotes no juramentados; el primero que se nombra es á M. de Bonna, Obispo d'Augen,

«Señores, responde el prelado, los sacrificios de la fortuna nada me costarian; pero hay uno que nunca podria hacer, el de vuestra estimacion y mi fé. Estoy seguro de perder ambas si prestara el juramento que se me exige.» Respuesta tan firme y tan digna de los primeros confesores de la fé, sorprendió á aquellos hombres cuyo proyecto era descatolizar la Francia.

M. Fournez, Sacerdote de la mssma diócesis, fué llamado despues de su Obispo para prestar el juramento á la Constitucion. Fiel imitador de su maestro, tambien rehusó, y su respuesta al delegado de la Convencion, fué una de aquellas respuestas heróicas que tienen más de ángel que de hombre. «Quereis, les dijo, recordarnos la disciplina de los primeros siglos de la Iglesia; pues bien, señores, con la simplicidad que me caracteriza, os diré que me glorío de seguir el ejemplo que acaba de darme mi Obispo y marchar sobre sus huellas, como Lorenzo sobre las de Sixto, hasta el martirio.»

M. de Beaucareil no fué ménos enérgico en su respuesta al alcalde de Paris, que lo habia invitado á su casa á fin de obligarle con esto á que

prestará juramento. Despues de haber ensayado con la calma más profunda, todo el fuego de la declamacion del funcionario público, el Sacerdote se levanta: «Adios, señor, le dice al alcalde, olvidais que á mi edad no se piensa más que en el grande negocio de la eternidad y en la terrible cuenta que un pastor octogenario tiene que dar de sus ovejas al Soberano Juez.»

El abate Roger habia desempeñado en Paris diferentes funciones del ministerio eclesiástico. Siempre y en toda circunstancia, habia desplegado la virtud de un apóstol y la ciencia de un doctor. Era cura de San Juan en Greve cuando se le exigió el juramento: el digno cura no titubeó ni un momento entre su deber y las exigencias de la revolucion. El 1.º de Setiembre, que era sabado y vispera del dia en que aquella feroz canalla habia fijado para la carnicería de los ungidos del Señor, el Sacerdote Roger fué enviado con una gran parte de sus compañeros de cautividad á la prision de la Abadía: se felicito de encontrarlos á todos dispuestos para hacer á Dios al sacrificio de sus vidas. Pasó el resto del dia en rezar su oficio con ellos, y en otras oraciones, y en conversar sobre la eternidad. Al dia siguiente, luego que despertó, corrió hacia sus compañeros, y les dijo: «Queridos

amigos, hoy es el dia del Señor. Si estuviéramos libres, todos celebrariamos, ú oiríamos todos libres la santa misa; pero ya que no podemos tener esta felicidad, unámonos al Sacrificio ofrecido en este momento por algun ministro de Jesucristo. Me parece que esta será nuestra última misa, y no volverémos á decir otra, sino cuando estemos en el cielo: todo nos anuncia que hoy es nuestro último dia. Al instante todos los Sacerdotes cayeron de rodillas, y el abate Roger comenzó la recitacion de las oraciones del misal. El fervor y la fé con que cada uno las repetia, persuadidos, como estaban que era la última vez que lo harian, los alentaba recíprocamente, dándose todos el ejemplo más eficaz para moverse á sostener la prueba del martirio. El resto del dia se pasó en otros ejercicios, relativos en su mayor parte á las circunstancias críticas en que se encontraban aquellos cautivos de Jesucristo, cuando á las tres de la tarde oyeron el ruido de la carnicería que comenzaba en un patio vecino á la sala donde ellos estaban encerrados. Levantandose luego Roger, exclamó: «Queridos compañeros, la hora de nuestra muerte ha sonado ya: que cada uno de nosotros se confiese: hagamoslo así todos.» A tales palabras, los unos á los otros se confesaron y todos

suplicaron al venerable cura que les diera una absolucion general. De pié, en medio de ellos, con el acento más vivo de la fé, levanta sus ojos al cielo y les da su bendicion pedida. Estaban todavía de rodillas, con los ojos y las manos levantadas al cielo, ofreciendo todos con una voz sola su vida al Señor, cuando los verdugos entraron. Primero es arrastrado el abate Roger, é interrogado de nuevo por aquellos sicarios para que prestara el juramento cívico, de nuevo responde, rehusándolo con la calma más heroica. Ya los sables estaban levantados para caer sobre su cabeza, cuando les dijo con una voz conmovedora: «¿De qué quereis castigarme, hijos míos? ¿qué os he hecho? ¿qué he hecho yo á la patria, para que os llameis sus vengadores? El juramento que de mí exigis nada me costaria, y con mucho gusto lo prestaria, si como creeis, fuera puramente civil. Soy obediente como vosotros á las leyes. Que se me permita exceptuar del juramento que me pedís, todo lo que vé á la religion, y entónces lo haré con gusto y nadie de vosotros me ganará en fidelidad.» Repentinamente uno de aquella horda lo tomó de los cabellos, lo arrastro, le dió de golpes y le sepultó su puñal en el pecho.

El almanaque de las gentes honradas de 1793 refiere otra muerte no ménos heroica. En el momento en que se abre la puerta donde permanecia José María Gros, cura del San Nicolás de Chardonnet, vió entre sus asesinos á uno de sus parroquianos á quien muchas veces le habia hecho bien.

— «Amigo, yo te conozco.

— ¡Eh, sí! le respondió el antropófago—y yo tambien á tí; y recuerdo que en muchos casos de necesidad me habeis socorrido.

— ¡Pues cómo me pagas ahora así!

— ¡Qué quereis que haga, replicó el verdugo: pero esta no es culpa mia; la nacion lo quiere así, y ella es la que me paga.»

Concluidas estas palabras, el horrible caníbal hizo seña á sus camaradas, y todos juntos se apoderaron del venerable Sacerdote y lo arrojaron por la ventana: sus entrañas quedaron extendidas sobre el pavimento: y sus miembros divididos, palpitando por unos momentos.... Después de muerto, se abrió su testamento: legaba todos sus bienes á los pobres de su parroquia.

En las provincias tambien el Sacerdote católico brilló por su celo y su heroismo. El abate Pacquot, cura de la diócesis de Reims, era por

su grande edad el Decano de la cristiandad, y por el brillo de sus virtudes se le llamaba el santo Sacerdote. Constantemente pedia á Dios que le permitiera terminar su carrera por la efusion de su sangre por la fe. Dios lo oyó. Entrando repentinamente los asesinos á su oratorio, lo hallaron de rodillas rezando las oraciones para los agonizantes. Se entregó á ellos como Jesucristo á sus verdugos. Atravesó escoltado tranquilamente las calles de la ciudad, y por en medio de las aclamaciones, rescitando los salmos de David. Llegado que hubo á la casa del juez, iba á recibir el golpe de muerte. El juez queriendo salvarlo, se adelanta y grita á los asesinos.

—¿Qué vais á hacer? este viejo no puede ser digno de vuestra cólera; porque es un hombre que ha perdido la cabeza y á quien el fanatismo tiene perturbada la razon.

—No, señor, dijo el venerable anciano, respondiéndole al juez, no estoy loco, ni soy fanático, tened la bondad de creer que nunca he tenido la cabeza tan en su lugar como ahora. Estos señores me exigen un juramento decretado por la Asamblea nacional; conozco este juramento, es impío, subversivo á la religion. Se me pone á escojer, entre darlo ó morir. Lo detesto, y pre-

fiero la muerte. Me parece, Señor, que lo expuesto os demostrará que estoy en mi juicio y que sé lo qué me hago.»

Anonadado el magistrado con aquella respuesta no pudo ya ménos que abandonarlo á los asesinos. M. Pacquot hizo seña con la mano y aquellos se detuvieron.

—¿Cuál de vosotros preguntó me matará?

—Yo, respondió uno de ellos.

—¡Ah! exclamó el venerable sacerdote. Permitidme que os abrace y os manifieste todo mi reconocimiento por la felicidad que me vais á procurar.»

Lo abrazó en efecto, como á uno de sus más grandes bienhechores y luego añadió:

—«Permitidme ahora que me ponga en una postura conveniente para ofrecer mi sacrificio á Dios.»

El asesino levantó su hacha; M. Pacquot cayó de rodillas, pidió en alta voz perdon á Dios por sus verdugos y por él, así como Jesucristo habia dicho sobre la cruz. *Padre mio, perdónalos porque no saben lo que hacen.* El inicuo que lo habia abrazado fué el primero que descargó el golpe sobre él: el santo sacerdote cayó; y en el momento la multitud sanguinaria de los ver-

dugos se enfurece á cual mas y dividen en pedazos su cadáver, mostrando con excesos de barbárie, lo que puede la rábía de la impiedad; como M. Pacquot habia mostrado con su valor é inteligencia, lo que puede la virtud del heroismo en el Sacerdote católico. (1)

En Autun, el director del pequeño Seminario de Clermont acababa de ser arrastrado por el populacho, el alcalde que queria salvarlo le aconsejó, si no prestar el juramento, permitir al ménos que se dijese al pueblo que ya lo habia hecho. «Os desmentiria ante ese pueblo, le respondió el valeroso Sacerdote, porque no me es permitido rescatar mi vida con una mentira. Dios que me prohibe prestarlo no me permite hacer creer que le he prestado.» El alcalde calló y el Sacerdote fué mártir.

Merece conocerse el hecho siguiente, que encontramos consignado en las memorias de *Campenon* sobre Ducis, para que la posteridad lo conozca. Las primeras persecuciones vinieron á herirle en lo más querido del mundo. . . . en sus

(1) El Abate Musart, Cura de Souvime Veste, Diócesis de Chalons, fué otro Sacerdote muerto en Reims, en 1796, mártir de su fé.

amigos, M. Lemaire cura de Ronquencourt, pequeña poblacion, á media legua de Versalles. Desde el sitio de 1792, se vió arrebatado de entre sus parroquianos, y poco despues, llevado de prision en prision por orden del comité revolucionario de Versalles. Habia nacido del mismo año que Ducis, y en la misma ciudad, y desde la infancia su amistad no habia sufrido ninguna alteracion. A la primer noticia de aquella desgracia, M. Ducis olvidó sus sesenta años y dejando su retiro de Marley donde residia, se dirige á pié á Versalles, derecho se encamina al cuartel de las guardias de honor que se acababa de convertir en prision: pone en juego todos los medios para ver á su amigo detenido, no omitiendo ni súplicas, ni instancias, ni ofertas. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, parte á pié á Ronquencourt, toca la puerta del presbiterio, encuentra en él un antiguo criado llorando, lo toma consigo, se hace seguir del perro del buen Cura, conduce á estos dos fieles servidores de su amigo á Marly, no separándose de ellos, sino despues de dejarlos instalados en su casa, vuelve despues, siempre á pié, á Ronquencourt, concierta allí con algunos paisanos adictos á su Pastor los medios de salvarlo todo, y con su ayuda, hace trasportar á su propia habi-

tacion, pieza por pieza, las cosas que formaban el movilario del presbiterio de su amigo. Los dias siguientes no son más felices para él cuando insiste penetrar en la prision, pues siempre encuentra nuevas dificultades, nuevas repulsas. M. Ducis vuelve á Versalles, corre por todas sus calles; procura todo lo que la desgracia de los tiempos le ha podido permitir, todo el apoyo que le es posible. Implora de todos los que conoce, de todos los que se le presentan, la libertad de su amigo. ¡Vanos deseos! Por todas partes se encuentra, ó con el celo sin crédito, ó la autoridad sin benevolencia. Se hace pasar al desgraciado detenido por ocho prisiones sucesivas, sin dejarle la paciencia del cautivo, sin vencer la perseverancia de la amistad, que no se detiene, en fin, sino sobre el órden formal de su infortunado amigo. Ved la carta que contenia esa órden.

«*Miércoles por la mañana* . . . Los hombres hacen cuánto pueden y con todo no sucederá sino lo que Dios tenga determinado. Por lo que respecta á mí estoy para partir; la vida que llevo hace seis semanas no es tan molesta como os lo figurais. Disfruto de mucha paz en mi corazón, duermo tranquilamente, ruego á Dios por tí, por mí y lo bendigo por haberme dado un

amigo cristiano cuya abnegacion reconozco profundamente, porque sé todo lo que habeis hecho y sufrido por mí.

«Que vuestro celo se contenga ya, amigo mio, habeis hecho cuanto podiais, y os suplico me eviteis las inquietudes que debo tener por vos por todo lo que haceis por mí: os lo ruego, y si quereis os lo mando. Si Dios me llama por el camino que me prepara, á vos tambien os seré deudor de esta satisfaccion si lo consigo, no oponiendos á sus altos fines. Adios, mi querido Ducis: suceda lo que sucediere, nos veremos ó en el cielo, ó en la tierra. Adios, someteos á lo que digo, y no me contesteis.»

Qué noble lucha entre la amistad valerosa y la amistad resignada. . . .! El 9 Thermidor se abrió la prision del venerable Sacerdote, presentándose M. Ducis, el primero para anunciar á su amigo que estaba libre.

«Señores respondió heroicamente M. de Saint-Hilaire, Obispo de Poitiers, á los que le exigian el juramento, tengo setenta años, de los que treinta llevo de ser Obispo. Jamas mancharé, pues mis cabellos blancos con el juramento que me pedís; no, nunca juraré.

El 2 de Setiembre, dia de horrosos recuerdos, cuando los asesinos entraron al jardin de

los Carmelitas, M. de la Pannonie se hallaba al lado del Sr. Arzobispo de Arles. Asustado al verlos:

—«Señor, dijo, creo que nos vienen á matar.

—Y bien! respondió el Señor Arzobispo, si el momento de nuestro sacrificio ha llegado, sometámonos y demos gracias á Dios por tener que ofrecerle nuestra sangre por tan bella causa. (1)

El hecho que vamos á referir, tanto más digno es de admiracion, cuanto que él revela al mundo el doble triunfo del Sacerdote católico so-

(1) Aplaudimos con toda la energía de nuestro reconocimiento el generoso pensamiento de nuestro ilustre Arzobispo, de haber querido rescatar, para el Sacerdote católico, esta tierra de los Carmelitas teñida con la sangre de sus mártires. Que los fieles oigan allí siempre su voz, á fin de que nada de profano manche la pureza de aquellos lugares, y que el Sacerdote católico tenga libertad de ir á aquel lugar para inspirarse del valor y heroísmo donde tantos ilustres confesores supieron morir sufriendo el martirio por sostener y confesar la fé.

bre la rábía de sus perseguidores, y sobre los sentimientos más nobles de la naturaleza. Ocho sacerdotes acababan de ser degollados: el pavimento estaba todavía enrojecido de sangre: uno solo quedaba, jóven, apenas de veintiocho años. Queriéndolo vencer por las promesas, todo lo habia renunciado por su fé. A fin de vencer su constancia, é inducirlo á que prestara el juramento, se le suscitó un combate de nuevo género. Se llama á su padre, y allí, en presencia de su hijo encadenado, y bajo el hacha revolucionaria, se le dice que si por sus súplicas ó sus lágrimas no obtiene que su hijo preste el juramento que se le está exigiendo, morirá cruelmente y á sus ojos: á tal disyuntiva, toda la ternura paternal se subleva. Flotando entónces entre la naturaleza y la religion, aquel desgraciado padre llora, suplica, conjura, ruega á su hijo pendiente de su cuello.

—«Hijo mio, le dice ahogado por los sollozos, hijo mio, consérvame la vida, conservando la tuya.» Firme y tranquilo, en medio de aquella escena desgarradora, venciendo por su fé los sentimientos de la naturaleza, que en aquella hora lo colocaran en tan rudo combate, responde el hijo Sacerdote;

—«Haré mejor, padre mio, en morir digno de vos y de Dios; me habeis educado en la religion católica, y tengo el honor de ser Sacerdote, conozco mi deber, padre mio; será más dulce para vos tener un hijo mártir, que un hijo apóstata.» Aturdido, desolado aquel padre, abraza de nuevo á su hijo, de nuevo lo oprime contra su corazón, de nuevo repite sus súplicas invocando el amor filial. Nueva repulsa!

—«Hijo mio. . . .» No pudo decir más. Entonces el verdugo salta para poner fin á aquella escena de dolor. Herido con violento hachazo, el Sacerdote católico espiró á los piés de su padre, y el seno que le habia dado la vida en el tiempo, le sirvió de grada para ascender al cielo ceñido con la corona del martirio.

No citarémos otros hechos: los que hemos expuesto á nuestros lectores, bastarán para justificar muy bien el título del capítulo, y nos dispensarán de añadir nuestras reflexiones á que se prestan. Y si alguno para disminuir lo que hemos dicho del heroísmo del Sacerdote católico nos presenta algunos que fueron infieles á su

Dios y á sus deberes en aquellos tiempos borrascosos, les haremos observar que fueron tan raros, y en tan poco número, que su peso será nullo comparado con el incontable de los fieles que todo lo sacrificaron por su carácter.

ejercer su ministerio de amor en la unidad de la fé. Las llanuras de las Hespérides, las montañas de la Suiza, los bordes del Támesis, pudieron contemplar la resignacion y el heroísmo del Sacerdote católico en esta emigracion general. Así lo habia Dios ordenado, al fin, sin duda, para que este Sacerdote, hijo de sus entrañas, tan calumniado por la filosofía, tan cruelmente tratado por sus hermanos, apareciese ante el mundo brillando con todo el prestigio de su dignidad natural, y fuese declarado por las naciones, santo é inocente, y más sobre la tierra extranjera, donde el Sacerdote se mostró tan digno de su vocacion. Morir una vez por su religion y su Dios, es mucho merecer sin duda del cielo y de la tierra, es la sublimidad del heroísmo; pero morir todos los dias, y renacer todos los dias para el sufrimiento y el oprobio, ¿con que nombre será bueno llamar á esta muerte á este sacrificio? Solo Dios puede comprender lo que hubo de resignacion y de grandeza en este acto de virtud: tal fué la existencia del Sacerdote católico sobre la tierra del destierro durante más de quince años.

Hay en medio de los mares, en el centro del Nuevo Mundo, bajo el fuego del trópico, un país tiempo hace maldito, continuamente abra-



Mientras que la proscripcion indignamente sentada sobre un tronó derruido inmola la virtud; mientras que el cadalso está en continúa actividad; mientras que nuestros rios se tiñen de sangre, y que una parte del clero católico deja admirados en Francia á sus verdugos por su heroísmo en medio de la persecucion, la otra se encamina hácia al destierro para ir á buscar en otros climas la libertad de conciencia y el poder de

sado por los ardores del sol; no ofrece al habitante más que montones de arena: antes que el génio del hombre lo hubiera hecho productivo con sus sudores, no producía más que abrojos y funestas plantas; de un lado se levantan sus rocas inaccesibles, habitadas solo por animales salvajes é importunos; del otro lado se extienden pantanos inútiles, cuyas fétidas exhalaciones corrompían la atmósfera, haciéndola mortífera. Algunas raras habitaciones exparcidas aquí y allá, sobre las playas insalubres, demostraban apenas la huella del hombre en aquellos lugares: hé aquí la Siberia francesa, la tierra elegida para el destierro del Sacerdote francés.

Allá es donde fué relegado el Sacerdote católico; pero ¡qué de sufrimientos antes de llegar á este nuevo presidio!: amontonados y no teniendo por lecho más que las tablas de las naves, sin recursos, sin vestidos, no recibiendo por alimento más que la décima parte de lo necesario, agoviados por los insectos que los devoraban, entonces ofrecían un espectáculo digno de una eterna compasion. El trato que se les hacia sufrir era tan riguroso que muchos murieron entonces; y los que sobrevivieron estaban más muertos que vivos. En este estado de angustia y de enfermedad á que llegaron, los con-

dujeron á la Cayena. Minados como estaban con tan crueles y multiplicados sufrimientos, agoviados por una atmósfera tan pesada y tan impura, casi todos sucumbieron. Si á tantos sufrimientos físicos, se añaden los del espíritu y las angustias del corazon, se tendrá idea de todo lo que pudieron sufrir. ¡Qué recuerdos tan amargos tendrían que experimentar aquellos Sacerdotes católicos! ¡Qué lágrimas no derramarían al recuerdo de su patria ausente y desgraciada! Un vencedor inhumano los extrangulaba entre sus brazos de hierro y se divertía al verter su sangre. El génio del mal, con su marca infernal, imprimía su estigma en todos sus sentidos. La turbacion y la desolacion reinaban por todas partes; y si es cierto que mientras más virtuosa es una alma, más sensible es, ¿quién podrá pintar la del Sacerdote católico?.... La religion de Jesucristo proscrita y perseguida, sus templos destruidos los unos, otros cerrados, y los más dedicados á usos profanos, disperso el rebaño al furor del lobo devorador: en fin, la sociedad entera maleada y amenazada de una pronta disolucion: toda esto se presentaba á su espíritu. ¡Cuán largas y penosas deben ser aun las horas de reposo sobre un país extranjero y bárbaro, cuando tiene que sufrirse así. . . .

Las afecciones particulares venian despues á tomar su parte: eran un padre, una madre, ancianos y enfermos, eran amigos que se habian dejado al borde del carácter que iba hacer su explosion, y de todos los que no se tenía ni podia tenerse noticia! Mas todas estas cosas que son los primeros motivos de lágrimas entre los hombres, no eran para el Sacerdote católico desterrado y desgraciado mas que razones secundarias: las contemplaba desde la altura sublime donde lo habia colodado su carácter sagrado, y desde el que dominaba todo: sentia toda aquella amargura, pero sin ser aplastado por ella, colme el águila que elevada en los aires, distingúe los objetos que hay en la pradera.

Verdad es, y nos complacemos en decirlo para gloria de la humanidad, el Sacerdote católico en el desierto, no en todas partes fué mal recibido, porque casi todos los pueblos á donde la borrasca revolucionaria los arrojaba, hicieron justicia á su fé, á su heroísmo, á su virtud: se le trató como corresponde al Sacerdote.

Las primeras víctimas habian huido á la ciudad eterna. A vista del Sacerdote católico, obligado á abandonar su patria para conservar su fé, el corazón bondadoso de Pio VI se dilató. Despues de Dios, de quien era el primer Pon-

tífice, su resignacion y constancia fueron obra suya. Cuando la tempestad rimbombaba todavía muy lejana, él los habia prevenido contra el peligro, trazándoles la conducta que debian observar en medio de los peligros y las astucias, con que la heregía, el filosofismo y la hipocresía los pudiera halagar, habia sido su oráculo, y sobre todo, supo ser su padre. Los acogió como á hijos desgraciados, pues por su abnegacion é infortunio, eran su gloria, la de Dios; les dió testimonios los mas lisonjeros de su admiracion, de su ternura, y les abrió sus tesoros como les abrió su corazón.

Pio VI hizo todavía mas: desde lo alto de su cátedra apostólica paseó sus miradas por aquellas regiones donde fueron deportadas tantas victimas. Dirigió á los Obispos sus letras para animar su caridad hácia aquellos sacerdotes franceses que la persecucion habia llevado á su diócesis. Las exhortaciones del Padre común de los fieles y de los pastores, produjeron mas que lo que pretendian. En Italia, en Saboya, sobre las fronteras del Rhin, en los Países Bajos Austriacos, los Obispos habian rivalizado en celo y caridad para con los Sacerdotes católicos perseguidos. La República de Génova abrió publicamente una suscripcion para socorrer á los pobres

desterrados. La Inglaterraa entera se levantó para recibir á los que la tormenta revolucionaria habia arrojado sobre sus costas; las suscripciones se multiplicaban allí; el rey y el gobierno, el clero y los particulares, los lores y los comerciantes envian los socorros necesarios para recibir, alojar, alimentar y vestir aquellas colonias de desgraciados. Casi todos los prelados de la Iglesia anglicana, casi todos sus ministros, parecen prescindir de sus ideas religiosas y olvidar la diversidad de creencia para no ver entónces más que hermanos en los Sacerdotes deportados. Las cátedras de los pastores retumban con las exhortaciones más elocuentes y más patéticas, para comunicar á sus rebaños los sentimientos de generosidad, de admiracion y respeto de que ellos mismos estaban penetrados. Las universidades, sus sábios, sus doctores participan de los mismos sentimientos de benevolencia y de amor. La infancia no quiso ser extraña á tanta caridad, lo que recibiera para sus más inocentes placeres: lo consagró al socorro del infortunio. Esta oblacion de la inocencia que ella ofrecia, no sabia, es verdad, para lo que servia, porque no conocia la desgracia; pero cuando se les decia que era para hombres que todo lo habian perdido, entónces no solo repetian sus donativos, sino daban todo

lo que poseían! Dichosa nacion que ha dado tan grande ejemplo á la tierra: ella será retribuida con el céntuplo! ¡Dichosos los Sacerdotes que han sido el objeto de tantas predilecciones! ellas han justificado plenamente la palabra de Jesucristo cuando decia á sus apóstoles: "Cuando os he enviado sin llamado, sin calzado, por todas las naciones, ¿habeis tenido necesidad de alguna cosa? No tengais pues cuidado ni de la mano que está encargada de alimentaros, ni de la que debe vestiros."

Los países que el Sacerdote católico ha recorrido en su destierro, en ellos repiten sus habitantes todavía la historia conmovedora de su heroísmo y resignacion. En sus largas veladas de invierno los padres refieren á sus hijos algunos rasgos de la virtud del Sacerdote frances deportado, mostrándoles el lugar que ocupó en medio del lugar doméstico: allí, les dicen, era donde se sentaba, allí donde procuraba sostenernos en la fé de su país, allí donde nos hablaba frecuentemente, con las lágrimas en los ojos, de sus ancianos padres, cuando los mecian tiernamente sobre sus rodillas; en la esquina de aquella mesa, les decian, compartia con nosotros la comida cuando la haciamos, y donde siempre nos edificaba con su modestia y piedad; jamás salió de

su boca una queja, una murmuración contra los que les habían hecho tanto mal: él fué el que suspendió allí ese crucifijo; allí es donde al partir para su querida patria nos dió el último adiós: yo tengo de él esta imagen, aquella oración que conservo como un don precioso, como una prueba de su amor por nosotros y como una adhesión inviolable á su fé. ¡Oh Santa Iglesia Romana, si algún día yo te olvidara, entonces que mi lengua se pegue á mi paladar, que mi mano se paralice y seca perezca antes que yo pierda el recuerdo del Sacerdote que nos ha visitado en su destierro!

## CAPITULO XV.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN LAS MISINAS.  
SAN FRANCISCO JAVIER.

Marchar á conquistar el mundo, encadenar á su carro triunfal á los reyes y á los pueblos vencidos, extender su dominio desde el Oriente hasta el Occidente, llenar la tierra con la fama de su nombre, y hacerla temblar solo á su mirada, todo esto nos parece una grande cosa. Y nada, en efecto, sería más glorioso que todo esto, si una huella de sangre no viniera á salpicar esa pompa triunfal, y si á las aclamaciones redobla-

su boca una queja, una murmuracion contra los que les habian hecho tanto mal: él fué el que suspendió allí ese crucifijo; allí es donde al partir para su querida patria nos dió el último adios: yo tengo de él esta imágen, aquella oracion que conservo como un don precioso, como una prueba de su amor por nosotros y como una adhesion inviolable á su fé. ¡Oh Santa Iglesia Romana, si algun dia yo te olvidara, entónces que mi lengua se pegue á mi paladar, que mi mano se paralice y seca perezca antes que yo pierda el recuerdo del Sacerdote que nos ha visitado en su destierro!

## CAPITULO XV.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN LAS MISINAS.  
SAN FRANCISCO JAVIER.

Marchar á conquistar el mundo, encadenar á su carro triunfal á los reyes y á los pueblos vencidos, extender su dominio desde el Oriente hasta el Occidente, llenar la tierra con la fama de su nombre, y hacerla temblar solo á su mirada, todo esto nos parece una grande cosa. Y nada, en efecto, sería más glorioso que todo esto, si una huella de sangre no viniera á salpicar esa pompa triunfal, y si á las aclamaciones redobla-

das de la multitud no vinieran á mezclarse gritos de dolor.

Sin ser tan aplaudido, es más pacífico y más humano el triunfo que el Sacerdote católico alcanza en tierras lejanas, cuando arrebatado por un impulso sublime, va á instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre desnudo, y sembrar la concordia y la paz entré naciones enemigas. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los calores abrasadores del trópico, nada le detiene: vive con los esquimales en sus tiendas de piel de vaca; se alimentan como el groenlandés, con el aceite de ballena: recorre la soledad como el tártaro y el iroques, sube sobre el dromedario como el árabe, ó sigue al cafre errante en sus abrasados desiertos; el chino, el japon, el indio oriental, se han hecho sus neófitos; no hay isla ó escollo, en todo el océano que haya podido escaparse á su celo; y así como en otro tiempo los imperios faltaron á la ambicion de Alejandro, la tierra toda no basta para la caridad del Sacerdote. Es un espectáculo muy tierno para todas las clases de la sociedad ver á unos hombres, animados por el espíritu de la fé, dejar para siempre su patria y amigos, consagrarse por el resto de sus dias al cuidado de trabajar y cambiar el dogma de un pueblo que ellos

no han visto jamás, correr toda especie de peligros, sufrir todas las persecuciones, renunciar todas las comodidades de la vida y de la fortuna, recorrer inmensas florestas, habitar marismas insalubres, atravesar rios caudalosos, subir rocas inaccesibles, afrontar con naciones crueles, supersticiosas y celosas, vencer á unos en su ignorancia y barbárie, y á otros en sus preocupaciones contra la civilizacion: nada importa todo; el génio del Sacerdote católico no se arredra á tantos obstáculos. A fuerza de talento, perseverancia y oracion, á fuerza de lágrimas, humildad, estudio y caridad, él llegará á hacerse amar y proteger. (1)

(1) Ved la despedida de un salvaje del *Rio Rojo* (*América*), que dirige á *Manto negro* [*el Sacerdote*] con ocasion de su partida: ella prueba cuanto se estima y aprecia en aquel país al Sacerdote católico. Qué lejos estamos nosotros, filósofos soberbios, de aquellos puros sentimientos de la naturaleza.

“Padre nuestro, nos vais á dejar, y tenemos motivo para esperar que te volveremos á ver. Conozco muy bien el justo deseo que tienes de volver al lado de tus parientes, amigos, tus ciudades, tu país. Muy larga se

Triunfa de la desgracia de ser extranjero en un país en donde todo advenedizo está proscrito, y donde es un crimen haber abandonado el sepulcro de sus padres. Obtiene, en fin, estableci-

nos hará tu ausencia, y sin embargo, un invierno pronto pasa. Antes de separarte, hemos creído de nuestro deber reunirnos para expresarte lo que pensamos. En pocas palabras te lo expondremos. Llevábamos una vida llena de desórdenes, y ahora conocemos el precipicio á que corriamos. Teníamos una venda que cubria nuestros ojos, y tú lo has separado hasta ver ya la claridad del sol. Jamás olvidaremos lo que has hecho y sufrido por nosotros. Parte, pues, y dí al que ruega por todos que se compadezca de nosotros, que nosotros lo amamos sin conocerlo, que nos mande Sacerdotes: Anda, y dile que los salvajes saben tambien acordarse de los beneficios que se les hacen. Parte, y dile que ruegue tambien por nosotros, con el fin de que algun dia, conociéndonos en el cielo, vayamos á residir juntos en la habitacion de nuestro Padre comun. Anda, pero vuelve á instruir á los que has bautizado, no nos dejes para siempre en la afliccion. Parte, pero en la inteligencia que yéndote nos quedamos contándote los dias,

mientos necesarios para la propagacion de su fé, sin emplear su crédito, ni su influencia para procurarse su ventaja personal.

Que un hombre á vista de todo un pueblo y en presencia de los suyos y de sus amigos se exponga á una muerte segura por su patria, lo concibo; convierte algunos dias de vida en siglos de gloria, ilustra su nombre, ennoblece su familia, y quizá alcanzará y dejará riquezas y honores á los que le sobrevengan. Pero que el Sacerdote católico vaya á consumir sus dias en el fondo de un país extranjero, á morir con una muerte afrentosa, sin testigos, sin gloria, sin ventaja temporal, ni para él, ni para los suyos, menospreciado, tratado de loco, de fanático, y todo esto nomas para proporcionar la felicidad eterna á un salvaje desconocido; esto sobrepuja á todas las concepciones humanas, y no se explica sino por la fé.

El sábio que se consagra al progreso intelectual, que se expone á los peligros de un viaje lejano para iluminar los horizontes de la ciencia, tiene derecho á nuestra admiracion, el público le es deudor de todas sus vigiliass, de todas y cada una de las palpitaciones de su corazon. Y ¿no os parece más bello, más admirable un Sacerdote católico que disfrazado con el traje del ex-

trangero se aventure en una frágil barquilla, aborde á cualquier oscuro país, consuele á un pobre desgraciado tendido sobre la paja, distribuya limosnas en nombre de Jesucristo, y haga el bien, como otros hacen el mal, ocultándose en la sombra? (1)

La ceremonia de la partida es sublime: se celebra el sacrificio del altar, al terminar el cual se pronuncia una tierna y conmovedora alocucion. El pontífice de la fiesta es de ordinario uno de aquellos misioneros que han residido por mucho tiempo en los países á donde son enviados los jóvenes sacerdotes. Sus cabellos han emblanquecido en medio de sus trabajos apostólicos, y podrian mostrar sus cicatrices conque han quedado señalados en los comets. Se besan los piés de los misineeros que van

(1) Hablando de nuestras misiones católicas, no presentamos más que el lado religioso: por lo que respecto á las artes, la ciencia, el comercio, remitimos á nuestros lectores al 4.º vol. del Génió del cristianismo donde el autor describe con gusto y maestría las ventajas que han procurado á la Sociedad bajo este aspecto.

á partir; se les abraza y se les deja para no volverlos á ver sino en el cielo.

Como todas las misiones y en todas partes sean poco más ó ménos las mismas, ofreciendo el mismo carácter, hablaremos solo de una, y esta las reunirá á todas, la de las Indias y el Japon, por el Ilustre Francisco Xavier, modelo del misionero católico.

Figúrese un pueblo vencedor, errante de mar en mar, llevando la esclavitud de playa en playa, avasallándolo todo con un nuevo género de armas y de combates, haciendo consistir la gloria más bien en dar leyes que en obedecerlas. Un pueblo nómada que no tiene freno contra la violencia, contra la licencia y el desborde de las costumbres, contra el menosprecio de la equidad, la sed del oro y todos los vicios, en los que no tienen límites. Que entre todas las vías de enriquecerse la usara es la ménos odiosa; el concubinato público es el libertinaje ménos execrable; los hombres y las mujeres son arrebatados como las bestias, y vendidos al más vil precio; los asesinatos se cometen al aire libre, y los crímenes lejos de desaparecer, los cuentan entre sus triunfos: donde la justicia se vende en los tribunales y con tal que el culpable tenga con qué comprar á sus jueces, está seguro de vivir impunemente

en sus crímenes. Apenas Xavier ha pasado sus miradas sobre tales escenas de horror, cuando comprende fácilmente que en vano se esforzaria á convertir en los indios á la fé si primero no hace cesar tales escándalos; entónces llora, gime. A cuantos sacrificios se ha entregado luego añade las austeridades, la penitencia. Al mismo tiempo que instruye al pueblo ruega á Dios en secreto, y no dejaba su oratorio y su crucifijo, sino para ir á ejercer su caridad. Los pobres, son sobre todo, los hijos de su predileccion, Del asilo de los enfermos que asiste y alimenta con el pan de la limosna que recoge de puerta en puerta, penetra hasta las tenebrosas prisiones para consolar á los criminales que la justicia humana tiene en ellas cautivos. Por doquiera esparce el buen olor de N. S. Jesucristo. Instruye, corrige á todos, da ejemplo. . . . Me parece oírle al declinar la tarde, recorriendo las calles de la ciudad con una campanilla en la mano, gritando con una voz fuerte y lúgubre. *Roguemos, roguemos por la conversion de los pecadores.*

Admirados de una vida tan santa y de una caridad no conocida hasta entónces, los Indios vuelven á la religion que habian abandonado: los niños, estos arbolitos tan flexibles, se impresionan desde luego á la vista de tanta virtud;

pronto aprenden á bendecir á Dios levantando sus manecitas al cielo. En lugar de los cantos obscenos que hasta entónces se les habia enseñado, su boca no se ocupa en sino de las alabanzas al Señor. De los niños pasan estas prácticas de religion á los padres, que muy pronto sé avergüenzan de ser ménos religiosos que sus hijos: á medida que la religion renace, las costumbres son ménos disolutas; la buena fé, la justicia, comienzan á mostrarse sin avergonzarse, y poco á poco aparecen con todo su brillo. El amor reúne á los corazones más enemistados. En fin, en poco tiempo, el celo de Xavier obra tan gran cambio, que sin faltar á la verdad se podrá decir que una colonia cristiana se ha trasportado á aquellas islas. Los mahometanos, los sacerdotes idólatras se convierten á la fé católica nomas á la simple vista de aquel santo misionero.

Los pensamientos de Xavier desde entonces son más elevados; el teatro que ha recorrido, y del que ha cambiado la escena, no es ya bastante para él: la China, aquel grande imperio que no conoce la ley de Jesucristo, con cuyo fuego está abrasado su corazon, necesario es que la abrasase y penetre tambien de ella. En vano se le representan todas las dificultades que se oponen á tan vasto designio; nada importa; parte,

pues, solo, sin otra escolta que Dios, sin otra arma que su cruz de madera desnuda, sin otros recursos que su caridad. Detente, Xavier, detente, el Señor ha aceptado el nuevo sacrificio que acabas de ofrecerle: basta; es lo último que de ti se te exige; y á impulsos del celo que lo devora, fué estoporlo que con una santa resignacion aceptó la órden de no pasar más adelante. ¡Qué sublimes son las palabras que salen de su boca moribunda! ¡Qué amor por la gloria de Dios y la salvacion de sus hermanos! En una miserable cabaña, tendido sobre unos juncos silvestres, las manos juntas, y sus ojos vueltos al cielo, exclama devorado por el amor que lo consume, y como quejándose con Dios de la ceguedad de los chinos, y considerándose como culpable. «¿Y la China, Señor, la China, quién la sacará de las tinieblas de la idolatría?»—Apenas habló y redoblando su confianza en Dios, dejó de existir. Su muerte fué el más dulce tránsito de la vigilia al sueño. A esta noticia, todos los países que habia evangelizado fueron sobrecogidos de la más profunda tristeza. La naturaleza misma, se dice, no fué ménos sensible á su muerte. Un concurso numeroso se apiñó al derredor de su cuerpo; y muchos milagros se obraron sobre su tumba. Entonces se vió un espectáculo digno de ad-

miracion eterna. De en medio de la multitud que se apiñaba, un hombre se adelanta con respeto: en su frente espaciosa, en sus profundas arrugas, en su paso vacilante, se reconoce al anciano, tiempo hace gastado por pasiones funestas, pero tranquilo y feliz ahora, por una virtud y una religion tan benéfica. Levanta noblemente su mano derecha: todo el mundo guarda silencio. «Escuchad, exclama, vosotros todos, ¡oh insulares y extranjeros, quien quiera que seais: este dia nos convierte á todos en hermanos. Soy de la costa de la Pesquería. Entregados á nosotros mismos, no teniamos otro dios que nuestras pasiones, otra ley que el libertinage y la fuerza bruta, otra felicidad que la turbacion de una vida errante. Nos reuniamos solo para robar, asaltar y plagiar, y no nos separábamos sino hasta que nuestros deseos estaban satisfechos. El gran Padre se apareció entre nosotros, y comenzamos á conocer á Dios, amarle, servirle y á educar dignamente á nuestros hijos y á vivir como gentes honradas.»—Dijo, y enjugó gruesas lágrimas, é inclinándose sobre el ataud puso en él una corona de conchas, y se retiró.

Un segundo reemplaza al que acaba de hablar llevando en la mtno un cetro y en la otra una

maza á manera de cimitarra: iba acompañado de una guardia numerosa: era el rey de Travancor.

“Una tropa de enemigos, dijo, invadió mis Estados; venia á arrebatármelos, precipitandome por lo mismo en la más afrentosa miseria: habló el profeta de Dios, y aquel ejército se disipó como la sombra ante la luz. Bendito seas para siempre ¡oh tú Salvador, de mi existencia y de mi gloria! Recibe pues este cetro, porque más digno eres tú que yo de llevarlo.—Y lo depuso, colocándolo sobre el féretro así como la maza; é inclinándose, desapareció.

Se presenta un tercero; es un jóven: en su elevada estatura, en su aire marcial, en las condecoraciones que brillan en su pecho y en la espada que abraza su diestra, se reconoce desde luego al guerrero.—“Grande hombre y gran santo, exclamó: sin tí nunca hubiera gozado de las luces del cielo: un crimen habria terminado vergonzosamente con mi existencia. Acepta, pues, esta espada que has arrancado de mi pecho. Todavía más: mi vida entera la consagraré al servicio de aquel Dios que forma héroes como tú.”—Dijo, y colocó al lado del Sacerdote su espada, sus condecoraciones, y se retiró golpeándose el pecho y recitando una oracion que el misionero le habia enseñado.

Una mujer, en fin, vino á terminar aquella solemnidad; timidamente se adelanta llevando de la mano á un niño: Al contemplar al Sacerdote, cae de rodillas, hora un instante en silencio, y despues levantando la voz: “Angel de Dios, exclama, yo te saludo; tu corazon generoso vió el oprobio á que estábamos condenadas todas las de mi sexo: vírgenes, éramos violadas; esposas, éramos vendidas; viudas, éramos despreciadas; tú solo has tenido compasion de nosotras: has hablado, y todo ha cambiado. Tu palabra ha fijado amorosamente el corazon de nuestras esposas, la virginidad ha sido respetada; somos ya ahora las compañeras, las amigas del hombre. Que tus recuerdos y virtudes vivan por siempre entre nosotros.”—Dijo, y levantando á su hijo en los brazos, lo ofreció al santo y se retiró. Y despues de todo ésto reinó un profundo silencio, como si cada uno estuviera oyendo la voz del misionero.

Los restos del hombre fueron confiados á la tierra, pero el génio del Sacerdote católico reinó en las Indias y en el Japon hasta que la política de las cortes, las pasiones de los hombres, ó la voz quizá de Dios lo llamaron á regenerar otros países ¿Por qué ha sido necesario que el precio

de tantos sudores esté hoy casi perdido para aquellos pobres insulares y que hoy no se perciban ya en aquellos países ni las más ligeras huellas de las virtudes de Xavier? Silencio.....

El dedo de Dios anda aquí.....



CAPITULO XVI.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN CHINA.  
MONSEÑOR BORIE, MISIONERO.

Nos parece mejor transcribir aquí la carta de un misionero apostólico desde Ton-King. Ella muestra en su mayor grado la abnegacion, el celo, la paciencia del Sacerdote católico en sus trabajos entre una nacion supersticiosa é inmoral. Resume tambien toda lá vida de aquellos pobres evangélicos. Hela aquí:

“Queréis que os hable de mí; pues bien, sabed que me encuentro perfectamente, conservo el recuerdo de vuestra casa y de todas las buenas

de tantos sudores esté hoy casi perdido para aquellos pobres insulares y que hoy no se perciban ya en aquellos países ni las más ligeras huellas de las virtudes de Xavier? Silencio.....

El dedo de Dios anda aquí.....



CAPITULO XVI.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN CHINA.  
MONSEÑOR BORIE, MISIONERO.

Nos parece mejor transcribir aquí la carta de un misionero apostólico desde Ton-King. Ella muestra en su mayor grado la abnegacion, el celo, la paciencia del Sacerdote católico en sus trabajos entre una nacion supersticiosa é inmoral. Resume tambien toda lá vida de aquellos pobres evangélicos. Hela aquí:

“Queréis que os hable de mí; pues bien, sabed que me encuentro perfectamente, conservo el recuerdo de vuestra casa y de todas las buenas

personas que conocí en Bordeaux. Voy por tanto á satisfacer á vuestras preguntas.

*Mis penas:* son algunas veces muy grandes; pero Jesus y María vienen frecuentemente á dulcificármelas; de suerte que la paz y la alegría, raras veces me abandonan; por otra parte, vos lo sabeis muy bien, con tal que la voluntad de Dios se cumpla; ¿qué importa lo demás? Las penas, como los placeres de este mundo, pasan velozmente, y con tal que al fin se abra para nosotros la puerta del paraíso, con esto y más si se quiere, se recompensa todo.

*Mis temores:* los más grandes son que tenga que perderse mi alma despues de haber andado por mar y tierra. Rogad pues á Dios que esto no suceda; no temo caer en poder de los mandarines, ó para hablaros más francamente, lo deseo con todo mi corazon, porque con sus sables me enviarán al cielo por el camino más seguro y más corto; sin embargo, me oculto lo más que puedo, porque creo que no debe tentarse á la Providencia, previniendo sus designios con sobrada precipitacion, ni exponer imprudentemente á nuestros pobres cristianos á las vejaciones que mi captura traeria sobre ellos.

*Mis salidas;* las tengo muy frecuentes. En caso de necesidad lo hice una vez porque el man-

darin atravesó mi villorio con sus tropas: se creyó que me buscaba pero se pasó sin decir nada; y es que no me hacia allí. No creais por esto que respiro el aire libre, porque excepto algunas excursiones nocturnas, casi estoy siempre encerrado en mi cabaña como pobre prisionero. Doy tres pasos allí á la derecha y tres á la izquierda, y es todo mi paseo durante el dia; por la noche salgo afuera, donde más me puedo extender en mi paseo, rezando mi rosario, pensando siempre en la Francia, en Lyon, en Bordeaux y tambien en Jesus y María, en el cielo, donde espero veros con otras amigos. Allí ya no nos separarémus nunca, y para que tratemos juntos de Dios y de sus dones, ya no tendremos necesidad de escribir con trabajo grandes cartas para confiarlas despues al capricho de los mares. ¡Ah! ¡cuán velozmente declinan las sombras de este mundo hácia el ocaso de la vida, para que el dia eterno se levante en fin sobre nosotros!

*“Lo que tenemos que sufrir.* Bagatelas todas. ¿Por qué quereis que os hable de esto? ¿Qué son todos los sufrimientos de esta vida pasagera en comparacion del inmenso peso de la gloria que el Señor nos tiene reservado? ¿Qué son ellas en comparacion de lo que sufrió sin quejarse nuestro Maestro? Además, sabeis que no vienen sin

algun consuelo, y que el Señor no permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas. Hé aquí lo que me sucede; me río y canto en mis desgracias, y estoy tan contento como los que están en una diversion.

*“Grados de la persecucion.* Nunca ha estado tan terrible ni furiosa, como el año pasado, sobre todo. No hallabamos dónde meternos; nuestros escondites nos parecian que no eran ni demasiado negros ni bastante profundos para ocultarnos; era necesario disputar á los tigres y á los zorros sus antros y sus guaridas en las florestas. He corrido muchas noches en los montes por entre los espinos, dentro del agua y del lodo, acostándome sobre las rocas, en las cavernas. En solo el año de 1838, la religion cuenta veintitres ilustres mártires de Jesucristo: dos Obispos consagrados, un electo, un vicario general, un misionero, el muy querido M. Jaccard, nueve Sacerdotes anamitas, cinco catequistas, un discípulo de latinidad y tres cristianos. En verdad que tendríais de qué avergonzaros vosotros, viejos cristianos de Europa y de América, tan tibios en el servicio de Dios, viendo tanto valor en los neófitos, privados de todos los socorros espirituales de que vosotros abundáis. Monseñor Havard, nuestro Vicario Apóstolico, murió, y el que os

escribe se encuentra en la necesidad de reemplazarle: que esto no os sorprenda. Escribidme siempre muy largo y muy cordialmente. Todavía no estoy consagrado; ni sé para cuando pueda estarlo: probablemente será necesario atravesar los mares para encontrar un consagrante; y antes que lo haya encontrado, el diente quizá de un pez, ó el sable del tirano, podrán unirme á M. M. Rouze y Cornay; solo entónces podré cumplir vuestros encargos para con ellos.

*¿Teneis entre vuestros cristianos algunos con quienes podrais hablar con ente a confianza?*  
¡Ah, no! Nuestros cristianos nos respetan y nos quieren mucho; pero su carácter y su educacion no nos permiten hablarles como lo haria con vos, ó con otro amigo de Lyon; nuestras costumbres y las suyas son muy diferentes para permitir la intimidad. Les hablamos como á nuestros hijos y á nuestros criados, pero no como amigos. Hay sin embargo Sacerdotes anamitas con los que se pueden conversar muy fácilmente y nunca con un total abandono. En general nuestro solo grande amigo es Dios, es Jesus, María. Ah! con estos sí que se puede hablar con entera confianza: ellos solos son los que comprenden y guardan lo que se les confia. Nuestros cristianos, léjos de ser groseros, son al contrario,

muy atentos. Así, jamás una mujer, una niña, pasará por frente á la puerta ó ventana de mi recámara, sin dar un gran rodeo; y cuando ha llegado al lugar en que estoy, puesta en frente, besará con respeto las manos que junta; los hombres pasando por mi puerta ó ventana, nunca dejarán de inclinarse. Cuando se nos quiera ver, preceden siempre algunos obsequios de frutos, de arroz, de huevos. Si no estuviéramos en tiempo de persecución, de lejos se podría venir para asistir á nuestras misas. Un día quizá se realizarán los votos que hacemos por este pueblo; y si vivo para entónces, creo que moriré de contento y de trabajo. Pero que se haga la voluntad de Dios y no la mia. A mayor abundamiento, la atribucion y la miseria tienen tambien sus goces. y al fin espero que ellas tendrán su recompensa.

—¿Cuál es vuestro alimento? ¿Siempre arroz?

Oh! No siempre arroz, hay carne en abundancia, de búfalo, de buey, de vaca, hay conejos, serpientes excelentes para comer, grandes ranas, que vosotros ignorantes, llamais sapos, gusanos de seda muy suculentos, grilletes, sin cootar grandes aves que se toman con anzuelos, pescados de toda especie, muy baratos, huevos, yerbas y frutos muy buenos. El arroz no nos sirve

de pan, nunca lo tomamos solo, y lo preferimos al pan blanco. No falta aquí el vino, el pan de trigo, las cosas de leche. Aquí tenemos el buen te de China: en lugar de vino, se hace con el arroz una especie de aguardiente de muy buena calidad; seria fácil tener en abundancia las cosas de leche, de la que no se sirven, pasándose sin ella, así como de tantas otras cosas. Se cultivan tambien muchas especies de frutas, papas, calabazas, melones excelentes. Aquí se vive mucho más barato que en Francia. La gente del puegastará medio real en alimentarse cada dia. El país es de una rara fertilidad, se cubre frecuentemente de dos cosechas por año, la tierra ménos feraz produce al ménos una, y esto sin trabajo y sin abono. Con todo, el pueblo es muy pobre; su miseria le viene de su indolencia por una parte, y de la otra de las impuestos exorbitantes y de las vejaciones sin número que los mandarines los agobian. Si este imperio fuera cristiano, y tuviese un buen gobierno, seria uno de los mejores países del mundo. El mal para nosotros es que muchos misioneros mueren al llegar ó languidecen á causa de la insalubridad del clima.

—¿Vuestro traje es muy ridiculo? Si me vieras con mi traje anamita, ciertamente os reiríais de buena gana, de la misma manera que si vinierais

por acá, con todos vuestros grandes chalets, gorros adornados de cintas, vuestros caballos risados y cien otras vanidades de este género, nuestros tongkineses se reirian tambien á su vez á mandíbula suelta. Ahora que estoy acostumbrado al vestido tong-kinés, lo encuentro muy cómodo y hermoso. Es un pantalon muy corto y ancho, donde podrian caer fácilmente dos piernas; no hay camisa ni medias para ninguna estacion; no se acostumbran los zapatos, los que se reemplazan con sandalias que cubren nómas la parte de arriba del pié, usandose así para viaje. Sobre el pantalon viene un vestido de dos faldas abrochado por debajo del brazo derecho con tres botones: hé aquí el vestido ordinario. Más los altos personajes, como sus sacerdotes, y tambien la gente del pueblo cuando se viste de fiesta, ponen sobre el primero, otro vestido negro, azul ó castaño, de la misma forma, pero más largo que el primero. Los trejes de las mujeres son casi semejante á los de los hombres, con la diferencia que ellas se ciñen el cuerpo, casi como las vuestras, y que del cuello al estómago se cuelgan un lienzo que viene á ser el complemento de su toilette. Hay otras muchas variedades de vestidos, de que no os hablo, porque sería necesario tenerlos presentes para describirlos, y qui-

zá sin terminar está materia; sin embargo, teneis un medio para saber ésto y otras muchas cosas curiosas, y es viniendo á verlas.

Pero ya adivino lo que os detiene: os figurais que aquí hace un calor insoportable: desengaños: el invierno es ménos riguroso que en Francia, porque nunca hiela ni escarcha; y sin embargo hay dias muy frios, cuando los vientos del Norte ó de Occidente soplan con fuerza; y como entónces solo se usan vestidos de algodón y muy anchos; como no se hace uso de los zapatos ni de medias; como las casas están bien ventiladas; y como en fin, no se tienen más que tablas para lecho, ó una estera sobre el suelo, por todo esto sucede frecuentemente tener más frío que en Europa; pero este cambio dura poco, y tan luego como el viento cesa y que el sol disipa las nubes, entónces se establece una temperatura semejante á nuestra primavera. La vegetacion en ninguna estacion del año se interrumpe, pues solo se disminuye; los árboles conservan su follage verde aun en invierno, reemplazando otras nuevas á las que caen. Aunque el Estío y el Otoño sean las principales estaciones de los frutos, los recogemos en todo el año; pero son tan refrigerantes como en Europa. Cuando la temperatura es abrasadora se defiende uno de ella, den-

tro de las casas, con abanicos, y fuera, llevando un gran sombrero de paja, de cinco ó seis piés de circunferencia, que nos protege á la vez del agua y de los ardores del sol.

¿Quereis os refiera el bien que se opera con nuestra mision? Ah! En estos tiempos de persecuciones tan violentas, lo que alcanzamos es muy poco, no es ni la mitad de lo que conseguíamos en los años anteriores. Si gozáramos de paz, nuestra obra iria en creciente, ya para nuestros pobres cristianos, para con los paganos, de los que muchísimos están bien dispuestos para con nosotros, y en favor de nuestra religion. Se les veria convertirse en tropel, porque en general creen en la verdad del cristianismo. Se puede decir que la cosecha está ya madura; pero el enemigo de la salvacion no permite recojerla: hé aquí nuestro pesar. El rey nos quiere exterminar porque aborrece nuestra religion que condena sus desórdenes, y porque se imagina que queremos arrebatarle su corona: es verdad que queremos el reinado, pero el del cielo. Rogad á Dios que esclarezca á este pobre ciego, y que hable de su corazon de piedra. . . . Necesario es terminar esta carta; mis dedos están fatigados, los ojos me duelen de escribir porque lo hago con la vislumbre de una lámpara que tengo necesidad

de tener metida en un cajon pare que la luz no se advierta por fuera: el estómago me duele tambien á virtud de estar bocabajo sobre una estera, porque no tengo mi mesa, ni silla; en fin, porque tengo mucho sueño, pues es más de media noche, y tengo que levantarme antes de la aurora para celebrar el Santo Sacrificio de la Mlsa.—En Tong-kin, á 5 de Marzo de 1840.

Ved la vida del Sacerdote católico en las misiones de la China. ¿Quién hay entre nuestros filántropos y nuestros soñadores de sistemas humanitarios, que quiera llevar una vida semejante siquiera un solo dia, para la emancipacion intelectual y moral del hombre? Embaucadores de charla, inventores de magníficas utopias, todos ellos son los más comodinos, y por consiguiente, los más incapaces para soportar y sufrir el más ligero sacrificio en provecho de sus semejantes. En vano los esclavos y los pobres, la parte que sufre más de la humanidad, en vano, digo, tocarán á sus puertas, porque no solo no los oirán, sino que de ellos huirán. En vano se les conjuraria en el nombre de la filantropia de quien se dicen apóstoles, no tienen valor ni de romper sus cadenas, ni de mirar cara á cara toda la deformidad de la llaga; se retirarán muy presto de en medio del alboroto que causaron sus discursos,

y entrarán de nuevo en el círculo de gozes y placeres á que están habituados . . . . .

Hemos visto hasta aquí la vida á que voluntariamente se condena el Sacerdote católico, por la felicidad y el bien de sus hermanos. Veámos ahora con qué clase de muerte terminan tantos sacrificios.

Mucho tiempo hacia que se asechaban los pasos de Monseñor Borie, cuando la traicion lo hizo caer en manos de sus perseguidores (1). Un hombre llamado Tham, acusado de haberle dado asilo, se ofreció á conducir á los mandarines al retiro que él mismo hizo aceptar al misionero. La captura nada hizo perder al santo confesor de su habitual alegría en medio de los guardias que lo custodiaban para conducirlo á la prision, entonaba entónces un cántico religioso. Aquella alegría; aquel canto de que el mandarin no podia comprender el objeto, picaron su curiosidad. Pidió la explicacion de ella á Monseñor Borie. Este respondió á su pregunta con

(1) Estando en prision, allí recibió la noticia de su elevacion al Obispo de Acantho. Nació el 20 de Febrero de 1838, y fué martirizado el 24 de Noviembre de 1808.

una instruccion sobre la vanidad de los placeres del mundo, que comparaba á una vaga y fugitiva sombra. Todas sus palabras estaban impregnadas de una noble seguridad. Lo único que le afligia era el temor que le asaltaba de que el pueblo fuese maltratado por su captura. Suplicó entónces, y muchas ocasiones á los mandarines, que no castigaran á las vecindades cristianas con alguna desgracia, recordándoles que no olvidaran que ellos debian ser los padres de aquellos que el rey ponía en su lugar para dirigirlos . . . . .

M. Borie pasaba los dias y las noches cantando en su prision cánticos, himnos y salmos. Los mandarines que deseaban preguntarle sobre la religion y los deberes que ella imponía, lo encontraban siempre dispuesto á responderles y á resolverles sus dificultades; pero si se les escapaba en sus conversaciones una expresion indecente, al punto se callaba. Un dia, el mandarin Bo que se disponía á hacerlo azotar, quiso preludiar los golpes con imprecaciones y palabras obscenas. El misionero indignado y sin temerle, le dijo: despedazad mi carne, derramad mi sangre, desgarradme como os plazca; pero al ménos no os expreseis en tales términos. Iba á verle el que queria, y este número fué muy grande; y quien podia oirlo, con él discurría acerca de las obliga-

ciones del cristiano. Se aprovechaba de este deseo para anunciarles á Jesucristo, haciéndolo con una santa libertad. El afecto extraordinario que mostraba por el pueblo, la alegría que reinaba constantemente en su rostro, no obstante que una pesada argolla oprimia sus espaldas, excitaba entre los paganos una admiracion general. Se les oía decir á los unos y á los otros: "Este maestro tiene verdaderamente un corazon tal para enseñar la religion, que si para despues viniera á enseñárnosla la abrazariamos." Desde entónces los cristianos de los alrededores no volvieron á ser inquietados. Se puede decir que el arresto del pastor, fué la paz del rebaño.

Los acusados no tardaron en ser trasladados á la prefectura. En todo el tránsito M. Borie fué objeto de ovacion para todos los cristianos: se agrupaban en todas las calles por donde pasaba, y lo seguian llorando: y cuando era necesario pasar los rios, no queriendo los [mandarines hacer uso de las barcas que se les ofrecian, se le arrastraba á ellos, con el agua hasta el cuello, haciendo otro tanto los que lo acompañaban, exponiéndose á ahogarse, pero se aventuraban á tantos peligros, solo por acompañar y no abandonar ni un momento al misionero. A su llegada á la prefectura se le concedió un día de repo-

so: y desde el dia siguiente fué interrogado por el juez de lo criminal.

—"¿Qué edad teneis? ¿Qué bajel os trajo de Europa á Cochinchina? ¿Desde cuándo estais en este país? ¿Qué lugares habeis habitado?"

—Tengo treinta años y seis meses; llegué á Tong-xing en la barca de un gran mandarin; he visto todos los lugares casi de la provincia: hace cinco ó seis años que resido aquí; poco importa el nombre de los lugares que he habitado: vine solo. Ahora que estoy preso, no me quejo de mi suerte; pero el pueblo es siempre la familia del gran mandarin; os suplico pues tratarla con indulgencia, y otorgar la paz á los cristianos de Ben-Chanh que están sepultados en la consternacion, desde que me capturaron en medio de ellos.

—Abundamos en efecto, le contestaron, en conmiseracion por el pueblo, y vos nos llenais de interes, porque no sois ladron de camino real, y nada más se os reprocha que vuestra fé: no obstante la órden del rey nos obliga á sujetaros á la tortura.

—Lo sé, respondió M. Borie.

En el momento los soldados colocan dos estacas en la tierra; á ellas se le ataron sus piés y sus manos; se coloca una teja debajo del vientre

y otra debajo tambien de la barba y se le aplican treinta barazos. Durante los primeros veinte, ni un suspiro siquiera arrojó, no obstante que la sangre brotaba de sus carnes despedazadas; á los diez últimos se le oyeron algunos gemidos. En el tiempo que duró esta cruel flagelacion, se advirtió que tenia su pañuelo en la boca.

—“Basta, dijo el mandarin á los ejecutores, perdemos nuestro tiempo en azotar.” Despues dirigiéndose al misionero le preguntó si sentia algun dolor.

—“Soy de carne y hueso como todos, respondió, ¿por qué, pues, estaria exento de dolor? Pero no importa, antes como despues de la tortura, estoy igualmente alegre.” “La constancia de un europeo aun en medio de los rormentos, decian entre sí los mandarines, testigos de tanta resignacion, es inquebrantable.”

Otras muchas veces se sujetó á M. Borie al tormento: pero siempre con el mismo éxito. Desconcertado el juez, le preguntó un dia de tantos en que se le atormentaba, por qué se obstinaba en callar.

—“En Europa, respondió, cuando el acusado comparece ante sus jueces, se le interroga y se le juzga segun las leyes del pais. Si se le encuentra culpable se le condena, y entónces pre-

senta su cabeza al ejtcutor; pero no se le da de palos para obligarle á confesar lo que no ha hecho; lo que vosotros haceis solo es propio para los brutos. Ved por qué insisto en callar.

—Pero supongamos que el rey os pida á la capital: allí hay una grande hoguera, tenazas enrojeadas con las que se arrancaria á pedazos vuestra carne. ¿Podreis entónces obstinaros en vuestro silencio?

—Cuando el rey lo mande, veré lo que hago, porque no me atrevo á presumir lo que entónces pueda hacer.

Durante todo este procedimiento M. Borie fué tratado con las mayores consideraciones por el mandarin criminal y por el militar. Solo el mandarin Bo, intendente de la provincia, se mostró constantemente brutal y violento. En fin, los tres se reunieron para dar la sentencia capital contra los santos confesores. El 9 de Noviembre fué enviado á la corte de Hué, y el 24 del mismo mes, cuando los prisioneros cristianos tomaban su ligera comida en la alegría del Señor, llegó la ratificacion del juicio que condenaba á M. Borie á que se le acertara la cabeza, y á los dos sacerdotes á ser extrangulados, y á los dos confesores, á permanecer en prision hasta que el tirano aplazara el dia su suplicio. En el

momento el mandarin criminal ordenó al carcelero que cociera una gallina para los tres Sacerdotes—porque es costumbre en el país regalar á los que están dispuestos para la muerte—Como era sábado, día en que ayunaban los tres. M. Borie respondió que no comería carne aquel día, pero que para complacer al mandarin criminal, bebería un poco de vino. Entónces todos los prisioneros se levantaron para saludar por última vez á los santos mártires.

M. Borie no olvidó á su jóven discípulo. Antes de dejar la prision, lo confió á Chu-Nam diciéndole: «Pensaba que iríamos todos juntos al suplicio, y no es así, declaro que adopto á este jóven por hijo mio; así, todo el afecto que habeis tenido por mí, os ruego lo tengais por este querido niño.»

Todos los prisioneros vertian torrentes de lágrimas, y en medio de entrecortados sollozos, se despidieron para siempre. El mandarin permitió, durante algunos instantes, un libre curso á su dolor, y despues leyó á los condenados su sentencia, y les expresó su pesar de no poder diferir ni un día la ejecucion, preparándoles el festin de costumbre, M. Borie, levantándose, dijo: «Desde mi infancia, ante nadie me he postrado: y ahora doy gracias al gran mandarin por el fa-

vor que me ha procurado, manifestándole mi reconocimiento con esta prosternacion.—Y se humilló—Pero el oficial impidió que se echara á sus piés, y se puso á llorar, así como los otros. Los padres Diem y Khoa dieron al mismo tiempo los mismos agradecimientos, y partieron los tres para el lugar del suplicio.

M. Boiré caminaba sin detenerse, volviendo de tiempo en tiempo la vista atras para ver si los otros dos Sacerdotes podian seguirle. Los tres aparecian con una faz radiante de santa alegría. En el camino, el misionero saludaba á todos los que conocia, deseéndoles la paz. El mandarin Bo fué uno de los que se presentaron en el camino: hizo alto al cortejo, y preguntó al Sacerdote europeo si en aquella hora temia la muerte.

—No soy rebelde ni asesino para temer, respondió el mártir, no temó más que á Dios. Hoy á mí me toca morir, mañana será á otro.

—¡Que insolencia! respondió el mandarin, y lanzando una blasfemia.

Que se le abofetee—dijo—y se retiró. Los soldados no obedecieron. Llegados al lugar de la ejecucion, M. Borie llamó á uno de los escribanos y encargó dijera al mandarin Bo que si

su respuesta le ofendió que se dignara perdonarle.

Sobre el lugar designado para el suplicio, se extendieron seis esteras por un cristiano, y allí se arrodillaron los tres mártires, orando por algún tiempo con sus rostros vueltos para Europa. Terminada la oración, un cerragero llegó para romper el hierro que unía las dos partes de las argollas. A los padres Diem y Khoa, se les echó por tierra colocándolos bocabajo para ser estrangulados. Monseñor estaba sentado, con las piernas cruzadas y su vestido replegado bajo las arcas. Entónces el mandarin tomó su bocina é indicó que al tercer sonido que se oyera de su timbal, los verdugos hicieran la ejecución. El suplicio de los dos Sacerdotes anamitas fué violento, pero el de M. Borié fué lento, horroroso. El ejecutor, ébrio como estaba, no sabía lo que hacía: así es que al primer golpe con su sable, le llevó parte de la oreja, descendiendo á la quijada: el segundo le llevó parte de las espaldas, replegándose el golpe sobre su cuello; el tercero fué más acertado, pero con todo no logró separar la cabeza del cuello. A vista de esto, el mandarin criminal retrocedió horrorizado, y para concluir fué necesario repetir hasta siete veces los sablazos para terminar con aquella obra de

sangre, durante la cual, el santo misionero no exhaló ni el más ligero quejido. . . . .

Es necesario convenir que el Sacerdote que se consagra á una vida de tantos sacrificios, á una muerte tan horrible por los pobres idólatras que nunca ha conocido, tiene, y debe tener por cierto derecho á la gratitud del mundo entero. El poder del oro, el atractivo de los honores, son muy grandes; y sin embargo, el oro con todo su brillo, los honores con todos sus encantos, jamás han inspirado á mortal alguno tal heroísmo. En el nuevo mundo, y en las islas más lejanas, se han encontrado, ea verdad, predicadores del Santo Evangelio; pero diferentes del Secerdote católico. Habitan hermosas casas, viven con su mujer y sus hijos, gozan de pingües rentas, atesoran grandes riquezas, y jamás predicán sus doctrinas con perjuicio de su reposo y el de su familia, ni de su reputacion, ni mucho ménos de su vida.

Terminaremos este capítulo con esta hermosa página de Fenelon que consagró al Sacerdote católico misionero, en la persona de Francisco de la Pallu: (1) «Un santo Pontífice, marchan-

(1) Misionero apostólico en el Tong-King, y Obispo de Heliópolis: fué el primero que dió la vuelta alrededor del mundo, por el Oriente.

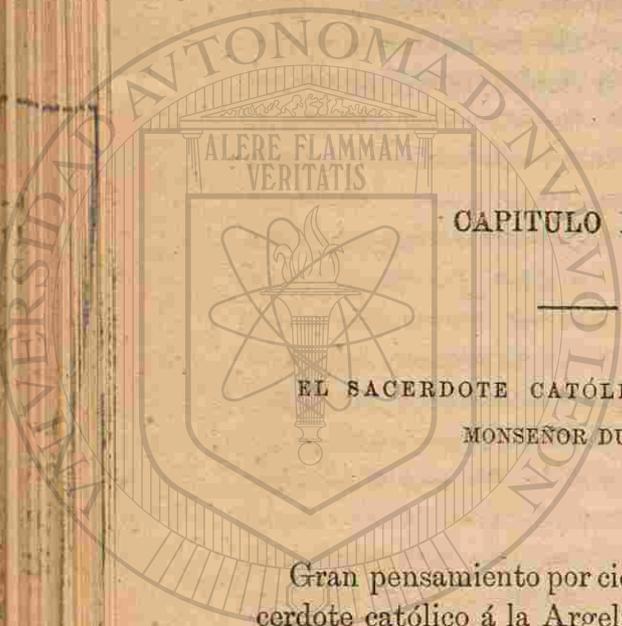
do sobre las huellas de Francisco Xavier, ha bendecido ya aquella tierra (la China) con sus últimos suspiros. Hemos visto á este hombre sencillo y magnánimo, que acababa tranquilamente de dar la vuelta al mundo: hemos visto aquella ancianidad prematura y simpática, aquel cuerpo encorvado, no por el peso de los años, sino por el de sus penitencias y trabajos; y parecía decirles á todos, entre los que pasaba la vida, á todos los que no nos saciábamos de verle, de bendecirle, de gustar de su union, y de sentir el buen olor de Jesucristo que habitaba en él; parecía decirnos: «vedme ahora, yo sé que no me volveréis á ver» Lo hemos visto cuando venia de medir la tierra; pero su corazón, más grande que el mundo, estaba aun en aquellas regiones tan lejanas. El espíritu lo llamaba á la China, y el Evangelio que este vasto imperio le debía, era como un fuego devorador en el fondo de sus entrañas que ya no podia contener.

«Id, pues, santo anciano, atravesad otra vez el océano que os admira y á vos se somete; id en nombre de Dios. Vereis la tierra prometida; os será permitido entrar en ella, porque lo habeis esperado contra la esperanza misma. La tempestad que debia causar el naufragio, os llevará á aquellas riberas deseadas.»

En efecto, Francisco de la Pallu abordó por segunda vez á la China; durante ocho meses enteros, aunque enfermo, y casi moribundo, anunció el Evangelio de Jesucristo. Sucumbió, en fin, exhausto de fatiga y de celo. Su muerte fué una pérdida inmensa para la ciencia, la virtud y el clero católico.

Pero sea lo que fuere, el Sacerdote ha hecho mucho en esta parte del mundo, á pesar de los obstáculos de todo género que encontró, para probar otra vez más á la filosofía, que nunca le ha faltado poder y vida para despertar á las naciones dormidas en el error, y comunicarles aquel movimiento progresivo de moral y de civilizacion que solo en la cruz se halla; y nuestros filósofos que creyeron en su loco orgullo *asistir á los funerales del gran culto*, se persuadirán, á vista de tantas maravillas, y cien veces más, de otra nueva decepcion en sus cálculos insensatos. No más porque sus malas pasiones habian matado en su corazon el cristianismo, y porque sus ideas, del todo materializadas, no podian elevarse á la altura de la fé, no más por esto rapito, habian esperado que el Sacerdote jamás podria levantarse de los golpes que le habia dado el siglo diez y ocho. Pero ved que en el momento en que ellos se aplaudian por haber sellado la piedra de su sepulcro, él—el Sacerdote—se levanta más poderoso allá en aquella parte del Africa, donde Agustin le dió vida con su génio, su fé y su caridad.

Pero apresurémonos á hablar de aquella obra para siempre memorable, llevada á efecto con admiracion del mundo entero y con gloria del



## CAPITULO XVII.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN ARGELIA.  
MONSEÑOR DUPUCH.

Gran pensamiento por cierto fué enviar al Sacerdote católico á la Argelia para que ejerciera un ministerio de paz y de amor, en medio del estallido del cañon y el silbido de la metralla. Por la primera vez la Arabia ha podido contemplar cara á cara al cristianismo, resumido enteramente en el piadoso Obispo misionero; y ¿por qué esta mision tan sublime no tuvo entonces la influencia que podia tener? A nadie acusamos, porque adoramos en secreto los designios de Dios.

Sacerdote: del cange de prisioneros. Este pertenece exclusivamente al génio del Sacerdote católico, á su dulzura á su tolerancia, á su carácter: jamás la fuerza bruta del cañon, ni la habilidad del general, ni el poder impotente del número hubieran obrado una cosa semejante; y no tememos añadir que si el gobierno frances emprendió resueltamente la colonizacion de Argel y por fin se sentó sobre la costa de Africa para hacerla francesa, nunca lo hubiera conseguido sin el concurso del Sacerdote católico. Cualquiera otro medio habria sido impotente: con el sistema militar, habria hecho, sí, víctimas, pero nunca colonias: vastísimo habria sido para los soldados y los gefes el campo donde hubieran con su gloria inmortalizado sus nombres y ganado cruces y charreteras, pero se habria convertido á Argel en un sepulcro, en tierra de desolacion, que hubiera devorado á la metrópoli y acabado con los colonos é indígenas.

Dos hombres, dos gefes, parten de Argelia, cada uno á la cabeza de su tropa; el uno, el gefe militar, presidido de una valiente division que va á asegurar las conquistas de la Francia; el otro, el gefe de la religion, arrastrando tras sí, en medio de una escolta insignificante, un lastimoso convoy de mujeres, niños, cautivos y heri-

dos que conducen al lado de sus hijos, de sus padres, de sus esposos, en cambio de otros tantos cristianos que se le entregarán á él, padre legítimo de todos los cristianos de Africa. Las dos tropas, la guerrera y la pacífica, se encuentran en el mismo punto, y para colmo de incidentes que la Providencia se complace en aglomerar para hacer más ostentacion de su gloria, se hallan sin pensarlo, y mucho menos quererlo, en el lugar y a la hora que los ejércitos beligerantes habian fijado para la ruptura de las hostilidades. Nunca el resultado de una negociacion fué más comprometido que entónces, ni jamás la buena fé se revistió como allí de tantas apariencias de traicion. Solo sintiendo el Obispo de Argel bajo su estola, alguna de aquellas inspiraciones que Dios reserva á sus santos cuando los pone en medio de los peligros; solo encontrándose muy fortalecido por su fé y su caridad, pudo haberse atrevido á una de aquellas temeridades, inexcusable de parte de cualquier otro que no fuera un Obispo, ó un santo. Porque, notadlo bien, no era solo su cabeza, la que le llevaba á Sid-Mohammed, sino eran las de nuestros prisioneros que no le pertenecian; eran las de aquellos valerosos compañeros que entregaba á los árabes, á riesgo de verlos degollados en monton con los prisioneros

franceses. Nada detiene sin embargo á este hombre, á este Obispo que se halla allí en su carruaje rodeado de un ejército salvaje é irritado, en presencia de un bey armado hasta los dientes, y que sospechaba una traicion. Para imponer á los bárbaros no cuenta entónces más que con su mitra, su báculo y su cruz con que se halla revestido, que aunq̄e á otros los hubiera contenido, no era de esperarse en aquella crítica circunstancia. Una puñalada, un signo cualquiera hubiera bastado para que torrentes de sangre corrieran, y tanto más, cuanto se creyó oír, un momento despues, la explosion de un arma de fuego, partida de los flancos del Obispo. Instante terrible en que la realidad de aquel drama parecia sobrepujar al alcance de la imaginacion! . . . . .

Todo se verificó á medida dei deseo: se estrecharon las manos, se vertieron palabras de reconciliacion y demostraciones de amistad, y todo, entre el estruendo de la metralla que arrollaba á los árabes, tocándose, en signo de paz, la cruz episcopal con el alfange del bey, y retirándose los negociadores admirados de la mútua abnegacion de ámbos, y con el feliz término de aquella conferencia. Si habláramos de la vuelta de M. Dupue, diriamos que pocos triunfos pueden compararse con el suyo al través de toda la Mitija,

y triunfo tanto más bello, cuanto que á afecto de las medidas que no nos pertenece apreciar, ninguna ovacion popular tuvo lugar con la que se afectara la humilde alegría del Pontífice.

Una circunstancia que es necesario no omitir, y que imprimió un sello de grandeza y de magnificencia á todo esto, y tal como si el cristianismo solo puede imprimirlo, fué que estos acontecimientos tuvieron lugar en los dias 17, 18, 19 y 20 de Mayo, mes consagrado á la *Madre de la gracia*, y durante las rogaciones y Ascension de Nuestro Señor Jesucristo. A la hora misma en que el Sr. Obispo salia de Argel, presidiendo la larga fila, de prisioneros árabes, todas las iglesias del mundo cristiano salian tambien de sus templos, (donde el culto es libre), y se esparcian por los campos, cantando la gran letanía, invocando á los mártires, confesores, santos pontífices, á todos los héroes del cristianismo que han sacrificado su libertad y su vida por la salvacion de sus hermanos, y de aquel Cipriano que ha consagrado la tierra de Africa con su sangre, y de aquel Ramon Nonnato que fué necesario encadenar sus lábios para impedirle que evangelizara, y de aquel Vicente de Paul que ia honró eternamente con las cadenas que allí llevó, y tantos otros santos de órdenes redentores que la han santifi-

cada por el sin fin de cadenas que en ella han roto. Toda la iglesia, digo, invocaba á aquellos protectores, y les pedian á grandes voces, que *protejeran á nuestros hermanos en peligro, y velasen sobre los ausentes y viajeros, librase á los cautivos, y por doquiera hiciese triunfar el nombre cristiano.* Aquellas súplicas santas se han levantado al cielo desde la tierra por todas aquellas partes donde existe el Sacerdote católico, durante los tres dias de rogaciones, y la vuelta á Argel, ha coincidido con la fiesta de Jesucristo que triunfante entró en su reino, á la cabeza de sus cautivos rescatados. Sin duda que M. Dupuch no podria ménos que sentir una grande emoción al recitar en su breviario, (si es que pudo recitarlos por tantas atenciones) los salmos, é himnos, de los que cada uno tenia su aplicacion entónces á las circunstancias presentes; Jesucristo subiendo á los cielos llevó consigo á la cautividad. Naciones, palmotead las manos; cantad á Dios cánticos de alegría, porque el Señor es sobre todo: es grande el rey de la tierra: ha sometido á nosotros los pueblos; ha puesto á los bárbaros á nuestros piés. Cantad la gloria á nuestro Dios. Cantad, cantad la gloria de nuestro rey, cantad, Dios reinará sobre todas las naciones. (1)

(1) Salmo 46.

Nó, una tierra que ofrece tales espectáculos, no es una tierra maldita, ni Dios ha agotado sobre ella sus misericordias. Nó, el Sacerdote católico que todavía sabe presentarse así ante la feroz media luna del profeta, nó, no ha muerto todavía, y más aún, puede conmovér al mundo y puede hacerlo revivir con su fé. Pero prosigamos nuestras consideraciones sobre los trabajos apostólicos del Sacerdote sobre la tierra de Argel; quizá lo apreciemos más por el celo que lo animó y la mision que allí ejerció entónces.

Bella fué, en efecto, aquella mision del Sacerdote en esa parte de Africa. Bajo su aspecto espiritual, el ministerio eclesiástico fué allí consolador é indispensable, porque allí el soldado no es irreligioso é indiferente como en Francia. A muchos centenares de leguas de su familia rodeado de hombres del lenguaje, costumbres y trajes tan diferentes á los suyos, se recoje dentro de sí mismo: las ilusiones dan lugar á serias reflexiones; se sostiene con las palabras santas que aprendió desde su infancia, y cuando en el campo, en medio de una naturaleza salvaje y silenciosa, oye por las noches á cada cuarto de hora repetir á sus flancos aquel grito solemne emitido por cien bocas: «centinela—alerta,» eleva se corazón y sus ojos al Dios de sus padres. Rarísimo es ver al

soldado enfermo que no solamente no rehuse, pero que no pida él mismo el auxilio del Sacerdote: verdad es esta, que su fé no se ha extinguido en su corazon, y que la religion puede revivir sobre el suelo africano.

En los hospitaies, el Sacerdote católico está al lado del médico cuando éste dá sus consultas y muchas veces sirviendo de intérprete, inscribe sus ordenanzas, las hace ejecutar, secunda á los religiosos cuando ellos no son bastantes para el trabajo, y le sucede casi todos los dias, tener que curar quince ó veinte desgraciados cubiertos de heridas ó úlceras. Para manifestar su reconocimiento, los idígenas llevan frecuentemente á las hermanas, huevos, dátiles, pollos y aun borregos. Es muy raro encontrar alguno que despues de haber sido curado, vuelva á su casa sin expresar al ménos al Sacerdote católico su gratitud, y frecuentemente antes de dejar el hospital, besan la mano y derraman lágrimas, diciendo que *Rabbi*, (Dios) le dé la justa recompensa por todo lo que ha hecho por ellos.

Por estos cuidados y servicios se gana enteramente la confianza el Sacerdote católico: los principales van frecuentemente á verlo; el va á pagarles su visita, lo invitan á comer, y ellos van á comer á su casa; cuando el Sacerdote va, le

hacen servir la mesa por su mujer, en testimonio de amistad y estimacion particular, honor que á ningun frances, ni aun entre ellos mismos, se dispensan. El califa decia una vez á un Sacerdote que habia invitado á su mesa: "El general ha comido en mi casa, y muchos coroneles han hecho otro tonto; jamás han visto ni á mi mujer, ni á mi mis hijos, pero tú que eres el morabout francés, y que te quiero mucho, deseo que estés en mi casa como si fueras mi padre."

Ved todavía algunos hechos notables que serán leídos con gusto y que prueban que lejos de que la vista del Sacerdote católico enfurezca á los árabes, les inspira al contrario, respeto, confianza y benevolencia.

En los primeros meses de 1839, el cura de Constantina visitó solo una gran parte del Masif, del Sahel y de la costa: frecuentemente se alojaba solo en las barracas donde á muchos otros franceses se les habia cortado la cabeza, así como á los soldados y á los colonos; y á él nunca le sucedió, ni el más ligero accidente.

En la misma época, durante una excursion que el Sacerdote católico hizo con un frances y un joven holandés, y un intérprete árabe, en la parte del pequeño Atlas, habitado por los Ben-

Moussa, los Kabitas, saliendo luego de sus chozas, se prepararon con ses fusiles tras de las cercas. ó en los matorrales ó espesuras de los árboles, y allí permanecieron á la defensiva; pero cuando el intérprete les dijo que era un marabout frances y que venia á verlos á su país, dejaron sus fusiles, y se presentaron ante él en gran número, rodeando toda la caravana. No saciaban de contemplar al Sacerdote católico, haciéndole muchas preguntas al intérprete con aire de benevolencia; y cuando los viajeros descendieron de la montaña, lo siguieron con la vista hasta que desaparecieron.

Monseñor, decia con este objeto uno de los oficiales superiores del ejército al Obispo de Africa, —si yo saliera solo como vos y vuestros Sacerdotes, querria llevar al ménos dos pistolas á cada lado y empuñando el sable en mi mano; sin esto no estaria seguro de volver á mi casa sano y salvo. Vosotros con vuestra cruz y vuestro traje, vais solos por donde quereis, y se os respeta.

Los que dicen que el Sacerdote católico atravesando los siglos ha perdido su grandeza y su influencia, que conserven en su memoria esta confesion, tanto más honorífica, cuanto que no sale de una boca nada sospechaba. Es ciert<sup>o</sup>

pues que el Sacerdote ha dado en Africa el más sublime espectáculo que al hombre le sea dado ver. Dios quiera que esta influencia no sea interrumpida por un malquerer subalterno, y que se comprenda que la dulzura de la religion y el celo esclarecido y tolerante de sus ministros hacen más que el cañon y los fusiles. Y dígase lo que se quiera, los hechos no se debilitarán, no ser que se destruya la historia: ved, pues, un hecho: el Sacerdote católico con su cruz ha salvado al mundo, y él solo, con ella, lo puede regenerar; y si el mundo ha degenerado, no es porque el Sacerdote, haya faltado al mundo, sino el mundo quien ha faltado al Sacerdote.

En Constantina, los domingos, en la misa, hay más árabes que franceses, y muchas veces sucede que no siendo suficiente el local para los primeros, se les permite estar hasta en el púlpito. Verdad es que la mayor parte van por un sentimiento de curiosidad, pero todos guardan una noble y respetuosa postura, y se les ha visto que como los cristianos católicos, hagan la señal de la cruz. Despues de medio dia la Iglesia es siempre visitada principalmente por grupos numerosos de mujeres árabes que van á ver y hacer ver á sus hijos los cuadros y estatuas de la *Jemma-el-Roumy*, (la Iglesia de los cristianos.)

Se quedan absortos ante un crucifijo pintado sobre un lienzo por un oficial del ejército. La vista de *Sidi Aissa* (Señor Jesus) pendiente en la cruz, produce en ellos una dolorosa impresion; frecuentemente las lágrimas les brotan de los ojos; y a muchos se les ha visto llorar amargamente, y prorumpir en exclamaciones de compasion: otros prorumpen en imprecaciones terribles contra los judíos. Una vez, un gran número de estos últimos, habiendo ido a la Iglesia, entre tanto que un grupo de árabes contemplaba el cuadro de Nuestro Señor Jesucristo, éstos se echaron sobre los desgraciados hijos de los deicidas y los arrojaron de la Iglesia.

Un dia, el cura recibió la visita de un hijo del *scheik El-islam*, (jefe del islamismo); estaba acompañado de uno de sus parientes que era *Taleb* (nombre que se le dá á los sábios). Despues de un cuarto de hora de conversacion, durante la cual el cura le enseñó su biblioteca, la que contenia tambien el Coran, y muchas obras árabes, les suplicaron le diera á conocer su *djemana*. El Sacerdote los condujo entónces á la Iglesia, mostrándoles el Crucifijo que estaba cerca de la puerta por la que entraban, diciéndoles que aquel cuadro representaba á *Sidi-Aissa* muerto sobre la cruz por los hombres. El *Taleb*

le respondió luego: *Ló, ló, machimouth* (nó, nó no está muerto); *phi sma* (está en el cielo); como el Sacerdote católico conocia el Coran, le comprendió luego.

En tiempo de Mahoma se dice que habia en Arabia una heregia entre aquellos cristianos, que pretendian que Jesucristo no habia sido crucificado, sino que en su lugar lo habia sido otro que se le parecia; Mahoma hizó colocar esta heregia en su libro. Es cierto, respondió el cura que *Sidi-Aissa* está en el cielo, pero primero murió sobre la cruz por los pecados de los hombres, y despues de haber sido depositado su cadáver en un sepulcro, en él resucitó al tercero dia, para dar á los que observaran su ley una prueba de su resurreccion. Despues los condujo al altar de la Santísima Virgen, y les dijo que aquella estatua dorada que llevaba al niño en sus brazos, representaba la *Miriam*, llevando á *Sidi-Aissa* infante todavía; y como sabia que Mahoma, ó por ignorancia, ó mala fé habia disfrazado el misterio de la Santísima Trinidad, diciendo que estaba formada de Padre, Hijo y de la Madre, añadió que los cristianos no la adoraban, sino que la veneraban mucho; que tenian demasiada confianza en ella, y que para ellos era una buena madre. Y para nosotros tambien, le res-

pondieron. Despues de esto desearon ver á *Sidi-Aissa* en el tabernáculo que indicaron con el dedo. El cura les dijo que para ver á *Sidi-Aissa* en el tabernáculo, era necesario ser cristiano; que no podia vérsese con los ojos del cuerpo sino con los de la fé, y que esta fé estaba fundada sobre la palabra omnipotente de Nuestro Señor Jesucristo. Les explicó tambien muchos objetos como el bautisterio, confesonario y agua bendita. Se manifestaron muy satisfechos, y despidiéndose expresaron su gratitud.

Otros árabes que iban frecuentemente á ver al cura le interrogaban tambien muchas veces sobre algunos puntos de nuestra religion. Un dia el Scheik el Arab, (jefe de los árabes del desierto de que Bisciaitk es la capital) comiendo en su casa con muchos de sus hermanos y sobrinos le preguntó con mucha naturalidad por qué no era casado. El cura le respondió: Si fuera casado, mi amor estaria dividido; procuraria naturalmente agradar á mi muger y no tendria cuidado de agradar á Dios. Si fuera casado, me habria quedado en mi país, para gozar de la felicidad de la familia; querria atesorar fortuna para asegurar á mis hijos una buena posicion en el mundo; ahora que soy libre, he podido dejar la Francia y venir á Africa, para hacer conocer

á Dios á los que no le conocen, y hacerle amar á los que no le aman. Ves tú además, que los niños no nos faltan, tengo quince en la escuela, á los cuales comunico la vida espiritual que es más preciosa que la vida animal. Despues me llegan todos los dias muchos pobres, muchos desgraciados de la ciudad y del campo, franceses y *mostemius*; todos estos pobres los veo como á mis hijos; curo sus heridas, atiendo á sus enfermedades, les doy pan, y todo ésto no lo haria ciertamente si fuera casado; y precisamente para poder hacerlo, y para agradecer á Dios, es por lo que no somos casados. Hecha esta explicacion, al *Scheik* le causó mucha impresion, así como á sus hijos; le vieron desde luego con mucha admiracion y veneracion, y despues el *scheik* le dijo: «Cuando yo pueda volver á Biscaratk, vendrás conmigo, y te daré una casa y hermosa mesquita; allí hay, como en el desierto, muchos pobres y desgraciados, y tu podrás amar y servir á Dios allí como en Constantina.

Interminables nos haríamos si quisiéramos referir otros hechos análogos; y para no fatigar á nuestros lectores, no citaremos más que dos. Cuando M. el Obispo de Argel llegó á Constantina en el otoño de 1840, casi todos los árabes distinguidos de la ciudad se apresuraron á

presentarle sus hemenajes y suplicarle les hiciera el honor de ir á comer á sus casas. Su Señoría no contando más que con pocos dias que debia pasar en Constantina, no pudo aceptar más que las de algunos; los demás le enviaron comidas enteras al palacio del gobierno, donde estaba posado; lo que es entre los árabes una muestra de la más alta veneracion; pero el domingo siguiente S. S. quedó admirado, al salir de vísperas, viendo reunidos en las galerías del palacio un gran número de árabes, la mayor parte ancianos venerables, con grandes barbas blancas; eran los imanes de las mesquitas, llevando á su cabeza los dos *Muphty Malekite* y *Hamefite*: S. S. los recibió con mucha afabilidad en el salon de recepcion y les manifestó que le expusieran el motivo de su presencia. Entónces dijeron, por su intérprete, que estaban en una mala posición; que no podian ya vivir ni ellos, ni sus familias con el sueldo ordinario: que este habia sido tasado en tiempo en que los víveres valian ménos, y que ahora su precio se habia triplicado y á un cuatriplicado desde que los franceses habian entrado en Constantina; que se les podia hacer este aumento supuesto que los productos de las mesquitas eran tan grandes, los que estaban exclusivamente destinados para su manutencion

y la de sus encargados; y que si no se atendia á sus reclamos, se verian obligados á abandonar la ciudad, retirándose á sus montañas; que suplicaban á S. S. se interesara por ellos con el gobernador de la provincia S. S. les aconsejó entónces que hiciesen una peticion por escrito, y les prometió, suscribiéndola él tambien, hacerla valer con todo su influjo ante el gobierno. Así lo hizo, y creo que si el Señor Mariscal accedió á la solicitud, mucha parte tuvo la recomendacion del Señor Obispo de Argel.

En el mes de Agosto del mismo año, con anuencia del general Galbois, el cura de Constantina hizo bajar la media luna del minarete de su Iglesia, haciéndola reemplazar con una Cruz. Cosa extraña: los árabes se ocuparon en trasportarla del taller donde se construyó y doró, árabes los que cargaron con ella, atravesando las calles de la ciudad para llavarla á la Iglesia, y árabes quienes la subieron á la torre, despues que el cura la hubo bendecido; hecho es este de la más alta importancia para recomendar al Sacerdote católico, por que no solamente no se excitó ni el más ligero descontento, sino que se vió que muchos contemplaban la cruz con muestras nada equívocas de satisfaccion y veneracion.

El gobierno ha comprendido, y nos felicitamos por esto, la necesidad de la religion en Africa. Sin religion, en efecto, no hay orden, y por consiguiente no habria colonizacion posible. Hay un punto, mal apreciado hasta ahora; hablo de las relaciones del Sacerdote con los indigenas, y sobre todo con los árabes en quienes ejerce una grande y saludable influencia. El árabe es profundamente religioso. Para él, Dios es todo, y ésto sin que intervenga ningun respeto humano. Siempre y por doquiera, no solo tiene, sino que se apresura á dar pruebas las más ostensibles de su religion, todo sacrificio, por grande y doloroso que sea, para él es nada cuando se trata de la gloria y el nombre de Dios, y no comprende cómo alguno pueda obrar de otra manera. Para él, un hombre sin religion es un absurdo, teniendo un profundo desden y menosprecio por los aventureros europeos, que no tienen otro Dios que el oro y sus pasiones.

El filosofismo habia creído al principio que la vida del Sacerdote católico excitaria el fanatismo de los musulmanes y lo odiarian, pero la experiencia ha venido bien pronto ó probar lo contrario de la manera más sorprendente. Sobre los puntos de la regencia es donde precisamente, gracias á la sabiduría de los jefes, se ha mos-

trado desde el principio, con más brillo la religion, así como en Bona y Constantina, y donde ha habido más tranquilidad y ménos emigracion y por nuestra parte estamos convencidos que si el señor Obispo hubiera podido desde su llegada á Africa enviar un Sacerdote á *Bouffarik* á *Betida*, como lo habia hecho á Constantino, Abd-el Kader jamás hubiera podido conmover las tribus del pequeño Atlas como lo hizo, ni producir aquella sublevacion general que entonces hubo contra los franceses.

Este hecho de tan alta importancia, ha sido comprobado aun por los mismos protestantes. "

Los árabes, dice el mayor federal Hubert Saladin, una carta dirigida al directorio de la confederacion Suisa, los árabes, son tolerantes para todos los cultos, y no menosprecian realmente sino á aquellos que no tienen ninguno. La gran palanca popular de Abd-el-Kader contra los franceses, no es el horror de cristianos ó infieles, sino el horror de impíos. La ausencia de todo homenaje exterior tributado á la divinidad en el ejército frances, ha dado á Ab-del-Kader las armas del profeta y su voz inspirada para proclamar la guerra santa contra los blasfemadores de Dios. "

Si un eclesiástico ó un oficial católico, hubiese escrito estas líneas, se le tacharia por cierto de exageracion, ó quizá de fanatismo, y sin embargo, no son más que la expresion de la verdad.

El árabe tiene tanto respeto y veneracion por el Sacerdote católico, como siente desden y repulsion por el hombre irreligioso. Los hechos que hemos referido prueban suficientemente la verdad de esta asercion. El Abate<sup>e</sup> Suchet, antiguo cura de Costantina, hoy vicario general de Argel, va á convencernos de lo dicho. «Vednos ya pues en Argel, dice á uno de sus amigos de Tours, vednos reducidos á la condicion de misioneros de la China, ó de los desiertos de América. Reclamo en particular vuestra proteccion para nuestra pobre Iglesia de Constantina. No tengo ni ropa blanca, ni ornamentos más que los que traje de Francia: no hay cruz, ni candeleros, ni custodia, ni copon, ni pilas para la agua bendita. . . . solo tengo mi hermoso y lindo crucifijo de marfil que he colocado sobre el altar, y mi pequeña estatua de la Santísima Virgen que las buenas hermanas del Refugio me dieron, y que he puesto sobre un pequeño trozo de mármol blanco; es lo que hace el adorno de nuestra pobre Iglesia. He deseado que esta nueva y pri-

mera Iglesia de Constantina estuviese bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Dolores. El Sr. Obispo acaba de consagrarla con este nombre de María. Oh! cuan poderosos seremos con tan gran protectora y tan buena patrona. He establecido la devocion del santísimo rosario todos los domingos despues de vísperas. En seguida cantamos cánticos con nuestras buenas religiosas, con algunos piadosos militares, y algunas excelentes esposas de los oficiales. Los árabes se agrupan á nuestras ceremonias. El domingo de Pascua, los grandes personajes del país y de toda la vasta provincia de Constantina, con los jefes del gran desierto de Sahara, se dieron cita en nuestra iglesia. Quedaron admirados de los trajes militares, de la música, y sobre todo, de los ornamentos de que yo estaba revestido para decir la misa. Escucharon con la mas grande atencion el pequeño discurso que dirigí como si lo hubieran comprendido. En él hablé mucho de ellos, y los intérpretes les tradujeron perfectamente mis palabras, vertian lágrimas, y me besaban las manos. Quisieron que les explicara lo que era la cruz de *Side-Aissa* (J. C.) la pequeña estatuade *Leha Miriem*, (la Santísima Virgen) despues el confesonario, la fuente bautismal; el altar, etc. etc., y á todas las ex-

plicaciones que les dí, respondian *Melich bezref* (muy bien) *Allah iazeko-um* (Que Dios nos ame).

Nos preparamos para celebrar con toda la pompa posible el mes de María en Constantina. Nuestros hermosos cánticos de Francia retumbarán bajo las bóvedas de nuestra mesquita católica; la música del regimiento se unirá á nosotros; nada faltará, ni el concurso de nuestros judíos, que se volverán bendecidos, ya que no santificados. Si todos vosotros, los de Tours, tuvieseis una buena inspiracion, os cuotizarias para mandarnos una Virgen y un Via-crucis. El pequeño número de los cristianos de la pobre Iglesia de Constantina, así como su pastor es lo agradecerian mucho.

## CAPITULO XVIII.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN EL MINISTERIO PASTORAL.  
M. LÉGER CURA DE S. ANDRÉS DE LAS ARTES.

El sacerdoté católico á la cabéza de una parroquia ejerce una mision sublime. Es uno de aquellos ángeles de que habla la Escritura y el Señor ha colocado para guardian de un estado, de una provincia, de una ciudad: es el Dios tutelar, el centinela de avanzado, colocado en todas las avenidas, el padre especial de una porcion de la heredad de Nuestro Señor Jesucristo, el amigo de todos los desgraciados, el conductor de tantos ciegos, la providencia visible de todo

plicaciones que les dí, respondian *Melich bezref* (muy bien) *Allah iazeko-um* (Que Dios nos ame).

Nos preparamos para celebrar con toda la pompa posible el mes de María en Constantina. Nuestros hermosos cánticos de Francia retumbarán bajo las bóvedas de nuestra mesquita católica; la música del regimiento se unirá á nosotros; nada faltará, ni el concurso de nuestros judíos, que se volverán bendecidos, ya que no santificados. Si todos vosotros, los de Tours, tuvieseis una buena inspiracion, os cuotizarias para mandarnos una Virgen y un Via-crucis. El pequeño número de los cristianos de la pobre Iglesia de Constantina, así como su pastor es lo agradecerian mucho.

## CAPITULO XVIII.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN EL MINISTERIO PASTORAL.  
M. LÉGER CURA DE S. ANDRÉS DE LAS ARTES.

El sacerdoté católico á la cabéza de una parroquia ejerce una mision sublime. Es uno de aquellos ángeles de que habla la Escritura y el Señor ha colocado para guardian de un estado, de una provincia, de una ciudad: es el Dios tutelar, el centinela de avanzado, colocado en todas las avenidas, el padre especial de una porcion de la heredad de Nuestro Señor Jesucristo, el amigo de todos los desgraciados, el conductor de tantos ciegos, la providencia visible de todo

el que sufre, de todo el que gime sobre la tierra. Es lo que hacia decir á Rousseau en su Emilio; «Nada encuentro tan bello como ser cura. Un cura es un ministerio de bondad. En el cura, así como en Dios de quien es representante, el atributo esencial es la bondad, la paciencia, la dulzura, la longanimidad, la tolerancia; no abre su boca sino para orar, su corazón no palpita sino de amor, sus brazos no se levantan sino para bendecir; un cura, si no puede hacer el bien siempre, puede procurarlo, y no es ménos grande en uno y en otro caso.

Otro protestante famoso, Hume, nos dice en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* que no hay clero más acabado por su vida y costumbres ejemplares que el clero secular francés y particularmente los curas de Paris. Los filósofos franceses que se encontraban en lugares que aquellos administraban al fin del siglo diez y ocho, han tributado el mismo homenaje á la verdad. Leemos estas líneas en el primer cuadro de Paris escritas por Dulaure: «Se cuentan, dice, cincuenta y dos curas en esta ciudad: ocho en la Cité, diez y seis en la ciudad; ocho en el cuartel de la Universidad, trece en los lugares exentos del ordinario. En ellos el cura es el ser más estimable de la sociedad; en ella es el

beneficio y el consuelo personificados.—La dulzura, dice *M. Mercier*, caracteriza sus acciones, jamás la amargura está sobre sus labios. Saben á la vez consolar y socorrer á sus parroquianos; derraman el bálsamo sobre sus heridas secretas que solo ellos conocen.—No conozco hombres que honren más á la humanidad que los curas de Paris, decia el Sr. Burnet á su vuelta de Lóndres.

El pastor sobre el que la política apenas se digna fijar sus miradas, este ministro relegado en el polvo y en la oscuridad de los pueblos y de los campos, ved en él al hombre de Dios que los esclarece, al hombre de Estado que los calma. Simple como ellos, pobre como ellos, porque lo necesario en su patrimonio, los eleva sobre el imperio del tiempo, para no dejarles ni el deseo de sus engañosas promesas, ni el pesar de sus frágiles felicidades. A su voz, otros cielos, otros tesoros se abren; á su voz, corren en tropel á los piés de aquel Dios que cuenta sus lágrimas, de aquel Dios, su eterna heredad, que debe recompensarlos de esta desheredación civil á la que los ha entregado una Providencia á quien les enseñan á bendecir. Los subsidios, los impuestos, las leyes fiscales, los elementos, fatigan también su triste existencia; dóciles á

esta voz paternal que los reune, que los reanima, lo toleran, lo soportan, lo olvidan todo. No sé que poderosa unción se escapa de nuestros tabernáculos; el sentimiento siempre activo de la otra vida que nos aguarda mas allá de la tumba, dulcifica en estos pobres toda la amargura de la vida presente. Nó, con la fe no se cuentan tantas desgraciadas. Estos misterios de misericordia con que se les rodea, estas sombras, estas figuras, el tratado de paz y protección que se renueva en la oración pública, entre el cielo y la tierra, todo los conmueve, los enternece. Gimen en nuestros templos, pero esperan, y más todavía, salen consolados de allí.

No es todo esto: garantes de las promesas divinas, este pastor, este ángel tutelar, los garantiza en cierto modo desde esta vida con los socorros, con los cuidados los más generosos, los más constantes; digo socorros y cuidados, y quizá hombres soberbios, jamás habreis comprendido la fuerza y extensión de estas expresiones! Figuraos los estragos de una peste, ó de una enfermedad epidémica, ó colocaos en aquellas cabañas infectas, habitadas solo por la muerte, fluctuando sobre la elección de sus víctimas. Ay! el objeto ménos repugnante que contemplais es el mismo moribundo! Esposa, hijos,

todo lo que le rodea, parece salido de la tumba para volver á entrar en confusión á ella. Si el horror del último momento es tan repugnante aun en medio de las pompas de la vanidad, bajo el docel de la opulencia, que cubre con su fausto orgulloso la presa que la muerte le arrebató, ¿qué impresión debe producir cuando la acompañan todas las miserias, y todos los horrores se adunan? Ved todo lo que desafía el celo y el valor del cura; la naturaleza, la amistad, los recursos del arte, el ministro de la religión lo reemplaza á todo: solo en medio de los gemidos y sollozos, entregado él mismo á la actividad del veneno que devora á todos, á sus ojos, él lo desvirtúa y lo cambia; lo que no puede salvar, lo consuela y lo lleva hasta el seno de Dios; ningunos testigos cuenta, ni nadie lo sostiene, ni la gloria, ni las preocupaciones, ni el amor de la fama, estos grandes móviles de la naturaleza, á los cuales se deben tantas virtudes: su alma, sus principios, el cielo que lo observa, ved su fuerza y su recompensa. El mundo, este ingrato á quien es preciso compadecer y sentir, no le conoce: se ocupa poco acaso ¡ay! de un ciudadano útil que no tiene otro mérito que el de vivir en el hábito de un heroísmo ignorado!

Pero se dirá: estas son teorías, Teorías decís; vais pues á ver los hechos. Vamos á hablar del cura Léger nacido en Soisson en 1669 y muerto en Paris en 1774. Preferimos hechos remotos, cuando los podriamos tomar del dia, porque pasaron en tiempo más crítico, y ante personas las más recalcitrantes. Manuel el convencional es el que tiene la palabra, el que ni á tirios ni á troyanos puede ser sospechoso. «De todas las condiciones de la sociedad, dice, no hay una sola que haya constantemente merecido más del género humano que la de los curas. Es uno de los más grandes beneficios de nuestra religion la institucion de este ministerio, desconocido en las religiones profanas. En las ciudades, ellos son los que solamente tienen el derecho de conmover las entrañas del rico, de tener un celo superior á las tímidas abnegaciones, de arrancar alguna cosa á las exigencias del lujo, y de hacer subsistir sin degradar, la extrema miseria al lado de la grande opulencia.

El duque de Borgoña tenia tambien la más grande estimacion por los curas de París; estaba persuadido que era necesario acojerles favorablemente en la corte, y concederles todo lo que fuera posible, hasta las más pequeñas gracias que solicitarán [para las familias, á fin de

aumentar las consideracion y atencion que ellos se merecian, por la decencia de sus costumbres, como por su caridad y abnegacion.»

En el campo, donde ellos mismos están oprimidos por esta pervercion del orden y de la justicia que ha desheredado casi en todos los rangos al trabajo y los talentos, ellos solos satisfacen la deuda sagrada de que todos los bienes de la Iglesia están gravados sobre los pobres. Les dan al ménos sus cuidados y sus consejos; son los amigos de todos los desgraciados, y los doctores de los simples é ignorantes. Un canton entero les debe frecuentemente todo á la vez, sus costumbres, sus consuelos, sus prosperidades. En ninguna parte se nota mejor cuán útil puede ser á un particular. Todo va bien, todo va mal en una parroquia, siguiendo al cura que la dirige.

Decir lo que un cura puede hacer, es decir todo lo que hizo M. Léger. Su celo no se limitaba al recinto del templo y á las funciones solemnes de su ministerio: sabia la vigilancia y actividad continuas que un pastor debe tener sobre todas las partes de su rebaño. Sin llevar sus solicitudes más allá de la discrecion, como el ojo de la Providencia, penetra hasta el fondo de los corazones. Todas sus ovejas le eran conoci-

das; ni el artesano oscuro, ni el infante pobre le eran desconocidos, pues seguía su conducta, observaba su situación hasta en el mismo semblante de cada uno. Apesar de la confianza en sus cooperadores, habría querido él solo desempeñar todas las funciones pastorales; al ménos se reservaba el derecho de marchar el primero, y á todas horas del día y de la noche al socorro de todos los afligidos, de todos los enfermos y y de todos los moribundos.

Este pueblo tan desdeñado por la grosería aparente de sus costumbres, pero más estimable que la mayor parte de los ricos con toda su urbanidad, ved al pueblo que por la simplicidad de de su fé, y la franqueza de su virtud, viene á ser el primer amigo de los pastores. Al rico por la preferencia de los sentimientos, M. Léger los iba á visitar hasta sus lejanas y sombrías habitaciones. Con qué paciencia escuchaba las largas relaciones de sus penas é infortunios!

Con el amor de Dios que todo lo hace posible, y del prójimo por quien todo es fácil, siempre ocupado en hacer el bien, su puerta siempre estuvo abierta. Sus muros lo cubrían sin ocultarlo; su presencia inspiraba estimación y confianza; jamás difirió para el día siguiente lo que

le obligaba en el presente ó se le pedia luego. Los beneficios concedidos de mala gana, le parecían un pan duro que el hambriento recibe por necesidad y come con desagrado. Encontró ingratos, es cierto; pero cuánto consuelo siente el que al hacer el bien se halla un hombre honrado y agradecido entre tantos perversos y malagradecidos! Y ¿donde M. Léger encontraba fondos que le bastaran para todos? Para ser liberal, el hombre generoso no necesita ser opulento; su sencillez, su frugalidad, sus piadosas privaciones, eran los tesoros que para socorrer tantos desgraciados le sobraban.

M. Léger, ocupado sin cesar en hacer el bien público, fué un buen pastor, un sabio director, un Sacerdote virtuoso: Vedle en todos los acontecimientos de su vida. Ningun monumento público se le erigió, es verdad, pero recordad al más elocuente entónces de los Obispos pronunciar desde el púlpito su elogio fúnebre.(1) Estos son honores decretados solo para los reyes y los héroes. La vanidad los manda. Pero M. Léger fué llorado y bendecido. Las lágrimas y las ben-

(1) Fué pronunciado en París por el Sr. Obispo de Senes M. Beauvais, uno de sus discípulos.

diciones no se mandan. Habia escogido por sus herederos, *á los que tenían hambre, á los que tenían sed, á los que estaban desnudos.* Admirable instinto de la caridad pastoral que la muerte no puede extinguir!

El cura en su parroquia es el ministro de la religion de Nuestro Señor Jesucristo, el conservador de sus dogmas, el propagador de su moral, el depositario de sus beneficios en la parte que se le confia. De aquí aquellas tres relaciones bajo las cuales se pueden considerar al cura: como Sacerdote, como moralista, y como administrador espiritual.

Como Sacerdote, el cura lleva entre sus manos los destinos eternos de su rebaño: es su guía y su luz; depositario del dogma, debe conservarlo puro é intacto, desembarazándolo de todas las sombras que puedan oscurecer su santidad y alterar su pureza. La supersticion es el abuso de la fé, la cual á él pertenece desterrar del seno del dominio católico; debe continuamente trabajar en esclarecer las santas oscuridades de la religion, como tambien debe estar pronto á contener los saltos, caprichos y arrebatos de una razon constantemente rebelde y con insistencia investigadora. Se admira que el cristianismo tenga misterios; pues todas las religiones no tie-

nen los suyos? El cura no tiene que dar cuenta de su fé más que á la Iglesia que lo envió; y bajo este respeto, sus deberes están sobre todo exámen y son más innacesibles á la crítica del hombre. Desenraizar los abusos con dulzura y discernimiento, crear y fomentar las obras de la religion, anunciar la palabra del Maestro, iniciar al pueblo en el simple y sublime conocimiento del dogma católico, en el amor de su moral, en el desarrollo progresivo de su perfeccion: ved la mision del cura como Sacerdote; es la luz del Evangelio colocada sobre el candelero en el lugar más elevado de la casa, para esclarecer á todos los que permanecen en ella; es el fanal de la salvacion sobre el cual los ojos de todos deben estar constantemente fijos, y en medio de la tempestad y de la oscuridad más profunda debe alumbrar siempre el camino de la verdad.

La moral del Sacerdote católico supera infinitamente á la moral filosófica antigua y moderna: el cristianismo es la filosofia por excelencia, no hay moral que no esté contenida en su libro, el Evangelio, este código de la humanidad; con este libro, el Sacerdote es el más grande, como el más perfecto de los moralistas. En estas paginas se encuentra, en efecto, toda perfeccion. El cura debe tener siempre el Evangelio en la ma-

no, porque de este libro se escapan como torrentes los raudales de luz; y la caridad, esta virtud sublime, es el primer precepto que contiene. La vida del Sacerdote católico, es un vivo comentario de este libro divino; es su personificación más completa, y se puede decir, que el cura, con su doctrina, su moral, y su carácter, es el verbo evangélico encarnado en las sociedades modernas.

«La magestad de las Escrituras me arrebató, decía J. J. Rousseau, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos, con toda su pompa, ved cuán pequeños son cerca de aquel! ¿Es posible, que un libro, á la vez tan sublime y tan sabio, sea la obra de hombres? ¿Es posible que aquel que es el héroe de su historia sea solo hombre? Su tono, ¿es el de un entusiasta, ó el de un ambicioso sectario? ¿Qué dulzura! qué pureza en sus costumbres! qué gracia tan atractiva en sus instrucciones! qué elevación la de sus máximas! qué profunda sabiduría en sus discursos! ¿qué presencia de espíritu, qué tino, qué exactitud en sus respuestas! qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentación? Cuando Platon pinta á su justo imaginario, cubierto con

todo el oprobio del crimen, y digno de todo el premio de la virtud, pinta rasgo á rasgo á Jesucristo, la semejanza es tan sorprendente que todos los Padres lo han sentido así, y que no es posible engañarse en esto.

«De qué preocupaciones, de qué ceguera es necesario estar poseído para querer comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María. ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, sostiene fácilmente hasta el fin su personaje, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con toda su energía fuera otra cosa que un sofista. Inventó, se dice, la moral; otros antes que él la habían puesto en práctica; no hizo más que decir lo que otros habían hecho; no hizo más que reducir á lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates hubiera tenido por un deber amar á la patria. Esparta era sobria antes que Sócrates hubiera elogiado la sobriedad. La Grecia abundaba en hombres virtuosos, antes que Sócrates hubiera elogiado la virtud. Pero ¿dónde Jesús había aprendido esta moral tan elevada y tan pura, de la que él solo daba ejemplo y lecciones? Del seno del más furioso fanatismo se hizo escuchar la más sublime filosofía y la simplicidad de las más heroicas vir-

tudes honraron al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que puede desearse; la de Jesus, espirando en los tormentos, injuriado, despreciado, maldecido de todo el pueblo, es la más horrible que puede imaginarse. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta y llora. Jesus, en medio de inauditos suplicios, ruega por sus verdugos encarnizados. Sí, sí; la vida y la muerte de Sócrates son la de un sabio, la vida y la muerte de Jesus, son la de un Dios.»

El cura es tambien el administrador espiritual de los sacramentos y depositario de los beneficios de la caridad cristiana. Bajo este aspecto, su conducta debe de estar llena de sabiduría; si no puede rehusar su ministerio á nadie, sea quien ser fuere, tampoco debe ofrecerlo inconsideradamente, no habiendo para él, así como para Dios, ni griego, ni gentil, ni rico, ni pobre, sino solo hombres ó hermanos; luego siempre debe tener la misma benevolencia para el que le viene á pedir, como para el que le viene á llamar para que ejerza su ministerio. Su corazon debe ser rico, abundar en tolerancia, misericordia y caridad. Su oido debe escuchar con prontitud para saber de dónde viene el grito de la miseria, del duelo, del

mal. A toda hora del dia, en todos los instantes de la noche, su puerta debe de estar preparada para abrirse, su lámpara siempre encendida, su llamado preparado para embrazarlo. ¿El tiempo está borrascoso, la noche lóbrega, fría, lluviosa? El camino y las calles cubiertas de hielo? la destructora epidemia invadiendo los cuatro ángulos de su circunferencia? nada de esto importa para él: el cura parte, va á llevar el consuelo al affigido, el perdon al culpable, su Dios al moribundo, y esto basta para prescindir de todo.

Se les ha podido reprochar á los curas alguna severidad en sus opiniones ¡Miserable susceptibilidad del mundo! Como si el cura no rescatase con su caridad y su abnegacion lo que pudiera haber exagerado en el ardor de su celo, y no probase con todo lo que hace, su adhesion á la causa del Maestro á quien sirve: «¿Quien de nosotros, ó de esos que se quieren llamar filántropos, dice Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, querria, durante los rigores del invierno, ser despertado á media noche para ir á administrar, á un lugar lejano, fuera del recinto habitado, al moribundo que espira sobre la paja? ¿Quién de nosotros querria ver, sin que se nos partiera el corazon de dolor, el espectáculo de una miseria que no puede socorrerse, y ver-

se rodeado de familia cuyas pálidas mejillas y ojos hundidos, anuncian el ardor del hambre y de todas las necesidades? Consentiríamos en seguir á los curas, de Paris, estos ángeles de la humanidad, á la residencia del crimen y del dolor para consolar al vicio bajo las formas más repugnantes, para derramar la esperanza en su corazón desesperado? ¿Quién de nosotros, en fin, querría secuestrarse del mundo de los dichosos para vivir eternamente entre los sufrimientos, y no recibir al morir por premio de tantos beneficios más que ingratitudes del pobre y calumnias del rico?

Las relaciones del cura con el gobierno son las de todo ciudadano: obediencia y sumision en las cosas justas, sin bajeza ni lisonja. El gran principio de la sumision de los poderes de la tierra, debe observarlo primero él mismo y despues predicarlo con una noble y santa independien-  
cia. Si el gobierno le ayuda á hacer el bien, debe secundarlo con seguridad y franqueza; si le manda el mal, á este mal no debe oponer la rebelión, ni el aborrecimiento, ni la murmuración, sino su piedad, su tolerancia, sus oraciones. El gobierno y los hombres cambian, las asonadas políticas se operan, entónces el cura debe permanecer inmóvil en medio de las convulsio-

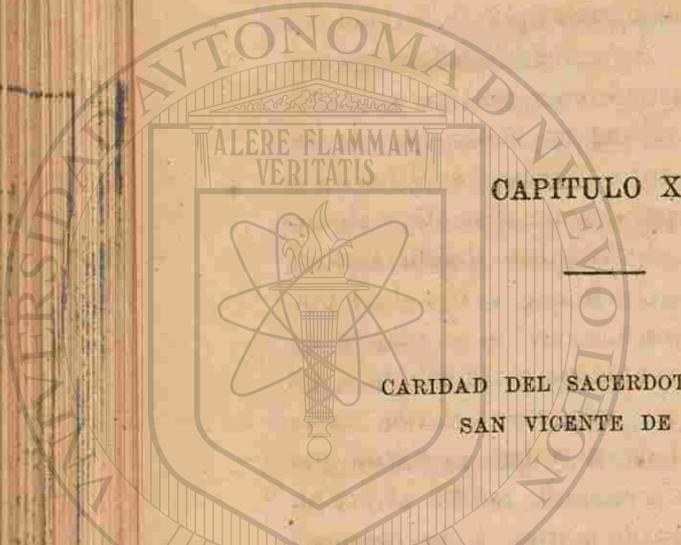
nes humanas: solo él tiene el derecho de quedar neutral, porque su reino no es de este mundo; su política es el Evangelio; su bandera es la cruz; su palabra de orden es Jesucristo; su divisa es la paternidad, el amor para todos.

Ved la vida del cura; sus cabellos han emblanquecido, sus manos trémulas apenas sostienen el cáliz, su voz cascada apenas llena el santuario? pues con todo, ella retumba en el corazón de su rebaño; muere? una piedra sin distintivo alguno marca en el cementerio el lugar donde reposan sus cenizas. Ved una vida que ha pasado y á un hombre olvidado para siempre! pero éste hombre ha ido á reposar á la eternidad, donde su alma vivia desde ántes: ha hecho sobre la tierra lo que mejor debia hacerse, y ha continuado un dogma inmortal, ha servido de anillo á una inmensa cadena de fé y de virtud, y ha dejado á las generaciones que le sobrevivan, una creencia, una ley, un Dios.

sea en fin, que en medio de una epidemia vele á la cabecera del moribundo, siempre es la caridad la que lo guia, porque el sacerdote es caridad como Dios de quien es ministro.

¡Qué de maravillas obradas por la caridad del Sacerdote católico! Aquellos monumentos cuyos gastos para construirlos espantarian ahora á nuestros gobiernos, y que se encuentran por toda la Europa, la Asia, la Africa, la América y la Oceanía, porque por doquiera ha habido miserias que socorrer, el Sacerdote católico es el que los ha fundado y ha dotado. Por doquiera, el huérfano encuentra una madre, el viajero un hogar, el enfermo un médico, el moribundo un consuelo: los niños, los ancianos, y hasta aquellos gloriosos restos de nuestros ejércitos que han tenido la satisfaccion de sacrificar por su patria su salud, ó sus miembros, todos son acogidos por la caridad del Sacerdote católico. (1)

(1) Los hospitales militares vienen originariamente de los benedictinos. Cada convento de esta orden alimentaba á un antiguo soldado, y le daba un lugar en el convento para todos sus días. Luis XIV reuniendo todas estas fundaciones en una, formó el Hotel de los in-



### CAPITULO XIX.

#### CARIDAD DEL SACERDOTE CATÓLICO. SAN VICENTE DE PAUL.

Sea que en el suelo de su patria ejerza su ministerio el Sacerdote católico en medio de los aplausos de sus conciudadanos, ó sea que en un país lejano, y salvaje, predique á su Dios crucificado: sea que él siga en el campo de batalla á los valientes é intrépidos ejércitos para prodigarles en la hora suprema los socorros de la religion; ó sea que en la soledad consuma sus días instruyendo á la juventud con provecho de la ciencia;

¡Qué bella es esta cruzada religiosa, corriendo en ella sin distincion, hombres y mujeres al socorro de la humanidad y á la voz del Sacerdote! Los unos para el cuidado de los enfermos, los otros para el de los pobres, y el otro para el rescate de los cautivos. Ved al Redentorista entregarse alegre á la inconstancia de las olas: ¿á dónde vá, solo, con su breviario y su cayado? Este conquistador marcha á libertar á la humanidad, y los ejércitos que le acompañan son invencibles. Con la bolsa de la caridad en la mano, corre para afrontar la peste, el martirio y la esclavitud: se presenta ante el rey de Argel, le habla en nombre de aquel Rey del cielo de quien es el embajador. El bárbaro se admira á vista de este europeo que tiene el valor de atravesar solo los mares y las borrascas por venir á redimir á los cautivos; y vencido al punto por una fuerza desconocida, acepta el oro que se le ofrece, y el heroico libertador, satisfecho de haber vuelto la libertad al cautivo, y la felicidad á su patria, vuelve á pié, oscuro é ignorado, á tomar el camino de su monasterio.

válidos. Así como el ministro de paz ha fundado los asilos de nuestros viajeros guerreros.

Por doquiera el espectáculo es el mismo: el misionero que parte para la China, se encuentra en el mismo puerto al otro misionero que vuelve glorioso y mutilado del Canadá. La hermana gris corre para administrar al indigente en su choza, el padre capuchino vuela para apagar el incendio, el hermano hospitalario lava los piés del viajero, el hermano de la *buen muerte* consuela al agonizante sobre su lecho, el hermano que se encarga de sepultar á los muertos, deposita en la fosa el del pobre, la hermana de la caridad sube hasta el sétimo piso para prodigar el vestido, el oro, la caridad y la esperanza; estas hijas, tan justamente llamadas *hijas de Dios* llevan, y vuelven á llevar, aquí y allá, los alimentos, las hilas, los remedios; la hija del *Buen Pastor* tiende la mano á la mujer prostituta, gritándole: *no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores*. Todos estos abrreros de obras celestiales, se precipitan, se animan los unos á los otros.

El monge copto sepultado en las arenas abrasadoras que habita, ejerce una caridad hasta para él desconocida. Unas veces busca al europeo extraviado entre las ruinas que vino á visitar á dos mil leguas de su país; otras veces al monje de la Arabia lo libra á su turno de los peligros

del desierto, prodigándole el alimento que él mismo se rehusa. Nuestros viajeros honran las ciencias, es verdad, visitando las ruinas de Egipto; pero ¿de dónde viene, que como los monges cristianos que tanto ultrajan y desprecian, no vayan á establecer entre aquellos mares de arena, en medio de tantas privaciones, para dar un vaso de agua al viajero, ni librarlo de la cimitarra del beduino? Por doquiera que se vuelva la vista, no se ven más que beneficios y la caridad del Sacerdote católico: en las cinco partes del mundo, es el centinela de la humanidad. El monge moronita suspende dos tablas en la cumbre más elevada de los árboles y con su palmeteo advierte al extranjero extraviado por la noche, los peligros que hay en el Líbano. Ingeniosa invencion de la caridad sacerdotal! El monge abisinio os aguarda tambien en los bosques para libraros de los tigres que los pueblan, y que ellos solos conocen, para preservar así al viajero. El misionero cuida y vela en la coservacion del hombre en las inmensas florestas de la América.

No se diga que la humanidad sola puede engendrar tales actos de abnegacion. ¿De dónde viene pues que no se vea otro tanto ni se haya visto en la antigüedad, tan sensible y tan alaba-

da? El amor del prójimo de entónces, distaba tanto de lo que hace hoy el cristianismo, que los antiguos ni conocian la palabra *caridad* con que hoy se expresa; y no tememos decir que nada semejante se hubiera visto sin el sacerdote católico.

Escuchemos á San Justino el filósofo pintando las costumbres paganas, y nos persuadirémos de que el culto idólatra era insuficiente para socorrer y proteger á la humanidad.

«Se exponen los niños bajo vuestro imperio, dice el emperador, algunos se encargan de la educacion de estos para prostituirlos; entre todas las naciones no se encuentran más que niños destinados á los usos más excecerables, á los cuales se alimentan como los rebaños á las bestias. Percibís un tributo de estos infantes... sin embargo, los que abusan de estos inocentes, á más del crimen que cometen contra ellos, pueden abusar hasta de sus propios hijos... Nosotros cristianos, detestando estos horrores, no nos casamos sino para educar á nuestros hijos, ó renunciarnos al matrimonio para vivir castos...!»

No se encontró, en la época de que habla San Justino, en toda la extencion del vasto Imperio Romano, un Sacerdote católico para que dijera

á las mujeres de Roma, lo que Vicente de Paul, dijo un dia á las mujeres francesas que le ayudaban al ejercicio de su caridad: «Ved, pues, si quereis dejar á estos inocentes, de quienes os habeis hecho madres, segun la gracia cuando fueron abandonados por su madre segun la naturaleza.»

Este inmortal Vicente de Paul, á quienes la filosofia, apenas se ha dignado perdonarle su cristianismo, y de quien ella ha querido apropiarse su espíritu en las instituciones filantrópicas ¿qué no ha hecho en bien de la humanidad? Guardian del rebaño primero, y despues esclavo en Túnez, llegó á ser un Sacerdote célebre por sus ciencias y sus obras. Fundó en Paris el Hotel de los niños expósitos, el de los pobres ancianos, el colegio de Sacerdotes de la mision, las conferencias de caridad de las parroquias, las asociaciones de Señoras para el servicio del Hotel-Dieu, las hermanas de la caridad para cuidar de los enfermos; en Marsella el hospital para los contagiados de las galeras. ¡Cuántas instituciones, gran Dios! Cada una de ellas podria absorber los tesoros de un rey y la vida de muchos hombres. El corazon de Vicente era tan vasto como la tierra, su amor abrazaba todas las miserias que afligen á la humanidad,

San Vicente es el atleta de la caridad; no deja subsistir en el mundo ningun infortunio, pues á todos les aplica el consuelo y el remedio para estancarlos. Apenas la sociedad sacude el polvo de la edad media y comienza á ataviarse con todas sus pompas y riquezas del buen gusto: él, simple Sacerdote, desarrolla el dogma de la caridad cristiana, base sobre la cuul quiere apoyar el nuevo orden; sacrifica á esta obra su genio, su ancianidad y sus amistades, cree, él, que aunque no se puede adelantar mucho tratando de aliviar la vida del hombre, con todo emprende y acomete la empresa de hacerla lo ménos amarga que sea posible; trabaja en destruir hasta el gérmen del egoismo, para dejar que crezca y se desarrolle la caridad; todo lo pone en juego, á todos se dirige, al trono, á la riqueza, al lujo, para hacer que todo contribuya á la práctica de su virtud favorita.

¿Que nos han dejado aquellos grandes conquistadores con que la historia se envanece? Nada, ó casi nada. Han destruido con su espada todo lo que se oponia á su ambicion. Semejante á torrentes impetuosos, y á incendios destructores, han arruinado los paises por donde han pasado. Su huella ha quedado señalada con crímenes, incendios y torrentes de sangre. De

otro modo ha recorrido el mundo Vicente de Paul; dulce y apacible, alegre, ha fundado las ciudades y los campos, su mano alimentó al que tuvo hambre, dió vestido al que estuvo desnudo, recogió al que no tenia asilo; rompió las cadenas del cautivo: si gloria es, y muy grande para un hombre haber inventado un sistema de utilidad pública, cual será la de Vicente, á quien ninguna miseria se le escapó, y cuando todas las dulcificó!

Tenia razon el elocuente Maury cuando desde lo alto de la tribuna sagrada, en presencia de una ilustre asamblea, reclamaba una estatua para el héroe de la caridad. «Glorioso es por cierto, y lisongero para todo orgullo de cualquier pueblo, levantar columnas á la gloria de los generales, ó estatuas á sus sabios, ¿y no es vergonzoso para la Francia, y para Paris sobre todo, que no posea una estatua para perpetuar la gloria del benefactor de la humanidad?» (1)

(1) Ved un rasgo de la caridad del Sacerdote católico. Madama Genlis es quien se complace en referirlo en las *Madres rivales*. Con él hace justicia á un digno Obispo, el cual alguna vez se le atribuyó á Catinat.

«El genio de la libertad, la estatua del gran Napoleon, se cierne sobre la inmensa capital.

Pasando por Nimes, dice M. Genlis, hace veinticuatro años, acompañada de la duquesa de Orleans, uno de los grandes vicarios de Monseñor de Beedelievre, Obispo de allí, nos refirió el rasgo siguiente, así como otros de la misma especie.

«Las Señoritas L. . . . eran dos hijas que pertenecian á una de las mejores casas del lugar, cuyo padre se arruinó. Se aclaró el mal estado de sus negocios hasta despues de su muerte. Dejó más deudas que bienes; sus hijas lo dejaron todo á los acreedores. No les quedaba más que un pedazo de tierra por la parte materna; podian conservarlo, y con todo, lo vendieron para pagar los créditos de su padre, así como hicieron otro tanto con su pequeño moviliario, no reservándose más que un cuadro de San Gerónimo, por que su padre lo estimaba mucho. Bastante delicadas y no acostumbradas tales señoritas á pedir ni aceptar socorros, se decidieron á vivir del trabajo de sus manos. Tan débil recurso, no pudo en siete años darles más que lo muy necesario, pasando todo ese tiempo casi en la indigencia.

¿No falta, en medio, la estatua de Vicente? La caridad, de quien es el genio y el apóstol, tem-

“Cuando el Obispo tomo posesion de su Obispado, quiso informarse de las necesidades de su diócesis. A pesar de la oscuridad, silencio y profunda soledad de la familia L. . . . se supieron sus infortunios. Envió entónces Su Señoría á su casa á uno de sus vicarios para ofrecerles socorros que rehusaron. El Prelado, á quien nada lo podia hacer renunciar para hacer una buena accion, se prometió sacar de la miseria aquella familia sin ofender su delicadeza.

Supo entónces el Prelado que el dueño de la casa que ocupaban estas desgraciadas, se rehusaba á renovar el contrato de arriendo, para darle otra posicion á su casa, para que así le produjera más.

El Obispo llamó á un amigo, y concertó con él lo que debia hacerse para el fin que proponia. Ved cómo éste dá cuenta á su Illma. de su comision.

“Me dirigí muy temprano á la casa de las Señoritas L. . . . hago anunciar al propietario que solicito me rente uno de los cuartos de su casa, porque como pintor deseo uno con bastaute luz y el más elevado. Se me conduce al granero. Despues se me enseñan dos pequeños,

plaria con la religion, las ideas exageradas algunas veces de la libertad, esta diosa de los tiem-

gab netes, y se me dice, que si quiero, se unirá á ellos otra pieza ocupada por unas Señoritas, que muy pronto la desocuparán. Descio examinarla, y entónces se me introduce allí. Aquellas dos niñas estaban entregadas á su trabajo. Era una pieza ennegrecica por el humo, con el más pobre moviliario y la pintura tan querida para ellas, en un marco de madera negra formando toda su decoracion. Al verme, aquellas niñas se levantaron avergonzadas queriendo ocultar su pobreza. Apenas las saludé y luego me paré á contemplar el cuadro. Entre tanto que el propietario explicaba el motivo de nuestra presencia, yo permanecia extasiado contemplando el cuadro de San Gerónimo. Despues de tres minutos de contemplacion, exclamé: Sí, yo lo daré á conocer al mundo! . . . Sí, sí, es un Dominico! . . .—Dispense U., Señor, me dijo la mayor de las niñas, no es Santo Domingo, es San Gerónimo, patron de mi difunto padre.—Esta pintura, quiero decir, es obra de Dominico, uno de los más grandes pintores de la escuela italiana: permitidme descolgarlo, para verle bé cerca. Lo bajé, y despues de haber representado mi fingido papel de

pos presentes, y dulcificaría lo que tiene de áspera la actitud del guerrero: trinidad de gloria

entusiasta, añadió:—Este cuadro es un magnífico original.—Mucho lo estimaba papá, contestó la misma, y hé aquí la razón por que nosotros lo hemos conservado.—Queréis vendérmelo?—Es para nosotros lo más estimable.—Sabeis el tesoro que podeis sacar de él?—Nó—No tiene precio.—Ofrezco quinientos lises al contado por él.—Quinientos lises! repitieron las niñas y el propietario.—Estoy seguro de hacer un buen negocio, vendiéndolo en Paris.—El propietario dijo entonces: veo que es una hermosa pintura, aunque está humeada, no extraño que hasta hoy no se haya conocido su mérito. La vida de los pintores abunda en estos episodios. Yo me acuerdo que un pintor compró en cuatro doblones, un diseño de ataúd que estaba pintado en una bandeja, y después lo vendió en ocho mil francos.—Si las Señoras me dicen que consienten en vendérmelo, volveré con el dinero.—Me voy.—El propietario me suplicó entonces lo acompañara á su casa para enseñarme una Santa Teresa que había heredado de su abuela.—Si será también alguna obra maestra? decía.—Quién sabe? Fué entonces examinar el cuadro contestando luego que era una vieja

que acabaría de ilustrar nuestras creaciones modernas. Dios quiera, para honor de la Francia, que se vea al lado de la antorcha de la libertad y la espada del soldado, brillar la estrella y la cruz del Sacerdote católico, á fin de que ninguna ilustración falte á mi país!"

y mala copia, después de lo que, volé al Obispado.—“Gran Señor, dije al Sr. Obispo, habeis comprado en doce mil francos, un cuadro que no vale cinco.—Es la mejor compra que he hecho: hé aquí los quinientos lises.”—Vuelvo á la casa de las Señoritas L. con ellos, y el trato quedó concluido.

Cuando tomé aquel cuadro, aquellas Señoras suspiraron exclamando:—“Pobre padre mio, la piedad filial lamenta no haber sacado una copia! ¡A estas palabras derramaron lágrimas! “Ah! todos los dias pediremos á Dios por U.” ¡Cuanto sufrí por no haber podido descubrir el nombre del bienhechor!

El Obispo contempló con ojos complacidos la compra que le había hecho: nunca un amante de las pinturas de Rubens recibió con más placer un cuadro de este autor.

"Lo colocaré en mi oratorio."—Después el Sr. Obispo tuvo que escribir un sermón sobre la caridad.—El cuadro le inspiró todo lo que dijo, porque frente á él se sentó á escribirlo.



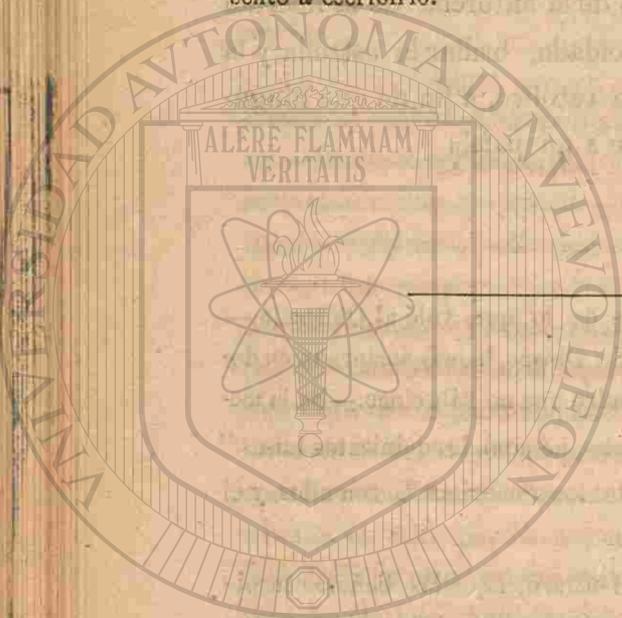
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XX.

ABNEGACION DEL SACERDOTE CATÓLICO EN TIEMPOS  
DE EPIDEMIA.—CÁRLOS  
BORROMEO, BELSUNCE, QUELEN.

Estos nombres, que un siglo y después otros siempre glorificarán y bendecirán, porque dominaron toda la historia de las miserias humanas, son los de los tres Sacerdotes católicos que con solo sus talentos los habrían hecho célebres, si por otro respecto no se hubieran inmortalizado con una gloria imperecedera en esta vida llena de vicisitudes, por su abnegación y su caridad. Ellos solos resumen enteramente toda la cari-

"Lo colocaré en mi oratorio."—Después el Sr. Obispo tuvo que escribir un sermón sobre la caridad.—El cuadro le inspiró todo lo que dijo, porque frente á él se sentó á escribirlo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XX.

ABNEGACION DEL SACERDOTE CATÓLICO EN TIEMPOS  
DE EPIDEMIA.—CÁRLOS  
BORROMEO, BELSUNCE, QUELEN.

Estos nombres, que un siglo y después otros siempre glorificarán y bendecirán, porque dominaron toda la historia de las miserias humanas, son los de los tres Sacerdotes católicos que con solo sus talentos los habrían hecho célebres, si por otro respecto no se hubieran inmortalizado con una gloria imperecedera en esta vida llena de vicisitudes, por su abnegación y su caridad. Ellos solos resumen enteramente toda la cari-

dad del cristianismo, y fueron su personificación sublime en los tiempos de prueba. La misma filosofía, á pesar de sus preocupaciones, no les ha podido arrebatarse el glorioso título de bienhechores de la humanidad.

El Sacerdote católico, como la cruz, de la que es el representante y depositario, necesita de los malos y calamitosos tiempos para darse á conocer, para evaluar su grandeza, para glorificarse; en las épocas de calma, la divinidad de su misión pasa inadvertida. Los hombres ofuscados por la prosperidad, raras veces fijan sus miradas en el cielo. Como cuando sobre el dilatado océano se boga á velas llenas, y un dulce céfiro balancea muellemente la nave, y un cielo purísimo esclarece nuestra ruta, ¡oh, que difícil es dejar de contemplan los objetos que pasan sucesivamente á nuestros ojos! Se querría siempre gozar de la mar, y el puerto no nos parece en lontananza sino como una tierra de desierto; entónces la patria nos desagrada, y no recibimos bien al que viene á hablarnos de sus dulzuras, ó á hacérsela desear por el cuadro de un triste naufragio.

Pero cuando se desata la tempestad furiosa, y el mar ruge, y el mástil, y el cordaje y el timon son despedazados, y la nave se ha hecho el

juguete de las olas espumosas, y el relámpago y el rayo inflaman la nube, y los furiosos vientos se desencadenan, y una noche espantosa pesa sobre el húmedo elemento, no podemos ménos que desear vivamente la tierra de nuestra patria, llamando para consolarnos todos los recuerdos que nos la hacen querida.

Así, cuando el mundo está tranquilo y la vida se ha deslizado entre las dulzuras y los gozes, no se piensa ni en Dios, ni en los Sacerdotes sus ministros; se les relega al fondo de los templos. Pero sobrevenga á la sociedad el trabajo y el dolor, entónces se piensa en una vida mejor.

Cuando aparece alguna de aquellas terribles calamidades que Dios saca de tiempo en tiempo de la copa de su cólera; cuando el ángel de la muerte sacude su sudario sobre la humanidad, cuando diezma al mundo y lo tritura como en un mortero, entónces, toda ilusión se desvanece. Vanamente se tratará de repeler el mal; todos los recursos serán inútiles; la ciencia misma será impotente; nada resistirá al azote destructor. Será el fuego del abismo que se nutrirá y fortificará con las lágrimas de la desesperación. Entónces se efectuará en todos los rangos de la sociedad un gran movimiento, una inusitada

solicitud. Cada uno se retirará y huirá para evitar el contagio: solo el Sacerdote quedará, porque á él solo pertenece ser al principio regenerador de la existencia inmortal, él solo es la esperanza, la fé, la caridad personificadas. Fuera del Sacerdote, no hay más que la vida material, una vida automática; nada de grande, nada de caritativo late bajo la espesa frialdad de los cultos fabricados por las manos de los hombres: no hay tampoco en ellos ni abnegacion, ni inmolacion. (1) El protestantismo no puede encontrar entre sus ministros un solo ejemplo de caridad; y cuando quiere hablar de esta virtud, se reduce á cubrirse con la de Vicente de Paul para disfrazarse con ella: Voltaire lo habia reconocido así. «Los pueblos separados de la comunión romana, dice en su *Ensayo sobre las costumbres*, no han hecho más que imitar muy imperfectamente su caridad generosa.» Los de-

(1) Sin duda no hay virtudes aisladas en nuestros hermanos extraviados, pero estas son las que ven, por esto las imitan, tomándolas del Cristianismo, la limosna, por ejemplo; pero cuánto dista ella de la caridad.

sastres públicos, las grandes pruebas por las que ha pasado la humanidad, fueron siempre funestas al nombre del clero protestante. Durante los desastres de 1543, los ministros se presentaron al consejo de Ginebra, declarando que no tenían el valor suficiente para ir á socorrer á los apestados, suplicándole por tanto les dispensara su debilidad. Uno solo, Mateo Geneston, ofreció ir, si era que por suerte le tocara. (1) Por doquiera que el cólera ha sentado sus reales, la impotencia del protestantismo para dominar el peligro, se ha hecho muy notoria. Se sabia en qué lugares, estando contagiados, estaban apostados los Sacerdotes católicos; pero ¿dónde se encontraban entónces los pastores de esa Iglesia reformada? En Nueva-York, no fué, ni á los ministros del santo Evangelio, ni á los anglicanos para quienes el consejo municipal votó un homenaje de gratitud, sino solo para los humildes religiosos católicos, cuya sublime abnegación fué, durante la epidemia, tan múltiple para ocurrir á todos los sufrimientos. (2)

(1) Extracto de los registros de la República de Ginebra.

(2) Rossely de Lorges. *Cristo ante el siglo* p. 395.

En el siglo XVI, un mal epidémico extendió su círculo sobre la diócesis de Milan. Bajo sus golpes mórtíferos los hombres caían á millares: los vivos no bastaban ya para sepultar á los muertos. Carlos Borromeo no abandona el campo de la desolacion: dia y noche está en medio de los apestados; él mismo les administra los socorros espirituales, despues de haberles prodigado todos los cuidados de la tierra: inútilmente tratan de arrancarlo de en medio de sus ovejas para conservarle la vida; no pueden conseguirlo, porque no quiere consentir en separarse de sus hijos.

En Marsella, el azote exterminador se descarga sobre todas las cabezas; la desesperacion sigue el paso del ángel de la muerte. De Belsunce deja su palacio; se dirige á los lugares invadidos en los que con más creces hace sus víctimas; y como un padre amoroso, cuenta las palpitaciones del corazon del enfermo, calcula el progreso del mal, no se retira de su cabecera sino cuando su alma ha volado al otro mundo.

Esta abnegacion tan sublime ¿no ha sido despues superada, en cierto modo, por aquel Prelado de la Iglesia de Paris, cuya pérdida fué tan generalmente sentida, y de la cual no podria consolarse, si el cielo en su nisericordia no le hu-

biese dado un sucesor tan lleno de aquellas relevantes cualidades que forman á los grandes obispos y los grandes santos?

La revolucion de hecho acababa de verificarse los dos partidos embrazaban todavia las armas: vencedores y vencidos permanecian absortos, palpitantes y sorprendidos, porque no podian los unos darse razon de su triunfo ni los otros de su derrota. Fiel á su conciencia y á su carácter de sacerdote, Monseñor de Quelen habia permanecido extraño á toda intriga, y sin renegar como muchos del pasado, acepta con resignacion el presente como Dios se lo envia, cuidándose muy poco del porvenir, porque su esperanza no está en la tierra sino en el cielo. Con todo, la calumnia lo presenta como al enemigo más declarado, como un cruel tirano y el pueblo tiene la debilidad de creer en estas calumnias. Decir, pues, todo lo que este augusto Pontífice tuvo que sufrir, es casi imposible. Se le arrojó de su palacio, se apoderaron de todo lo que en él habia, destruyendo lo que no pudieron llevarse, no obstante que su casa se reputaba como un monumento de la fé de nuestros padres, y como un memorial de nuestra antigua gloria. Se le persigue hasta en su casa de campo, y entónces se vió un espectáculo dig-

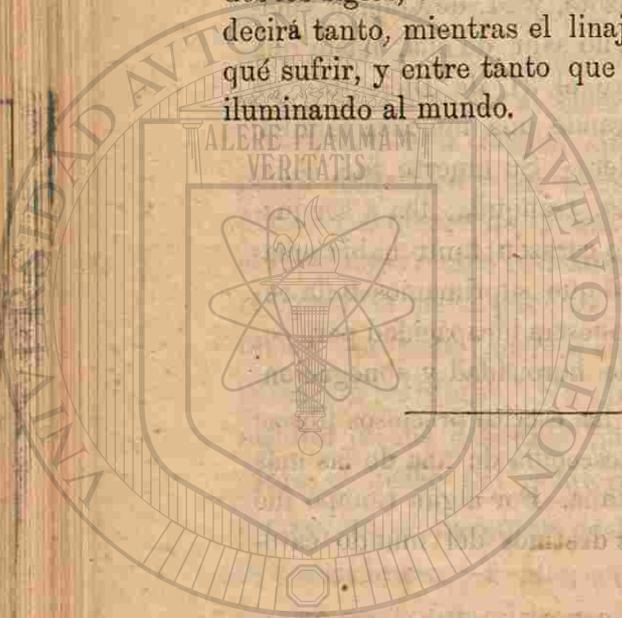
no de eterna compasion: el primer pastor de la Diócesis de París no tuvo un asilo; errante y fugitivo, no halló donde reposar su cabeza; dulce semejanza con aquel por quien padecía y al que amaba. M. Quelen pudo sustraerse por un momento á la rabia frenética de sus enemigos; se ocultó. Entónces el cólera se desarrolla sobre aquella gran ciudad, quizá para expiar su pueril credulidad y sus demanes. A la primera noticia del desarrollo de tan terrible epidemia, el Arzobispo rompe su destierro, al que lo habian relegado las malas pasiones. Sale de su soledad; Nuevo Jeremías, aparece sobre los restos de la poblacion parisiense. No creais que la viene á insultar en sus desastres públicos, ni á exhalar sobre el hecho del pobre pueblo el odio de su rencor, nó, él, Sacerdote de Jesucristo, viene solo á sacrificarse por ella; viene solo á servirla, porque como Jesucristo su modelo, no sabe más que perdonar y bendecir: sus armas son la oracion y el amor. Entónces todo lo olvida; entónces se entrega en cuerpo y alma para servir á sus queridos coléricos. Su casa no la puede dar porque se la han arrebatado; se procurará entónces otros recursos. La conflagracion no lo

destruyó todo; y por eso dió solo lo que sobrevivió al saqueo que se le hizo: y en la parte de su palacio que se escapó del pillage y del incendio, allí se establece con la enfermedad y sus apestados. Cesa el azote, y M. de Quelen vuelve á su soledad para no salir de ella, hasta que no se le diga. Muere el 31 de Diciembre de 1839 dejando una grande, una inmensa familia, los huérfanos del cólera. Su muerte fué, como debia esperarse, santa, tranquila; iba á ser juzgado por Aquel cuyo corazon tanto habia amado. Se nos perdonará que suprimamos toda reflexion; confesamos nuestra incapacidad para celebrar tales actos de heroicidad y abnegacion.

Carlos Borromeo ha escrito preciosos libros; por su nacimiento, descendia de una de las más ilustres casas de Italia. Por algun tiempo fué llamado á dirigir los destinos del mundo católico.

De Belsunce ha dejado en literatura obras muy estimadas. M. de Quelen, era miembro de la Academia francesa; y sin embargo la fama de estos hombres quizá no se hubiera trasmitido á la posteridad por su gloria literaria, si ellos no hubieran adquirido sus timbres gloriosos por haberse sacrificado é inmolado para el bien de la

humanidad. Hombres venerables, santos preladados, vivireis eternamente en el recuerdo de todos los siglos, se hablará de vosotros, se os bendecirá tanto, mientras el linaje humano tenga qué sufrir, y entre tanto que el sol permanezca iluminando al mundo.

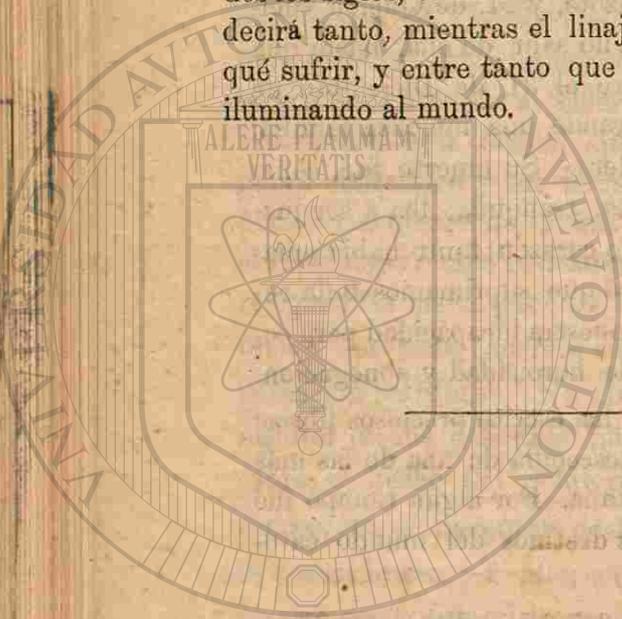


## CAPITULO XXI.

CONTINUACION DEL MISMO OBJETO.—RELIGIOSOS  
DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

No bastaba al Sacerdote católico asistir al moribundo á la cabecera de su lecho, hablarle de la inmortalidad ante la muerte, consolarle en tiempo de la prueba; necesitaba aún que se estableciera él, el Sacerdote en el fondo de las más espantosas soledades para socorrer al viajero extraviado, y cosa admirable, que los animales mismos aprendiesen de él á ser los instrumentos de sus obras sublimes, y que sus gritos sobre la ci-

humanidad. Hombres venerables, santos preladados, vivireis eternamente en el recuerdo de todos los siglos, se hablará de vosotros, se os bendecirá tanto, mientras el linaje humano tenga qué sufrir, y entre tanto que el sol permanezca iluminando al mundo.



## CAPITULO XXI.

CONTINUACION DEL MISMO OBJETO.—RELIGIOSOS  
DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

No bastaba al Sacerdote católico asistir al moribundo á la cabecera de su lecho, hablarle de la inmortalidad ante la muerte, consolarle en tiempo de la prueba; necesitaba aún que se estableciera él, el Sacerdote en el fondo de las más espantosas soledades para socorrer al viajero extraviado, y cosa admirable, que los animales mismos aprendiesen de él á ser los instrumentos de sus obras sublimes, y que sus gritos sobre la ci-

ma de los Alpes, repitieran con su eco los milagros de su caridad.

Impotentes como somos para hablar cual conviene del establecimiento religioso del Monte de San Bernardo, recurriremos á la pluma de un viajero que ha sido testigo y tambien objeto de la abnegacion y sacrificio del sacerdote católico en medio de las nieves y témpanos que coronan sus cimas inaccesibles.

«Al fin de Abril de 1755 me puse en marcha para el Piamonte, por el camino del gran San Bernardo. Como á las cuatro de la tarde, la pequeña caravana con la que emprendí mi camino sobre su peligroso desfiladero, llegó á la cúspide de la montaña, y despues de haber reparado nuestras fuerzas en el hospicio que corona aquel desierto, emprendimos de nuevo nuestra marcha para lograr pernoctar el mismo dia en el valle de Aost. Ya el sol habia perdido su calor, y aun el cielo su serenidad; las nubes remolineándose comenzaban á agruparse á lo largo de las cimas de las rocas, aglomerándose en las gargantas estrechas de aquella soledad. En lo más encumbrado de los Alpes una noche nebulosa amortiguaba ya nuestro valor; me decidí, pues, á pasarla con los religiosos que participaban de mis presentimiento. Ellos no nos enga-

ñaron. A las seis, aquel llanto helado fué todo envuelto en las tinieblas; las nubes arrebatadas por un viento de norte-oeste, con la rapidez de una flecha, formaron un remolino al derredor de las rocas; ya retumba el ruido lejano de la avalancha, y los átomos de nieve compactos, esparcidos como polvo, ya desprendiéndose de las montañas, ya cayendo del cielo, interceptaban la débil luz, velando todos los objetos que nos rodeaban.

«Mientras que sentados al derredor del fuego yo me informaba del superior del convento sobre las consecuencias del huracan, los religiosos hospitalarios habian ido á cumplir con sus deberes de circunstancia, ó más bien, á ejercer sus virtudes de todos los dias; cada uno habia tomado su puesto de abnegacion, de sacrificio, en aquellas termópilas glaciales, no para rechazar á enemigos, sino para tender allí una mano compasiva á los viajeros perdidos, de todo rango, de toda nacion, de todo culto, y aun á los animales encargados de sus vagajes. Algunos de los solitarios ascendian sobre los pirámides de granito que circundan el camino para descubrir desde allí algun convoy en conflicto, ó para responder á los gritos de socorro; otros abriendo los senderos sepultados bajo la nieve [reciente-

mente caída, á riesgo de precipitarse ó perderse ellos mismos en aquellos precipicios, desafiaban todos en fin las avalanchas, con el peligro de extraviarse, y casi cegados por los torbellinos de nieve, pero teniendo su oído atento al mas ligero ruido que se pareciera á la voz humana.

«Su intrepidez iguala á su vigilancia; ningun desgraciado recurre á ellos en vano: lo sacan asfixiado, ahogado de debajo de la avalancha, lo reaniman agonizante del frío y del terror, lo transportan en sus brazos, mientras sus piés resbalan sobre el hielo, sepultándose en las nieves; esto se repite por la noche y por el día. Ved su ministerio. Su piadosa solicitud vela sobre la humanidad en estos lugares malditos por la naturaleza, donde presentan el espectáculo habitual de heroísmo que nunca será ciertamente celebrado por nuestros deturpadores.

«Una hora despues, cinco religiosos con sus domésticos que habian seguido la huella de los viajeros, conocimos que volvian, por los ladridos de los perros. Compañeros inteligentes de las escursiones de sus amos, estos animales benéficos siguen la pista de los desgraciados; se adelantan á los guías, y lo son ellos mismos; á la voz de estos fieles auxiliares, el viajero transido de frío se reanima, y olfateando sus vesti-

gios, siempre seguros, dan con él, comunicándolo con sus demostraciones á sus amos. Cuando los derrumbamientos de la nieve, tan violentos como relámpago, sepultan á un pasajero, los perros de San Bernardo lo descubren bajo el abismo y conducen allí á los religiosos que sacan el cadáver, al cual vuelven algunas veces á la vida.

«A poco el hospicio se abrló á diez personas agobiadas por la fatiga, el cansancio y el espanto. Sus conductores, olvidando sus fatigas, al punto sacaron ropa blanca, licores los más confortativos, y en fin, todo lo que la hospitalidad más delicada puede ofrecer de socorro, todo lo que no se tendria sino á fuerza de dinero en las hospededrias de nuestras grandes ciudades; todo estuvo listo al instante, y distribuido sin distincion, y empleado con tanto acierto como con amabilidad.» (1)

Añadamos á todo lo dicho sobre las instituciones del Sacerdote católico en favor de la humanidad doliente, una indicacion esencialísima. Se asegura que sobre la cima dei San Bernardo

[1] Mallet du Pan.

(1) el aire que respira, excesivamente ligero, consume los resortes de la respiracion, y muy raras veces se vive allí más de diez años. Así,

[1] La cima del San Gotardo es una plataforma de granito, descubierta, rodeada de algunas rocas medianamente elevadas, de formas muy irregulares, que quitan la vista para todas partes y la limitan á lo más horroroso de la soledad. Tres pequeños lagos y el triste hospicio de los capuchinos, interrumpen solamente la uniformidad de aquel desierto donde no se encuentra la más ligera huella de vegetacion. Es cosa nueva y sorprendente para el habitante de la llanura, el silencio que reina sobre aquella plataforma, donde no se oye ni el más ligero murmullo. El viento que por los cielos se cierne, no mueve allí ningun follage; y solo cuando es impetuoso, gime de una manera lúgubre contra las puntas de las rocas que lo dividen. Inútilmente se aguardaría que ascendiendo las cimas accesibles que rodean este desierto, se descubrieran países habitables; desde allí no se ven más que el caos, rocas, y torrentes; no se distinguen en lontananza más que puntas áridas cubiertas de eternos hielos al través de las nubes que flotan sobre sus valles y que los cubren con un velo fre-

pues, el monge que se encierra en aquel hospicio, puede calcular, poco más ó menos, el número de los dias que le quedan de vida sobre la

cientemente impenetrable. Nada de lo que existe más allá distinguen sus miradas, excepto un cielo azul-negro que descendiendo bajo el horizonte termina por todos lados el cuadro y presenta un muro inmenso que circunda este conjunto de montañas.

Los desgraciados capuchinos que habitan el hospicio, están durante nueve meses del año sepultados en las nieves que frecuentemente, durante la noche, se levantan á la altura de su techo é impiden toda entrada al convento. Entónces es necesario abrirse paso por las ventanas superiores que sirven de puertas. El frío y el hambre son los dos azotes á los cuales están sujetos frecuentemente aquellos monges, por lo que si hay cenobitas que tengan derecho á la generosidad de todo el mundo, ningunos mejor que estos, porque con tanta abnegacion se destierran voluntariamente á aquellos lugares, sin más objeto que socorrer á la humanidad doliente.

Otro establecimiento, semejante al de San Bernardo, se halla sobre los Pirineos. El Cardenal de Borbon,

tierra; y todo lo que él gana en este ingrato servicio de los hombres, es conocer el momento de su muerte que está oculto á los demas. Se asegura que todas las hermanas que están dedicadas al servicio del Hotel-Dieu, tienen habitualmente una fiebre intermitente que las consume, y que proviene de la atmósfera méfítica en que viven. Los religiosos que habitan las minas del Nuevo-Mundo, en las cuales han establecido sus hospicios, en medio de una noche eterna, para auxiliar á los desgraciados indios, con esto, abrevian sus dias, porque están emponzoñados con el vapor metálico que allí respiran; en fin, los padres que se encierran en los baños pestíferos de Constantinopla, se entregan al martirio más prematuro. (1)

Al llegar aquí nos falta toda expresion; no tenemos más que lágrimas de admiracion. Muy

volviendo de conducir á la infortunada Isabel de España, se detuvo en el hospicio de Roncesvaux. Se sentó entónces al lado de trescientos viajeros. Les dió tres reales á cada uno de ellos para que continuaran su camino.

[1] Chateaubriant. Gen del Crist. t. 4.º c. 4

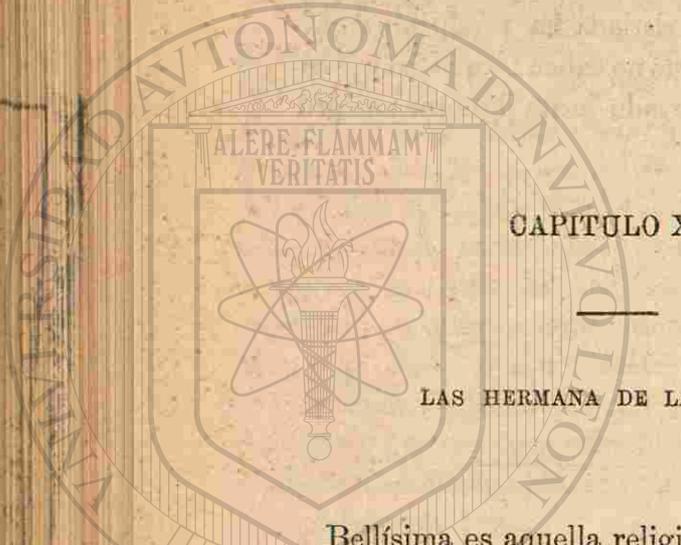
dignos de lástima son los que dan en querer matar al Sacerdote católico ó desdeñarlo. El estoicismo no produjo más que un Epitecto, dice Voltaire, y la filosofia cristiana ha producido millares de Epitectos, que no saben lo que son, y cuya virtud les ha llevado hasta ignorar sus propias virtudes. (1)

(1) Correspondencia general t. 3. p. 222.

Existen hoy en nuestra patria solamente (1) cuatro mil hijas de San Vicente de Paul. Su número se aumenta en proporción de los pobres y de los enfermos que se aglomeran más y más en nuestras poblaciones y en las capitales. La ciencia económica de nuestros filántropos se confiesa impotente para hacer frente á esta llaga siempre creciente del pauperismo. Nuestras Hermanas de la Caridad se multiplican para curarlas. Téngase presente también, que la mayor parte de estas Hermanas pertenecen á las más opulentas familias. Así, ellas renuncian á un risueño porvenir, á una brillante fortuna, á tier-  
nas y legítimas afecciones, y todo no más por ir á pasar la primavera de su vida á la cabecera de un enfermo, para restañar y curar heridas repugnantes, y no recibir, después de tantos sacrificios, más que desprecios é ingratitudes. Ellas se sepultan vivas en aquellas guaridas y sótanos fétidos residencias del dolor y de la enfermedad lúgubres vestíbulos de la muerte.

El Oriente y el Occidente, agobiados bajo el peso de sus miserias, piden á la Francia, y á las

(1) Recuérdese que el autor es francés y que consultó la estadística religiosa del año de 1842.



CAPITULO XXII.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

Bellísima es aquella religión que del sexo más débil y delicado hace nacer la más heroica abnegación. ¿Quién no admira á esas pobres hermanas de la Caridad, prodigando con aquella dulzura angélica que las caracteriza, todos los cuidados que reclama la humanidad doliente? ¿Quién? Ah! solo el que no conoce ni es capaz de sentir los sufrimientos de sus semejantes! No hay miseria que no conozcan y lo que admira más todavía es que encuentran y conocen el remedio de todas y cada una de ellas.

naciones que las tienen, estos ángeles de caridad. En Argel, en Constantinopla, en Smirna, en Constantina, en fin, en todas partes, estas dignas hijas de San Vicente de Paul, han dado pruebas de un celo y abnegacion á toda prueba. Los mismos enemigos de la cruz hacen justicia á tanto sacrificio y á tanta virtud. Están confundidos ante semejantes obras.

Y ¿quién sostiene á estos ángeles de paz, á estas almas escogidas en medio de tan rudas tareas, y de tan incesantes trabajos? ¿Quién les dá el valor y la fuerza para bendecir á quien las maldice, para perdonar á quien las injuria, para amar á quien las desprecia? ¿Quién? El Sacerdote católico. Arrebatadles á su piedad la palabra de Dios, los santos misterios, las prácticas religiosas, los santos Sacramentos, los consejos, los consuelos, los socorros espirituales que ellas reciben del Sacerdote católico, y las vereis perecer inevitablemente. Qué ciegos son pues los enemigos del Sacerdote, porque siéndolo de él, lo vienen á ser tambien de sus semejantes; no comprenden que si el Sacerdote católico se extinguiera, se veria extinguido con él todo lo que consueia y sostiene más eficazmente á la humanidad doliente.

## CAPITULO XXIII.

## LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.

Esos hombres que recorren nuestras calles, silenciosos y modestos con un largo manto negro, ¿quiénes son? ¿qué ministerio ejercen? El malo los menosprecia: su nombre es objeto de ironía. *¡Los hermanos de las escuelas cristianas!* ¿Quién de nuestros presuntuosos filósofos, al verles, ú oírles nombrar, no se rió con desprecio y mueve la cabeza con desden? ¡Mundo ingrato! Sábetelo, si no lo has advertido, que para la juventud retozona, que para los niños tan volubles, no hay mejores maestros, porque no los

han tenido ni más religiosos, ni más desinteresados. Estos hombres tan útiles, tan necesarios en razon de su propia modestia, han salido de la caridad del Sacerdote católico; y hé aquí un título inmenso de reconocimiento de que les es deudora la sociedad; porque si en otras penosas circunstancias de la vida, el Sacerdote católico por su ministerio, atiende y se encarga de las miserias físicas y morales de la humanidad, con esta institucion las previene, las sofoca en su nacimiento. ¿Cuántos obreros honrados no se han formado por las manos y cuidados de estos buenos hermanos? ¿Cuántos padres de familia no deben su felicidad y tranquilidad á los principios de virtud que han sacado de sus escuelas? ¿Cuántos ancianos no recuerdan con placer las primeras nociones de Dios que recibieron de ellos? Yo lo digo por mí con gran satisfaccion de mi corazon conservo en la memoria los días de mi primera infancia que con ellos pasé, recibiendo de ellos mismos la instruccion. Un precioso recuerdo quedará siempre en mi corazon para que nutra mi reconocimiento sin límites hácia tan heroicos preceptores.

Felicito á mi país y á los que lo gobiernan porque han sabido apreciar el fin de esta institucion, y el talento de esos hombres para la edu-

cacion primaria de la juventud; ella es el resultado de las necesidades del siglo; ella se eleva á la altura de época, y puede decirse que actualmente nada le falta para sostenerse en la posicion que ella misma se ha formado. Hace poco que aún el ministerio de instruccion pública hizo un gran elogio de la misma; consignemos este acto de justicia á M. Villemain.

Despues de tantos combates y humillaciones ella se ha conquistado el respeto y la estimacion de la sociedad; ella ha triunfado de todos los obstáculos; y como el Sacerdote católico, de quien es la hija muy amada, ha tenido más fuerza que la mala voluntad de los hombres. Si otros combates la aguardan, que no se desaliente, porque así como á su Padre, hay una fuerza poderosa que la sostiene.

¿No es el pan cotidiano de todos los bienhechores de la humanidad el ser atacados ó desconocidos? Y aún el mismo fundador, ¿se exceptuó de esta ley? El modesto y virtuoso Abate Lasalle ha vivido perseguido y calumniado: ha visto su instituto disperso y casi extinguido; ha sido abandonado por sus maestros; él, injuriado y golpeado por el pueblo, para quien se habia consagrado con tanta abnegacion; él fué obligado por los magistrados á cerrar sus escuelas; él

fué censurado por su Obispo que le retiró sus poderes, muriendo en el desaliento y en la amargura, sostenido solo por su resignacion y su piedad, juzgando quizá en sus últimos momentos haber sido el juguete de una ilusion por querer llevar adelante su obra en la que ocupó toda su obra toda su vida y la que vió extinguirse junta con él. Pero ved aquel instituto tan débil al principio, tantas veces en vísperas de su ruina, cómo cubre el mundo entero con sus escuelas, y cómo abre y comunica los raudales de la educacion cristiana á más de un millon de niños, solo en Francia. (1) Ved cómo hoy, aún Roma misma tributa al Sacerdote proscrito los honores de la beatificacion. Silencio á nuestras inquietas agitaciones. En este campo inmenso en que cada uno (de nosotros, Sacerdotes católicos, hemos recibido una porcion para cultivarlo, abramos con valor el surco que en suerte nos haya tocado, y despues de haber depositado en él la semilla rociada con nuestros sudores, confiemos en la Providencia para que los rayos de su sol los hagan brotar, crecer y

(1) ¡Qué diferencia de lo que pasa hoy en la patria de San Luis en los tiempos en que escribía el autor!

madurar á su tiempo. Los añosos y cupudos árboles, lo vienen á ser con el tiempo; y el pobre labrador que siembra la bellota, sabe muy bien que no será él quién se sombrie bajo aquella copuda encina.



## CAPITULO XXIV.

ESTADO ACTUAL DE LA SOCIEDAD.  
RELIGION, FILOSOFÍA, HISTORIA, LITERATURA,  
BELLAS ARTES.

Que la sociedad está enferma, es un hecho constante, porque el espíritu público está trabajado por un sé que fiebre frenética que se manifiesta en su exterior por síntomas alarmantes y con extravíos funestos. Triste es ver en Francia sobre todo, al hombre haber perdido la idea de toda vida ulterior, remover con ardor obstinado el fondo de la vida presente para encontrar en ella su bienestar y su reposo, recorrer

atrevidamente el árido desierto de la vida y temblar de alegría al encuentro de los viles placeres: en este camino que con furor prosigue, se esfuerza en reunir todos los goces que le ofrece esa basta escena que llamamos mundo, los diversifica, los multiplica hasta lo infinito. Vano trabajo; porque siempre siente el vacío y la nada de ellos; incapaz de saciar la sed que lo devora, estos frutos de la tierra seductores por fuera, ocultan todos una secreta y punzante amargura; y muy pronto, fatigado de un trabajo inútil, se sienta tristemente y sin esperanza sobre los confines de la vida. Privado de virtud y de amor en esta region sin sol, el alma trata entónces de sepultarse bajo las runinas de su cuerpo, como un rey despojado de su pompa, se sepulta bajo los restos de su palacio. El suicida es hijo de la nada.

Siguiendo los pasos de esta enfermedad moral, marchan en tumulto los desórdenes de toda especie. El egoismo frío y brutal, espada de dos filos que mata al hombre y á la sociedad; la independencia individual, la anarquía su hermana, el menoscupio de la autoridad; en fin, una liga de todas las pasiones conjuradas, marchan á banderas desplegadas para la destrucion del orden social. Entónces todo entra en conmocion, todo

se agita, porque no hay lazos que contengan. La tierra se divorcia entónces del cielo, y el hombre de todo lo que tiene de bello y hermoso.

¿Pero todo esto debe admirarnos cuando la religion, esta filosofía sublime que demuestra el orden, la unidad de la naturaleza, y explica el enigma del corazón: cuando la religion, el más poderoso motivo para conducir al hombre al bien, pues que la fé le hace comprender que obra ante Dios, y que mueve su voluntad con tan suave eficacia, así como su pensamiento; cuando la religion, el más bello código de moral, cuyos preceptos todos tienden á mandar, afirmar y perfeccionar todas las virtudes; cuando en fin, la religion es enteramente desconocida, menospreciada, vilipendiada? Los grandes mismos, los que debieran dar el ejemplo, viven en una ignorancia casi completa de la religion y por esto, sin que se dude del aserto, desmoralizan y corrompen á todas las masas. La religion que ellos mismos saben que es necesaria para dominar la desnaturalizan, la desconceptúan: en lugar de hacerla amar la hacen temer. El gobierno, y lo decimos con dolor, no tiene más religion que una religion de política, carece de convicciones profundas, religiosas, ¡qué digo profundas! algunas veces solo tiene exterioridades, y

casi siempre aversion, mala voluntad, y muchas ocasiones desprecio. No queremos la coaccion religiosa, no, porque no es esta la mision que nos hemos impuesto; pero querriamos que formulase clara y enérgicamente su creencia; que observara él mismo é hiciera observar al pueblo, si no halla peligro alguno, el gran dia del Señor que por do quiera se respeta con escrupulosa exactitud. Todas las naciones reconocen un dia consagrado al reposo para honrar al *Ser Supremo*, y solo en Francia no se reconoce ninguno. La religion está tambien sin influencia y sin significacion, siendo esto motivo de escándalo, principalmente para el pueblo que imita lo que ve hacer. Las grandes y poderosas palabras de Dios, sociedad, orden, rey, confundidas con desprecio, se ven con la mayor indiferencia. Apenas se pronuncia á hurtadillas en las escuelas públicas el nombre de Dios. La escuela normal, ese plantel de donde salen todos los años los profesores destinados para instruir y dirigir la juventud francesa, y que por lo mismo ejerce tan grande influencia sobre los destinos futuros de la sociedad, no manifiesta el más ligero signo de religion. Cada facultad tiene su profesor especial; la religion no tiene un sacerdote que la represente para enseñar, para la ha

erla gustar á la juventud ávida de fé, de luces, de caridad y de abnegacion.

No le es permitido al valeroso y esforzado soldado ir el dia de fiesta á misa; se le ocupa en cosas ajenas á lo que se santificacion de aquellos dias; ved porque cuando se llega el momento de su separacion, la madre católica le recomienda al partir, entre lágrimas y sollozos, que no olvide aquellas prácticas á que como católico está obligado. En Africa, la Francia se pone en ridículo, por que aquella ora. La Francia dá al mundo el espectáculo más extraño, el de una nacion sin Dios, sin religion, sin fé. Viviendo en una sociedad que se dirige así, el orden no puede subsistir, no se puede vivir, porque las leyes son impotentes por sí solas. Se podria, con la ayuda de la fuerza bruta, de la metralla y el cadalso, detener el torrente impetuoso de las pasiones, pero no seria sino por algun tiempo, porque vendria hora en que el torrente desbordado arrollaria todo dique. Las pasiones reprimidas por algun tiempo, son más fuertes, más impetuosas que los obstáculos que se les oponen para contenerlas.

Es un hecho comprobado con la experiencia de todos los siglos, que el hombre necesita de una religion; ved por qué no se encuentra sobre

la superficie de la tierra ningun pueblo que carezca de algun culto, ó que no tenga sus Dioses. La Grecia y la Italia jamás se habrian elevado á la gloria y al poder con que las admiramos, no habrian sido el modelo de las demas naciones si no hubieran sido profundamente religiosas. Cuando la filosofia se introdujo en ellas con el objeto de desterrar la religion y lo consiguieron entónces decayeron sensiblemente. Tambien es un hecho constante que los siglos más religiosos fueron siglos más tranquilos: el siglo de Luis XIV es la prueba de lo que acabamos de decir. Búsquese un pueblo donde la religion sea respetada, y allí vereis á este pueblo contento, viviendo casi de nada. No conoce las turbulencias, las conmociones, las tentativas de rebelion. Dad con otro que carezca de religion, habries encontrado el foco de las pasiones, el arsenal del desorden, la sentina de todos los crímenes, en fin, el malestar que corre, y acaba por matar á las sociedades. Los gobiernos entónces viéndose sentados sobre aquellos volcanes, tratan de encontrar medios para contener la explosion que se anuncia: ocurren á la ciencias, á las academias, á la política; inútiles tentativas; no hay más que un medio, el solo regenerador, el solo salvador, la religion. Inútilmente ensayarán otros hasta

lo infinito, ninguno producirá buenos resultados si la religion no les sirve de bases... La religion es la vida de los pueblos. Un estado sin religion, es una cosa contra la naturaleza; es el reino de Satan, un teatro repugnante de continuas ansiedades, de desórdenes, de incesantes conmociones.

¿Y cuál es el estado de la mayor parte del mundo? En filosofía, en historia, en literatura, y hasta en las artes, no se tiene la verdadera idea de Dios. La filosofía es panteista, atea, escéptica, incrédula; habiendo desechado el encadenamiento que hay entre Dios y la razon, quiere vivir de su propia sustancia: de aquí el sensualismo, el electicismo y la filosofía del progreso; teorías humanas, frías y áridas como la materia de donde descuellan. En este sentido, la filosofía moderna no producirá más que una ciencia falsa, arbitraria, estéril, y por consiguiente destructora.

La historia es fatalista. Bossuet, el historiador católico, agrupa todos los hechos al lado de la verdad con una incomparable magestad. Según él nada ha pasabo en el universo, sino en cumplimiento de la palabra de Dios. La historia de los hombres es para el obispo de Meaux la historia de un solo hombre; desdeñando los

documentos de la tierra, va al cielo á buscar sus demostraciones. ¿Qué hace del imperio de este mundo, *presente de ningun precio?* Desde el pié de la cruz donde escribe, vé todos los pueblos correr como un torrente rápido bajo la mano omnipotente de Dios.

No aguardéis de nuestros historiadores ni ojeadas tan bastas ni cálculos luminosos, ni *causas profundas*, como se expresa Bossuet, las cuales han determinado la accion de la Providencia. Para el historiador del dia, no hay Providencia, ó si habla de ella es en tono buslesco, para negarla, mejor que para creer en ella. Para él el mundo existe sin un ser superior é inteligente que lo gobierne, porque segun él el destino es el que preside su marcha.

En la historia católica no veis más que un solo motor, árbitro soberano de las revoluciones humanas, Dios, que lo hace todo, que lo manda todo, que lo ejecuta todo. En el sistema de nuestros historiadores fatalistas, la Providencia poco obra, ó casi nada, si no es como intermedia-ria de las causas segundas. La maravillosa propagacion del cristianismo, por ejemplo, no es á sus ojos, más que un hecho puramente humano que se explica por sí mismo y por la accion de las causas segundas; no es más que una combi-

nacion de acontecimientos políticos y de efectos morales producidos por el concurso de las revoluciones. El cristianismo no es, pues, segun él, más que una bella especulacion filosófica, más feliz que todos los sistemas anteriormente imaginados por las diversas escuelas de Roma y de Grecia. En sus sistemas pululan los errores; y no podría ser de otra manera. La fatalidad introducida en los negocios humanos, trae al historiador la impotencia para desempeñar su cometido, manifestándose entonces apocado y perezoso. Colocar, en efecto, la fatalidad en la historia, es escaparse del trabajo de pensar, huir de los embarazos de indagar la causa de los acontecimientos; es colocar la sociedad en grandes morteros para reducir á masa á todos los hombres y á las cosas; es necesario no levantar la esclusa de las pasiones, porque entónces ellas se rebelarán desencadenándose con estrépito.

En literatura, la inmoralidad impera con una desvergüenza sin límites. No son ya ataques solo contra la religion, sino redes tendidas con arte á la inocencia y al pudor. Entre esa multitud de libros que inundan la sociedad, ¿cual es la novela que se pueda hoy poner en manos de la juventud, sin que la pervierta? Apenas una que otra, porque la mejor de todas, es la ménos

mala. En casi todas, el amor es el principal protagonista que se representa; no son mas que vagos sentimientos de disgusto en la vida, que terminan por el brutal suicidio, último extravío del hombre. Notadlo, entre tantos, en los sentimientos que inspira el autor de una en estas palabras: «cuando todo se ha perdido, y que no se tiene de ellas, ni aun la esperanza, la vida es un oprobio y la muerte es un deber.» Y ¿qué vendrán á producir en el espíritu de la juventud, tales cuadros, imágenes tan recargadas, posiciones tan difíciles y tan contrarias á la misma naturaleza? ¿Qué cosas? que el jóven, no pudiendo ser el autor de una novela, se convierte en su héroe: procura entonces realizar én su vida lo que tanto le encantó en el libro. Y á esto se llama progreso?

Las artes tambien se han resentido y se resenten de la ausencia de la fé. No negamos que en nuestros días haya grandes artistas los hay, es cierto, pero no segun la alta acepcion de la palabra: es cierto tambien que algunos verdaderos artistas, y estos merecen nuestros elogios, trabajan en levantarle de sus ruinas, pero ellos no pueden sino lo que puede el hombre aislado, el hombre individual; nunca podría dar á la sociedad lo que le falta, la conciencia de una fé de que carece; y para que el arte llegue á ser lo

que es, es necesario que las ciencias se infiltren de ella y casi se propaguen; es necesario que se tenga una concepción más elevada, más clara de Dios y del universo, de la humanidad y sus leyes, de sus funciones y de sus destinos para que broten entonces de allí nuevos tipos.

Nada recuerda la sociedad actual á Dios, primero y único principio del orden y de la prosperidad. Todo está materializado: los intereses sórdidos, el oro y la plata, hé aquí los que gobiernan el mundo; y puestas estas causas, ¿por qué admirarse de los desórdenes que vemos? Por lo que respecta á mí, yo solo me admiro de que no haya muchísimos más. ¿Qué aguardar, en efecto, de un pueblo educado en los principios del ateísmo, y que raciocina del modo siguiente: comamos y bebamos, porque mañana podemos morir? Si todo termina con la vida, ¿para qué trabaja uno hombre, cuando otro viene á recoger los frutos de su trabajo? ¿Por qué los duques, los príncipes y los reyes, están cubiertos de oro y de púrpura, mientras que nosotros nos morimos de hambre y de miseria?» (1)

(1) "Times," periódico inglés, de 15 de Setiembre de 1841.

Es decir, pues, ¿que no hay ningún remedio para tantos males? Ah! Dios nos libre que desesperemos de encontrarle para la sociedad; pero en presencia del mal, devorados como estamos por todas partes por el flujo y reflujo de hirvientes pasiones, diremos á todos los que nos dirigen y nos gobiernan: «Atended á las clases que sufren; escuchad sus justas quejas (1) que ellas sean el objeto constante de vuestra benevolencia, de vuestra solicitud; redoblad vuestros esfuerzos para moralizarlas, para mejorar su posición; solo bajo este concepto cumplireis con vuestro deber; solo así neutralizareis las influencias de los agentes del desorden que con todo especulan para el mal. Pero tal objeto no lo conseguireis, sino por la religión, por el Sacerdote católico.

A los súbditos les diría: «Sed obedientes. No es sin motivo por lo que el que manda lleva la espada. Considerad que hay en el cielo un Dios por quien reinan los que os gobiernan, y que vosotros teneis un deber riguroso, una necesidad de sufrir más bien que de rebelaros: esto es lo que enseña la fé católica.»

(1) Informe de M. Pallet sobre el atentado el 15 de Setiembre.

A las clases trabajadoras les diría, en fin: "Se os extravía con falsas doctrinas; se excita vuestra ambición con vanas esperanzas. A los que os llaman á las armas no los escuchéis, quieren cubrirse de deshonor, así como á vuestras familias y después llevaros al cadalso; conocedles bien y guardaos de dejaros arrastrar por sus perversos discursos, ó alucinar con sus mentidas promesas. El verdadero honor, la sólida providad consisten en vivir del trabajo y conformarse con el estado en que la Providencia lo ha colocado.—Vuestro verdadero amigo es el sacerdote católico . . . . . El os protegerá, os conducirá siempre por el sendero del honor y de la prosperidad. Ved á vuestro único amigo. Su fé, su Evangelio, su iglesia, valen más que los clubs á donde se os arrastra, más que las palabras sediciosas con que se os alucina, más que las armas que se os distribuyen. Ved, pues, el amigo, á quien únicamente debeis escuchar.

## CAPITULO XXV.

## ESTADO DEL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL.

¿Cuál es el estado del Sacerdote católico en medio de esta sociedad sin Dios? Es un estado de violencia, un estado contra la natural; son los dos extremos; todavía más, es la vida estrechada por la muerte. El Sacerdote es un extranjero en su patria, en medio de sus conciudadanos, en el seno de su familia; su patria, sus conciudadanos, su familia, no lo comprenden, no lo conocen. En los días en que vivimos, el Sacerdote católico ha perdido mucho de su dignidad, de su consideración, de su influencia. Su autoridad sobre las masas, no la tiene ya sino por sus cua-

A las clases trabajadoras les diría, en fin: "Se os extravía con falsas doctrinas; se excita vuestra ambición con vanas esperanzas. A los que os llaman á las armas no los escucheis, quieren cubrirse de deshonor, así como á vuestras familias y despues llevaros al cadalso; conocedles bien y guardaos de dejaros arrastrar por sus perversos discursos, ó alucinar con sus mentidas promesas. El verdadero honor, la sólida providad consisten en vivir del trabajo y conformarse con el estado en que la Providencia lo ha colocado.—Vuestro verdadero amigo es el sacerdote católico . . . . . El os protegerá, os conducirá siempre por el sendero del honor y de la prosperidad. Ved á vuestro único amigo. Su fé, su Evangelio, su iglesia, valen más que los clubs á donde se os arrastra, más que las palabras sediciosas con que se os alucina, más que las armas que se os distribuyen. Ved, pues, el amigo, á quien únicamente debeis escuchar.

## CAPITULO XXV.

## ESTADO DEL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL.

¿Cuál es el estado del Sacerdote católico en medio de esta sociedad sin Dios? Es un estado de violencia, un estado contra la natural; son los dos extremos; todavía más, es la vida estrechada por la muerte. El Sacerdote es un extranjero en su patria, en medio de sus conciudadanos, en el seno de su familia; su patria, sus conciudadanos, su familia, no lo comprenden, no lo conocen. En los días en que vivimos, el Sacerdote católico, ha perdido mucho de su dignidad, de su consideración, de su influencia. Su autoridad sobre las masas, no la tiene ya sino por sus cua-

lidades personales. El individuo es respetado, no el cuerpo; se estima al hombre, se desprecia al Sacerdote; esto es deplorable, pero es un hecho que se palpa. Para no comprenderlo, sería necesario ser extraño al espíritu del mundo.

¿Cuál es pues la causa de esa nulidad profunda á que el Sacerdote católico está reducido? ¿Acaso porque su ignorancia contraste con las luces del siglo en que vive? No lo creemos así, porque el clero de hoy es generalmente instruido. Ciertamente es que hubo un tiempo en que precisada por las circunstancias, la Iglesia se vió obligada para llenar sus huecos, admitir al santo ministerio aun á sus mismos neófitos y á Sacerdotes poco instruidos. No se nos venga ahora arguyendo con aquellos tiempos excepcionales. ¿Es culpa acaso del Sacerdote católico, que el hacha revolucionaria haya cegado tantos santos é ilustres ministros? ¿Lo es también porque durante muchos años, atravesando por tiempos tan difíciles, le fuera imposible formar levitas para el servicio del santuario? Por otra parte, no se crea que para el Sacerdote católico sea útil, es necesario que tenga la ciencia de un Bossuet. Con el conocimiento de los libros Santos, con las reglas de la moral cristiana unidas al buen sentido y á una sólida piedad, el Sacerdote cató-

lico podrá prestar los más preciosos servicios. Con solo la explicacion de los mandamientos de la ley de Dios, difundirá sobre el pueblo los principios de orden, de justicia, de sociabilidad; mientras que con su falsa ciencia tantos otros no hacen más que llevar al cuerpo social los gérmenes de disolucion y de muerte. ¿En qué tiempo fué más violentamente agitada la Francia, por ejemplo, sino cuando abundaba en aquella clase de falsos sabios? ¿Cuándo los principios de orden fueron más indignamente atacados y desconocidos que entónces? ¿Y todos estos desórdenes fueron por la conducta del Sacerdote ó por sus costumbres? No por cierto. Es inconcuso que desde que la revolucion ha arrojado su mortífero aliento sobre tantas rosas del santo ministerio, no ha dejado por doquiera más que espinas: ¿y qué ha resultado? Que las vocaciones se han depurado: nunca el cuerpo sacerdotal ha ofrecido á los pueblos, en su conjunto, un espectáculo más bello de regularidad, de decencia y de virtud, que cuando el torrente desbordado de la revolucion se cebó sobre ese cuerpo para exterminarlo. ¿Será pues por su ambicion? La legislacion actual lo ha despojado de casi todas las prerrogativas de ciudadano. El Sacerdote está excluido de todo empleo civil: no se le ha deja-

más que su santuario, hasta en el que se ha pretendido penetrar. ¿Será por su riquezas? ¿Quién lo dirá, cuando el Sacerdote católico apenas percibe con que subsistir mientras que los empleados de cualquiera administracion disfrutan de abundantes sueldos, y en caso de impotencia por su edad y enfermedades, pueden aspirar á una pension, á un retiro que asegura sus últimos dias?

Luego la causa del mal está en otra parte; está, si no nos engañamos, en la constitucion social. En efecto, mientras que todos los otros estados de la sociedad están regulaamente constituidos, y tienen su gerarquía determinada, sus derechos reconocidos, sus leyes fijas, su disciplina especial, solo al clero se le quiere privar de todas estas ventajas. En tanto un cuerpo es poderoso, en cuanto que por la union de sus miembros resulta el concierto de todos; pero los del clero, se pretende separarlos, como soldados de un ejército licenciado. No se quiere que nuestros Obispos tengan relaciones con el Gefe superior de la Iglesia, y muchas veces, ¿lo creeriais; se les impide que se reunan para concertar entre ellos los asuntos de su resorte.

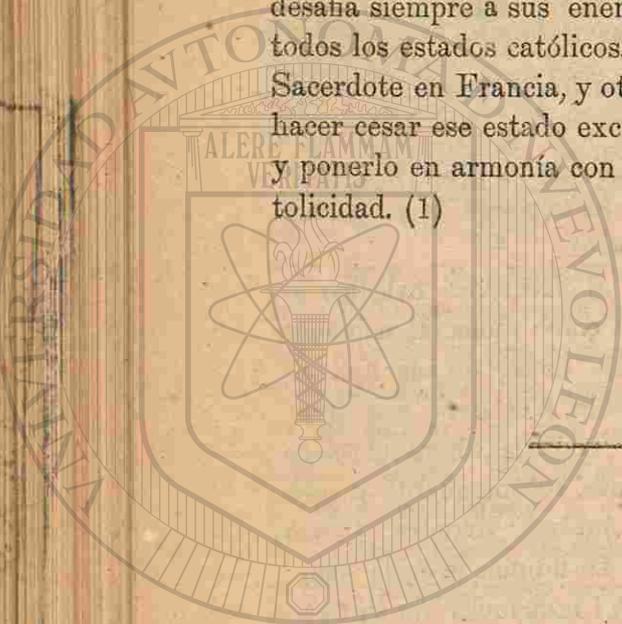
La posicion del clero católico, es pues falsa, humillante; su accion está paralizada, su influencia inactiva, impidiéndole elevarse á la altura

de su mision, y ponerse al nivel de las necesidades actuales del pueblo. Nada puede emprender algunas ocasiones, nada hacer, nada impedir. Nunca los pueblos han tenido más necesidad de su direccion como ahora, ni nunca más dificultad que al presente para impartírsela. Tal estado, lo decimos con dolor, no podrá dudar por mucho tiempo sin que venga un gran peligro sobre nosotros, sin que se exponga la religion y aun el mismo órden social.

Lo hemos dicho ya; al Sacerdote católico es deudora la Francia, así como todas las naciones de su civilizacion, de sus luces, de sus instituciones liberales; al pueblo, á él debe sus franquicias, sus libertades. Todavía ahora el clero católico es el cuerpo más recomendable por su educacion y sus luces, por sus virtudes. ¿Cuán poderosa no podría ser su influencia en la sociedad si tuviera todas las condiciones de su existencia? El lleva en sí el porvenir de la religion, base única de la felicidad y de la prosperidad de los pueblos.

Para colocar al Sacerdote católico en su estado normal, es necesario dotarlo con su primera constitucion. Ved á la Iglesia, ella ha atravesado por diez y ocho siglos enteros. ¿Qué la ha hecho triunfar de los obstáculos que ha encontrado

en su curso? Su sola organizacion: ha marchado constantemente como un ejército en orden de batalla. Apoyada sobre su constitucion secular desafia siempre á sus enemigos, y prospera en todos los estados católicos. Para regenerar al Sacerdote en Francia, y otras partes, basta pues hacer cesar ese estado excepcional en que vive, y ponerlo en armonía con el resto de toda la catolicidad. (1)



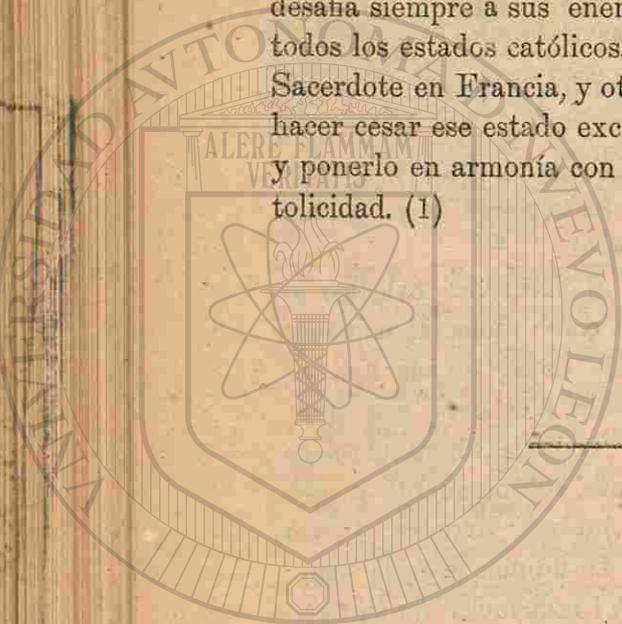
[1] Hemos leído, relativamente a este asunto, un excelente libro: *Estado del clero en Francia*. A él remitimos á nuestros lectores que no conozcan la antigua constitucion del clero. No ha entrado en nuestro plan darla á conocer.

## CAPITULO XXVI.

LO QUE SUCEDA Á LA FRANCIA,  
Ó Á CUALQUIERA OTRA NACION, SI ESTE ESTADO  
DE COSAS PERMANECE

· Cuando el coloso romano puso el pié sobre el Africa y el Asia, un autor escribió estas palabras: *Los acontecimientos arrastran al mundo á cierta unidad*. Y lo que pasaba entónces, ¿no se está renovando hoy. . . ? A pesar de todas sus disenciones, reales ó aparentes, las naciones cristianas de Europa y de América tienden á la unidad. Otórguense ciertas concesiones que son

en su curso? Su sola organizacion: ha marchado constantemente como un ejército en orden de batalla. Apoyada sobre su constitucion secular desafia siempre á sus enemigos, y prospera en todos los estados católicos. Para regenerar al Sacerdote en Francia, y otras partes, basta pues hacer cesar ese estado excepcional en que vive, y ponerlo en armonía con el resto de toda la catolicidad. (1)



[1] Hemos leído, relativamente a este asunto, un excelente libro: *Estado del clero en Francia*. A él remitimos á nuestros lectores que no conozcan la antigua constitucion del clero. No ha entrado en nuestro plan darla á conocer.

## CAPITULO XXVI.

LO QUE SUCEDA Á LA FRANCIA,  
Ó Á CUALQUIERA OTRA NACION, SI ESTE ESTADO  
DE COSAS PERMANECE

· Cuando el coloso romano puso el pié sobre el Africa y el Asia, un autor escribió estas palabras: *Los acontecimientos arrastran al mundo á cierta unidad*. Y lo que pasaba entónces, ¿no se está renovando hoy. . . ? A pesar de todas sus disenciones, reales ó aparentes, las naciones cristianas de Europa y de América tienden á la unidad. Otórguense ciertas concesiones que son

el resultado de los hábitos y costumbres, ó prescindase de ciertas preocupaciones, y el mundo será uno. La Grecia, Constantinopla, la Siria, el Egipto, el Africa, turcos y árabes, acaban de entrar, sin retroceder, en el círculo de esta acción de unidad universal; la Ghina camina á grandes pasos por el mismo sendero. ¿Quién pues se gloriará del engendro de la unidad? Seguramente aquella nacion que haya contribuido más enérgicamente con sus doctrinas de paz, de reconciliacion y de religion, porque la religion tiende á la unidad.

Supuesto esto, decimos pues, que si aquel estado de cosas continúa, es decir, si la nacion francesa no se vuelve sinceramente á Dios y á la religion, al Sacerdote católico; si no le levanta ese entredicho que le ha puesto hace cincuenta años; si no lo liberta de esa tutela que ejerce sobre él, esté segura que el porvenir no será suyo. Desearíamos que nuestros filósofos, nuestros escritores del dia, comprendieran que no solo por la industria ni por los grandes descubrimientos, ni por el crujido de las máquinas que nos abrevian las distancias, ni por la velocidad con que el alambre trasmite nuestros pensamientos á todos los puntos de la tierra, ni por otras tantas maravillas con que el siglo XIX justa-

mente se envanece, es por lo que una nacion se conserva y florece, sino más bien por el orden y la tranquilidad. Estos dos elementos de prosperidad nacional no tienen su origen más que en la religion, en el respecto y en el amor á sus ministros. Ya sé que tal doctrina se calificará de extraña, de interesada, si se sabe que la emitimos nosotros; quizá se juzgue inoportuna y quien sabe con cuantos más calificativos desfavorables se denominará, ¿pero<sup>o</sup> que importan los pensamientos de los hombres irreflexivos si aquella es la verdad?

El mundo se conmueve, un trabajo de fé católica agita á las naciones. En Inglaterra aparecen signos los más ciertos de una vuelta al seno de la Iglesia universal. Más de las dos quintas partes de la poblacion son católicas; más de dos mil protestantes se convierten allí al catolicismo cada año; la primera de sus universidades, la de Oxford, tiende visiblemente al catolicismo: muchas islas del océano, que cuando pertenecian á la Francia no pudieron tener Obispos católicos, ahora que pertenecen á la Gran Bretaña, los tienen; muchos colegios, exclusivamente católicos, son aceptados por el gobierno de aquella nacion, disfrutando de los privilegios de sus universidades, de los que nos participan

los establecimientos puramente católicos en Francia.

En Bélgica el catolicismo marcha á grandes pasos. Con su libertad de enseñanza, ella tiene una universidad católica donde la teología, la filosofía y todas las otras ciencias, marchan de acuerdo y forman á la nacion belga, como el catolicismo ha formado á todas las naciones católicas (1).

La Alemania sigue de cerca ese movimiento religioso que el tiempo ha dado á todas las naciones. Parece que Dios se va compadeciendo del pueblo que abortó la reforma protestante. Los antiguos escandalos desaparecen, las cosas se mejoran insensiblemente. Sobre los escombros del antiguo clero, otro nuevo se ve levantar lleno de virtudes. Las doctrinas ortodoxas, ántes atacadas, vuelven á gozar de su antigua libertad. La facultad de teología católica de Tuning es un modelo de ortodoxia, de ciencia, de piedad y de erudicion; la de Tribourg posee profesores sobre todo elogio. Añadid á todo, que el protestantismo envía á la iglesia católica sus

[1] Recuérdese lo que se advirtió en la nota de la página 146.

mas bellos genios y mas nobles caracteres seguidos de los Zoïga, de los Winckelman, de los Haman, de los Stoobery, de los Schlogel, de los Haller, etc.

¿Y qué hace la Francia en medio de este gran movimiento? Nada. Dividida ella misma entre tantos partidos, dentro de sus clubs, en el seno de sus suscritores, y de sus hombres, de los que ninguno tiene la inteligencia del catolicismo, no se apersiben de este trabajo universal. Ella permanece estacionaria por lo que respecta á religion; y vendrá un tiempo en que apenas se creará hasta dónde ha llegado la indiferencia, la ligereza la ignorancia de tal nacion relativamente á esta materia. De todos los partidos y de todos los hombres que los han encabezado ¿se halla alguno que siquiera haya tenido la inteligencia y el sentimiento de la fé católica? Donde está uno solo que comprenda el sentido y el espíritu del catolicismo? Todos juzgan de la religion conforme á sus propias ideas, á los sistemas religiosos que han soñado leyendo á Platon ó á Confucio. ¿Pero ha habido alguno que haya leído ó estudiado el Evangelio?

Y si este estado de cosas dura por más tiempo, ¿qué vendrá á ser de la Francia? Sucederá, que en lugar de marchar ella, como debia espe-

rarse á la cabeza de todas las naciones, y de entrar, la primera, en esta era de unidad que se prepara, perderá su dignidad y la influencia que por doquiera comenzaba á tener. Y si alguno duda de nuestros temores, ó que à primera vista le parezcan exagerados, que escuche à otros que en idénticos términos lo han repetido ya antes que nosotros, con expresiones mas enérgicas.

«La verdad es, dice Platon, que si Dios no ha presidido el establecimiento de una ciudad, y que su principio haya sido puramente humano, no puede escapar á los mas grandes males.»

«Buscad, dice Hume, un pueblo sin religion, y si lograis encontrarlo, estad seguros que no se diferenciara de los brutos.» «En un estado libre, dice Polibio, el mas grande temor debe ser el de los dioses.»

El escepticismo exagerado, el espíritu de irreligion trasformado en sistema político, está más cerca de la barbarie que lo que se piensa. ¿Se comprende bien lo que sería un pueblo de ecsepticos y de ateos? ¿El efecto inevitable del ateismo es conducirnos á la idea de nuestra independencia, y por consiguiente, de nuestra rebelion: ¿qué escollo para todas las virtudes necesarias al mantenimiento del orden social! El escepticismo del ateo aísla á los hombres, así como la

religion los une. Rompe los lazos que nos estrechan los unos á los otros. Extingue la sensibilidad, sofoca todos los movimientos espontáneos de la naturaleza, fortifica el amor propio y lo hace degenerar en un sombrío egoismo. Sustituye la duda á todas las verdades, ama las pasiones y es imponente contra los errores; conduce por la ciencia de las opiniones á la de los vicios; marchita el corazon, destruye todos los vínculos, disuelve la sociedad. . . .

No bastarian las leyes y la moral para constituir un estado. Las leyes no dirigen más que ciertas acciones; la religion las abraza todas. Las leyes contienen el brazo; la religion se encarga de dirigir el corazon. Las leyes son relativas para el ciudadano; la religion se apodera del hombre. En cuanto la moral, ¿qué sería ella si permaneciera relegada á las altas regiones de la ciencia, y si las instituciones religiosas no la hicieran descender á los pueblos para hacerla sensible? La moral sin preceptos positivos, dejaría á la razon sin reglas: la moral sin orden religioso, sería una justicia sin tribunales. . . . Las máximas y las virtudes más necesarias al orden están bajo la salvaguardia de los principios religiosos y de la conciencia. Ellas adquieren entonces su carácter de energía, de fijeza y

certidumbre cuando no dependen de la ciencia movediza de los hombres . . . Interés es, pues, de los gobiernos humanos proteger la religion, porque ella es la que sirviendo de sancion á la moral y á las grandes verdades, viene á ser el apoyo y el objeto de la creencia pública; ella, en fin, es la base sobre la que el mismo autor de la naturaleza ha sentado á la sociedad para que colocada sobre tan poderoso fundamento disfrute de todas las garantias, que nadie más puede otorgarle. . .

Las ideas religiosas son las que han contribuido más que ninguna otra cosa á la civilizacion de los hombres. No tanto por las ideas, cuanto por las afecciones, es por lo que somos sociables. Con las ideas religiosas han procurado todos los legisladores moderar, dirigir las pasiones y los afectos humanos. No se juzga de una nacion por el pequeño número de hombres que brillan en las grandes ciudades. Al lado de estos existe una poblacion inmensa que tiene necesidad de ser gobernada, que es más susceptible de impresiones que de principios, y que sin el socorro y el freno de la religion, no conocerian más que la desgracia y el crimen. Los habitantes del campo no serian más que grandes masas de hordas salvajes viviendo en prolonga-

dos territorios, si la religion, llamándolos á los templos, no les suministrase frecuentes ocaciones para aproximarse, y no los dispusiese para gustar de las comunicaciones y dulzuras sociales.

El espíritu de religion es el que únicamente sostiene el espíritu de la sociedad. Quitad la religion á las masas sociales, ¿y con qué quereis reemplazarla? Si ellas no se ocupan en el bien, se ocuparán en el mal. El espíritu y el corazon no pueden permanecer vacíos, porque siendo por su naturaleza activos, repugnan la inaccion. Cuando en ellas, pues, no haya religion, tampoco tendrán patria ni sociedad, porque los hombres recobrando su independendencia, no tendrian más que la fuerza para abusar de ella.

Pero entre todas las religiones el cristianismo es el más sociable. . . . El solo ha civilizado los pueblos de Europa, y les ha dado sobre todos los demas una superioridad incontestable. Es ella, la religion católica, la más adecuada á la situacion de todas las naciones formadas y á la política de todos los gobiernos? Sí, porque esa religion, nada nos ofrece que sea puramente local, nada que pueda limitar su influencia á tal pais ó tal siglo, mejor que á tal otro ó á otro pais: se muestra no como la religion de un pue-

blo sino como la de los hombres; no como la religion de un pais sino como la del mundo.....

En moral, ¿no es la religion católica, la que nos ha trasmitido el cuerpo entero de la ley natural?

¿No nos enseña ella todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que es amable? Reco-

mendádonos siempre el amor á los hombres, y elevándonos hasta el Criador, no ha fundado el

principio de todo bien? ¿No nos ha abierto la verdadera fuente de las costumbres? Si el cuer-

po de la nacion, si los espíritus más simples y ménos instruidos están hoy más firmes que no

lo estuvieron los antiguos sabios sobre las grandes verdades de la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma humana, de la existencia de

una vida futura, ¿no somos deudores de todo esto al cristianismo? Solo él prescribe todas las

virtudes y manda todos los sacrificios que pueden hacer la felicidad de las sociedades. Cuando

uno es testigo de ciertas virtudes que la religion ha inspirado á ciertos hombres, no puede uno

ménos de sentir que un destello del cielo irradia sobre la tierra. ¿Y querriamos conservar-

las cegando la fuente que las produce? No nos engañemos; solo la religion puede llenar el in-

menso espacio que existe entre Dios y los hombres." (1)

El mal de Francia, el gran mal que la envilece, antes de perderla enteramente, es la ausencia de la fé; lo hemos dicho y no nos cansaré-

mos de repetirlo: ved la gran llaga del estado social. Profunda es, no hay duda; y con todo

no nos persuadirémos que sea incurable; por lo que, Sacerdote oscuro como soy, y sin relacion

con el poder, por cierto que no me pertenece trazarle su marcha; y sin embargo podemos ad-

vertirle de paso, y como un recuerdo, aquella célebre fórmula de los romanos cuando la partia

estaba en peligro: *Videant consules ne respublica aliquod detrimentum patiatur.*

(1) Portalis: Discurso al cuerpo legislativo sobre la organizacion de los cultos.

• Enviado para difundir la luz por todas partes, el Sacerdote católico dará a su enseñanza formas progresivas; y mientras que una sublime y misteriosa inmutabilidad marque para siempre el centro del dogma, los métodos de exposición seguirán el desarrollo del espíritu humano y la marcha del tiempo. Una inmensa empresa se ha confiado pues al Sacerdote católico: la regeneración del mundo, y de la Francia en particular.

En presencia de este abismo de corrupción, al frente de esta ausencia de fé que caracteriza a la sociedad actual, el Sacerdote católico se armará de valor y de celo, pero de aquel celo prudente, de aquel celo esclarecido, de aquella tolerancia cristiana, que reprende sin actitud, que corrige sin amargura. Combatirá, resistirá las pasiones, pero compadeciéndose de los hombres; orará en lugar de maldecir, porque el mundo tiene más necesidad de indulgencia que de anatemas; descenderá hasta las últimas clases de la sociedad para hacerlas revivir, para regenerarlas. Con la antorcha de la fé en una mano, con la otra les mostrará a todos y a cada uno sus deberes y el lugar que han de ocupar. La ignorancia tiende a centralizar las poblaciones; por esto el Sacerdote se esforzará en reprimir tan funesta tendencia; hará que cada uno se fije, se

## CAPITULO XXVII.

## PORVENIR DEL SACERDOTE CATÓLICO.

Gérmen de todo progreso, de toda civilización de toda libertad, el cristianismo confiere al Sacerdote católico una misión de luz, de civilización, y de libertad progresiva. Ved por qué el divino Maestro dijo a sus discípulos: *Sois la luz del mundo*. En la esencia del cristianismo, la idea del progreso se extiende a todo lo que es humano. Que se nos muestre un beneficio que no descuelle del Evangelio, que se nos cite una mejora que de él no venga. Y con razón, porque toda claridad solo viene de la fé católica.

limite á su profesion por amor del bienestar individual primeramente, y despues por el social. Apóstol de la libertad evangélica, será el amigo constante del orden establecido y del poder que la garantiza. En fin, será todo para todos, recordándoles á todos, y á sí mismo, como lo hacia el Salvador: *Venid á mí todos los que sufrís, pues yo os consolaré.*

Sepa, pues, y compréndalo muy bien el Sacerdote católico, que los destinos del porvenir están en sus manos, que solo á él está reservada la regeneracion moral y física de la sociedad y que para que el siglo sea ilustrado, primero debe estarlo él. Nunca su porvenir podrá ser más grande, jamás su actualidad se sintió más vivamente en las altas regiones de la ciencia y de la política, como ahora. Por cierto que no serán los libros y los periódicos, que ni se leen por todos, y que como están escritos, no harian más que extraviar, los que conduzcan al pueblo á la religion, á la sumision de los poderes establecidos; no la harán las leyes que él menosprecia, y cuyo yugo sacude cuantas veces lo puede hacer impunemente; no serán los magistrados á quienes no respeta, ni obedece sino obligado, no será la fuerza material de que dispone el poder, porque, ¿qué es ella respecto de la que dis-

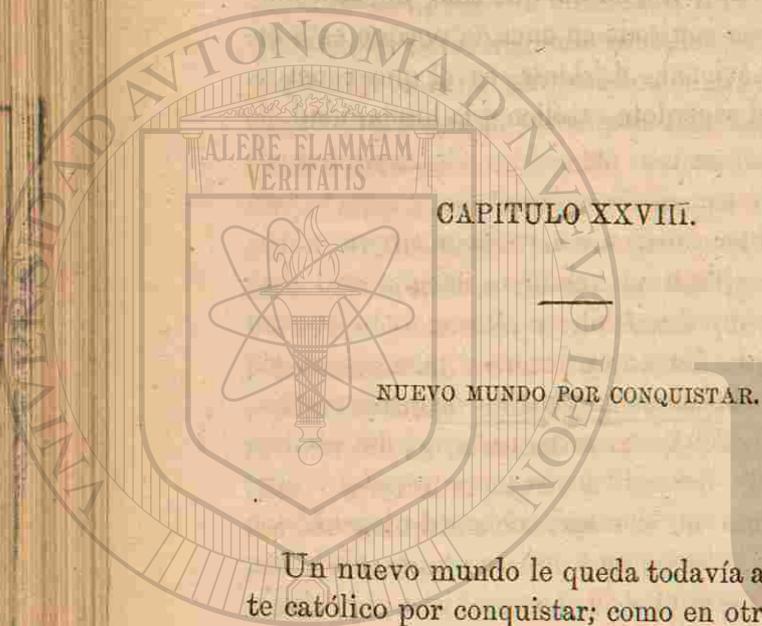
pone el pueblo y que tantas veces le ha servido para arrollar todos los obstáculos que se han opuesto á sus pasiones? Tampoco lo será la fuerza moral, porque ¿dónde encontrarla hoy en ese esceptismo que generalmente reina en el mundo, en esa profunda indiferencia donde todo va á precipitarse, donde todos los principios y las virtudes desaparecen? ¿Quién pues sostendrá la sociedad, cuando está bamboleando desde sus mismos cimientos?—El Sacerdote católico —y solo él—puede obrar este cambio. Esta es una verdad, fruto de la experiencia y de la reflexion. El pueblo no puede ser esclarecido más que por la autoridad religiosa, y solo el Sacerdote católico es capaz de arrancarlo de las ilusiones, de la impiedad, del espíritu de anarquía en que está imbuido; solo él es capaz de inspirarle el amor al orden y el respecto á las leyes, colocándolo en los brazos de la religion.

Dios quiera que esta fé que se abriga en el seno del genio sacerdotal, y cuyos destellos comienzan ya á relucir, sean esclarecidos por una nueva aurora. Dios quiera que ese resplandor brille sobre el mundo, sobre la Francia principalmente, cuyos reyes fueron llamados por los Pontífices romanos los primogénitos de la Iglesia, y que á su turno supieron muy bien mere-

cerlos con sus esfuerzos gloriosos. Dios quiera que la humanidad se revivifique al calor de este astro benéfico y marche con todo su esplendor en la vía del progreso intesante que desde su nacimiento habia seguido constantemente. El dogma de la perfectibilidad indefinida no se encuentra más que en estas palabras del primer Sacerdote católico, Nuestro Señor Jesucristo: *Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos.* Es decir, aproximaos cuanto os lo permita la inteligencia limitada á la inteligencia infinita, á la justicia infinita de Aquel que es el Ser por excelencia; verdad es que tal objeto no lo podreis alcanzar en toda su inmensidad, pero sí podreis siempre aproximaros á él. Marchad pues adelante, y marchad siempre. Tal orden del Maestro ha sido repetida en todo tiempo por el Sacerdote católico, no solamente al individuo, sino á la sociedad, y siempre la estará repitiendo. Sí; hoy como en el pasado, su poderosa voz retumbará en toda la humanidad; es aquel grito francés que Chateaubriand oyó resonar atravesando los desiertos que gemian al derredor de Jerusalem, en los juegos donde retozaban los jóvenes del desierto, aquel grito que les habian enseñado los guerreros de Godefroi, de San Luis, de Napoleon, aquel grito, palabra

de orden al género humano, pero de la Francia principalmente, porque ella lo obedece con la más ciega sumision en los peligros como en la gloria; aquel grito, en fin, que solo nuestra lengua expresa con toda su energía porque está en el génio nacional, *Adelante*, es el que repetirá siempre el sacerdote católico á la humanidad.

nos, la ha engañado indignamente. Luz incierta, antorcha engañosa, la razón también la ha precipitado en extravíos hasta entonces desconocidos. Las pasiones y la envidia se disputan su cadáver; el egoísmo brutal, la sensualidad salvaje, el deleite insaciable, la ambición infatigable, la inquieta avaricia, conmueven, atormentan y desgarran el último giron de vida que todavía le queda. Idolatría de nuevo género; pero no menos grosera, y no menos difícil de dominar y aplastar. Añadid á tantos vicios los refinamientos del deleite y el abuso de una divina religión. Cuando el primero de los Sacerdotes católicos descendió de los cielos y apareció en el mundo para salvarla, el mundo se dió prisa á romper los lazos que lo tenían cautivo. Hoy, por el contrario, multiplica sus cadenas; el lodo de sus pasiones forma sus encantos, y encuentra su satisfacción en la oscuridad de la nada; cuando ciertas almas de distinción contemplan otros objetos y abren los ojos á la verdadera luz, la multitud trata de quiméricas sus especulaciones, porque su pensamiento no las puede comprender, y las deja que se embriaguen de una felicidad que cree imaginaria. Ellas se asemejan, dice Platon, á ciertos hombres encadenados en el fondo de una caver-



Un nuevo mundo le queda todavía al Sacerdote católico por conquistar; como en otro tiempo al descender del Calvario, la humanidad yace bajo los restos de su grandeza y de su gloria, hoy como entonces, busca un guía, un protector, un apoyo: fatigada de su aislamiento, horrorizada del abismo que siempre va extendiéndose ante ella, pide á grandes gritos un remedio para sus infortunios; entonces descubre que la filosofía, á quien poco antes había confiado sus desti-

na desde que nacieron, donde atados á sus hierros é inmóviles, no saben de dónde viene el ligero destello que los alumbrá; y cuando con sus ojos fijos sobre el fondo de su caverna ven indistintamente proyectarse las sombras de los objetos que pasan sobre sus cabezas, llaman á este crepúsculo el día, y á aquellas vanas sombras realidades. Y si alguno entonces logra dejar su cadenas y se lanza hasta la salida de la caverna y descubre por fin la verdadera luz del cielo, y al mundo, y á la naturaleza, y á la vida, y así lo refiere á los que tranquilamente reposan todavía atados con sus hierros en la oscuridad, estos ciegos tratan aquellas relaciones de paradojas, de mentiras, y califican su sabiduría de locura.

Ved al mundo, vedle tal como es. Que no se me acuse de exageracion; lo he pintado sin rencor y sin aborrecimiento; encorvado como todos los hombres mis hermanos bajo el yugo de las miserias humanas, ¿renegaré de mi origen? Soy hombre, y nada de lo que pertenece á la humanidad, me es extraño. No quiero para mí más de lo que lo soy y si tuviera la pretension de crearme más que el último de los hombres, mis propias miserias, esas miserias, triste é inevitable herencia de un nacimiento viciado, me conduci-

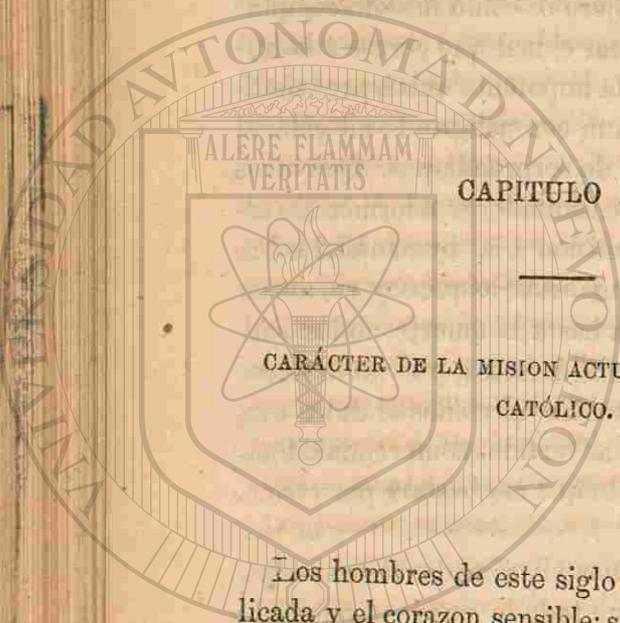
rian desde luego á ideas más sanas, y me gritarian: hombre, acuérdate quien eres?

¿Es decir con esto que yo deba cerrar los ojos como escritor lisonjero ó como filósofo complaciente para no indicar el mal que corroe á la humanidad? Centinela impotente quizá, pero siempre fiel, señalaré, aun con peligro de mi vida, al enemigo que trata de sorprendernos. Que otros con sus discursos encantadores adormezcan como profetas sin mision á la humanidad sobre sus vicios y extravagancias; lo que soy yo, amando á mis hermanos hasta la muerte, no les ocultaré ninguno de sus defectos; y si no lo puedo conseguir, habré tenido al ménos el dulce consuelo de haberlo advertido, comprendiéndome quizá el porvenir, lo que me bastará por recompensa.

Sacerdote del Dios vivo, nada temas; tú lo puedes todo, porque todo lo puede el que te ha enviado: tu mision es difícil, es cierto, y ahora más que nunca lo será; pero si la cumples, tu gloria será más grande: adelante, pues, porque la fé te promete la victoria y la fé es la espada que ha vencido al mundo. ®

los sacrificios y austeridades de la cruz; ocultará las unas y las otras bajo la deliciosa esperanza de una felicidad real, de una corona cierta, de una gloria prometida; mostrará el Calvario al través del Thabor; necesario será que haga amar la religion ántes de imponerla; la insinuará, la persuadirá á fuerza de caridad y de tolerancia.

Solo en su oratorio y ante su Crucifijo, porque el arma del Sacerdote católico es la oracion: él amará, porque su fuerza es el amor; y cuando el mundo vea en fin que el Sacerdote le ama, él tambien le amará á su turno. Cuando los hombres vean que él no es enemigo ni de su industria, ni de sus progresos, ni de sus máquinas, sino que al contrario los aplaude por todo, que los alienta en sus empresas y los sostiene en sus trabajos, oh! entónces, estemos seguros que le otorgarán su confianza, y que lo amarán. Le dispensarán de no asistir á sus fiestas mundanas y bulliciosas; y cuando vean que él no se desdénia de asociar su ministerio á sus trabajos, el mundo no extrañará, ni mucho ménos calificará de criminal su retraimiento, cuando se persuade que no es por aborrecimiento, ó por rencor, ó por orgullo, sino por deber, por conciencia, por lo que no concurre, puesto que con toda su volutad atrae sobre las obras de su ingenio to-



## CAPITULO XXIX.

CARÁCTER DE LA MISION ACTUAL DEL SACERDOTE  
CATÓLICO.

Los hombres de este siglo tienen el alma delicada y el corazon sensible; se sienten enfermos, pero se complacen en su enfermedad; temen más el remedio que podria curarlos, que el mal que los consume; afrontan la muerte; se diria que habian hecho pacto con ella. El sacerdote católico se aprovechará de esta extrema sensibilidad; á esta profunda susceptibilidad opondrá las dulzuras del Evangelio; no descubrirá desde luego

das las bendiciones del cielo para que con ellas prospere sobre la tierra. Le amará también el mundo al verle que sabe sacrificar sus bienes, así como su vida, por todo lo que sufre, no reservándose más que el óbolo necesario para nutrirse y cubrirse.

Sobre todo, persúadase que para que remedie tantos males como afligen à la humanidad, el Sacerdote católico no debe usar de la intolerancia, porque no es por la violencia, ni por los arranques de un carácter duro y áspero y poco comedido, por lo que la religion se haga amar y respetar: inflexible tratándose de sus principios, el Sacerdote católico debe obrar en todo lo demás con mesura, con prudencia, con sabiduría, con dulzura y con bondad; debe mostrarse digno émulo de Nuestro Salvador Jesus, el amigo de los pecadores, el sostén de los justos, la providencia de los pobres, el apoyo del débil, el consuelo de la viuda y del huérfano, el ángel de la paz y del buen consejo, la luz de los hombres, el embajador del Omnipotente por la gravedad de su conducta y la dignidad de sus palabras: ved las disposiciones únicas que pueden hacer su mision fructuosa y abundante. El sabio y piadoso Obispo de Cambray, Fenelon, habia comprendido muy bien toda la necesidad de

esta condescendencia, y por esto, dirigiéndose à los Sacerdotes de sus diócesis les decia para reanimar su celo: "Sed padres, digo mal, sed madres; Jesucristo, con todo y ser Dios, jamás hubiera salvado al mundo sino le hubiere amado. El amor fué el que fecundó la nada, y él fué también el que regeneró à la creacion decaída: y ¿podria ser esto de otra manera cuando Dios no es más que Caridad?

Ved, pues, las exigencias del mundo. Debe comprenderlas el sacerdote católico; una mano maestra nos las ha trazado, aunque no siempre se sostuviera católica. La presencia de un prelado à la innauguracion de un camino de hierro de Strasburgo à Bale ha bastado para reconciliarlo con la Iglesia. Escuchadle: por el corazon de uno, juzgareis el de todos.

"Lo que yo no puedo expresar en estilo de proceso verbal, en el recogimiento perfectamente natural y lleno de un entusiasmo respetuoso en medio del cual se verificaba aquella bendicion. ¡Excelente pueblo de Alsacia, raza benévola cuya tolerancia tan bien se alia con una fé tan viva y tan sincera! Un prelado católico era el que oficiaba, y los protestantes eran los que formaban la mayoría de la asistencia, siendo lo más granado de su sociedad en sus cuatro quintos.

Verdad es que el prelado que consagraba el camino de hierro y por quien esta asamblea *herética* se dejaba bendecir según todas las formas de la liturgia romana, era venerado en Alsacia por su caridad y sus luces; verdad es también que la ceremonia misma; extendiendo su mano á la industria para protegerla, este matrimonio de la luz y de la máquina de vapor, por parte de un prelado católico, era tomado por un avance en el siglo en que pasaba y como un paso dado en la vía que él ama y protege, porque tal era en efecto. »

¿No os parece que hace algún tiempo que la Iglesia católica se prepara dignamente á conquistar el terreno que en tiempos borrascosos había perdido, y que está en vísperas de reconciliación con las tendencias novadores de la época? No es un espíritu nuevo el que le anima, porque este es uno, eterno, que no se modifica, ni progresa, porque es inmutable y es la misma perfección. El que dijo: «Ama á tu prójimo como á tí mismo,» ha dicho la última palabra de Dios. Por parte de la Iglesia, no puede obrar sino con una nueva manifestación de su antiguo espíritu. Hace algunos siglos la Iglesia estaba inmóvil y pasiva. La actividad material de los pueblos civilizados, le ha-

bía sido agresiva y hostil con un aborrecimiento implacable, que á mayor abundamiento habían provocado, lo confesamos, excesos individuales, colectivos algunas veces, y faltas y crímenes aislados. La Iglesia aguardaba con paciencia el fin de la tempestad. ¿Qué le importaban los clamores de los tiempos? tenía para sí la eternidad, aguardaba, porque sabía y había anunciado, que al fin del laberinto filosófico, las naciones encontrando él abismo de la nada, retrocederían espantadas. Ella todo lo esperaba envuelta en su manto y sentada sobre la roca de las edades, y frente al volcán que bramaba, y del mar que venía á chocar con sus embravecidas sobre la Santa Sede; el Soberano Pontífice, anciano moribundo, no teniendo ya más que unos momentos que pasar sobre la tierra, permanecía sereno, como si tuviera la certidumbre de mandar con un gesto á los elementos desencadenados; y ninguno de los titanes podía verle sin bajar la vista; tan imponente era su fé, tan majestuoso el sentimiento de la eternidad impreso sobre su frente, que alimenta aún á los más débiles. Y bien: el momento predicho al siglo burlesco é incrédulo ha llegado. Nuestras naciones nominalmente católicas, que saliendo presuntuosamente de la vía sacudiendo el polvo

de sus piés, y riendose con una risa burlona, se habian entregado al dédalo de la filosofía exceptica, imaginándose descubrir al término de sus extravíos, el parañon terrestre, han encontrado que estaban sin salida; y vedlos ahora, vuelven sobre sus pasos; y viendo que los hombres daban un paso hácia el catolicismo, este se pone tambien en movimiento para salirles al encuentro. Se le habia creido muerto, porque estaba inmóvil, y vedle ahora pue se reanima. El tronco antiguo de Jessé está para reverdecer. Siempre es la misma sávia, la sávia inmortal siempre nueva, la sávia inmortal de la caridad es la que en él circula; pero nuevos ramos brotan, segun la novedad de los tiempos. Hoy es el ramo de la industria que debe florecer

El clero francés fija su atencion y sus esfuerzos sobre la industria. Leed las pastorales de sus prelados más sabios y más poderosos; escuchad las predicaciones de sus más elocuentes oradores. Todos los hombres son convidados al trabajo como una fuente de moralidad. El bienestar y la comodidad que alejan los amargos cuidados y las siniestras inspiraciones de la miseria, son ya honrados y exaltados. Todos los días la iglesia engasta en el círculo de sus solemnidades las fiestas industriales. Ved al Obis-

po de Nancy inaugurando los buques de vapor de la Mosella y de la Meurthe; en Strasburgo haciendo otro tanto el diosesano con el canal de Ill, así como con los vapores del Rhin que entran á la ciudad; en Bourdeaux al Arzobispo presidiendo la apertura del canal de Landes y el camino de hierro de Teste. Y no digais que al obrar así el Catolicismo se separa de su línea y rompe con sus tradiciones: nó, no es así; porque las fiestas de agricultura que al parecer son una industria, las ha solemnizado desde su origen, las ha rodeado con todas sus pompas, y las ha santificado con sus oraciones. El siglo es el que se ha cambiado haciéndose manufacturero y cubriéndose de canales, de caminos de hierro, de buques de vapor, y la Iglesia otorga a las manufacturerías y á todas las creaciones útiles del hombre lo que habia hecho por la agricultura. Felicitémonos de ésto, y démosle gracias con toda la efusion de nuestro corazon. Todos sabemos los temores que abriga con aquel sistema manufacturero, donde se carece de todo sentimiento religioso, y donde no hay idea religiosa, advirtiéndoles á unos que todos los hombres somos hermanos, siendo hijos de un mismo Dios, y á los otros que la sumision es una gran virtud

agradable al Señor, y que para que se sepa obedecer, es necesario primero saber mandar.

Con la intervencion de la religion en los países de la Europa meridional, así como en todos aquellos donde se desarrolla la industria manufacturera, no hay medio entre el catolicismo y el filosofismo egoista; corruptor y subversivo el sistema manufacturero, llegará á ser una palanca de anarquía brutal, ó el instrumento de una opresion degradante; á la sombra de la fé religiosa, al contrario, servirá para constituir sólidamente la libertad práctica de que los pueblos están ansiosos criando inmensas riquezas y repartiéndolas equitativamente, dotarán entónces al mundo de materiales de igualdad orgánica. Porque la ley de Jesucristo fué siempre una ley de franquicias al mismo tiempo que de disciplina; y la igualdad proporcional sobre la tierra, ¿qué otra cosa es sino la imágen terrestre de la igualdad de la otra vida, tal como el cristianismo la ofrece á los hombres en perspectiva? Si quereis convenceros de esto, dejad aparecer al catolicismo activamente sobre la escena del mundo actual, tal como en el pasado, animado del amor de la libertad humana; realizad el reciente Breve del Soberano Pontífice, sobre el que poco se ha fijado la atencion, ó mejor dicho

no se ha fijado, por el ruido producido por nuestra manía parlamentaria, en favor de la abolicion de la esclavitud. Prueba evidente que el impulso al cual cede hoy el clero es eminentemente gerárgico, y que la religion está en pié, conforme á las leyes del equilibrio, con la cabeza arriba y sostenida sobre sus piés. ¿Se puede decir otro tanto de nuestra política perfeccionada? (1)

El Sacerdote católico no puede pues cumplir la gran mision que se le ha impuesto, la de conducir á los hombres por el camino de la verdad y de la virtud, sino favoreciendo las tendencias de la época, apoderándose del movimiento actual, dirigiéndolo hacia Dios por sus luces, por su bondad, por su tolerancia, por su paciencia y por su caridad. Un nuevo movimiento se advierte hácia la fé, todo el mundo lo conoce pero tal movimiento está todaviá sin direccion, está indeciso. El hombre se inclina á las creencias religiosas, siente su necesidad, todo lo comprende; pero aguarda una mano que le muestre el camino, un hombre que lo dirija por la fé. Es-

---

(1) M. Cavalier. *Periódico de los Debates*, 22 de Setiembre de 1814.

te hombre esperado es el Sacerdote católico. Que se apodere pues de este trabajo, de este movimiento: hé aquí la misión que tiene que llenar en la sociedad actual, hé aquí su constante y única aplicación, para conseguir la cual, todo debe ponerlo en juego, estudios, oraciones, caridad, vigilas, reposo, todo en fin debe ser sacrificado para conseguir esa grande obra de regeneración intelectual.

## CAPITULO XXX.

## EL SACERDOTE CATÓLICO APÓSTOL DEL PUEBLO.

En el tiempo en que vivimos, siglos de miserias y de dolores profundos, no sabriamos encarecer como merecen estas palabras del dulce Salvador, para recordar la resignación cristiana á la humanidad doliente: *Venid á mi todos los que sufris, que yo os aliviare.* En efecto, si la Francia, si la sociedad toda, quiere un remedio para sus males, un alivio para los infortunios que la afligen, no tiene mas que uno, único, infalible: el sendero que conduce á Dios, á su religion, á

te hombre esperado es el Sacerdote católico. Que se apodere pues de este trabajo, de este movimiento: hé aquí la misión que tiene que llenar en la sociedad actual, hé aquí su constante y única aplicación, para conseguir la cual, todo debe ponerlo en juego, estudios, oraciones, caridad, vigilas, reposo, todo en fin debe ser sacrificado para conseguir esa grande obra de regeneración intelectual.

## CAPITULO XXX.

## EL SACERDOTE CATÓLICO APÓSTOL DEL PUEBLO.

En el tiempo en que vivimos, siglos de miserias y de dolores profundos, no sabriamos encarecer como merecen estas palabras del dulce Salvador, para recordar la resignación cristiana á la humanidad doliente: *Venid á mi todos los que sufris, que yo os aliviare.* En efecto, si la Francia, si la sociedad toda, quiere un remedio para sus males, un alivio para los infortunios que la afligen, no tiene mas que uno, único, infalible: el sendero que conduce á Dios, á su religion, á

sus Sacerdotes: *Venid á mí, repetirémos, todos los que sufris, que yo os aliviare.* ¡Palabra admirable, expresion sublime de un corazon abrasado de amor por el pueblo! Tal es la palabra del Verbo, de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo hemos ya dicho en el curso de esta obra, y lo seguiremos repitiendo siempre porque creemos que es la verdad; que volver hácia la ley moral, hácia la religion, son las cosas de la mas alta importancia, las cosas más necesarias para mejorar las clases, y por consiguiente, para mejorar al pueblo. Jamas se encontraria el alivio y la mejora verdadera fuera de la religion y del Sacerdote católico. Porque si aqui no se encuentra, ¿donde, pregunto, podrá hallarse!

¿Vendrá de las sediciones, de los motines?...

Pero despues de tantos años que ellos han invadido nuestras calles, ¿qué han producido? el espanto, la desconfianza, la paralización del comercio en la sociedad; para algunos individuos el deshonor, las prisiones, el cadalso.... en el exterior, fatigados de nuestro humor sedicioso é insurreccionado, los reyes y los pueblos nos temerán y nos amarán; y por consiguiente, pocas ó ningunas simpatias tendremos; y formaremos entónces una familia aparte en la familia europea: en el interior, el poder siempre y sin cesar

ocupado en reprimir las facciones ó en vigilarlas, no pensará, ni podrá pensar jamas mas que en esta vida de un dia que no le dejará tiempo para hacer el bien, pues que siempre debe estar ocupado para reprimir el mal. ¿Vendrá por destruir el gobierno establecido? Pero ¿quien ignora que las revoluciones no son más que solo en provecho de algunos? ¿cuál es en efecto la rebelion en que el pueblo no haya sido engañado, y la victima de su credulidad? Se sirve de él para preparar, para ponerla en obra, y una vez ejecutada, ¿qué sucede? Se le relea al olvido, á su oscuridad y á una miseria más profunda. El pueblo romano aplaudió á Bruto en la expulsion de Tarquino, y ¿fué por esto más feliz? Y lo que entónces sucedió, ha seguido sucediendo segun la historia de todas las revoluciones.

Todos aquellos que bajo el velo hipócrita de la filantropía dicen al pueblo: *Rebélate, destruye al gobierno, toma la armas; ellos lo matan, lo degüellan brutalmente, lo inmolan á su ambicion, mutilan su cadáver, lo arrojan al muladar.* ¡Pueblo, pueblo, no escuches su voz!

Se ha visto á un hombre, revestido con el carácter sacerdotal, dotado de una rara inteligencia, cual solo de tiempo en tiempo se deja ver

sobre la tierra, y que ha dicho á sus semejantes palabras y cosas sublimes: pero que ha usado de un lenguaje infernalmente bello para seducirlo. Escuchad lo que decia este desgraciado.

"Mira, ¡oh pueblo! tiempo es ya que justifiques al autor de los seres creyendo que al crearte te reservó el estado más conforme á su justicia y á su bondad.

"Tu dices tengo frio, y para calentar tus miembros ateridos, te atan con triples cadenas.

"Dices tengo hambre, y se te responde: come las migajas que se recogen en nuestros festines.

"Tengo sed, repites, y se te responde: bébete tus lágrimas.

"Sucumbes bajo el peso del trabajo, y tus amos se regocijan por esto, llamando á tus fatigas y á tu estenuncion el fruto necesario del trabajo.

"Te quejas de no poder ilustrarte ni de desarrollar tu inteligencia, y tus dominadores gritan: bueno es necesario que el pueblo esté embrutecido para poder ser gobernado."

Palabras impías; conceptos blasfemos que con el mismo golpe matan á Dios, á la sociedad, y nos conducen á todos á las saturnales de la anarquía.....

Jesucristo, aquel dulce Salvador que amó tanto á su pueblo hasta dar su vida por él, no hablaba así; y cuando en sus excursiones apostólicas decia: *venid á mí todos los que sufrís y padecéis, que yo os aliviare*, no era ciertamente para sustraer al pueblo de la dominacion de las autoridades á que estaban sujetos; predicaba, y practicaba El mismo la sumision más profunda; y el apóstol, comentando el evangelio de su Maestro, quiere que las obedezcamos, no por temor, sino por deber por conciencia, por amor; porque en la obediencia perfecta se encuentra la paz, la felicidad, la prosperidad del hombre y de la sociedad.

Acuérdate ¡oh pueblo! de tu pasado, y dime: ¿no es cierto que siempre encontraste al pié de la cruz, y al lado del Sacerdote católico el consuelo para tus males, y la libertad de que tan ávido estabas?

¿Qué eras tú en el antiguo mundo sino un rebaño, un vil hato, reducido á una pocilga? Y ¿quien te rescató de tan miserable estado y de envilecimiento tan brutal? Nadie más que Nuestro Señor Jesucristo, primer Sacerdote católico. ®

Y en la edad media, ¿qué erás tú? un pobre esclavo, una propiedad que los Señores feudales y los grandes explotaban en provecho suyo.

Cuando tú estabas fatigado por su tiranía, que no tenias ya fuerzas para soportar tu miseria y los malos tratamientos porque te hacian pasar, ¿á qué puertas ibas á tocar para encontrar el consuelo, para pedir resignacion en medio de tu desesperacion y rabia? A las del Sacerdote católico; á las de los monasterios, á las de las abadías, á las de los claustros, en todas los que erais recibidos como si hubierais sido hijos de las mismas. Allí eran calentados vuestros miembros entumecidos cubierta vuestra desnudez, saciada vuestra hambre y vuestra sed con todo lo necesario para la vida. Y allí se calentaban vuestros miembros ateridos, se cubria la desnudez de vuestros hijos, y se te daba el pan necesario para vivir.

¿Quién te ha defendido siempre contra la tiranía y las pasiones de tus amos? ¿No es un anciano coronado que lleva el nombre de Gefe del Sacerdocio católico?

En tiempo de hambre ¿quién te ha alimentado, quién te ha vestido, quién te ha reanimado? ¿No es el Sacerdote católico?

En tiempo de peste; ¿quién ha ido á visitarte en tu lecho de dolor, quién ha ido á dulcificar tus dolores, á mitigar tus sufrimientos, á prodi-

garte los cuidados de una madre? ¿No es el Sacerdote católico?

Y si es el Sacerdote católico quien tanto se empeña y sacrifica por mitigar tus penas ¿por qué, dime, no le amas? ¿Por qué no escuchas su voz cuando te habla, siendo ella como es, tan dulce, y tan consoladoras las palabras que salen de su corazon? Sí, porque ellas son al corazon del que sufre, lo que es al viajero fatigado por los ardores del sol, la fresca sombra de un arbol umbroso.

La filosofia te extravía; las malas pasiones te han perdido. Te han hecho ellas creer que el Sacerdote era un egoista, un avaro, un enemigo de tu felicidad; tú lo has creido, y por eso te has desprendido de la mano de tu bienhechor para precipitarse en el seno de tu más cruel enemigo. Y si nó, dime, ¿eres acaso feliz desde que sigues esas doctrinas perversas? Pon la mano en tu corazon y respóndeme; y si no eres feliz ¿por qué no vuelves como otro hijo pródigo al seno del padre que te ama y que te amará siempre, no obstante aus extravíos?

¡Oh, cuantas lágrimas le has costado! y aun ahora que conoce los males que te afligen, y hoy mismo que ha tenido que sufrir por tí, lo diré por fin, todo el furor de tus extravíos, no ha po-

dido ver tu miseria sin compadecerte. Ha salido por el mundo, lo ha recorrido todo, se ha parado en todas las encrucijadas, y elevando su voz ha dicho: *Vosotros todos los que sufrís y estáis agobiados, venid á mí y yo os aliviare, os consolaré*; mira ¡oh pueblo! por qué él sabe hasta el quinto piso donde habitas, considera por qué él bendice tus caminos de hierro y tus canales, tus naves, tus fabricas, tus oficinas; no olvides por qué él adorna tus Iglesias, por qué te las restaura; sábetete que lo hace todo porque te aguarda con paciencia, porque tiene fé en que al fin le harás justicia y te fiarás en su mision.

Comprende pues su abnegacion, su caridad, y escucha lo que voy á decirte, yo Sacerdote, yo pueblo como tú.

Cuando te falte pan, en lugar de extender la mano á los que te lo han dado en nombre de la rebelion y del crimen, pídelo al Sacerdote católico que te lo dará en nombre de Dios tu Creador, tu Padre; porque así es como Dios quiere que le llames.

Cuando carezcas de trabajo, en lugar de asociarte á los del desórden, en lugar de concurrir á los clubs y á las reuniones societarias ó comunistas anda, á encontrar al Sacerdote católico y él te lo procurá.

Cuando estés desalentado en tu vida, en lugar de considerarte como una carga pesada, anda á encontrar al Sacerdote católico, él te ayudará á soportar tus desgracias al presente y te las mejorará para el porvenir.

Cuando estés enfermo, anda al Sacerdote católico, pues entónces él vendrá á curarte. No le temas; su presencia te traerá la felicidad.

Cuando estés capáz, en lugar de ir á los festines que destruyen tu salud y tus economías, anda á encontrar al Sacerdote católico, y tu alegría será entóncess más pura, y tu salud más floreciente, porque su palabra trae tambien la felicidad.

Por más desgraciado que seais, en fin, el Sacerdote católico será más grande que todas las desgracias, y tú experimentarás toda la verdad de estas palabras; *venid á mí vosotros todos los que padecéis, y que estáis agobiados, que yo os aliviare.*

el tumulto y ruido de las armas como San Ignacio; ya en fin, en el silencio, en el estudio y en el dominio de las letras, como San Francisco Javier. Conduce aquella alma que ha elegido á las profundidades de la soledad y del retiro, y allí le habla á su corazón. Hombres venerables, héroes de los tiempos modernos, majestuosos restos de la milicia de Jesucristo cuyos cabellos han emblanquecido á la sombra del santuario, son los que rigen esta educación clerical.

Mucho ántes que el sol aparezca sobre el horizonte, cuando todo reposa en el silencio, la campana matinal viene á interrumpir el sueño de los jóvenes levitas para invitarlos al trabajo, nunca durante mi residencia en el Seminario, oí esta voz de bronce sin sentir no sé qué movimiento de alegría celestial; la noche, el silencio, el reposo, el sueño, de repente se suspenden á esta voz: *gloria á Dios, bendigamos á Dios*, cuyo eco, repitiéndose de dormitorio en dormitorio; de corredor en corredor, se prolonga hasta la última celdilla del seminarista, inspirando sentimientos muy diferentes de los sentimientos terrestres. Comienza el ejercicio de la oración; cada uno la hace con fervor porque siente la necesidad que tiene de hacerla; se pide en ella por los amigos, por los enemigos, por los justos,

## CAPITULO XXXI.

## EDUCACION DE LOS JÓVENES QUE ASPIRAN AL ÓRDEN SACERDOTAL.

Para el cielo y para el Sacerdocio, no hay ante Dios ninguna preferencia ni acepción de personas. Para manifestar su gloria, así como para continuar el ministerio de su Hijo, Dios se sirve indistintamente de todos los hombres. Por esto escoge para ministros de su Iglesia y dispensadores de sus gracias, ya á un pastor entre su rebaño, como San Vicente de Paul; ya un grande de la tierra que goza de los esplendores humanos, como el príncipe Hohenloe; ya entre

por los pecadores, por los gobernantes, por los gobernados, por el soberano Pontífice y por todos sus vicarios que lo representan. A la oracion, esta plegaria del alma, esta elevacion del espíritu y del corazon hácia Dios, está profunda meditacion de sí mismo y de sus defectos, á esa consideracion sobre la grandeza del Sacerdocio, sobre la necesidad del estudio, sobre la excelencia de la obediencia sigue la oracion vocal: llega el momento del sacrificio y cada uno permanece con respeto, con recogimiento y con amor, considerando que así tendrá que celebrarlo él mismo algun dia. Despues de estos santos y piadosos ejercicios viene la hora del estudio, que no se interrumpe en todo el dia sino por una corta y sabia distraccion, por alguna frugal refaccion, porque el seminarista no se sienta en la mesa, sino como el viajero en la hostelería que come para vivir: llega la noche y el dia santamente comenzado: termina de la misma manera y como no se dió lugar á la ociosidad, tampoco tuvieron lugar los pensamientos inoportunos y perversos, ni la negra envidia, ni la rivalidad con su mordaz lenjuaje, nada turba la dulce tranquilidad de aquellos lugares, ni la paz del corazon. La celdilla del levita es sencilla y modesta: una cama, una silla una mesa, y una pequeña

biblioteca, y sobre ella un Crucifijo para bendecir y dominar la ciencia, algunas santas máximas análogas al santo ministerio, una imágen de la Santísima Virgen, ved todo el mobiliario de este hijo del santuario. A fin de que se acostumarle á la pobreza, no se le da más que lo necesario.

Léjos del tumulto de las pasiones y de las tempestades del corazon, el jóven levita se prepara durante diez años por los altos estudios de la filosofía y de la teología al gran ministerio eclesiástico. En todo este tiempo, se concebirá cuánta abnegacion, cuántos sacrificios continuos de su voluntad, de sus gustos y de su carácter es indispensable que ejerza; porque una vigilancia rígida, aunque paternal, constantemente ocupa á los superiores: ved la vida del seminarista; ¡cuánto difiere de la del estudiante! los mas hermosos dias los pasan en el sacrificio, en la inmolacion, privándose de los placeres, de las fiestas, y aun de las distracciones inocentes.

Pero todavia no es esto todo para el jóven levita: llegan los órdenes. Habiendo invocado por largo tiempo las luces del cielo, reunidos en consejo los superiores, deliberan si es tiempo ya de que aquellos sean admitidos al Santuario ó tambien si convenga ó nó por sus incli-

naciones, costumbres, estudios, edad, que sean repelidos de él, reinando en estas decisiones, la más perfecta rectitud: nada de pasiones nada de rencor, nada de humano preside á tales determinaciones. En cada eleccion la misma prudencia, la misma sobiduria; se diria que esta prudencia se multiplica, que esta sabiduría se diviniza cuando se trata de hacer pasar al jóven levita de los órdenes menores á los mayores. Hasta entonces no habia para el Seminarista más que una separacion temporal del mundo; algunas ceremonias habian tenido lugar; es verdad que se le habia cortado parte de su cabellera para señalarle que todo lujo, que todo espíritu del mundo debian ser excluidos de sus vestidos; verdad es tambien que se le habian entregado las llaves de la Iglesia para que fuera su constante y seguro vigilante; cierto era que se le habia revestido de la túnica blanca para recordarle el estado de inocencia de y pureza en que debia siempre vivir; pero hasta entonces ningun voto habia formado. Pertenece todavía al mundo, si no de corazon, al ménos por su carácter; elevado al órden del subdiaconado, se separa ya del mundo, se le obliga á practicar las tres grandes virtudes, que hacen del hombre otro Cristo sobre la tierra, otro Verbo hecho carne: la castidad,

la obediencia y la pobreza. La castidad para exaltar á los hijos de la Iglesia y no ocuparse ya más que de los cuidados espirituales; la obediencia para estar siempre alerta contra los arranques del orgullo vicio el más monstruoso, y el que con más frecuencia aflige á la humanidad; el orgullo es el pecado de Satán, el principio de todo mal; el orgullo es el que ha perdido al mundo así como la obediencia de Jesucristo quien lo rescatado; y solo la obediencia del Sacerdote católico es la que puede continuar la redencion. Sin la obediencia no hay gerarquía, sin gerarquía no hay órden. Un Sacerdote obediente, un Sacerdote sumiso, será siempre un Sacerdote segun el corazon de Dios, un hombre de milagros: si se extravía, no tardará en volver sobre sus pasos. Un Sacerdote orgulloso es un demonio sobre la tierra, no hay mal que no sea capaz de hacer. —La pobreza, en fin, para que no reservándose nada para él, lo dé todo á los pobres, á los necesitados. ¡Oh cuán grande es el Sacerdote cuando por doquier que vá le acompañan estas tres virtudes! Hace tambien voto de rezar el oficio divino, compendio sublime, memorial augusto de todo lo que la Santa Escritura y los Santos Padres, encierran de más bello! Guardados los intersticios, es decir, el tiempo proscrito por los

cánones, el subdiácono asciende al diaconado; no llega á él sino por nuevos esfuerzos, por nuevas virtudes, por una más grande perfeccion. En tónces se le confía el Evangelio. Es ordenado en fin Sacerdote, momento solemne en su vida; ningun triunfo puede ser comparado al de la santa ordenacion. Nó, un rey sentado sobre su trono, un conquistador dominando sobre sus orgullosos rivales, no puede medirse con el Sacerdote. El uno no domina más que sobre su imperio, el Sacerdote los domina todos, porque ante el Sacerdote se ensancha el universo entero: entonces comienza para él la carrera inmensa del Sacerdote católico, se lanza como gigante y el mundo sabe todo el bien que obra.

Que no se me venga diciendo que un Sacerdote es un hombre como cualquiera otro; nó, un Sacerdote no es un hombre como otro cualquiera; puede tener sus defectos, sus debilidades, pero ambas no son del Sacerdote, sino del hombre.

La grandeza del Sacerdote está en su consagracion, pues se ha hecho por la imposicion de las manos el unguido del Señor, el hijo del Sacerdote real, el retoño de una nacion santa y escogida: nó, el Sacerdote no es como los demás hombres, separado del mundo por su traje, lo está tambien por su carácter, su vida es la vida

de un ángel, su ocupacion constante es hacer la felicidad de los hombres: en el Sacerdote católico habita el trabajo, la caridad, y mientras que la grandeza del hombre consiste en reprimir sus malas inclinaciones y amaestrar los apetitos groseros, el Sacerdote se ocupa en enriquecerse constantemente con nuevas virtudes, con nuevas conquistas; el hombre combate, el Sacerdote reina

manos un libro donde el celibato eclesiástico es ultrajado y desfigurado, calumniado: por todo lo que hemos pensado que era de nuestro deber como Sacerdotes, como moralistas, responder á aseeriones tan calumniosas y peligrosas. La cuestion del celibato eclesiástico está tratada en ese libro con tanta ligereza y descaro, que supone en su autor ó una crasa ignorancia, ó una profunda malicia. Quizá hay las dos cosas, porque nada excusa al escritor al tratar así esta materia. S. Pablo, S. Gregorio, son allí tratados de impíos, de blasfemos: los pasajes de los Santos Padres, de las Santas Escrituras están allí falsificados, desnaturalizados; los Papas y los concilios son mirados con desprecio. Jamás escrito más inconveniente se escapó de la pluma de un hombre. Si el celibato eclesiástico no es del gusto de los filósofos, que no lo practiquen; pero que sin haber estudiado jamás la cuestion, sin haberla tocado sino es bajo el prisma de las pasiones y las preocupaciones, con esto hagan suproceso á la Iglesia; que tengan el atrevimiento de decir, contra la verdad histórica, que el Sacerdote católico se ha hecho celibatario por interes, por cálculo, por egoismo, por espíritu de dominacion; todo esto no hace más que dar á conocer, desde lejos, y con mucha evidencia, la

## CAPITULO XXXII.

## CELIBATO ECLESIASTICO.

Cuando concebimos el pensamiento de escribir este libro, no intentábamos hablar en él del celibato eclesiástico; pero á medida que avanzábamos en nuestro trabajo, lo creimos necesario conforme á la razon por estar tan estrechamente unidos á los intereses de la Iglesia, por ser un punto esencial de la disciplina, por ser tan útil á los pueblos en medio de los que vive el Sacerdote católico, y siquiera para dar á conocer su mérito y proclamar sus inestimables ventajas. Y más todavía, porque ha llegado á nuestras

animadversión odiosa del volteriarismo contra la religion.

Las atenciones y conveniencias que todo escritor público se debe á sí mismo y que no puede negar al público, son en esta obra desconocidas, despreciadas y sacrificadas á la preocupacion, á la prevencion de un aborrecimiento impotente, y por lo mismo llevado hasta el delirio. La urbanidad que se encuentra en toda alma generosa y bien educada, está desterrada de la obra que nos ocupa. Todo lo que el Sacerdote católico ha hecho hasta ahora, se vé allí desnaturalizado, ridiculizado no más porque vive el sacerdote sujeto al celibato. No llevaremos á más nuestras consideraciones sobre un libro que no tiene más que el triste mérito de ser muy largo, y que nos proponemos volverlo al polvo de donde salió.

A todas estas opiniones más ó ménos atrevidas, erróneas y apasionadas, vamos á oponerles la historia; ella responderá mejor que nosotros.

El celibato era tenido en grande honor mucho ántes de Jesucristo. La mayor parte de los sábios y de los filósofos de la antigüedad lo practicaron. Los gymnosofistas, los brachmanes, los aierofantes, los atenienses, una parte muy considerable de los discípulos de Pitágoras, los de

Diógenes, mucho lo honraban: se exigía como ley indispensable para todos los que estaban destinados al servicio de los altares. Entre los egipcios, los sacerdotes de Isis lo observaban. En Persia las mujeres destinadas al templo del sol, hacian voto de castidad. Los atenienses tenian colegios de vírgenes; todo el mundo ha oido hablar de las vestales de Roma. Entre los antiguos galos y los druidas se imponía tambien como ley el celibato.

Melquisedech fué un hombre sin familia y sin genealogía. Entre los hebreos, los que se destinaban al culto de Dios y observancia de la ley, eran dispensados del matrimonio: las mujeres tuvieron la misma libertad. Moisés se separó de su mujer cuando recibió la ley de las manos de Dios, ordenó á los sacrificadores que durante el turno en que les tocaba asistir al templo, se separasen de sus mujeres por algunos dias. Después de él los profetas Elías, Eliseo, Daniel y sus tres compañeros vivieron en la continencia.

Esta excelencia del celibato que la antigüedad habia presentado, Jesucristo la santificó divizándola, en cierto modo porque nació de una vírgen y murió vírgen. El discípulo á quien manifestó siempre una gran predileccion fué San Juan el apóstol vírgen. La Iglesia, depositaria

de los pensamientos de su Maestro, desde que las circunstancias se lo permitieron, impuso á los Sacerdotes y representantes de Nuestro Señor Jesucristo la ley del celibato. Vemos á los Papas Siricio é Inocencio prescribirla á los clérigos desde el año de 385. Esta ley fué en seguida confirmada por el Concilio de Toledo en 400, por el de Cartago en 419, por el de Orange en 441, por el de Arles en 438, por el de Tours en 461, por el de Agde en 506, por el de Orleans en 430, y Boronia prueba que el voto del celibato era general en toda la Iglesia desde el siglo VI. Ved la ley; y yo creo, diga lo que quiera la filosofía, que al quedar establecido así, ningun espíritu de ambición ó egoísmo presidió á su institución.

Si consideramos por otra parte las ventajas que el ha producido á la sociedad crece su punto de mérito. ¿Quién ha contribuido más durante diez y ocho siglos, al progreso de las luces? ¿Quién, durante la oscuridad de la edad media, ha desembrollado y aclarado los manuscritos y conservado la ciencia? ¿Quién? El Sacerdote católico, ya lo hemos dicho repetidas veces, y no nos cansáremos de repetirlo. ¿Quién ha desbrozado las tierras incultas, desecado los lugares cenagosos, mejorado los países mal sanos, al-

tando la agricultura, abiertos caminos y carreteras alimentado las poblaciones? ¿No ha sido el Sacerdote católico? ¿Quién ha consolado al desgraciado, vestido al desnudo, asistido al leproso, al contagiado? ¿No es siempre el Sacerdote católico? Y bien, dadme un Sacerdote con hijos, con esposa, con embarazos en fin del siglo, todos sus estudios, toda su abnegación, toda su caridad que hasta entonces consagró á la sociedad, la convertirá, y con razón, con justicia en provecho y á favor de su familia.

Se nos objetará: las leyes generales de la población se oponen á esta ley. Este es un error; y para destruirlo, basta solo tener algunas consideraciones. Cuando Nuestro Señor Jesucristo apareció sobre la tierra, esta habia llegado á su mayor crecimiento respecto de habitantes, el mundo habia perdido entonces sus soledades, que se contaban en tiempo de Abraham; en consecuencia el celibato no podia ser entonces perjudicial. ¿Y cómo podria serlo si Jesucristo que habia venido á regenerar al mundo, hubiera comenzado por destruirlo? Además, ahí está la historia para responder al autor del libro: el universo ¿Acaso está desierto porque la Iglesia ha impuesto á sus Sacerdotes católicos la ley del celibato? ¿Acaso la Francia, la España, la Italia

estàn faltas de habitantes porque en ellas se ha impuesto al Sacerdote católico la ley del celibato? No es por falta de habitantes por lo que se arruinan las sociedades sino al contrario, por el aumento y aglomeracion de ellos.

Los partidarios del matrimonio de los sacerdotes, perseverando siempre en sus ataques contra el celibato, alegan el desarreglo, el libertinaje, el escándalo del mundo y el suicidio del género humano que dicen se descuellan de él, por qué ¿no sabemos que hay mas desarreglos y libertinaje en el matrimonio que en el celibato? ¿Aquellas torpezas que deshonoran y se denuncian en nuestros tribunales, de dónde vienen? ¿Por quiénes son generalmente cometidos? ¿No son por personas casadas? Y porque en el espacio de diez y ocho siglos algunos sacerdotes infieles a sus votos, hayan dado al mundo un objeto de escándalo, por esto debe decirse que el celibato eclesiástico sea el vehículo de la incontinencia? Si así fuera, preciso sería tambien convenir que de una excepcion cualquiera podría sacarse argumento para destruirse toda institucion, lo que no puede ser más lógico.

En fin, se pretende que uno de los mas poderosos medios para atraer á la religion, sería el matrimonio de sus Sacerdotes. ¡Qué cosas! Así

lo creen ellos, y nosotros creemos lo contrario. Por qué? Porque tenemos á la vista las elecciones de la experiencia; porque si el celibato fuera contra la naturaleza, ¿como practicándolo el Sacerdote católico ha llegado á la altura en que está colocado en el mundo? Esto es por lo que respecta al pasado. En cuanto al presente, no tenemos dificultad en asegurar que de él depende el porvenir y la gloria de la religion: y por el contrario, del matrimonio de los Sacerdotes sobrevendria infaliblemente la caida del catolicismo. No solo nosotros lo creemos así, el mismo juicio tienen nuestros antagonistas; ved por qué gritan tan alto contra tal institucion, ved por qué la oborrecen; ved por qué el celibato les escuece, por qué les pesa tanto su existencia, por qué hacen tanto por desembarazarse de él, por acabar en fin con él, así como con el catolicismo.

El alma del Sacerdote, dice S. Juan Crisóstomo, debe ser más pura que los rayos del sol. El ministro cristiano, dice S. Gerónimo, es el intérprete entre Dios y el hombre. Es necesario, dice Chateaubriand, que un sacerdote sea un personaje divino; es indispensable que á su derredor reinen la virtud y los misterios. Retirado á las santas tinieblas del templo es neces-

rio que le oigan sin percibirlo; que su voz solemne, grave y religiosa pronuncie palabras proféticas ó cante himnos de paz en las sagradas profundidades del tabernáculo, que sus expansiones sean cortas entre los hombres; que no se muestre al siglo sino para hacer bien á los desgraciados; solo bajo estas condiciones se le otorga el respeto y la confianza. Ambas cosas perdería si se le hallase á las puertas de los grandes, si se le viese embarazado con una esposa, si se familiarizara con todos, si tuviera los vicios que el mundo le reprocha, y si por un momento se le considerara como á los demás hombres.

«Quenosenos venga diciendo que en los países protestantes sus ministros son casados, porque con el mismo autor contéstaremos, que donde esto sucede se ha abolido, casi del todo el culto exterior; que los ministros apenas se dejan ver en sus templos dos ó tres veces por semana; que casi todas las relaciones han cesado entre el pastor y el rebaño, porque siendo ya el primero más bien un hombre de mundo que da bailes y festines para divertir á sus hijos y á su esposa, no puede ménos que perder la confianza del segundo. En cuanto á algunas sectas morosas que afectan la simplicidad evangélica y que quieren una religion sin culto, no esperamos que tam-

co nos las opongán. En fin, en los países donde el matrimonio de los Sacerdotes está establecido, la confesion, la más bella de las instituciones morales, ha cesado, y de hecho debia cesar, porque natural es que no se quiera hacer dueño de los secretos del hombre que ha hecho dueño de los suyos á una mujer; se teme, y con razon, confiarlo á un Sacerdote que ha disuelto el contrato de fidelidad con Dios y repudiado al Criador para casarse con una criatura.

Torpemente se engañaría tambien el que quisiera compadecer al Sacerdote católico, por el aislamiento en que se le supone vivir á virtud del voto del celibato: el Sacerdote católico jamás está solo; si no está ocupado en distribuir el pan de la limosna al pobre que toca su puerta, lo está en dar consejos al que se los pide; si está con los que no sufren, se entretiene con ellos en instruirlos y edificarlos, está con los enfermos para consolarlos y fortificarlos; cuando no está con los hombres, está con Dios, con su Crucifijo, con su breviario. Que no se juzgue de todos los Sacerdotes por aquel de quien un ilustre escritor y poeta nos ha trazado, no hace mucho, el cuadro: es una de las posiciones más fatales, si no es que sea del todo imaginaria. Nó, el Sacerdote católico, no sufre, no padece con el celiba-

to; al contrario es para él una carga ligera, una santa y libre necesidad que lo une á su Dios á su Iglesia, á sus pobres, á la humanidad entera y á toda criatura. Oh! cuan grande me parece el Sacerdote católico constituido en el celibato! Dios le comunica sus órdenes por su superior, y vedle que en el momento se pone en camino atravesando el mundo, solo, por el simple mandato de su Obispo; no hay para él residencia fija sobre la tierra, la voluntad de Dios es su único móvil; deja sin disgusto el rebaño del que se le separa, porque sabe que va á encontrar otro perteneciente al mismo pastor, al mismo redil, y que trabajar por el Septentrion, ó por el Mediodía, por el Oriente, ó por el ocaso, es siempre trabajar por Dios, y por la Iglesia; más si el Sacerdote tuviera una esposa ó hijos, ¿podría tener el mismo desprendimiento, la misma abnegacion, las mismas entrañas? El estrecho recinto del hogar doméstico es el domino del hombre del mundo, del padre de familia: en tres pasos lo mide; pero el patrimonio del Sacerdote católico es el mundo entero.

Concluamos, pues, que nada racional puede objetarse contra el celibato del sacerdote católico, pues que existia desde la más remota antigüedad bajo la salvaguardia de la sabiduría, de

la filosofía; y desde que ha sido consagrado por Jesucristo, no ha dejado de trabajar en provecho de las luces, en la perfeccion de la moral, y en el socorro de la humanidad doliente. Tres prerogativas hellísimas, que nos parecen suficientes para que se comprenda esta institucion.

Tomamos el pasaje siguiente de un hombre que no siempre fué favorable al Sacerdote católico, y que con todo hace justicia á la verdad. Es de Montlosier, cuyo nombre á nadie puede ser sospechoso. «El celibato es para el Sacerdote una necesidad: los dominadores de la carne deben estar sometidos á él. Los que dan las fuerzas deben ser fuertes..... basta tener idea del verdadero carácter del Sacerdote, considerar su origen, y respeto que se le debe, y la autoridad que proviene de él, para no dispensárselo.

«Una de las partes más nobles en el carácter del Sacerdote, y que es peculiar solo á la excelencia de la religion católica, es el celibato que se le ha impuesto. Encuentro á muchos hombres de mundo que no se dan cuenta de este sacrificio. Los que ya en el hombre ó en los animales han estudiado con cuidado los primeros desarrollos de la organizacion, pueden decir hasta qué punto esta naturaleza condenada á la

muerte, y que así lo presente, ponga todo en obra desde los primeros momentos, no solamente para mantener la vida, sino todavía más quizá, para trasmitirla y propagarla.....

«En el curso de su vida el Sacerdote tendrá probablemente que triunfar mucho de las cosas; para prepararse es necesario que comience por triunfar de sí mismo; de aquí un estado continuo de sufrimientos y de combates secretos que se pintan sobre el rostro palido de su víctima, y que me han hecho frecuentemente bajar la vista enternecido de respecto.

«No es este solo el sacrificio del Sacerdote: el hombre de mundo se consuela en parte con su campo, con sus hijos: en las miserias de la vida, le son un consuelo, un apoyo: el Sacerdote no lo tiene. Vuestros hijos, dice el Espíritu Santo, serán como el retoño del olivo al derredor de vuestra mesa; así es como será bendecido aquel que teme al Señor.»

El Sacerdote no tiene que esperar ni esta bendición, ni esta recompensa; privado de aquella inmortalidad carnal hácia la que lo conduce con vivacidad la naturaleza animal, él piensa en otra inmortalidad más preciosa, y por esto es por lo que se ha entregado á Dios y dedicado á la oración. Abro el libro que se le ha entregado; se-

gun la regla que le ha sido dada, debe orar á Dios á la primera hora, en seguida, á la tercera, despues de la sexta y luego á la nona; por la tarde son los maitines y laudes. El dia ocupado así, dejará por cierto poco tiempo para la distraccion.

hemos alcanzado. Véamos, pues, al terminar este libro, lo que probablemente seríamos si el Sacerdote católico no nos hubiera dado sus luces, su moral y su caridad.

¿Que es la China, aquel vasto imperio cuyos límites se extienden á los dos mundos? Durante mucho tiempo se creyó que era uno de los países más avanzados, que las ciencias se cultivaban allí con una grande perseverancia y un éxito que nos avergonzaria. Se nos mostraba este pueblo á la cabeza de la civilizaci6n. Tal era el lenguaje de la filosofía. Hoy que hemos penetrado en él y visto hasta el interior de este cadáver cubierto de brillantes gusanos, ¿que hemos encontrado allí? La ignorancia mas grosera. Los letrados, los mandarines apenas saben leer; notadlo bien, que si ella tiene algunas nociones de ciencia, se las debe al Sacerdote católico. Es á nuestros sabios y valerosos misioneros á quienes son deudores de sus recuerdos de gloria científica y literaria que han quedado en su memoria como un sueño, como el reflejo de una luz que ha pasado. Fuera de esto, ¿que abyección en los sentimientos! ¿qué olvido en los deberes más sagrados de la naturaleza cuando los niños se arrojan á los puercos por los mismos padres! Allí no hay caridad; esa primera

## CAPITULO XXXIII.

## LO QUE SERIAMOS SIN EL SACERDOTE CATÓLICO.

Antes de responder victoriosamente á la cuestion de lo que el mundo sería sin el Sacerdote católico, será necesario sondear primero la profundidad de las tinieblas, el exceso de la inmoralidad y los cálculos del egoismo; jamas se aprecia un bien en su justo valor, sino por la privacion que de él se resiente. El rico no conoce los horrores del hambre. Rodeados como estamos ahora por todas partes de las luces que el Sacerdote católico nos ha transmitido, esto no nos deja valuar su mérito y ventajas que con él

ley del Evangelio, esa ley del corazón es enteramente desconocida en este pueblo. No se conoce en él la piedad por los desgraciados, ni el consuelo para los sufren.

¿Qué seríamos nosotros sin el Sacerdote católico? Lo que es el imperio mahometano. ¿Qué estupidez en este pueblo antes tan grande, qué inmovilidad! Desde mil doscientos años que hace que la media luna ha reemplazado en él á la cruz, desde que el marabout arrojó al Sacerdote católico, no hay allí ningun progreso, ninguna civilizacion: este pueblo es hoy lo que fué entonces. Ni un paso ha dado desde que Mahoma estampó la planta de sus piés en la arena del desierto; allí está inmóvil entre la esclavitud que lo oprime y la esclavitud que lo corróe; sin aborrecimiento, sin amor, casi sin familia; está como el enfermo abandonado que vive nomás porque no puede morir. Insensible al grito de la gloria como á la vergüenza de su derrota, no conoce más que el camino del desierto, y el relincho de su corcel, instinto que poco la diferencia de su dromedario.

Ved lo que probablemente seríamos sin el Sacerdote católico. Seríamos hijos muy ingratos si nos quisiéramos ataviar con los despojos y heredad de nuestros padres, renegando de nuestro

origen, pretendiendo aparecer como autores de la gloria y de las riquezas que poseemos. Muy mal haríamos con querer desconocer tenazmente lo que el Sacerdote católico ha hecho para nosotros. Hoy mismo, sin remontarnos á lo pasado, ¿sobre qué descansan las esperanzas de nuestros moralistas? Sobre el Sacerdote católico. Ved por qué sin amarlo, lo consideran. Tienen razon, no pueden encontrar mejor concurso; porque mientras más conocido sea el Sacerdote católico, y mientras más se le respete, más esclarecidos serán los hombres, más sumisos, más felices. La fuerza material del soldado algunas veces es peligrosa aun á el mismo poder; la fuerza moral del Sacerdote no es así, porque él es el ministro de paz, el amigo del orden y de los gobiernos establecidos.

¿Quereis pues conocer la gloria y grandeza de una nacion? considerad al Sacerdote católico; si él es honrado, si se aprecia su ministro, si es grande su influencia, tendrá vida, y por consiguiente fuerza; pero si mostrais poco respeto por él, si en lugar de amarle, mejor le temeis; si se le soporta como una necesidad, por que se vé que no puede pasarse sin él, creed entonces

que esta nacion no està lejos su caída. (1) No se necesita entónces para derrocarla y abatirla más que algunos brazos audaces. En cuanto á nosotros los católicos que debemos al Sacerdo-

[1] Symmaco nos dice en el pasaje que vamos á citar hasta qué punto la indiferencia por los sacerdotes puede ser funesta al Estado y á la Sociedad. Atribuye nuestros desastres á la falta de fé y de veneracion para con los servidores del altar.

Honoraverat lex parentum vestales virgines ac ministros deorum, victo modico justisque privilegiis. Stetit muneris hujus integritas usque ad degeneres trapezitas qui ad mercedem vilium bajalorum Sacrae castitati alimenta verterunt. Secuta est hoc factum fames publica, et spes provinciarum omnium messis aegra decepit. Non sunt haec vitia terrarum. Nihil imputamus astris. Nec rubigo sugelibus obfuit, nec avena fruges necavit. Sacrilegio annus exaruit. Necesse enim fuit omnibus perire, quod religionibus negabatur. Certe si est hujus mali aliquod exemplum, imputemus tantam famem vicibus annorum. Gravis hanc sterilitatem aura contraxit. Sylvestribus arbustis vita producit, et rursos ab dodonas arbores plebis rusticae inopia convolvit. Quid tale provinciae pertulerunt, cum religionum ministros honor publicus pascere? Quando in usus hominum conussa quereus? Quando vulsae sunt herbarum radices? Quando alternos regionum defectus deseruit fecunditas matua, cum populo et virginibus Sacris communis esset annona? Commendabat enim terrarum proventus victus astistitum et remedium magis quad largitas erat. An dubium est semper pro copia omnium datum quod nunc inopia omnium vindicavit?

te católico la belleza de nuestras instituciones y la gloria de nuestro nombre, nuestras ciencias y nuestra literatura, nuestras riquezas y nuestras libertades, nuestra agricultura y nuestro comercio, muy convencidos estamos que el papel que tenemos que representar en la política del mundo, en esa fusion de todos los miembros de la gran familia, depende del respeto y de la gloria con que rodeemos al Sacerdote católico y de la fé que tengamos en él.

que esta nacion no està lejos su caída. (1) No se necesita entónces para derrocarla y abatirla más que algunos brazos audaces. En cuanto á nosotros los católicos que debemos al Sacerdo-

[1] Symmaco nos dice en el pasaje que vamos á citar hasta qué punto la indiferencia por los sacerdotes puede ser funesta al Estado y á la Sociedad. Atribuye nuestros desastres á la falta de fé y de veneracion para con los servidores del altar.

Honoraverat lex parentum vestales virgines ac ministros deorum, victo modico justisque privilegiis. Stetit muneris hujus integritas usque ad degeneres trapezitas qui ad mercedem vilium bajalorum Sacrae castitati alimenta verterunt. Secuta est hoc factum fames publica, et spes provinciarum omnium messis aegra decepit. Non sunt haec vitia terrarum. Nihil imputamus astris. Nec rubigo sugelibus obfuit, nec avena fruges necavit. Sacrilegio annus exaruit. Necesse enim fuit omnibus perire, quod religionibus negabatur. Certe si est hujus mali aliquod exemplum, imputemus tantam famem vicibus annorum. Gravis hanc sterilitatem aura contraxit. Sylvestribus arbustis vita producit, et rursos ab dodonas arbores plebis rusticae inopia convolvit. Quid tale provinciae pertulerunt, cum religionum ministros honor publicus pascere? Quando in usus hominum conussa quereus? Quando vulsae sunt herbarum radices? Quando alternos regionum defectus deseruit fecunditas matua, cum populo et virginibus Sacris communis esset annona? Commendabat enim terrarum proventus victus astistitum et remedium magis quad largitas erat. An dubium est semper pro copia omnium datum quod nunc inopia omnium vindicavit?

te católico la belleza de nuestras instituciones y la gloria de nuestro nombre, nuestras ciencias y nuestra literatura, nuestras riquezas y nuestras libertades, nuestra agricultura y nuestro comercio, muy convencidos estamos que el papel que tenemos que representar en la política del mundo, en esa fusion de todos los miembros de la gran familia, depende del respeto y de la gloria con que rodeemos al Sacerdote católico y de la fé que tengamos en él.

## INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA OBRA.

	Páginas.
PROLOGO .....	3
Capítulo I.—Consideraciones generales.	9
— II.—El mundo antes del Sacerdote católico.!	53
— III.—El Calvario.—María y San Juan .....	62
— VI.—La primitiva Iglesia.—San Pedro y San Pablo.	73
— V.—Civilización del mundo por el Sacerdote.....	84
— VI.—Continuación del mismo asunto.—Desarrollado de las ciencias, de la libertad y de las artes por el génio del Sacerdote.....	97
— VII.—Respuesta á los cargos de fanatismo é intoleran-	

INDICE

447

Páginas.

cia dirigidos al Sacerdote católico .....	112
Capítulo VIII.—Carácter del Sacerdote católico.....	123
— IX.—El Sacerdote católico considerando en su gerarquía, en su accion, y en sus beneficios sobre la humanidad.....	135
— X.—Grandeza del Sacerdote católico.....	139
— XI.—Continuación del mismo asunto.—El génio militar y el génio sacerdotal....	187
— XII.—Doctrina del Sacerdote católico, principio solo de verdad, de virtud, de órden, de salud y de gloria en el mundo.....	193
— XIII.—Heroismo del Sacerdote católico.....	211
— XIV.—Continuación del mismo asunto.— El Sacerdote católico en el destierro.	230
— XV.—El Sacerdote católico en las misiones.— San	

Francisco Javier.....	239
Capítulo XVI.—El Sacerdote católico en China.—M. Borié misionero.....	253
— XVII.—El Sacerdote católico en Argelia.—M. Dupuch.....	276
— XVIII.—El Sacerdote católico en el ministerio pastoral.—M. Léger Cura de San Andres de las Artes.....	299
— XIX.—Caridad del Sacerdote católico.—San Vicente de Paul.....	316
— XX.—Abnegacion del Sacerdote católico en tiempos de epidemia.—San Carlos Borromeo, Blsunce, Quelen.....	331
— XXI.—Continuacion del mismo objeto.—Religiosos del Monte de San Bernardo.....	341
— XXII.—Las Hermanas de la Caridad.....	350
— XXIII.—Los Hermanos de las escuelas cristianas.....	353

— XXIV.—Estado actual de la Sociedad.—Religion, Filosofia, Historia, Literatura, Bellas Artes.....	358
— XXV.—Estado del Sacerdote en la sociedad actual....	371
— XXVI.—Lo que sucede à la Francia, ó à cualquiera otra nacion si este estado de cosas permanece.....	377
— XXVI.—Porvenir del Sacerdote católico.....	388
— XXVIII.—Nuevo mundo por conquistar.....	394
— XXIX.—Carácter de la mision actual del Sacerdote católico.....	398
— XXX.—El Sacerdote católico apóstol del pueblo.....	409
— XXXI.—Educacion de los jóvenes que aspiran al órden sacerdotal.....	418
— XXXII.—Celibato eclesiástico..	426
— XXXIII.—Lo que seriamos sin el Sacerdote católico....	440

FE DE ERRATAS MAS NOTABLES.

Despues de la página 115 sigue 119, lease 116.  
En la página 135, primera línea, se lee Capítu-  
lo VIII, léase Capítulo IX. De la página 139 si-  
gue la 170 por error en la paginacion. En la  
página 193, línea primera, dice Capítulo XI, de-  
be decir Capítulo XII. En la 211 se lee Capítu-  
lo XI, léase Capítulo XIII. La página 287 está  
repetida, la segunda es 288. De la página 339  
sigue 330 léase 340. A las dos siguientes pági-  
nas se lee 332 léase 342. De la página 396 si-  
gue 307 léase 397.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



QUEX  
NOTE

00

